SIEMPRE has sido TÚ



Jennifer Sweet

ÍNDICE

UNA SORPRESA CON NOMBRE DE MUJER
UNA FIESTA IMPROVISADA
Y UNA CAGADA MONUMENTAL
APAGADO O FUERA DE COBERTURA
LA JUGADA DEL KARMA
UNA VISITA AL RIU
UNA CENA PROMETEDORA CON UN CAPULLO ENCANTADOR
UNA PROPOSICIÓN INDECENTE Y UNA JODIDA INTERRUPCIÓN
EVITANDO LA TENTACIÓN
DESCUBRIENDO EL PASTEL
EN SHOCK POR LA CONFESIÓN
UNA MISIÓN IMPORTANTE
HABLEMOS DE SENTIMIENTOS
BUSCANDO SOLUCIONES Y HACIENDO EL IDIOTA
NAVIDAD, DULCE, NAVIDAD
UNA NAVIDAD INOLVIDABLE
ARREGLANDO EL ESTROPICIO
UN NUEVO DÍA
CONOCIENDO UN SITIO ESPECIAL
UN ROTTWEILER COMO HERMANA
UNA CONVERSACIÓN PENDIENTE
Y UN RECUERDO DEL PASADO
ABRIENDO LOS OJOS
VENCIENDO MIEDOS
UNA CLASE ESPECIAL CON VISITA INESPERADA
CUANDO TODO VUELA POR LOS AIRES
LLEGAR A TI
SUEÑO CUMPLIDO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA
OTRAS NOVELAS

SIEMPRE has sido TÚ

Jennifer Sweet



© Siempre has sido tú
© 2023 Jennifer Sweet
© Imagen cubierta e interior: IA midjoumey
Diseño editorial y maquetación: Jennifer Sweet
Correción: Paola C. Álvarez
Primera edición: diembre de 2023
ISBN: 978-84-09-55224-5
Impreso en España- Printed in Spain
Esta es una obra de ficción. Los personajes, nombre, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o usados en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas vivas o muertas, establecimiento, situaciones o lugares son pura coincidencia.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, por ningún medio, sin el permiso por escrito del autor. La infracción puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del código penal).

Para mi otra mitad.
Gracias por ser y estar. Te quiero.

«No podemos hacer nada para evitar lo que fuimos,
pero sí podemos trabajar en lo que queremos ser».
Jennifer Sweet

1

FUERTES VIENTOS Y UN MALDITO TORNADO



Robert, tienes que estar de coña. ¡No puedes dejarme tirado justo hoy! —Aprieto el móvil con impotencia mientras lo escucho.

—¡Mierda, Liam! Te aseguro que esto me fastidia a mí más que a ti, créeme. No me hace ni puñetera gracia tener una maldita palmera empotrada en el capó de mi Cadillac. —Cada palabra que pronuncia destila enfado y no es para menos, yo en su situación estaría mucho más cabreado —. Ese mastodonte me ha jodido el radiador y una decena de cosas más que el seguro no quiere cubrirme porque es el cuarto tornado que toca la zona en lo que va de año.

Me dejo caer en el sofá e inclino la cabeza hacia atrás, frustrado. Robert no ha sido el único afectado por el temporal y, aunque, por fortuna, no hay que lamentar víctimas, los daños han sido cuantiosos en varias zonas del estado.

¿Y ahora cómo cojones salgo de este lío? Me froto la frente con la mano que me queda libre e intento dar con una solución que no llega; estoy bloqueado.

—Liam, lo siento, de verdad, pero es imposible que aparezca a tiempo.

—Lo entiendo, tío, pero es que no tengo ni puñetera idea de cómo narices apañarme con las clases programadas para hoy. A esta zona no ha llegado el tornado y no puedo darles esquinazo a los turistas del crucero. Si le fallo a la naviera, dejarán de contar con la escuela para el *planning* anual y eso nos quitaría más del sesenta y cinco por ciento de los ingresos. —Guardo silencio unos instantes en los que la cabeza me funciona a mil por hora—. ¿Cómo cojones voy a enseñarle surf a un grupo de cincuenta personas yo solo? ¡Es imposible! —Comienzo a ponerme cada vez más nervioso. No puedo cagarla. Los ingresos de la naviera son muy importantes para el negocio, perderlos supondría un duro golpe—. Si no vienes, no podré dar clase como Dios manda y nos lloverán las reclamaciones.

Robert no dice nada porque sabe que tengo razón. Cierro los ojos con fuerza e intento dar con una solución factible que deshaga este entuerto en el que me he metido sin buscarlo.

—¿Y por qué no le dices a Jackson que te eche una mano? —Abro los ojos al oírlo. No se me había ocurrido esa opción, pero no es mala idea. Un rayito de esperanza se abre paso ante mí porque, si alguien puede salvarme el culo, ese es Jackson. ¿Cómo no lo había pensado antes?—. No creo que le importe.

—Tienes razón, es el único que sabe lo suficiente de surf como para dar esas clases. ¡Gracias, tío! —Me pongo en pie y cojo las llaves del mueble del recibidor sin dejar de hablar—. Deséame suerte.

Cierro la puerta de casa tras de mí y bajo las escaleras trotando sin tiempo que perder. Si lo pillo de buen humor, puede que sea mi salvador, si no, tendré que usar mi labia para que ceda.

Pongo en marcha la furgoneta y conduzco en dirección a la granja de William, donde vive Jackson. Cuando se mudó a Torquay, compartía casa con él, pero William lo ayudó a construirse una casita independiente dentro de la granja para que tuviera intimidad tras embarcarse en el proyecto del huerto.

Me adentro en el sendero frondoso que lleva a la propiedad y la vivienda no tarda en entrar en mi campo de visión. Aparco junto a su camioneta y toco el claxon tres veces antes de detener el motor. Una manía tonta que tengo cada vez que llego a alguna parte.

Al bajarme, rodeo el vehículo y me encuentro a William subido al tejado de la casa reparando las últimas tejas. Está claro que Robert no es el único al que le ha pasado factura el temporal.

—¡Ey, William! —Eleva la cabeza al escucharme y hace un gesto con la mano para indicarme que baja enseguida.

Asiento con las manos en los bolsillos y estudio cada uno de sus movimientos mientras

desciende por las escaleras metálicas. Lo hago con admiración porque William ya tiene una edad y, sin embargo, no ha perdido ni una pizca de agilidad. Se nota que se cuida.

—¿Qué pasa, muchacho? —pronuncia al llegar a mi lado. Palmea mi hombro de forma cariñosa pero contundente—. ¿Qué te trae por aquí

—Vengo buscando a Jackson, necesito un favor. —William eleva una ceja, interrogante—. Robert no puede venir hoy a trabajar, el temporal le ha jodido el coche. —Asiente al entender a lo que me refiero y señalo la casa—. Vosotros tampoco os habéis librado de los destrozos.

—No, nadie de la zona. Tú has tenido suerte de que el tornado se fuera debilitando y prácticamente desapareciera antes de llegar a Bells Beach. —Asiento porque tiene razón, estoy seguro de que se hubiera llevado media escuela de surf de haber tocado aquella zona.

—¿Y dónde anda metido nuestro chico?

—La verdad es que no tengo ni idea. Antes de hablar por teléfono con la señora Button, andaba aquí fuera. Supongo que habrá ido a dar una vuelta, la conversación con la vieja lo ha puesto de mal humor. Ya lo voy conociendo y cuando desaparece es porque necesita un rato a solas.

—¡Genial! Justo lo que necesito hoy, que Jackson esté cabreado. No va a querer ayudarme.

—Seguro que se niega, pero no te rindas tan pronto e insiste. Creo que el chico necesita un respiro y olvidarse de sus problemas.

—Sigue pesándole el pasado, ¿verdad?

—Su pasado siempre estará ahí, solo le queda aceptarlo y seguir adelante.

Guardo silencio durante unos segundos pensando en lo que acaba de decir y tiene razón, no podemos hacer nada para evitar lo que fuimos, pero sí podemos trabajar en lo que queremos ser. Y, en ese sentido, Jackson lo está haciendo genial.

—¡De acuerdo! —Doy una palmada en el aire y me froto las manos—. Voy a ofrecerle a nuestro guaperas el plan de su vida.

A William se le escapa una carcajada que acaba contagiándome porque soy un payaso de primera.

—Pasadlo bien y no olvides que en tres días es el partido de los Hawks. Yo me encargo de que la cerveza esté bien fría. —Asiento sonriente. Ver los partidos en casa de William se ha convertido en algo así como una tradición desde que Jackson vivía con él—. Hay que animar a los chicos.

—Dalo por hecho. Pasaré a recoger a Robert para que no falte. Ahora te dejo, que llego tarde, voy a ver si encuentro a Jackson.

—Búscalo en el granero, quizás esté allí.

Camino hacia la parte trasera de la casa, donde está situado.

—¡Jackson! —grito con las manos alrededor de la boca—. ¿Dónde demonios andas metido, tío?

Rodeo la casa por completo y lo encuentro ante la puerta con las manos en la cintura y con cara de querer cargarse a alguien. Sonrío para fastidiarlo y me fulmina con la mirada. No tengo duda de que llego en el peor momento.

Cojo aire por la nariz para infundirme ánimo antes de dar un paso al frente. He venido con un propósito y no pienso irme de este lugar sin que Jackson me acompañe, así que allá vamos.

—Vaya, pues sí que estamos de buen humor, ¿eh?

—¿Qué quieres? —escupe con rabia.

—Siento que tengas un día de perros. —Lo observo un instante y disparo a bocajarro—.

Necesito un favor y no acepto un no por respuesta.

Eleva una ceja con expresión de perdonavidas y yo me muerdo el carrillo para aguantarme la risa. Cuando se mete en el papel de capullo, consigue que le quede como un guante.

—Es una tontería de nada —lo sigo persuadiendo—. Mejor soy sincero.

—¡Hombre, gracias! —Suena sarcástico y consigue arrancarme un resoplido de exasperación. No me lo está poniendo nada fácil y no tengo tiempo para tonterías, solo tiene que decir «sí» y asunto resuelto.

—Tengo un problema y necesito que me salves el cuello. —Pretendo sonar dramático, pero no sé si cuela—. Robert no ha podido venir a trabajar hoy, se le ha jodido el coche por el temporal. —Se cruza de brazos como si le importara una mierda lo que le estoy contando y yo no pierdo la esperanza de que se apiade de mí y ceda—. Tengo hoy dos cursos de surf y no puedo hacerlos solo. Son demasiados alumnos para manejarlos a todos. Tienes que echarme una mano —suelto con rapidez suplicante—. No puedo dejar a esa gente tirada. Te necesito, tío, por favor.

—¿Yo, enseñando surf? —bufa como si acabara de decir el disparate más grande de la historia —. ¿Estás loco o qué>?

—Te prometo que no tendrás que hacer casi nada, solo enseñarles algunos movimientos y corregirles la postura. Nada más. Yo me encargo del resto. Solo serán dos horas y, después, si te apetece, te invito a cenar —intento chantajearlo y sonrío como si acabara de regalarle el plan de su vida, aunque él me sigue mirando como si fuera idiota. Subo y bajo las cejas de forma cómica para hacerlo reír y lo consigo.

¡Bien! Minipunto para mí.

—¿Qué me dices? —insisto, y seguiré haciéndolo hasta que claudique.

—Que no me apetece una mierda. —¡Venga ya, hombre! No puede estar hablando en serio. Me desplazo a su izquierda y comienzo a hablar.

—Eh, eh, no. Nada de eso. —Muevo la mano frente a sus narices como si estuviera mostrándole algo alucinante—. Piensa en arena, mar, olas, surf y unas Coopers bien frías.

—¿Y lo demás? —inquiere.

—¡Que le den a lo demás! —Le suplico con la mirada y continúo—. Si lo piensas con detenimiento, no es mal plan el que te ofrezco; es más, estoy salvándote de ti mismo. Solo hay que verte para darse cuenta de que estás hecho una puta mierda.

Se queda mirándome con fijeza y, tras varios segundos que me parecen eternos, suspira. Suspira, joder. ¿Qué cojones significa eso?

—¿Y William? —Que me pregunte por él me da una pequeña esperanza.

—Ni te preocupes, te ha dado el día libre. Eres un currante ejemplar —suelto con burla—. No sabes lo bien que te vende el cabrón.

Sonríe y niega con la cabeza como si no tuviera arreglo. Yo también lo hago. Soy consciente de que puedo llegar a ser muy tocapelotas cuando me lo propongo.

—¿Eso es un sí o un no? —pregunto, y resopla—. Es un sí, ¿no?

No contesta. Camina en dirección a su casa y me deja hablando solo. Lo sigo de cerca sin dejar de aportar mil razones por las que no puede dejarme tirado y debe acompañarme. Entra y me cierra en las narices, literalmente. Parpadeo, incrédulo, pero no tardo en reaccionar y golpeo la puerta con los nudillos de forma insistente para fastidiarlo.

—¿No quieres ayudarme? ¡Pues muy bien! Luego no vayas diciendo por ahí que eres mi amigo —grito sin dejar de aporrearla—. ¡Esto no se le hace a un colega, tío! —Pego la boca a la superficie de madera mientras pronuncio la frase para que me oiga alto y claro.

Jackson abre de un tirón con cara de querer molerme a palos cuando estoy a punto de volver a aporrear la puerta. Bajo la mano con lentitud, silbando como si la cosa no fuera conmigo, y sonrío.

—¿Paras o te arreo?

—¿Eso quiere decir que vas a ayudarme?

—Eso quiere decir que, si quieres seguir conservando todos los dientes, lo mejor es que pares.

Lo miro con asombro porque Jackson nunca me ha hablado con tanta dureza y empiezo a sentirme culpable por presionarlo tanto. Está claro que la vieja lo ha dejado jodido por el motivo que sea.

Suspiro resignado. Ha llegado el momento de darle un respiro y rendirse.

—Vale, lo pillo. —Opto por sonreír antes de soltar—: Te espero en el coche. —Y salgo por patas antes de que le dé por soltarme un puñetazo. Dicen que la esperanza es lo último que se pierde y yo no lo hago.

Camino hacia la furgoneta sin saber si mi amigo vendrá a salvarme el culo. Al menos, no podré decir que no lo he intentado, ¿no?

2

UNA SORPRESA CON NOMBRE DE MUJER



Y eso es todo por hoy —concluyo con una palmada al aire, satisfecho—. Mañana nos vemos a la misma hora.

Los alumnos asienten y cada uno carga con su tabla de surf hasta el almacén donde guardamos el material. Suspiro aliviado por haber acabado; al final, la cosa no ha ido tan mal como esperaba, aunque ha sido un día muy agotador.

Sigo a los turistas de cerca para acompañarlos a la escuela y, poco a poco, voy recopilando el material. Lo acomodo en la habitación del fondo, donde tengo que hacer un tetris para que entre todo. Este sitio se me quedó pequeño hace mucho, pero, por ahora, es lo que hay.

Jackson permanece a mi lado. Lo miro de reojo y sonrío. Al final se ha apiadado de mí y me ha acompañado, aunque lleva toda la clase con la misma cara; parece que tiene dolor de muelas. El muy cabrito no ha parado de gruñir como un perro rabioso, pero, para ser su primera vez enseñando y estar hecho una mierda, no lo ha hecho tan mal. El tío ha cumplido y se ha comportado como todo un campeón, así que no puedo quejarme.

—Tío, necesitas algo más grande, es imposible meterlo todo aquí dentro.

—Tranquilo, colega, ya estoy en ello. Mientras tanto, nos tenemos que apañar con este cuchitril.

Con mucho esfuerzo, lanzo la última tabla de surf dentro y cierro la puerta lo más rápido que puedo para evitar el efecto dominó. Me recuesto sobre la superficie de madera para asegurarme de que está completamente cerrada y que no va a salir volando por los aires cuando me retire.

Jackson se descojona al verme y yo le palmeo la espalda satisfecho porque he logrado mi propósito: que todo quede dentro.

—Ni tan mal, ¿eh? —Gruñe como de costumbre y lo dejo por imposible.

Rodeamos la escuela de surf y accedemos a mi casa por la parte trasera. La vivienda está situada encima de la tienda que, a su vez, se encuentra ubicada de forma paralela a la escuela. Digamos que tengo un tres en uno: tienda, casa y escuela; todo junto. Según mi madre, supe distribuir bien el espacio.

Al entrar en casa, paso directo a la ducha y dejo a Jackson merodeando en el salón. Tenemos la suficiente confianza como para que haga lo que le salga de las pelotas mientras termino. No tardo en quitarme la sal y adecentarme, aunque me encantaría quedarme un rato más bajo el chorro de agua caliente; siento los músculos entumecidos.

Salgo y Jackson coge el relevo, yo me dirijo a la cocina. Abro la nevera y me rasco la nuca al darme cuenta de que no tengo gran cosa que ofrecerle al capullo de mi amigo.

Sale del baño y se dirige hacia donde me encuentro. Giro al sentirlo tras mi espalda y suelto:

—Pensaba hacerte algo decente para cenar después del favor que me has hecho, pero tengo el frigorífico en los hierros, así que te invito fuera.

Pasa por mi lado y saca una lata de refresco mientras eleva la ceja. Sé lo que está pensando, que comida no tendré, pero de bebida puedo abastecer a un estadio de fútbol completo.

—Invítame a esto. —Eleva la lata y se la bebe en un abrir y cerrar de ojos—. Prefiero salir; no sobreviviría a otro de tus sándwiches vegetales, son una auténtica mierda.

—¡Serás capullo! —Le lanzo un trapo de cocina y lo esquiva—. Al menos, yo te pongo algo de comer, no como otros.

—Anda, vamos antes de que me arrepienta.

Bajamos por las escaleras de caracol internas que llevan directas a la tienda de surf. Soy un obseso del control con lo relacionado a mi negocio, por eso siempre reviso que todo está en orden antes de marcharme a ninguna parte. Caminamos por la oscuridad del establecimiento sin

dificultad, conozco a la perfección cada palmo de este sitio y compruebo la caja registradora antes de conectar la alarma para marcharnos. Estamos a punto de salir cuando me doy cuenta de que la luz del almacén sigue encendida.

—Dame un minuto. Kimba se ha dejado encendida la luz del almacén. La apago y vengo. Ve tirando tú si quieres.

—De acuerdo, en la puerta te espero.

Al llegar al almacén, me sobresalto y maldigo en voz alta.

—¿Se puede saber qué cojones hacéis las dos aquí? Menudo susto me habéis dado.

Oigo pasos a mi espalda y, al voltearme, me encuentro a Jackson, que se detiene en un segundo plano. Está claro que la curiosidad lo ha traído de vuelta. Por su cara, no tengo duda de que está tan sorprendido como yo de verlas aquí.

Kimba e Ivy me miran con cara de sorpresa. En realidad, Ivy es la que me mira con cara sorprendida y Kimba lo hace con fastidio. Vuelvo a maldecir. Odio que me mire así y, últimamente, lo hace demasiado para mi gusto.

Kim permanece en silencio, retándome con la mirada, y es Ivy la que decide hablar. Suelta una explicación atropellada que me cuesta seguir. Las observo a ambas con los ojos entrecerrados antes de decir:

—A ver si lo he entendido, ¿estáis acabando un trabajo de la universidad, aquí, las dos juntas, en mi local? ¿Cuando ya está cerrado, sin mi permiso, porque no queréis que una vaya a la casa de la otra?

Ambas asienten sonrientes porque he entendido su explicación. Bufo al verles la cara porque no sé qué otra cosa hacer.

—¿Hasta cuándo pensabais estar aquí? —Ninguna dice nada y me dirijo a Kim—. Y lo más importante, ¿tenías en mente decírmelo?

Se pone en pie para encararme.

—Lo hice esta tarde. Te avisé de que Ivy iba a venir para echarme una mano con el proyecto.

—Eso fue a primera hora, antes incluso de que recogiera a Jackson para las clases de surf. No sabía que os quedaríais después del cierre.

—Ya, pero todavía no hemos acabado. Pensé que no te importaría —dice, evitándome, y le hace un gesto silencioso a Ivy pidiéndole disculpas. Esta niega con la cabeza como si no tuviera importancia lo que está sucediendo—. Si te molesta que sigamos aquí, nos vamos.

—¿Cómo me va a molestar? Me fastidia que no me lo digas y no saber qué pasa en mi negocio.

—¡Te lo dije! —me espeta, cabreada, como si no acabara de escuchar la explicación que me ha dado.

Resoplo frustrado. Parece que no sabemos comunicarnos sin discutir.

—Si tienes algún problema conmigo, dímelo. —Kimba se pone a la defensiva y ni siquiera sé qué cojones he dicho para que lo haga.

—Kim —la llama Ivy—, en realidad, ya no nos queda nada por hacer. Podemos seguir mañana si lo prefieres.

Kimba me taladra con la mirada como si yo tuviera la culpa y cabecea antes de hablar.

—Será lo mejor, ya es tarde. —Suspiro aliviado al oírla. Discusión cerrada y sin que se nos haya ido de las manos, todo un logro para Kim y para mí—. Lo dejamos para mañana. Solo me quedan un par de dudas por aclarar.

Ivy asiente y guarda sus pertenencias en la mochila. Está claro que quiere salir pitando de aquí.

Miro a Jackson, que tiene cara de estar pensando lo mismo que yo, y me doy cuenta de que aprieta los puños. Está claro que el muy cabrito está pillado por Ivy y salta a la vista que se muere por pasar un rato junto a ella, por eso decido intervenir antes de que se marche.

—Nosotros vamos a cenar. ¿Os apetece uniros? —les propongo a las dos; no es plan de excluir a Kim por mucho que no me apetezca cenar con ella. Joder, se supone que somos amigos desde hace mil años y no debería pensar estas mierdas, pero no sé qué me pasa últimamente. Algo está cambiando entre nosotros y no soy capaz de descubrir qué narices es. Y eso me frustra. Mucho.

Kim acepta encantada sin percatarse de mi incomodidad y Jackson aguarda expectante la respuesta de Ivy. Podría asegurar que ha dejado de respirar mientras espera.

—Bueno, yo me marcho, que lo paséis bien —dice Ivy.

Hace el intento de huir y por puro acto reflejo me interpongo en su camino. No voy a permitir que se vaya. Quiero que cene con mi amigo. Se lo debo, me ha salvado el culo hoy.

—La invitación también es para ti. —Me observa asombrada—. ¿Qué me dices? ¿Te quedas?

Sonrío de medio lado con cara de «no pienso dejar que te marches sin decir que sí», soy muy insistente cuando quiero. Ella parece pensarlo y clava sus ojos en los de mi amigo. Estudia a Jackson intentando decidir qué hacer. Las cosas entre ellos no son como hace años, estoy seguro, pero se merecen un acercamiento para aclarar posturas. ¡Qué cojones! Se merecen estar juntos y punto.

—Ivy —ahora es Kim la que habla—, recuerda lo que hablamos.

Parece reflexionar sobre lo que ha dicho su amiga, como si hablaran con un código secreto que solo ellas conocen. Frunzo el ceño, incómodo por mi amigo, que está a punto de ponerse azulado de tanto contener el aliento.

—Está bien, me apunto. —Parece rendirse y gira en mi dirección—. Gracias por invitarme.

Creo oír el instante justo en el que Jackson suelta todo el aire de sus pulmones y retengo una carcajada. Doy una palmada con aire teatral y las chicas ríen por mi gesto. Está claro que se me da de vicio ser el bufón del grupo sin pretenderlo.

—No se hable más, *pizza* para todos —suelto, satisfecho de salirme con la mía.

—¿Nosotros no íbamos al Riu? —me pregunta Jackson, extrañado.

—Cambio de planes. No creo que sea un sitio apropiado para ir con las señoritas. —Kim me fulmina con la mirada, como si quisiera desintegrarme antes de hablar.

—No iríais a ir a un club de alterne, ¿no? —Que Kim diga eso me duele. Siempre piensa lo peor de mí y eso me jode. Mucho. Por eso no dudo en contestar con toda la chulería que puedo.

—No, pero algo parecido. —No confirmo ni desmiento, pero dejo abierta una pequeña posibilidad para fastidiarla. Adoro hacerlo.

Pongo mi mejor pose de canalla para darle mayor peso a mis palabras y parece que surte efecto. Las chicas se sonrojan y Jackson tiene los ojos brillantes y una expresión extraña en la cara, como si se estuviera atragantando con su propia risa. Seguro que el muy capullo se está mordiendo la lengua para no preguntarme de qué cojones hablo.

—Jackson y yo iremos a por la comida, vosotras podéis acabar lo que estáis haciendo. —Señalo sus mochilas para que entiendan a qué me refiero y continúo—: Dadme un minuto y vuelvo.

Subo por las escaleras de caracol antes de que ninguno tenga tiempo de decir nada. Entro en casa y cojo las llaves de repuesto que guardo en el mueble del *hall* y bajo tan aprisa como he subido. Cuando estoy de nuevo frente a ellas, digo:

—Tomad las llaves de repuesto. Esperad en casa a que regresemos, estaréis más cómodas. —

Kim coge las llaves de mi mano y, al hacerlo, roza sus dedos con los míos. Un roce sutil y casual que me tensa. ¿Desde cuándo la princesa tiene la piel tan suave? De pronto hace un calor de mil demonios aquí dentro y carraspeo para seguir hablando—. Bueno, vamos, Jackson. No creo que tardemos mucho en regresar.

Me siento nervioso, incómodo. Como si fuera un intruso en mi propiedad.

—¿Y por qué tenemos que ir a por ellas en vez de pedir a domicilio? —protesta el capullo de mi amigo.

—Las *pizzas* favoritas de Kimba no tienen entrega a domicilio —suelto como si fuera lo más obvio del mundo. Siento tres pares de ojos clavarse en mí y evito mirar a Kim. Necesito salir cagando leches de aquí—. Así que vámonos ya.

Doy un par de pasos en dirección a la salida e intento controlarme. ¡Joder! No puedo salir por patas como si fuera un mocoso asustado. ¿O sí?

—Liam —me llama Ivy cuando estoy a punto de alcanzar el pomo de la puerta—, ¿por qué no te acompaña Kim?

Y no sé qué me sorprende más, si que Ivy se atreva a proponer tal cosa o que Kim no se oponga y grite histérica por haberlo hecho.

Giro con lentitud, procesando sus palabras, y compruebo que Kimba está igual de sorprendida que yo por la propuesta. Es más, diría que, si pudiera, le daría un puntito en la boca a su amiga para que no siga hablando.

Me quedo mirándola ahora que no se da cuenta, está tan concentrada en Ivy que no sería capaz de verme ni aunque me tuviera a un palmo de distancia.

Valoro lo que acaba de proponerme Ivy. «¿Por qué no te acompaña Kim?».

¿Ella y yo, encerrados en el mismo coche, durante lo que me parecerá una eternidad? ¡No, ni de coña!

—Es que tengo que hablar algo importante con Jackson —dice, apresurada mirando al aludido de reojo.

Observo a mi amigo, que parece perplejo y deseoso a la vez de quedarse a solas con Ivy. Tenemos un intercambio rápido de miradas y yo no tengo ni puñetera idea de qué cojones hacer. Jackson me grita, sin necesidad de hablar, que me largue, pero yo no quiero hacerlo. No, acompañado de Kim.

Reto a Jackson con la mirada con la intención de que capte el mensaje que intentan lanzarle mis ojos: «Si me marcho con Kimba, me deberás una muy gorda, capullo, y lo sabes».

—Esto… —empiezo, dubitativo. Me rasco la nuca y asiento por inercia. Estudio a Kim, que parece tan nerviosa como yo—. Sí, claro. ¿Por qué no? —concluyo.

«¿Por qué? Por un millón de motivos, imbécil», me reprocho en silencio, pero ya es demasiado tarde para echarme atrás. Al fin y al cabo, solo es Kim, ¿no?

—Entonces, vámonos —la reto, y ahora es ella la que asiente.

Salimos juntos del establecimiento y creo que, en toda nuestra vida, nunca, jamás, el silencio entre nosotros ha sido tan denso y aplastante.

3

UNA FIESTA IMPROVISADA
Y UNA CAGADA MONUMENTAL



No sé qué me pasa, pero de un tiempo a esta parte no me gusta quedarme a solas con Kim cuando antes era uno de mis pasatiempos favoritos. Me siento incómodo. Por eso la rehúyo en la medida de lo posible teniendo en cuenta que trabaja en mi establecimiento y, a veces, es misión imposible.

Hemos pasado de estar juntos a todas horas a evitarnos como si tuviéramos la peste y, aunque es algo que yo mismo practico cada día, me jode.

Kimba es la mejor amiga de mis hermanas, sí, pero también es la mía. O al menos lo era hasta hace bien poco. ¡Por el amor de Dios! Llevamos tres tercios de nuestras vidas compartiéndolas juntos. Con nuestros más y nuestros menos. Pero siempre ha existido entre nosotros esa especie de complicidad natural que nos acercaba un poquito más. Como si existiera un hilo invisible que tirara de nosotros.

No recuerdo ningún momento difícil de mi vida en el que Kim no haya estado presente y me haya apoyado. Y viceversa. Por eso no entiendo cómo hemos pasado de ser los mejores confidentes —Kim conoce movidas de mi vida que nadie más sabe—, a parecer dos completos extraños que apenas se soportan.

Subimos a mi furgoneta con el silencio envolviéndonos y lo odio. Arranco y me incorporo a la carretera en mitad de la negrura de la noche con la cabeza echa un auténtico lío.

—Estarás contento, ¿no? —Kimba se gira en mi dirección con los brazos cruzados mientras pronuncia las palabras. La miro de reojo sin perder de vista la carretera. Debe de estar muy cabreada para iniciar ella la conversación, suele ser demasiado orgullosa como para hacerlo—. Me has avergonzado delante de Ivy y de Jackson. Ya he pillado el mensaje, no me soportas, pero podrías haberte ahorrado el numerito de hace un rato.

Ahí está el enfado tomando la iniciativa por ella. Escupiendo reproches. Niego con la cabeza porque no puede hablar en serio. Si alguien debe estar cabreado de los dos, ese soy yo. Es mi negocio. Y ella es la que me ha ocultado que estaban en él.

Suelta un ruidito acusador al verme negar indignado y es lo último que necesito para que algo en mi interior bulla como si acabaran de arrojar un puñado de mentos en un estanque lleno de Coca-Cola. Y todo salta por los aires.

—¿Que yo te he avergonzado delante de tu amiga?Debes estar de coña! He quedado como un auténtico pringado por tu culpa. Uno que no tiene ni puñetera idea de lo que sucede en su negocio cuando no está presente.

—Ya eras un idiota sin mi ayuda, te lo aseguro, pero hoy te has cubierto de gloria —eleva la voz varios tonos a medida que habla—. ¡Joder, Liam! Ni que me hubieras encontrado en el almacén liándome con un tío. ¡Solo-estábamos-trabajando! —La última frase la pronuncia de forma pausada, dándole énfasis a cada palabra, pero sin ser capaz de controlar el enfado.

Mi cerebro va por libre y diseña un boceto rápido de Kim y otro tío enrollándose en mi almacén. Eso incrementa mi enfado.

Bajamos del coche sin dejar de discutir. La «conversación» ha pasado a un plano más personal; dejando olvidado el motivo inicial y, sin pretenderlo, comenzamos a reprocharnos cosas que no vienen al caso.

No sé en qué maldito momento Kim ha dado un paso al frente y se ha acercado tanto. Ni por qué me apunta con un dedo acusador a tan solo un palmo de distancia. He dejado de escucharla. La rabia brota de mi interior y los oídos me pitan.

Ella vuelve a inclinarse sobre mí sin dejar de gritarme. No me entero de nada. No la oigo. Estoy demasiado cabreado para hacerlo. Solo soy capaz de ver cómo sus labios se mueven a una

velocidad de vértigo disparando palabras y reproches. Estamos demasiado cerca. Y huele demasiado bien. Y yo soy demasiado imbécil. Por eso la agarro por la nuca y la beso.

Desconozco si mi intención es acallarla o darle respuesta a la maldita pregunta que lleva días rondándome la cabeza. Comprobar a qué sabe Kim se estaba convirtiendo en una cuestión de Estado. Una necesidad errónea e inadecuada pero necesaria, al fin y al cabo.

Mi contacto la paraliza y el beso no es más que un choque de labios. Dos trenes de alta velocidad colisionando. Un impacto producido por la rabia, por el enfado, por la incapacidad de controlarme unido a su asombro. Y, sin embargo, ese roce es capaz de generar en mi cuerpo una corriente de alto voltaje. Como si acabara de tener la estúpida idea de juntar los cables de fase y neutro, olvidándome de la toma tierra, y recibiera una descarga eléctrica de cojones que me deja medio lerdo. Debo de estarlo para hacer semejante tontería.

Nos separamos con la respiración acelerada. Por la discusión, por el momento, por la intensidad, yo qué sé. Lo único cierto es que cuando nos miramos a los ojos, jadeantes, no soy capaz de descifrar qué quieren decirme los suyos y espero que no sepa descifrar lo que aguardan los míos, porque tengo los sentimientos a flor de piel y eso, jamás en mi vida, me había sucedido.

Ninguno de los dos dice nada, es más fácil ignorar lo que acaba de suceder que aceptar lo obvio. Reconocer que algo está cambiando entre nosotros es jodido, demasiado complicado para pensar ni siquiera en ello.

Entramos en la pizzería sin intercambiar palabra e intento aplacar los nervios pidiendo todo lo que se me ocurre de la carta. Sé que es demasiada comida, pero me da igual. Espero que Kim suelte algún comentario ácido, algo así como que me estoy comportando como un capullo, y no podría tener más razón, estoy intentado obtener una reacción por su parte, pero, para mi asombro, no lo hace. No dice nada y sigue en silencio.

Cuando apago el motor frente a mi casa, seguimos en la misma línea. Ni una palabra. Solo silencio. Uno que pretende aplastarme y que deseo dejar pronto atrás, por eso salgo de la furgoneta despedido, como si hubiera fuego en su interior.

Subo las escaleras y respiro profundo. Necesito recuperar el control y parecer el mismo de siempre. Jackson e Ivy no pueden enterarse de lo que acaba de pasar entre la princesa y yo.

Entro en casa y me encuentro con mi amigo en el salón. Sigo de largo hasta la cocina y dejo sobre la encimera un montón de cajas de *pizzas* y bolsas llenas de comida y bebida.

—¡Ya estamos aquí! —anuncia Kim cuando entra en casa como si no fuera algo obvio—. ¿Dónde está Ivy? ¿Se ha marchado?

Le pregunta a Jackson y no oigo la respuesta, pero a los pocos segundos aparece en la cocina.

—¿Qué habéis traído? —quiere saber cuando llega a mi altura y me encuentra rodeado de bolsas.

—*Pizzas*, patatas fritas, refrescos, aros de cebolla, hamburguesas con remolacha y un puñado de Tim Tam.

—¿Y cuántos se supone que vamos a comer? —No sé qué decirle, no pienso reconocer que toda esta comida es la consecuencia de mi discusión con Kim, así que, con toda la normalidad del mundo, abro una barrita de Tim Tam y me encojo de hombros.

—Da igual, así no tengo que cocinar mañana. —Lo estudio con interés porque algo no me cuadra—. ¿Qué te ha pasado? Tienes una cara de recién follado que no puedes con ella.

Me fulmina con la mirada y yo guardo silencio. En ese instante la puerta del baño se abre y sale Ivy, demasiado tímida y con un rubor en las mejillas que no tenía hace un rato. Miro de reojo a Jackson, que la está mirando con cara de gilipollas y casi le salen corazoncitos de los

ojos. Blanco y en botella. Estoy seguro de que acabo de dar en el clavo. Estos dos se lo han montado mientras Kim y yo estábamos fuera.

Le guiño con picardía, dejándole claro que sé a la perfección lo que ha pasado.

—¡Cierra el pico! —susurra—. No quiero que digas ni media palabra, ¿entendido?

—Entendido. —Le palmeo la espalda con complicidad y me acerco para que solo él pueda oírme—. ¿Sabes que estás muy jodido?

—Más de lo que crees. Llevo así demasiados años.

—¿Y no piensas que ya es hora de que eso cambie?

No responde y pasa de mí. Con paso decidido, camina hacia Ivy, que no sabe dónde meterse. Sonrío al verlos y disimulo para que no se sientan observados, al parecer, mis palabras han surgido efecto y Jackson aprovecha para darle un sutil beso en los labios.

—¡Hostia! —Kimba suelta el taco en voz alta y la parejita feliz se separa. Ivy, sonrojada y Jackson cubre el cuerpo de ella con el suyo sin achantarse porque los hayan pillado—. ¿Se puede saber desde cuándo sucede esto y por qué yo no me he enterado?

—Kimba, déjalos —le digo—. No es asunto tuyo.

—Claro que es asunto mío —me rebate—. Es mi amiga. Así que sí es asunto mío.

Se cruza de brazos, retándome, y a mí me crispa los nervios; acabamos discutiendo los motivos por lo que Kimba debe o no saber que Jackson e Ivy están liados.

Jackson interviene para que no llegue la sangre al río y calma un poco los ánimos entre nosotros. Respiro con fuerza por la nariz e intento relajarme. Está claro que el beso que nos hemos dado hace veintitrés minutos exactos ha tensado aún más la situación entre los dos.

Ponemos sobre la mesa lo que he comprado en la pizzería y nos sentamos en el suelo para degustar el banquete. Acaba sobrando comida, como esperaba, y las chicas proponen ver una película.

Jackson e Ivy se sientan en el sofá acurrucados como dos tortolitos y yo aprovecho para sentarme en el otro extremo, lo más alejado que puedo de ellos, pero, sobre todo, de Kimba.

La película acaba y les propongo hacer un juego para pasar el rato; aceptan encantados. Miro de reojo a Kim, estudiando su reacción, pero, en contra de todo pronóstico, no sale huyendo como esperaba y decide jugar.

Que acepte mi propuesta me descoloca y los nervios me sacuden el estómago como si fuera un adolescente. Me escaqueo a la cocina y regreso con una botella de alcohol y cuatro vasos de chupitos. No sé si será buena idea lo que estoy a punto de proponer, pero es que ahora mismo no soy capaz de pensar con claridad.

—A ver, el juego va así: yo elijo a alguien, me hace una pregunta y contesto con la mayor sinceridad posible. Si digo la verdad, tendré que beberme un trago de esto. —Señalo la botella y Kimba me mira con cara de asco, cosa que me arranca una sonrisa.

«Esperaba esa reacción por tu parte, princesa. Vamos, estás a tiempo, échate atrás. Di que no quieres jugar». La reto con la mirada sin decir ni una palabra, pero parece no captar mi intención. Como no obtengo la respuesta que espero, continúo hablando.

—Si miento y me pilláis, tendré que gastarle una broma a la última persona a la que haya llamado desde mi móvil. —La estudio mientras hablo y no me da ninguna pista de que se sienta incómoda con mi propuesta—. Después, será el turno de quien me ha preguntado. Y así hasta que nos apetezca.

Todos asienten mostrando su conformidad, así que comienzo el juego.

—A ver, empieza tú, Ivy. Pregunta lo que quieras. —Me mira sorprendida por que la haya

elegido, pronto se repone y lanza su pregunta con una sonrisa maliciosa que me pone en guardia.

—¿Te gusta mucho una chica y no se lo has confesado?

Me quedo petrificado, no me esperaba esa pregunta. ¡Joder con Ivy! Tira a matar.

Miro de reojo a Kim, que se aprieta las manos, nerviosa, y respondo sin darle muchas vueltas al asunto.

—Muy cierto. —Lleno el vasito hasta el borde y me lo bebo de un trago. Al dejarlo vacío sobre la mesa, soy consciente de que los tres me miran sorprendidos, como si no se esperaran esa respuesta. Mis ojos de nuevo recaen en Kimba, que ha apartado la suya y parece desilusionada con mis palabras, como si la hubiera defraudado. Verla así hace que me remueva inquieto—. Tu turno.

Le paso el testigo a Ivy con la intención de dejar de ser el centro de atención lo antes posible.

—Está bien. Kimba.

Elige a su amiga para que le pregunte y yo comienzo a sentir como el alcohol va caldeándome el cuerpo. Kim piensa un poco antes de preguntar:

—¿Estás enamorada? —Ivy se sonroja por la pregunta, pero contesta con rapidez.

—Sí —lo dice muy bajito.

Kimba suelta un gritito de emoción y se abrazan, y a mí casi se me cae la baba al ver a la princesa sonreír con su amiga.

¿Siempre ha sido así de guapa?

Ivy llena su vasito, agarro la botella y también lleno el mío. De un solo trago lo vaciamos a la vez. Las miro sonriente, quizás con un gesto un poco idiota, mientras el alcohol sigue anestesiando partes de mi cuerpo.

—Jackson —lo llama Kimba—, te toca.

—Hay un tío que te tiene como loca.

¡Joder! ¿Qué pasa esta noche? ¿No piensan dejar títere con cabeza?

Me tenso mientras espero su respuesta porque no me ha pasado por alto que Jackson no le ha preguntado, sino que ha hecho una afirmación.

La estudio con el ceño fruncido y Kim abre mucho los ojos antes de responder de forma atropellada.

—No, no es cierto.

Jackson e Ivy la abuchean y se sonroja. Cosa que me enciende. Los años que hace que la conozco me dicen que está mintiendo como una bellaca.

—Así que es verdad, ¿eh? —le pregunto, molesto. Me sostiene la mirada, pero no dice nada, solo se sonroja aún más. Lleno de nuevo mi vaso de chupito y me lo bebo, cabreado—. Muy bien, saca el móvil. Te toca llamar.

Kimba resopla y se levanta para cogerlo. Maldigo por lo bajo pensando en quién será el capullo que la tiene loca. Regresa y se sienta de nuevo en su sitio.

—¿De verdad tengo que llamar? —pregunta al aire sin mirar a nadie en particular.

—¡Por supuesto! —respondo, desafiante, y ella me fulmina con la mirada. No sé por qué narices estoy tan cabreado, pero lo estoy.

Sin apartar sus ojos de los míos, pulsa el botón de llamada y activa el altavoz. Suena el primer tono y yo trago con dificultad. Al segundo tono, alguien descuelga.

—¿Kim? ¿Qué tal, preciosa? —contesta una voz masculina al otro lado del aparato y yo comienzo a verlo todo borroso.

«¿Kim? ¿Qué tal, preciosa?». Dos preguntas que retumban en mi cerebro como si fuera la

mayor ofensa del mundo. Una señal de alarma se activa en mi cuerpo y me hace ponerme en pie. Camino hacia Kim y le quito el móvil de las manos cortando la llamada.

El silencio inunda la habitación por unos instantes.

—Ey, ¿qué haces? —protesta Kim, dándome un manotazo en la pierna.

—Tío, cálmate. —Jackson se pone en pie para quedar a mi altura—. Solo es una broma, parte de tu juego, ¿recuerdas?

Fulmino a Jackson con la mirada, como si fuera el culpable de lo que acaba de suceder.

—La ha llamado preciosa —lo suelto como si fuera idiota y no se diera cuenta de que acaban de insultar a Kimba en sus narices y yo he sido el único que ha reaccionado para defenderla.

—¡Porque lo es! —añade Ivy, defendiendo a su amiga y el idiota fuera yo.

—Colega, me parece que no estás siendo razonable.

Miro a Kimba, que parece avergonzada por mi actitud; me arrepiento de mi arrebato y vuelvo a maldecir. Ivy tiene razón, me estoy comportando como un capullo con Kim.

Me arrodillo frente a ella.

—Lo siento, Kim. —Quiero decirle que siento haberme comportado como un completo estúpido, pero no me salen las palabras. Ella asiente. Solo asiente y eso hace que me sienta aún más culpable por mi metida de pata.

Le devuelvo el móvil deseando que me mire, necesito saber que acepta mis disculpas y que entre los dos las cosas siguen bien. O al menos todo lo bien que funcionan últimamente. Kim agarra el aparato y se pone a teclear lo que supongo que será un mensaje para el capullo al que acabo de dejar con la palabra en la boca.

Regreso a mi sitio maldiciendo y vuelvo a tomarme otro chupito para celebrar que soy un gilipollas de campeonato. Sigo tomando un chupito tras otro mientras ellos continúan con el juego y yo no me entero de nada hasta que veo a Jackson e Ivy morrearse en mi salón.

—Buscaos una habitación, tíos —les grito—. Si no fuera porque estamos en mi casa, me marchaba ahora mismo. —Vuelvo a llenar el vaso para olvidar la tontería que acabo de soltar y, mientras lo ingiero, Ivy me pregunta.

—¿Qué harías si la chica de la que hablabas antes saliera con otro tío?

Pienso la respuesta unos segundos y la respuesta me llega más clara de lo que debería por el alcohol que he bebido.

—Me tocaría mucho las pelotas que lo hiciera. No considero que ningún tío esté a su altura.

Miro a Kimba con fijeza. Quiero que capte el mensaje. Que sea capaz de leer entre líneas. Por eso me frustro cuando sigue con la cabeza gacha mirándose las manos.

—¿Y por qué no te lanzas tú? —indaga Ivy.

—Porque yo tampoco soy lo bastante bueno para ella.

—¿Y si es lo que ella desea? —sigue presionándome.

—¡Ivy! —la interrumpe Kim. Parece nerviosa, como si no quisiera que continuemos con esta conversación.

—No, déjala que pregunte, no me molesta. —Giro en dirección a Ivy—. ¿Cuál era la pregunta?

—¿Qué pasa si ella quiere estar contigo?

Barajo esa posibilidad y niego con la cabeza.

—Lo dudo. No es ninguna estúpida.

Lleno de nuevo el vaso mientras los tres me observan sin perder detalle de ninguno de mis movimientos y me lo bebo de nuevo. El jueguecito se me está yendo de las manos.

—Bueno, yo me marcho. —Kimba sorbe por la nariz y ese sonido me pone alerta.

Alzo la cabeza y la encuentro con los ojos llorosos. Se ha puesto en pie y sin decir nada más se va de mi casa. Entro en *shock* e intento recordar las últimas frases que he pronunciado por si he dicho algo que la haga sentirse mal.

—Kim, espera, te acompaño. —Ivy sale corriendo tras ella y yo miro a Jackson sin comprender qué cojones acaba de suceder en mi salón para que las dos se acaben marchando.

Me pongo en pie con un poco de dificultad y Jackson me sigue. Palmea mi espalda antes de hablar.

—Tío, espabila o acabarás perdiéndola. Ahora te dejo, las acerco a casa.

—No, yo las llevo. —Doy un paso al frente y trastabillo. Al parecer, he bebido más de la cuenta.

Jackson me frena con una mano en el pecho.

—Anda y vete a la cama. Tú estás para que te lleven a ti.

Niego mirando el hueco del sofá que hace apenas unos segundos ocupaba Kimba. Maldigo al pensar en ella y, con paso decidido, me dirijo a la ventana. La abro de par en par y saco medio cuerpo por ella para buscarlas en el aparcamiento. Jackson me sujeta por detrás, como si temiera que fuera a precipitarme al vacío.

—¡Ivy! —grito sin importarme que pueda oírme alguien.

Kimba e Ivy miran hacia donde me encuentro y me parece ver cómo Kim se limpia los ojos. Tomo aire antes de gritar de nuevo.

—¡Te he mentido! Mi chica no es estúpida. —Guardo silencio unos instantes al darme cuenta de que me he referido a ella como «mi chica», pero me da igual, ahora mismo es lo que siento—. Soy yo el que está cagado de miedo.

Jackson tira de mí para que entre en casa y no siga haciendo el ridículo. Sujetándome por los hombros, me guía hasta mi dormitorio y de un empujón me tira sobre la cama. Caigo bocabajo y gruño por la postura, pero no puedo moverme. Giro la cabeza hacia un lado e intento llamar a Kimba, aunque solo soy capaz de balbucear su nombre.

—Liam, eres gilipollas —suelta Jackson antes de marcharse dando un portazo y dejándome con la sensación de que esta noche la he cagado a lo grande con la princesa.

4

APAGADO O FUERA DE COBERTURA



Liam, ¿se puede saber dónde cojones estabas? Los turistas llevan veinte minutos esperando a que aparezcas.

Robert camina hacia mí con paso acelerado como si hubiera cometido el peor delito del mundo. Elevo la mano para hacerlo callar y no me detengo. Paso de largo dando zancadas hasta llegar a la orilla. Sentir la arena húmeda bajo los pies me calma. Es una especie de bálsamo para la tormenta que sigue gestándose en mi interior.

—Llevo una puta hora llamándote al móvil y no contestas. —Se detiene a mi lado cuando sumerjo los pies en el agua para adaptarme a la fría temperatura. Sigo en silencio—. He subido a tu casa y tampoco estabas. Nadie tenía ni puta idea de dónde cojones andabas metido. —Tira de mi hombro derecho para que lo mire a la cara y quedamos frente a frente mientras me apunta con el dedo.

No le reprocho su actitud, aunque me encantaría, pero no quiero entrar en conflicto ni que me dé el coñazo. Sigo con el cerebro entumecido por la resaca y aún me cuesta pensar con claridad.

—Me ha tocado torear a treinta ingleses que odian la impuntualidad, creo que, al menos por eso, me merezco una explicación de por qué cojones has desaparecido sin decir nada.

Le sostengo la mirada sin pronunciarme. Lo conozco lo suficiente para saber que tiene un cabreo de primera y no me extraña, pero yo no me encuentro mucho mejor que él, así que no puedo contenerme cuando abro la boca.

—Robert, no me jodas. No se para el puto mundo porque desaparezca una jodida hora. ¿Para qué tengo empleados si no puedo largarme de mi negocio cuando me plazca?

Me fulmina con la mirada y no me achanto. Da un paso hacia mí y no cedo ni un milímetro.

—No soy tu puñetera criada, capullo, y por supuesto que no se para el mundo, pero no me pagas para cubrirte el culo y, sin embargo, lo he hecho. —Me mira con cara de que lo he decepcionado y yo resoplo frustrado. Nos conocemos desde hace años como para que me venga con estas tonterías—. Al menos avisa la próxima vez que se te ocurra desaparecer para que no piense que te ha tragado la jodida tierra.

—Lo siento, ¿vale? No podía dormir y me largué de madrugada a ver si despejaba la mente. —Escucha con atención lo que digo y me veo obligado a darle una breve explicación—. Anoche tuve una movida con Kimba y necesitaba pensar en lo que había pasado.

Robert eleva la ceja sin decir nada, dejando claro que quiere más información.

—Invité a Jackson a cenar y al final terminaron comiendo con nosotros Ivy y Kimba. —Agranda mucho los ojos sin creer lo que digo, y resoplo. No me apetece una mierda contarle lo que pasó después—. La cagué, ¿vale? Y ahora se me cae la cara de vergüenza de encontrarme con Kim, por eso no la he avisado de que me largaba. Sé que le debo una disculpa y no sé cómo cojones dársela.

Robert asiente, como si entendiera a lo que me refiero, y me palmea la espalda sonriendo de medio lado. Parece que parte de su cabreo se ha esfumado al comprender lo que me sucede.

—Qué cabronas son las mujeres y cómo lo complican todo. —Lo miro sorprendido. Nunca suele hablar en esos términos. Niega con la cabeza y prosigue—. Pero no podríamos vivir sin ellas, ¿eh?

No respondo. Me limito a estudiar el horizonte. Las olas comienzan a tomar unas dimensiones considerables y el cuerpo me pide que me sumerja en ellas para dejar de pensar.

—Ve a buscar a los turistas mientras me doy un baño, no quiero que se pongan de mala hostia antes de comenzar las clases.

—Te aseguro que ya lo están.

Maldigo en silencio y me rasco la nuca intentando dar con una solución que los calme.

—Diles que el alquiler del equipo corre de mi cuenta y que tendrán un cincuenta por ciento de descuento en las próximas clases si vuelven. —Guardo silencio unos instantes por si puedo ofrecerles algo más—. Que Kimba les regale algunos de los *souvenirs* que vendemos en la tienda, siempre se van cargados de esos trastos cuando se marchan, así que les gustará el detalle.

Me aprieto las sienes con fuerza para acallar el dolor de cabeza. Las náuseas me trepan por la garganta e intento mantenerlas a raya respirando hondo. Es demasiado temprano para lidiar con una resaca, el sentimiento de culpa y turistas insatisfechos. No puedo manejarlo todo a la vez en este estado.

Cierro los ojos y me concentro en el sonido de las olas al romper. La suave brisa me refresca el rostro y el olor a salitre lo inunda todo. Mi pequeño remanso de paz en el que siempre me refugio me calma.

—Espero que sea suficiente para callarles la boca —hablo con los ojos cerrados sin querer mirarlo.

—Estás siendo demasiado generoso, no creo que pongan pegas.

Asiento. Es justo lo que pretendo para no tener que soportar malas caras durante la próxima hora. Amo dar clases de surf a la gente y que puedan experimentar lo que siento cada vez que me subo a una tabla, pero odio hacerlo cuando hay malos rollos. No soporto trabajar con malas vibraciones porque al final nadie disfruta de la experiencia.

—Dile a Kimba que puede marcharse a la hora del almuerzo. Tiene la tarde libre.

—¿No piensas hablar con ella para aclarar las cosas?

—Aún no.

—Liam, no seas gilipollas. Kimba trabaja en tu negocio, la tienes que ver todos los putos días, no puedes evitarla de por vida.

—Eso ya lo sé.

Lo dejo con la palabra en la boca y, sin querer pensar más, me tiro de cabeza al agua. El cambio brusco de temperatura me sacude por completo y me espabilo al instante. Me obligo a bracear con fuerza a pesar de que cada músculo de mi cuerpo se queja. El frío se clava en mi piel como si fueran alfileres y necesito moverme más rápido para entrar en calor. No he tenido tiempo de ponerme el neopreno, así que más me vale desentumecerme si quiero pasar la siguiente hora sumergido en estas aguas impartiendo clases.

No sé cuánto tiempo llevo dejándome mecer por las olas, pero cuando salgo del mar, Robert tiene a todos los turistas perfectamente alineados en la orilla. Cada uno está frente a su tabla de surf. Él comienza a darles instrucciones sobre cómo mantenerse de pie sobre la tabla y les explica los movimientos básicos para lograrlo.

Para mi sorpresa, están más sonrientes de lo que esperaba. Al parecer, el «soborno» ha surgido el efecto deseado.

Me acerco al grupo con una sonrisa impostada en la cara e intento actuar como el Liam de siempre. Mi mal humor se queda en el mar, de momento.

Robert se da cuenta de que me acerco a ellos y habla en voz alta.

—Y ese que viene por ahí es Liam, el otro instructor que os enseñará a coger olas alucinantes y a permanecer sobre la tabla sin que traguéis mucha agua.

Todos se ríen por el comentario y yo los imito. Doy una palmada al aire y elevo la voz para que me oigan con claridad.

—¿Estáis preparados para disfrutar de la mejor experiencia de vuestras vidas? —Me detengo

ante ellos con las manos en las caderas más que dispuesto a que así sea.

La clase transcurre con total normalidad y, antes de darme cuenta, ha acabado. Robert se marcha con los turistas para acompañarlos a los vestuarios y yo me quedo en la orilla amontonando las tablas para devolverlas al almacén. Por norma general, cada alumno lleva la suya de vuelta; en este caso, he decidido hacer una excepción con ellos por las molestias.

Hoy ha sido un día de mucho oleaje, así que han podido practicar de lo lindo. Para la gente que no está acostumbrada a pasar el día sumergida en el mar, como es mi caso y el de Robert, les supone acabar agotados. El surf es un deporte muy exigente que requiere de una buena forma física para mantener el ritmo.

Me hago con dos tablas bajo cada brazo y camino hacia la escuela. En ese instante, Kimba sale de la tienda por una puerta paralela del local y gira el cartel de bienvenido para indicar que la tienda acaba de cerrar. Me quedo observando cada uno de sus movimientos, embobado. Ella se gira como si fuera consciente de que alguien la observa y sus ojos conectan con los míos. Una especie de nudo se forma en mi garganta dejándome paralizado. Kimba es la primera en reaccionar y rompe el contacto visual. Demasiado rápido para mi gusto. Se ajusta el bolso sobre el hombro y guarda las llaves como si estuviera nerviosa.

La veo alejarse hacia el aparcamiento y reanudo mis pasos sin perderla de vista. Acabo de ser consciente de que me había detenido al verla. A lo lejos, vislumbro cómo Kimba se acerca a un coche que no es el suyo. Arrugo el entrecejo porque conozco a la perfección cada vehículo de los habitantes de Torquay que se mueven por la zona y este no me suena de nada.

Robert sale a mi encuentro y coge las tablas que llevo en una mano.

La curiosidad me mata por saber de quién se trata y no dudó en preguntarle a Robert.

—¿Sabes con quién se va? —Robert me observa sin comprender a qué me refiero y señalo con la cabeza el Toyota que se acaba de poner en marcha y al que se ha subido Kim.

—Creo que con ese tipo de la universidad. ¿Oliver se llama?

Asiento y tiro las tablas de cualquier forma en el interior del cuartillo donde guardo el material de surf.

No me gusta ese tío. Nunca me ha caído bien. Tiene algo en su actitud que no me cuadra. No es la primera vez que lo pillo mirando a Kimba de una manera «poco decente».

Aprieto los puños y me muerdo la lengua para no decir en voz alta lo que en realidad pienso de él.

Terminamos de guardar las tablas que faltan y cuando el último alumno se marcha, me froto la frente, agotado. Las horas de surf y el no haber dormido, junto a los últimos coletazos de resaca, me están pasando factura.

—Robert —lo llamo para que me preste atención—, tienes el resto del día libre. No quiero verte más el careto hasta mañana.

—¡Joder! Pues sí que estás jodido de cojones para darnos la tarde libre a los dos. ¿Tan mal te portaste anoche? —Pone cara de sinvergüenza, lo que es, y continúa hablando—. No te tirarías a ninguna tía en presencia de Kimba, ¿no?

Que me vea capaz de hacer semejante estupidez me pone de mala hostia.

—¡Vete a la mierda, Robert!

Me marcho a casa y subo por las escaleras traseras de la tienda de dos en dos. Estoy cabreado. Quizás demasiado para mi propio bienestar.

Recordar cómo acabó la noche anterior por mi comportamiento no lo mejora. Mi conciencia sabe que fui un imbécil y me lo restriega por las narices a cada rato; así no hay quien se olvide

del asunto.

No he sido capaz de disculparme con Kim esta mañana. Y pasarme la jornada laboral metido en el mar dando clases no ha sido más que una excusa para no pasar por la tienda y encontrármela.

Yo, Liam Evans, un hombretón de metro ochenta con una complexión fuerte y acostumbrado a desenvolverme entre las mujeres sin despeinarme, que cosecho una fama de rompecorazones labrada a base de bien, no he sido capaz de enfrentarme a esa pequeña diosa de ojos verdes, nariz respingona y boca en forma de corazón porque estaba cagado de miedo y no quería ver su reacción.

Abro la puerta de casa y me dejo caer en el sillón sintiendo un agotamiento absoluto.

El cabrón de Robert piensa que estoy así porque me he tirado a una tía delante de Kim. ¿Es que acaso piensa que soy idiota? ¿No ha escuchado que también cené con Jackson e Ivy?

Me remuevo inquieto sobre el asiento. ¡Joder! Somos colegas desde antes de que se nos cayera el primer diente de leche, ¿de verdad piensa que soy capaz de hacer algo así?

Recuerdo la sonrisilla estúpida con la que ha acompañado sus palabras y me dan ganas de saltarle los dientes de un puñetazo. Sí, no tengo duda de que lo decía en serio, lo conozco demasiado bien.

¡Cojonudo! Simplemente, cojonudo.

Siento la cabeza a punto de estallar y lo único que me apetece es tomarme dos analgésicos y pasar el resto del día metido en la cama.

Rescato el teléfono de encima de la mesita y subo los pies. Tengo más de una veintena de llamadas perdidas y al menos cincuenta mensajes de voz. La gran mayoría son de Robert preguntándome dónde cojones estoy metido. Uno de los motivos por los que no he contestado sus llamadas es porque me dejé el móvil en casa al marcharme. Tras escuchar el segundo audio, tengo claro que todos van en la misma línea, así que no me molesto en abrir los siguientes.

También tengo algunos de Mia y Lily, pero ahora mismo no tengo la cabeza para sus tonterías, paso de ellas y abro el único mensaje de texto que tengo de Jackson.

Jackson:
Capullo, te recojo a las cuatro.

Liam:
¿Y dónde se supone que vamos?

Jackson:
A Coles.

Liam:
¡No me jodas, Jackson!
No tengo el cuerpo para ir de tiendas.

Jackson:
Me debes una, así que no puedes negarte.

Tiro el aparato sobre los cojines del sofá y resoplo con fuerza. Tiene razón. Le debo una y gorda. Ayer me salvó el culo al ayudarme a impartir las clases de surf cuando a Robert lo dejó el coche tirado. Me hizo un favor demasiado grande como para decirle que no a lo que cojones quiera hacer en ese sitio.

Resoplo exasperado.

¿Por qué tengo que tener a Pepito Grillo de conciencia?

Agarro de nuevo el teléfono, refunfuñando, y tecleo dos palabras.

Liam:
Está bien.

Jackson:
OK, nos vemos en un rato.

Lanzo el aparato al otro sillón y entrelazo las manos en la nuca. Pretendo estirarme; a pesar del ejercicio, siento el cuerpo agarrotado.

Me pongo en pie de mala gana y me dirijo a la cocina, donde pongo a calentar las sobras de la noche anterior y me dirijo al cuarto de baño. Necesito una ducha y comer algo antes de que el capullo de Jackson venga a buscarme.

Maldigo de nuevo porque me ha fastidiado los planes de quedarme en la cama descansando y eso me pone de mala hostia. Más aún si es posible.

¡Mierda!

El Liam malhumorado está de visita y odio las apariciones estelares que tiene. Gracias a Dios no suele visitarme mucho, porque cuando me pongo en plan cabrito, no hay quién me aguante.

5

LA JUGADA DEL KARMA



Joder, tío. ¿Puedo saber qué cojones es tan importante para que me arrastres a estas horas aquí?
—Deja de tocarme los huevos, Liam. No has parado de protestar desde que hemos salido.

—Será porque no tengo ganas de estar aquí.

Elevo la voz más de la cuenta y me fulmina con la mirada, pero no dice nada. Sabe que estoy de un humor de perros, por eso me mira con cara de perdonavidas.

Jackson baja de la *pick-up* para no seguir escuchándome y cierra de un portazo. Me quedo mirándolo y él me observa a través de la ventanilla con cara de pocos amigos, como si le apeteciera tan poco como a mí estar aquí. Algo que no entiendo. Este plan ha sido idea suya.

Hace un movimiento de cabeza para que lo siga y yo me resisto a bajar. He tenido un día de mierda y no me apetece jugar a las casitas como si fuéramos un matrimonio feliz. Pero él no se ablanda y termino cediendo.

Resoplo y salgo del vehículo sin ganas. No tendría que haber venido. Ni siquiera debería haber leído su mensaje, así no le habría dicho que sí cuando lo único que quiero es meterme en la cama y olvidarme del jodido mundo.

Me sitúo a su altura con la intención de soltarle alguna bordería, pero me contengo, no tengo el cuerpo para discutir. Aún siento los últimos coletazos de la resaca y el peso de la vergüenza sigue siendo demasiado grande. Tanto como si arrastrara una cruz de penitencia.

Una situación tan frustrante que no sé cómo gestionarla, porque por primera vez en mi vida mi estado de ánimo tiene nombre y apellido y eso es toda una novedad para mí.

Una sensación de agobio me recorre el cuerpo de pronto. No debería seguir dándole vueltas al asunto, lo sé, no he cometido ningún delito. Creo que si repito muchas veces esa frase, al final, terminaré por convencerme de ello.

Resoplo porque soy idiota.

Los ojos de Kimba anegados de lágrimas me siguen torturando por mucho que me empeñe en olvidarlos, y eso es un problema.

Ese último cruce de miradas que tuvimos antes de que se marchara de mi casa me persigue y no deja que me concentre en ninguna otra maldita cosa.

Me comporté como un auténtico capullo y no tengo excusa, lo sé. Yo soy el primer sorprendido con mi reacción y todavía no entiendo por qué me convertí en un idiota a base de chupitos.

Desconozco qué cojones me pasó, o tal vez sí lo sé y no quiero reconocerlo en voz alta. El caso es que lo hice mal y no me reconozco. Estoy cabreado y sorprendido porque es la primera vez en mi vida que actúo por un impulso similar. Es como si en ese momento me hubiera poseído un afán protector innecesario. Kim no estaba en peligro, no tenía de qué protegerla, pero la palabra «preciosa» sonó tan aterradora y amenazante en mi cabeza que no pude controlarme. Es lo único que recuerdo con gran claridad, porque nunca en mi vida había sentido esa sensación de miedo y peligro ante una palabra, y fue algo impactante.

Camino junto a Jackson, que no deja de controlarme por el rabillo del ojo mientras entramos en Coles. Estoy seguro de que piensa que saldré corriendo, y no va muy desencaminado. Si pudiera, lo haría. Ensancho la sonrisa para fastidiarlo y él niega con la cabeza, dejándome por imposible.

Tengo suerte de que Jackson sea un buen tío, de otra forma, ya me hubiera saltado un par de dientes de un puñetazo. Llevo la última hora tocándole mucho las narices. Cuando me cabreo, me pongo en plan tocapelotas, qué le vamos a hacer. Aunque, por norma general, soy todo sonrisas y cachondeo. Me va el rollo de ser el bromista del grupo. Por eso pasa de mí, me conoce

lo suficiente como para ignorar mis gilipolleces. Y se lo agradezco.

—Mira, tío, hemos venido a comprar comida. Tengo la nevera vacía, punto —intenta mediar entre mi comportamiento infantil y su paciencia. Lo sé. Es su forma de decirme «vamos a tener la fiesta en paz».

—¿Y necesitas que te lleve las bolsas? —me burlo.

Ignora mi pregunta y agarra un carrito de la compra que hay en la puerta de Coles como si fuera a la guerra. Caminamos hacia el interior del supermercado en silencio y Jackson nos guía por el pasillo de higiene personal, donde comienza a coger cosas de los estantes muy concentrado. Las va depositando dentro del carro con cuidado y me hace gracia verlo en plan maruja, no le pega nada.

Aprovecho que está entretenido para curiosear entre los productos que están pulcramente ordenados y Kimba vuelve a colarse en mis pensamientos. Su nombre se enreda con el sentimiento de culpa hasta convertirse en un embrollo que parece difícil de solucionar.

Kimba es una de mis mejores amigas desde que cumplí ocho años. En realidad, es la mejor amiga de mis hermanas gemelas, Mia y Lily, desde que llegó a Torquay y siempre hemos sido un equipo. Ellas se dedicaban a meterse en líos y yo me encargaba de sacarlas de ellos.

Uno de los principales motivos por los que Kimba y yo trabajamos juntos en mi negocio es que, cuando me embarqué en este mundillo de emprender, ella recién estaba comenzando la universidad y necesitaba pasta para pagarse los estudios, así que fue en la primera persona que pensé para que formara parte de este proyecto. Un establecimiento de surf donde vendo todo lo necesario para disfrutar del mar junto con mi propia escuela.

Necesitaba gente de confianza en quien delegar ciertas cuestiones y no iba a encontrar a nadie mejor que ella.

Han pasado algunos años y las cosas siguen igual que antaño. Ella se encarga de la parte de la tienda, de atender a los clientes y de venderles esos *souvenirs* que tanto les encantan y que a mí me ponen de los nervios. Los detesto con todas mis fuerzas. Y eso me permite hacer lo que más me gusta: pasar el día sumergido en el mar, enseñando y cogiendo olas. El surf es mi pasión y no sabría vivir sin mostrarle a la gente lo apasionante que es. La escuela la gestiono con mi mejor amigo Robert, otro loco de este deporte como yo.

Kim es una pieza importante en mi vida por varias razones, consigue que mi negocio funcione como un reloj sin la necesidad de que yo esté presente y también es mi mejor amiga. O al menos lo era hasta que las cosas han comenzado a cambiar entre nosotros.

Distraído, extiendo la mano hacia la estantería de la derecha en un intento de deshacerme de mis cavilaciones y me hago con un tarro negro de *spray*. Giro buscando a Jackson y hablo en voz alta para captar su atención.

—Llévate este también. —Le lanzo el desodorante y lo caza al vuelo—. Hueles que apestas.

Me da un puñetazo en el hombro y se ríe. Yo lo imito. Se nos diluye el cabreo y eso es una maravilla. Odio enfadarme. Por eso no me suelen durar mucho tiempo.

Jackson continúa empujando el carro entre los estantes con calma, como si tuviera todo el tiempo del mundo para hacer la compra. Compruebo la hora que es y no digo nada porque quiero darle un respiro, pero a este ritmo vamos a tardar tres días en recorrer el establecimiento.

Pasamos al pasillo contiguo y se dirige al estante de su derecha, de donde coge unas chocolatinas y unas bolsas de palomitas, yo miro los productos con remordimiento, debería hacer lo mismo que él y comprar provisiones si no quiero morir de hambre. Tengo la despensa vacía y he terminado de apurar las cuatro cosas comestibles de la nevera, aunque aún me quedan restos

de la suculenta cena de anoche.

Siendo honesto, conservo una bolsa de mis cereales favoritos y otra de pan de molde, que ya van por la mitad. No es gran cosa, lo sé, pero me apaño con eso.

No me gusta cocinar, lo odio, me defiendo bastante bien cuando la ocasión lo requiere, aunque prefiero tirar de comida a domicilio o de la caridad de mi madre para alimentarme. Allí siempre huele a comida recién hecha y es una pena no degustarla cuando mi plato estrella son los sándwiches vegetales. Un plato sencillo que me salva de un apuro los días que tengo mucho trabajo, pero no es tan apetecible como para comerlo todos los días de mi vida.

Me fijo de nuevo en Jackson, que sigue comprando con toda la parsimonia del mundo, y me pongo nervioso. Parece no tener prisa y no es que yo la tenga, he decido tomarme la tarde libre, pero no estoy dispuesto a pasarla aquí metido.

Intento ser paciente y curioseo entre los estantes, creo que no había leído tantas etiquetas en mi vida cuando de fondo distingo unas voces que conozco a la perfección. Miro de reojo a Jackson, por si él también las ha escuchado, pero sigue a lo suyo. Está demasiado concentrado decidiendo qué ambientador se lleva a casa, así que no creo que se entere de nada.

Estoy seguro al cien por cien de que esas voces son las de Kimba e Ivy; suenan lejanas, pero son demasiado familiares como para no diferenciarlas del resto sin problema. Sobre todo, la de Kim. Aunque en realidad deseo equivocarme y que no sean ellas. Le he dado la tarde libre para no cruzármela y no sería justo encontrármela aquí.

¡Eso es el karma, capullo! Te la está jugando por no haberte disculpado.

Resoplo de nuevo, agobiado, y, sin saber dónde meterme, arrugo el entrecejo. Cada vez las escucho más cerca. Ya no tengo ninguna duda de que se trata de ellas y vienen en nuestra dirección. Por inercia, agarro un paquete de la estantería, pretendo aparentar que me interesa mucho la composición del papel higiénico, aunque solo veo un borrón de tinta negra.

En silencio, y a modo de mantra, repito una y otra vez «que no sea Kim, por favor. ¡Que no sea Kim!».

—¿Liam?

Kimba pronuncia mi nombre como si la hubiera invocado y no sé dónde narices meterme. Me giro en su dirección a cámara lenta con el envase aún en la mano y me quedo mirándola. Está a tan solo un puñado de pasos de donde me encuentro. Su cara de incredulidad me deja claro que ella tampoco esperaba encontrarme aquí.

—Kim —intento aparentar sorpresa.

La miro con cara de bobo como si no llevara evitándola toda la mañana y ella no aparta sus ojos de los míos, parece molesta y no es para menos. Le regalo una pequeña sonrisa y el color de su cara sube varias tonalidades. Parece tan adorable que dan ganas de achucharla sin necesidad de mediar palabra.

—¡Jackson! —Ivy llama a su novio casi a gritos, interrumpiendo nuestra conexión, y eso me molesta—. ¿Qué haces aquí?

Se tira a los brazos de mi amigo como si llevara un año sin verlo y lo besa en el cuello. Jackson, encantado de la vida, se deja hacer y le susurra algo al oído que hace que Ivy suelte una carcajada.

Verlos da un poco de envidia. Nunca lo confesaré en voz alta, pero a veces extraño tener esa conexión con alguien.

De reojo, compruebo como Kimba tampoco pierde detalle de la parejita feliz y los observa con una sonrisa radiante en los labios que me contagia. ¡Qué guapa está cuando sonríe!

Ivy se desenrosca del cuello de Jackson y ahora nos presta atención.

—¿No pensáis saludaros? —Se me escapa una risita por la mirada asesina que me dedica y estoy seguro de que en el fondo quiere decir «discúlpate con ella, capullo», y no puede tener más razón.

Adoro a Ivy, pero es una entrometida de primera.

Carraspeo para aclararme la garganta y Kimba se remueve incómoda.

—Sí, claro. —Doy un paso al frente y la beso en la mejilla.

El roce de su piel se cuela en mis terminaciones nerviosas hasta inundarme el cerebro. ¡Qué bien huele, joder! El pulso se me acelera un par de latidos y ella hace el gesto de retirarse, pero mi cuerpo reacciona y comete la mayor gilipollez del mundo, la retiene rodeándola con los brazos. Soy un mero espectador de los movimientos de mi cuerpo hasta que hablo.

—¡Oh, no! No pienso dejarte escapar esta vez, princesa —le susurro en el oído para que solo ella pueda oírme, y el recuerdo de la otra noche acude a mi mente como si fueran *flashes*. Nosotros discutiendo. Mis labios sobre los suyos. La película. Los chupitos. Las preguntas. La llamada. Mi cagada. Sus ojos brillantes por las lágrimas retenidas. El sentimiento de culpa.

La acurruco con más fuerza sobre mi pecho mientras una secuencia de imágenes me inunda el cerebro, quiero disculparme, pedirle perdón, pero las palabras se me amontonan en la garganta y no soy capaz de darles voz. Noto como se le entrecorta el aliento y se queda paralizada unos instantes por mi abrazo; no tarda en corresponderme y termina abrazándome también.

Suspiro aliviado.

Es la primera vez en tantos años que estamos tan cerca. Es más, diría que es la primera vez que permito que haya tan poco espacio entre nosotros, entre nuestros cuerpos, sin contar el beso de la otra noche, ahí tengo que reconocer que se me fue la pinza.

Siempre he mantenido una especie de distancia de seguridad con Kimba. Una barrera imaginaría que me obligaba a tener una zona segura entre ella y yo. El lema de que las amigas de mis hermanas son sagradas es algo que cumplo a rajatabla, y con Kimba no iba a ser diferente.

Aunque desde hace tiempo algo está cambiando entre nosotros, así lo siento. Todo vuela por los aires cuando Kimba está cerca. La sensación de calma es innegable, al igual que la tormenta que comienza a formarse a mi alrededor cuando se aleja. Es muy contradictorio. Sentimientos encontrados y sensaciones nuevas. Es como si después de tantos años descubriera a una Kimba diferente y mi cuerpo reaccionara a ella como nunca lo había hecho antes.

Tal vez, eso de que el roce hace el cariño es cierto, porque roce no hemos tenido, pero sí hemos vivió miles de momentos juntos que la convierten en alguien muy especial en mi vida.

Sin embargo, la sensación que tengo ahora es de que estoy jodido. ¡Bien jodido!

Kimba cierra los ojos y se refugia sobre mi hombro; todo lo que nos rodea deja de importar por un instante. Solo me preocupo de sentir su cuerpo pegado al mío y cómo su respiración se va acompasando junto a la mía.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero cuando Kimba se separa de mi cuerpo, Jackson e Ivy ya no están. Y nosotros seguimos aquí parados, en un pasillo cualquiera de Coles, sin importarnos quién pueda vernos. Disfrutando el uno del otro sin decir nada.

Vuelvo a abrazarla. La necesidad de sentirla de nuevo se hace demasiado grande como para obviarla. Kim rodea mi cuello con los dos brazos, acortando la escasa distancia que había entre nosotros, y no pienso quejarme por ello.

Me dejo llevar por la intimidad del momento y cedo el poco control que me queda a mis sentidos. El corazón me late desbocado y la adrenalina me vuelve más atrevido, quizás

demasiado. Mi cuerpo va por libre, por eso recorro con la punta de la nariz su carrillo y desciendo con lentitud por su cuello hasta colarme en su clavícula.

Podría dar un paso atrás y detenerme ahora que estoy a tiempo, pero es que no quiero hacerlo. No soy capaz de resistirme a probar ese rinconcito de piel tan suave, tan sensible y apetecible que tengo a escasos centímetros de mis labios.

Las dudas me asaltan durante un segundo y las aparto de un plumazo. En este instante, ni quiero ni puedo perder la oportunidad de descubrir a qué sabe su piel. Kimba hace un gesto para que continúe cuando nota que he detenido el movimiento y es justo la invitación que necesito para no detener esta locura.

Saboreo su piel con un beso húmedo que le arranca un gemido y que a mí consigue ponerme cachondo. Asciendo por la base de su cuello con besos lentos que le erizan la piel hasta llegar al lóbulo derecho. Con los dientes, tiro suavemente de él y se le escapa un ruidito que deja claro que Kim está tan excitada como yo.

—¿Qué locura estamos haciendo, princesa? Los dos sabemos que esto no está bien. Nada bien.

Le doy un beso en la mejilla y alargo el contacto de mi boca sobre su piel más de la cuenta, tanto que al final es ella la que se separa de mí y me mira a los ojos, emocionada.

—No tengo ni idea de a qué estás jugando, pero no soy ninguna de las conquistas con las que te acuestas, así que no voy a dejar que me trates como a ellas.

—Puedes estar tranquila, princesa, porque no lo hago. Tú eres diferente. Siempre lo has sido.

6

UNA VISITA AL RIU



Doy un paso al frente y la cristalera se abre de par en par al captar mi movimiento. Traspaso las puertas del supermercado y salgo al exterior con la cancioncita del hilo musical reproduciéndose en mi cabeza. Estiro el cuello para relajarme, pero no lo consigo. Mi cuerpo al completo está en tensión.

Kimba camina a mi lado en silencio y yo sigo nervioso. Lo que ha sucedido ahí dentro entre los dos ha sido raro de cojones. La miro de reojo sin entender por qué la he abrazado como si fuera el fin del mundo. Solo es Kim. Mi Kim.

Froto una mano sobre otra y la observo. Ella en ningún momento hace amago de mirarme, cosa que me hace pensar que se siente tan avergonzada como yo por nuestro encuentro. Ha sido demasiado íntimo e intenso como para considerarlo algo usual. Lo que he sentido es muy fuerte para que lo sea.

Desde que la besé, la miro de una manera especial.

La sensación es la de levantarte una mañana tras un maratón de sueño y abrir los ojos viéndolo todo diferente. Te fijas en los pequeños detalles y aprecias cosas diminutas que en otro momento no harías. Sientes la calma en toda la amplitud de la palabra y la disfrutas porque estas descansado y satisfecho.

Esa es la sensación que tengo ahora con Kimba, la de satisfacción cada vez que la observo, porque ahora me fijo en detalles que nunca había apreciado en ella. Como en la forma que tienen sus labios y cómo se mueven cada vez que pronuncia una palabra. En la manía que tiene de cubrirse los hombros con el pelo cada vez que se pone nerviosa o en cómo sonríe a cada cliente que entra en mi establecimiento. El simple hecho de saber que está ahí cada día me aporta calma, aunque luego me dedique a hacer el idiota y a evitarla.

Prestarle tanta atención a ese tipo de detalles me inquieta.

Salimos a los aparcamientos de Coles y con facilidad localizo a Jackson e Ivy junto a la *pick-up* de William. Señalo en su dirección y ambos caminamos en paralelo hasta ellos. Me remuevo inquieto porque parecemos dos extraños evitando interactuar cuando llevamos siendo amigos más años de los que recuerdo.

Pero es que con Kimba todo es distinto y no debería. Creo que ese es el motivo de que la haya abrazado como si se acabara la humanidad. La culpabilidad es un sentimiento potente y asqueroso.

Llegamos a la altura de Jackson e Ivy, están guardando la compra en el maletero y él me mira alzando una ceja con cara de querer asesinarme. Es un capullo. ¿Acaso esperaba que saliéramos enroscados como dos koalas de ahí dentro?

—Ey, tío. ¿Qué te parece si vamos a cenar juntos?

No entiendo por qué propongo semejante tontería, lo último que me apetece es sentarme alrededor de una mesa con Kimba. Cada vez que la tengo cerca parece que el espacio se condensa hasta apretujarnos como hace un instante, y no creo que pueda contenerme si tengo la mínima oportunidad de abrazarla de nuevo. Huele demasiado bien para hacerlo.

Ivy mira a Jackson y este niega. Está claro que no le apetece.

—No podemos, Liam. Tenemos planes.

—Ya estamos en plan parejita, ¿no?

Me regala una mirada asesina y yo ensancho la sonrisa. Le toca mucho las narices cuando me comporto así.

Resopla exasperado antes de responderme.

—¿Por qué no dejas de decir gilipolleces e invitas a Kim a cenar?

Kimba se sonroja al oírlo y agacha la cabeza, avergonzada. No me extraña que reaccione así, yo tampoco sé muy bien cómo comportarme después del momento incómodo que hemos vivido ahí dentro.

Aunque no entiendo por qué nos hemos quedado tan tocados, ni que nos hubiéramos metido la lengua hasta la campanilla. Solo ha sido un abrazo, puro y casto. Virginal diría yo. ¿Más largo de la cuenta? Sí. ¿De esos en los que te refugias en el cuello de la otra persona para que su olor te inunde las fosas nasales? También. ¡Joder! Se me ha ido de las manos.

Y eso hace que me sienta culpable, aún más de lo que ya me siento. No debí cruzar esa línea. ¡Joder! Se supone que debo pensar con la cabeza de arriba, no con la de abajo.

Ahora el que se sonroja soy yo y Jackson me mira con cara de «te tiene bien cogido por los huevos». Pero se equivoca, este encuentro no ha sido más que un error de cálculo que no volverá a repetirse.

¿Por qué me empeño en complicarlo todo?

—Llévala al Riu —suelta Jackson interrumpiendo mis desvaríos.

Kim lo mira con los ojos muy abiertos y él se ríe. El muy capullo ha mencionado el Riu con intención. Me cruzo de brazos esperando la respuesta de Kimba, que no tarda en llegar.

—¿Al prostíbulo del que hablasteis el otro día? —pregunta, indignada, y se me escapa una carcajada al oírla—. No pienso ir allí ni muerta.

Escucharla tan enfurruñada hace que me olvide de lo que acaba de suceder —o mejor dicho, de lo que no debería haber sucedido— y me pone de buen humor. Está muy graciosa cuando se enfada.

La observo con la mirada encendida de diversión y es que ella no lo sabe, pero tiene el poder de cambiar mi estado de ánimo chasqueando los dedos.

—Sí, me parece que vamos a cenar en el Riu —aseguro con guasa.

—Liam, ¿no me has oído o qué? Ni loca piso ese sitio.

Me río porque ha reaccionado justo como esperaba que lo hiciera. Soy consciente de que acabo de decir que no me siento preparado para compartir el mismo espacio que Kimba y, sin embargo, acabo de proponerle justo eso. Está claro que, tengo bipolaridad o algo por el estilo, pero es que invitarla a cenar al Riu es el plan más divertido que se me ocurre para esta tarde. Va a ser muy interesante discutir con ella el tema del «prostíbulo».

Doy media vuelta, ignorándola, y hago un gesto con la mano para despedirme de Jackson e Ivy. Camino por el aparcamiento hasta colocarme a la altura del coche de Kimba y ella me sigue de cerca sin dejar de protestar.

—¿Eres sordo? —Me sujeta del brazo para detenerme y yo me giro para tenerla de frente—. ¡Te estoy hablando!

—Kimba, deja la retahíla, sabes que vas a cenar conmigo. No puedes resistirte a mis encantos —digo para picarla.

Refunfuña por lo bajo algo que suena a «cretino» y una sonrisa ladeada se dibuja en mi rostro.

—Si piensas que voy a acompañarte a ese prostíbulo, estás más loco de lo que creías.

—¿Te refieres al Riu?

—Pues sí, ¿de qué voy a hablar si no?

Se cruza de brazos como una niña pequeña y yo estiro un poco más la sonrisa hasta mostrar todos los dientes. Tiene las manos ancladas en la cintura, retándome, y yo aprovecho para meter la mano derecha en su bolsillo trasero del pantalón. Saco las llaves de su coche y quedamos demasiado cerca el uno del otro.

De nuevo, demasiado cerca.

Trago como puedo y me detengo a estudiar cada una de sus facciones.
Pose erguida. Cabeza alta como una reina. Preciosa.

Se humedece los labios y a mí me dan ganas de hacer una tontería y besarla de nuevo. Por eso doy un paso atrás y detengo el movimiento una décima de segundo con la frente arrugada, como si el hecho de refrenar mi impulso fuera un gesto titánico.

Kimba me contempla con sorpresa por mi atrevimiento y yo intento recomponerme. Actuar como siempre en esta situación resulta jodido. Muy jodido. Es la primera vez que pienso en Kimba de una manera nada decente y eso me pone muy nervioso.

Aparento que todo va bien, como siempre, e intento traer de vuelta al Liam despreocupado y guasón. Le guiño el ojo, seductor, para restarle importancia, pero la realidad es que ahora mismo no siento que las cosas sean como siempre entre nosotros. No están bien. Yo no lo estoy.

Finjo que no pasa nada y acciono el mando de su descapotable. Me monto en el asiento del copiloto y niego con la cabeza. Odio los descapotables y, sin embargo, estoy a punto de meterme en uno con ella a menos de medio metro de distancia. Está claro que se me está yendo la cabeza.

Ella se ha quedado paralizada por mi descaro y eso me encanta. Sigue de pie en los aparcamientos de Coles, digiriendo la sorpresa. Nunca me había atrevido a traspasar esa línea de contacto físico con ella —ni ninguna otra— y está claro que justo hoy he decidido cruzarlas todas juntas. No paro de saltarme mis propias reglas.

En vista de que sigue sin reaccionar, me incorporo poniéndome de rodillas sobre el asiento y alzo la cabeza por el inexistente techo del coche.

—Vamos, princesa. ¿No tendrás miedo?

La conozco bien y retarla es una de mis mejores armas para sacarla de su zona de confort, esa a la que siempre se aferra por instinto. No se mueve. No se fía de mí. Y hace bien, porque ni yo mismo tengo claro qué puede pasar después. Hoy no lo tengo claro. Aprieta las manos y, con paso decidido, camina hacia el asiento del conductor. Se sienta tras el volante y se pone el cinturón, cabreada.

—No te enfades, princesa. Necesito hablar contigo.

Me mira de reojo, extrañada, está acostumbra a lidiar con el Liam bromista, no con este que pretende hablar en serio. Yo tampoco lo estoy.

—No me llames así, sabes que lo odio.

Asiento en silencio. Tiene razón, soy consciente de que le molesta y, aun así, lo sigo haciendo. Soy bastante capullo.

Pone el coche en marcha y enciende la radio, donde suena una canción que me encanta. *Young Girls*, de Bruno Mars. Mientras conduce, le voy indicando la dirección en la que tiene que ir. Me permito estudiarla sin disimulo y no tengo que ser un lince para darme cuenta de que sigue cabreada; se nota a la legua.

—Lo siento, ¿vale? —suelto de carrerilla antes de arrepentirme.

—No tengo ni idea de qué hablas.

—De mi comportamiento de hoy. Se me ha ido un poco la pinza. Ya sabes. Con eso de tocar y probar. —Su rostro torna a color escarlata y me observa de soslayo sin apartar la vista de la carretera—. No tengo excusa, de verdad. Lo siento.

—Invítame a cenar a otra parte y te perdono. No me apetece nada ver tetas y culos desnudos mientras mastico.

—¡Mierda, Kim! ¿Por qué piensas siempre lo peor de mí?

—Liam, hace años que nos conocemos. Sé de sobra que eres capaz de cualquier cosa por hacerte el gracioso y tener tu minuto de gloria.

Oculto tras una sonrisa que su comentario me molesta.

Duele que siempre piense mal de mí. Estoy acostumbrado a que la gente me catalogue a la ligera por mi forma de ser divertida, como si nunca me tomara nada en serio, y me jode mucho que ella también lo haga.

—Kimba, no deberías juzgar tan a la ligera. Te aseguro que, si vamos al Riu, vas a llevarte la sorpresa de tu vida y, quizás, hasta descubras que no me conoces tan bien como crees. —Me quedo mirándola cuando hace una mueca de fastidio—. ¿Qué pasa, princesa, te asusta dónde pueda llevarte?

Se yergue sobre el asiento del conductor y me lanza cuchillos con la mirada.

—¡Eres gilipollas! A mí no me asusta nada, pero hay situaciones que me hacen sentir… incómoda, como la que pretendes que presencie.

—Tan solo quedan unos minutos para llegar, te propongo algo: cuando estemos ante la puerta del establecimiento, dejo a tu elección si entramos a cenar o nos marchamos. Queda en tu mano que entremos en el Riu, princesa. ¿Qué te parece? —Su cuerpo se relaja al escuchar mi propuesta. Los retos la aterran, por eso prefiere tener el control de la situación siempre, y a mí no me importa ceder en esto—. Sabes que nunca te obligaría a hacer nada, ¿verdad?

—Gracias.

¿Cómo es posible que una sola palabra me haga sentir tan bien?

Me dejo caer sobre el respaldo del asiento y me hundo en el asiento.

7

UNA CENA PROMETEDORA CON UN CAPULLO ENCANTADOR



Kimba estaciona el vehículo donde le indico, en los aparcamientos que hay junto al restaurante, apaga el motor y se queda mirando la fachada en silencio.

Sonrío al ver la expresión de sorpresa dibujada en su cara. No se ha encontrado precisamente con lo que esperaba y por eso lo estudia con un interés especial, buscando el «fallo» que tanto ansía. Lo analizo como lo hace ella, con esa mirada curiosa con la que contemplas algo por primera vez.

La fachada del Riu es bastante sencilla, está recubierta por cristaleras grandes y madera australiana, más conocida como *brushbox*, una preciosa fusión entre el fuerte contraste del *beech* y la textura uniforme del roble. Tiene una sutil iluminación en la parte superior que hace que la textura natural de la madera brille a lo largo de su extensión y, para mi entender, da una clara pista de lo que encontraremos en su interior.

El letrero situado encima de la puerta principal está iluminado por un color rosáceo de neón que aporta protagonismo a las tres letras que dan nombre al establecimiento, enmarcando Riu en mayúsculas. Justo debajo, otro pequeño cartel donde se puede leer «especialistas en carne» con un parpadeo que te invita a entrar.

Ella, ajena a mis pensamientos, sigue en silencio.

—¿Qué dices, princesa? ¿Entramos? —Juraría que «princesa» esta vez suena distinto, más íntimo. Carraspeo para disimular el tono de mi voz.

Necesito salir del coche.

El aire es demasiado denso aquí dentro, y eso que estamos en un descapotable. Ella alarga el silencio unos instantes más antes de mirarme. Cada segundo que pasa estoy más y más nervioso.

—Sí, yo… No tiene nada que ver con el bar de lucecitas que esperaba.

—Nadie ha dicho que el Riu fuera de ese estilo.

—Pero vosotros… dijisteis…

—Kimba, si haces memoria, recordarás que ni Jackson ni yo, nunca, nos hemos referido al Riu en esos términos. Todo ese rollo te lo has inventado tú solita —hago una pausa y con el dedo anular me golpeo la sien—, aquí.

Se sonroja porque sabe que es cierto.

—¿Vamos? —insisto. Ella cabecea, decidida.

—¡Vamos!

Saca la llave del motor de arranque silenciando la música y hace el amago de abrir la puerta del conductor. Se gira en mi dirección y se queda mirándome con cara interrogante. No me he movido del asiento. Estoy embobado con cada uno de sus gestos. Le regalo una sonrisa idiota con una mueca graciosa y ella me saca la lengua, arrugando la naricilla.

Abro la puerta reprochándome lo tonto que puedo llegar a ser. ¡Joder! Solo es Kim y yo me estoy comportando como un puñetero adolescente.

Entramos en el local y nos detenemos en el *hall*, junto al mostrador de reservas. Me hace gracia cómo Kimba mira la decoración. Todas las paredes y el suelo están revestidos de la misma madera. Las mesas donde cenan los comensales tienen el mismo estilo y la barra donde sirven bebidas hace juego con todo lo demás. Incluso los taburetes altos conservan ese toque de madera. Lo único que rompe con el estilo del local es una enorme cristalera llena de botellas de vino.

El sitio es una maravilla.

Hannah sale a nuestro encuentro, servicial como siempre.

—Buenas noches, chicos. ¿Tenéis reserva? —Agacha la cabeza para buscar mi nombre en la lista antes de que responda.

—No, pero sé que tú tienes una mesa lista para nosotros.

Dejo caer los brazos sobre el mostrador e inclino el cuerpo hacia delante usando todos mis encantos. El restaurante está a rebosar y no quiero irme de aquí sin que Kimba pruebe lo deliciosa que está la comida. Hannah levanta la vista del libro y nuestras miradas conectan al instante. Se le escapa una risita coqueta y sé que la tengo en el bote.

—Liam, esto está a tope. Mejor nos marchamos. —Kimba toca mi hombro para llamar mi atención y volteo la cabeza hacia ella.

—Dame un minuto. Estoy seguro de que la preciosa Hannah tiene algo para nosotros.

Kimba pone mala cara por mi comentario, pero la ignoro. No puedo ceder ahora, porque Hannah me sonríe encantada y sé que acabo de conseguir nuestra mesa. Le devuelvo la sonrisa y ella sale de detrás del mostrador. Nos indica que la sigamos. Kimba se queda rezagada junto a la barra y yo la sujeto por la mano, entrelazando sus dedos con los míos. Me mira sorprendida por mi atrevimiento y le guiño un ojo restando importancia. Desde nuestro abrazo en Coles necesito tenerla cerca.

Tiro de ella hacia el comedor antes de que se arrepienta de cenar conmigo.

Al entrar en el salón de comida, el olor a madera inunda la estancia. Hannah nos indica que podemos ocupar la mesa del centro y se marcha para seguir atendiendo a los demás clientes.

Hago un gesto con la mano que pretende ser galante para indicarle a Kimba que puede sentarse. Ella retira la silla de malos modos y ocupa su sitio.

—¿Era necesario que la llamaras preciosa en mi presencia? —Elevo una ceja al oírla. ¿Suena a reproche?—. Menuda vergüenza he pasado. Se supone que soy tu acompañante.

—A ti también te dicen preciosa y no parece molestarte tanto —suelto, refiriéndome a la llamada de la otra noche en mi casa.

—No, de eso ya te encargas tú, ¿verdad?

Me quedo mirándola a los ojos, la muy arpía me ha cerrado la boca con una sola frase. Y eso es complicado, soy de los que siempre tienen algo que decir.

—¡Mierda, princesa! Siempre tiras a matar. —Sonríe y yo lo hago con ella—. Quiero pedirte perdón por lo que pasó anoche en mi casa, no sabía cómo disculparme. Cuando te marchaste, me quedé tocado, no fue mi intención reaccionar como lo hice ni molestarte. Mi comportamiento no fue acertado y tampoco debí cortar la llamada de ese tipo. —Me mira con cara de no creerse ni una palabra de lo que le digo, así que me esfuerzo por sonar más convincente—. Pero la palabra preciosa me sonó a insulto y actúe por impulso, como si tuviera que defenderte. Sé que no tengo justificación. Seguro que fueron los chupitos.

Se le escapa una carcajada y a mí me cuesta aguantar el tipo. Es la excusa más mala que he dado a alguien en mi vida.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Kim, lo digo en serio. Espero no haberte ocasionado problemas con ese tío.

—Liam, déjalo, se te da de pena disculparte. —Un amago de sonrisa se dibuja en mis labios, pero logro controlarla a tiempo antes de que vaya a más—. Te conozco demasiado bien como para tragarme que te da pena Oliver.

—Vaya, gracias. —Me dejo caer en el respaldo—. Por una vez en mi vida creía que estaba sonando convincente.

Ríe por lo bajo y niega. Verla sonreír hace que me contagie de su buen humor. Si hay algo que adoro de Kim es justo eso, que no es rencorosa.

—¿Fumamos la pipa de la paz? —Le tiendo la mano con todos los dedos cerrados menos el

meñique.

Me mira desafiante con las manos entrelazadas sobre la mesa. Pretende hacerse la interesante. En el fondo sé que la tengo en el bote. Extiende la mano arrastrándola sobre la superficie hasta dejarla a mi alcance. Cerrada en un puño. Alzo la ceja porque me está vacilando.

—Eres un capullo. Lo sabes, ¿no?

—Sí, algo me han dicho. —Muestra todos los dientes al sonreír. La miro a los ojos y los tiene chispeantes. Me dan ganas de decirle que está jodidamente preciosa, pero no quiero que piense que le digo «preciosa» como a todas las demás.

Lo digo porque tiene la jodida sonrisa más bonita del puto mundo. Punto. Y lo peor de todo es que ella no parece darse cuenta. Aunque el gilipollas de la mesa de al lado sí que lo ha hecho. La mira embobado. Seguramente, con la misma cara de capullo que debo tener yo ahora mismo.

Kimba extiende su meñique y lo entrelaza con el mío a modo de gancho. Mis ojos conectan con los de ella y nos quedamos así, observándonos. Anclados uno al otro. Sin apartar la mirada.

Algo se calienta en mi pecho y me cuesta respirar. Me pone muy nervioso la intensidad con la que Kimba estudia cada uno de mis movimientos, así que rompo el contacto visual con ella y lo desvío al comensal curioso. Me regala una sonrisilla idiota y a mí me dan ganas de borrársela de un plumazo.

«¡Jódete, capullo! Ella me está mirando a mí». Y no lo digo por decir, noto a la perfección los ojos de Kimba clavados en mí.

Tomo una respiración profunda y me armo de valor para mirarla a la cara.

—¿Qué te parece el sitio? —intento romper la sensación electrizante que tira de mí hacia ella.

—Es precioso. —Recorre con la mirada la estancia fijándose en cada detalle y se detiene en la inmensa lámpara que hay en el techo—. Nunca había visto una de estas.

Asiento. Yo tampoco la había visto antes. Es un círculo inmenso hecho de resina que imita una decena de cuernos de alces enlazados unos con los otros.

—Sí que lo es y se come de muerte, por eso es mi restaurante favorito.

Kimba eleva una ceja al escucharme.

—Nunca me habías dicho que este era tu restaurante favorito.

—Nunca me has preguntado.

—Liam, se supone que tengo que saber este tipo de cosas. Además, pensaba que era Fishos.

—Princesa, los hombres tenemos secretos cuando se trata de placeres y este es demasiado tentador para compartirlo. —Pone mala cara ante la tontería que acabo de decir y me hace gracias—. Solo he estado aquí un par de veces con Jackson, es un sitio que no lleva mucho tiempo abierto y yo lo he descubierto hace poco, así que no he podido compartir contigo esta información —le guiño el ojo como si acabara de confesarle el secreto mejor guardado del mundo—, y Fishos seguirá siendo mi lugar favorito por excelencia.

Fishos es el restaurante de *fish and chips* más rico de toda Australia. Mi lugar favorito y todo lo contrario al Riu, donde venden una carne deliciosa.

Conforme transcurren los minutos y hablo con Kimba, mi mal humor se va diluyendo como un cubito de hielo. Es la única capaz de ponerme de buen humor con solo estar cerca. Mi pequeño talismán, como yo la llamo.

El camarero nos interrumpe para tomarnos nota. Kimba pide una copa de vino y un chuletón muy hecho. Yo pido lo mismo, pero la carne al punto. Cuando el tipo se marcha con la comanda, es Kimba la que comienza a hablar.

—A ti también te ha arrastrado Jackson a Coles, ¿verdad?

—Sí, Ivy es una entrometida de primera. Le ha faltado cogerme de la oreja para que me disculpe contigo —digo al recordar a la chica de mi amigo.

—No seas idiota. Ivy es un amor. Solo pretendía que hiciéramos las paces. Anoche me vio bastante plof al marcharme de tu casa y hemos hablado de que llevas toda la mañana evitándome en el trabajo. No me extraña que tenga ganas de estrangularte, porque yo las tenía. Te has comportado como un capullo esta mañana conmigo.

—¡Y lo siento! De verdad —hablo sereno. Sincero—. Llevo unas semanas bastante complicadas y parece que solo sé meter la pata contigo.

—Complicadas no sé, pero raro sí que estás. ¿Se puede saber qué te pasa?

—¿A mí? —Casi me atraganto con el vino al escucharla. Al final sí se está dando cuenta de que algo pasa entre nosotros—. ¡Nada!

—Liam, a mí no me la das. Llevas días mirándome raro y a la mínima de cambio te vas a la otra punta de la habitación si estoy en ella. Que yo sepa, no tengo la lepra. —Me mira con ganas de desintegrarme y yo contengo la risa nerviosa—. Menos hoy, claro, que parece que tienes un imán y te pegas como una lapa.

Lo último lo suelta con un toque cínico y de humor que me sonroja. Tiene razón, desde el encuentro en Coles aprovecho la más mínima oportunidad para acercarme a ella.

Sin darme cuenta, me bebo la copa de vino y voy por la segunda, o quizás es la tercera, no estoy seguro. Doy un nuevo sorbo mientras Kimba habla y, aunque no me entero de lo que dice, no pierdo detalle de cómo se mueven sus labios con cada sílaba que pronuncia y cómo se los humedece.

—¿Me estás escuchando?

—Eh… sí, claro —titubeo a la hora de responder porque no me he enterado de nada. Ella eleva una ceja dejando claro que me ha pillado y yo le regalo una mueca ebria que no le hace mucha gracia.

—Será mejor que nos vayamos. Y deja de comportarte como un idiota.

Maldigo por lo bajo al escucharla, lo último que quiero es parecer un gilipollas que se queda embobado como una polilla con la luz, pero ese es el efecto que ahora Kimba produce en mí.

Comienza a hacer mucho calor aquí dentro y el bochorno que yo solito estoy creando me pasa factura.

Decido que lo mejor es aparentar que estoy ebrio, algo muy lejos de la realidad, pero que puede ayudarme a justificar mi embobamiento de idiota con Kimba. ¡Joder! Hacerme el borracho para que no se dé cuenta de que estoy colándome por sus huesos es lo más inmaduro y patético que he hecho en mi vida, y eso que tengo una lista larga de «inmadureces» a mi espalda.

—Sí, será mejor que nos marchemos. Le pago a Hannah y nos vamos.

Tras pagar la cuenta, salgo del local tan metido en mi papel que trastabillo al bajar la acera. Kimba me sujeta por el brazo y yo paso el mío por encima de sus hombros. Rodea mi cintura para afianzar el agarre y, al sentir su contacto tan cerca de nuevo, la sensación de mareo me invade de verdad.

¡Mierda!

La idea con este paripé era alejar a Kimba, no acercarnos más. Esto no puede acabar bien si no pongo distancia entre ambos. Hago un movimiento para separarme de su cuerpo, pero me sostiene con fuerza.

—Para. Me vas a hacer daño.

Me detengo, lo último que quiero es lastimarla. La dejo hacer su papel de heroína que salva al

borracho y cuando abre la puerta del copiloto, me tiro dentro como si lo estuviera.

«¡Eres un capullo, tío! Como se entere de que estás fingiendo, te corta las pelotas».

—¿Puedes ponerte tú solito el cinturón o también necesitas ayuda para eso? —Estoy tentado de decirle que no para que lo haga ella. Sería una excusa cojonuda para tenerla un poquito más cerca.

—Sí, claro. Tampoco estoy tan borracho.

No dice nada, guarda silencio y pone el motor en marcha.

—¿Dónde quieres que te lleve?

—¿A tu casa?

—No seas idiota, Liam. Te acerco a la tuya.

Sube el volumen de la radio para zanjar la conversación y comienza a sonar *Mirrors*, de Justin Timberlake.

Me deslizo un poco por el respaldo del asiento y cierro los ojos. Cojonudo. Romanticismo. Justo lo que necesito.

En el interior del descapotable suena de fondo JT y la letra de la canción se filtra en mi cabeza. Se convierte en mensajes subliminales que nunca me atrevería a decirle a Kimba y que, al mismo tiempo, quiero susurrarle al oído letra a letra.

Kimba no aparta la vista de la carretera y lo agradezco. Ahora mismo no me siento capaz de tener una conversación con ella. Me froto las manos, nervioso, y la alargo para cambiar de canción, pero detiene mi movimiento sin decir nada. Sé que esta es una de sus canciones favoritas, la hemos escuchado un millón de veces juntos, pero nunca, hasta ahora, había percibido mensajes en ella. Tengo la sensación de que Justin escribió esta canción imaginándose este momento.

Lleno los pulmones de aire y lo expulso poco a poco.

Cierro los ojos y no los abro en todo el trayecto. Me hago el dormido para evitar hablar y de nuevo tengo la sensación de que me estoy comportando como un crío.

Comienza a tocarme las narices mi actitud. Nada ha cambiado entre nosotros. Solo somos Kimba y yo, en su coche. Como ha sucedido otro millón de veces antes.

El vehículo reduce la marcha hasta detenerse. Acabamos de llegar a mi casa, lo sé sin abrir los ojos. El olor a salitre lo inunda todo. Huele a casa. Huele a hogar.

Inhalo una última vez antes de parpadear y enfocar a Kimba. Necesito unos segundos para recordar que tengo que seguir interpretando mi papel, pero se me hace muy difícil cuando veo el brillo intenso que tienen sus ojos. Como si la luna se proyectara de lleno en ellos. Desprenden una luz tan potente como la de los faros de un coche que ciegan a un cervatillo. Y el cervatillo soy yo.

Inclino el cuerpo hacia delante buscando el suyo por inercia. Un gesto involuntario que ella detiene con su mano en mi pecho.

—Buenas noches, Liam.

Me quedo unos segundos parado, sin reaccionar. Digiriendo ese «buenas noches» modulado con su voz y por el tono con el que pronuncia mi nombre.

—Buenas noches, princesa.

Alargo la palabra princesa y no retiro mis ojos de los suyos. Lo digo con intención y a ella la sacude un escalofrío. Puedo notarlo bajo su contacto contra mi pecho.

Me resisto a hacerlo, pero abro la puerta del copiloto para bajarme. Resulta agónico prolongar este instante, pero un último pensamiento me detiene antes de poner un pie fuera del vehículo y

me giro en su dirección. Kim tiene las mejillas color escarlata. Espero que proteste por llamarla princesa, pero no lo hace, creo que ella también ha notado que ahora esa palabra suena diferente. Que significa algo diferente.

—¿Puedo pedirte algo? —hago la pregunta inseguro y sin pensar.

—Claro.

—Un beso de buenas noches —lo digo con calma. Con lentitud. Degustando la petición con la misma ansia de quien pide agua en el desierto.

Ella entreabre los labios sorprendida por lo que quiero y yo los contemplo con deseo. Traga con dificultad y me observa. No es tonta. Sabe que no le estoy pidiendo un beso en la frente precisamente.

—¿Me darías un beso de buenas noches, Kimba? —vuelvo a preguntar para que no haya dudas de lo que quiero. De lo que necesito. Ella parece pensarlo y yo me muero por saber si ella también tiene aunque sea una mínima necesidad de probarme otra vez.

Me remuevo nervioso al pensar en la propuesta que acabo de hacerle. Estoy dejándome llevar demasiado sin medir las consecuencias y no debería. La voz de mi conciencia asoma tímida y decido silenciarla de un plumazo.

Por una puta vez en mi vida quiero ser egoísta. No pensar en los demás, en qué pasará después. En las consecuencias. Solo quiero dejarme llevar sin tener que contenerme como hago siempre. Y, lo que es aún peor, quiero dejar de hacerlo con ella porque es lo que me nace.

Los minutos pasan y no reacciona, y un muro inquebrantable comienza a construirse a mi alrededor en décimas de segundos. Nada me da más seguridad que esconderme tras esa máscara que suelo usar, la de chico despreocupado al que le importa todo una mierda y que suele tomarse la vida a la ligera. Un traje hecho a medida y que he ido confeccionando a lo largo de los años.

Sonrío de forma descarada para hacerla reaccionar, sus mejillas vuelven a sonrojarse y yo adopto una pose de seguridad impostada que sé que la desarma. Aunque no puede ser más falsa, porque es la primera vez en mi vida que me siento tan inseguro y vulnerable al pedirle algo a una mujer.

—¿Por qué debería hacerlo? —quiere saber. Durante unos segundos me planteo ser sincero y darle todas esas razones que me inundan la cabeza, pero las murallas ya están demasiado altas y soy incapaz de derribarlas. Por eso hago lo mejor que sé hacer, actuar.

—¡Porque beso de puta madre! —Hipo burlón, como si estuviera muy borracho—. ¿No te parece un buen motivo?

Se le escapa una carcajada y algo en mi pecho se calienta por hacerla reír. Hacerme el gracioso es mucho más fácil que hablar de lo que siento. Siempre ha sido así.

—Liam, estás borracho. No sabes lo que dices. Vete a casa.

Me muerdo la lengua para decirle que no puedo estar más lúcido y que el papel de borracho es una auténtica mierda.

—No lo suficiente como para no saber lo que quiero. Y ahora mismo lo que quiero lo tienes tú. —Traga con dificultad y los ojos se le ponen vidriosos—. Te quiero a ti. Ahora.

No lo digo de broma. Nunca he hablado tan en serio.

No la dejo pensar y acorto la distancia que nos separa entre ambos asientos; acerco mi cuerpo al suyo y la sujeto por la nuca atrayendo su frente hasta la mía. No quiero presionarla, pero necesito tenerla cerca. Muy cerca. Cierro los ojos al sentirla anclada sobre mi piel y su aliento se entrelaza con el mío. Su olor, ese que también conozco y que huele a fruta tropical, se adentra en mis sentidos.

—Dime que sí, princesa. Por favor. Dime que sí.

Le ruego y no me importa hacerlo. La necesidad me estruja las entrañas y besarla esta noche no es discutible ni negociable. Es una prioridad.

Me contempla en silencio, indecisa. La chispa que desprenden sus pupilas me confirma que se muere de ganas tanto como yo, pero hay algo que la frena, tal vez el hecho de que sea yo.

Guía sus ojos a mis labios y el pulso se me altera. Hace el recorrido a la inversa y sus pupilas impactan con las mías como un rayo, y asiente con lentitud. De una forma tan sutil que creo imaginarlo.

—No te vas a arrepentir. Lo juro.

El movimiento de su garganta no me pasa desapercibido y mi nuez se acentúa más al verlo. Los dos estamos demasiado nerviosos. Parecemos dos adolescentes a punto de dar su primer beso. Algo muy lejos de la realidad, pero con Kimba todo es distinto. Nuevo. Diferente. Intenso.

Tal vez por eso sea tan especial, porque se trata de Kim.

8

UNA PROPOSICIÓN INDECENTE Y UNA JODIDA INTERRUPCIÓN



Estiro el cuello para salvar la distancia que nos separa y la beso. Como si fuera frágil, de cristal. Controlándome para no asustarla cuando en realidad lo que deseo es saquear su boca como un delincuente.

La suavidad de sus labios me recibe y creo que tocar el cielo no puede ser mucho mejor que esto. Besar a Kimba es casi más alucinante que hacer surf, y esa descripción viniendo de mí sí que es impresionante, porque mi vida son el mar y esa tabla.

Si pudiera pedir ahora mismo un deseo, sería que el tiempo se detenga, justo aquí, justo ahora. Sin pensar en quiénes somos y sin cuestionar si lo que estamos haciendo está bien o mal.

—¿Te apetece subir? Estaremos más cómodos.

—Liam, sabes que esto no… —La silencio poniendo un dedo sobre sus labios.

—Shhh, no digas nada, por favor. Esta noche, no. Olvídate de todo.

Cuando la calidez de su piel entra de nuevo en contacto con mi mano, el mundo deja de existir. La sujeto por las caderas, la dejo caer a horcajadas sobre mi regazo y ella enreda las manos entre los mechones de mi cabello sin dejar de besarnos. El beso ha empezado suave, tímido, hasta tornarse en ardiente. Estoy seguro de que la temperatura ambiente acaba de subir varios grados. Deslizo las manos por su espalda, bajo su ropa. La piel se le eriza y mi agarre se hace más posesivo. La beso con urgencia.

Abro la puerta del descapotable con una idea en mente. La sujeto por los glúteos para bajarme del coche con ella y de inmediato rodea mis caderas con sus largas piernas.

—Liam, ¿dónde vas? —No respondo, sonrío contra la piel de su escote como respuesta—. ¿Estás loco?

—Cada segundo que pasa estoy más seguro de que sí.

Se refugia sobre mi hombro abrazándose con fuerza a mi cuello. La impulso un poco más hacia arriba para tener mejor agarre y subo con ella en brazos, como si fuera un koala, las escaleras de la parte trasera de mi casa. Al llegar a la puerta, me cuesta un poco hacerme con las llaves que tengo en el bolsillo. Kimba pretende bajarse para dejarme espacio, pero la retengo con fuerza, no me apetece nada que se separe de mí.

Nada más traspasar el umbral la dejo en el suelo y cierro la puerta con el pie. Ella me mira insegura y me dan ganas de decirle que no podría estar más segura en ninguna otra parte del mundo ahora mismo.

Doy un paso al frente humedeciéndome los labios, la sujeto por las mejillas y la vuelvo a besar. Tiene los labios suaves, carnosos, del tipo que te invitan a besarla una y otra vez. ¡Mierda! Su sabor es adictivo. Deslizo mi contacto hasta enredar mis dedos en su melena y ella entreabre los labios.

¡Está preciosa, joder!

Entre besos y caricias llegamos a mi habitación con alguna prenda menos. Kimba me quita la camiseta de un tirón sin que yo ponga resistencia. Sigo mordisqueando sus labios mientras ella me desabrocha los pantalones y respiro aliviado. La presión de mi erección es insoportable.

Ella sigue obligándome a caminar hacia atrás hasta que mis corvas chocan contra el colchón. Se separa unos centímetros de mí con una sonrisa traviesa en los labios que me contagia y, sin mediar palabra, me da un suave empujón que me hace perder el equilibrio y caigo sobre el edredón.

—Sabes que ya no hay vuelta atrás, ¿no?

La observo embobado. No conocía esta faceta atrevida de Kimba, pero no pienso quejarme porque me encanta. Me pone cachondo. Mucho. Debe de darse cuenta porque se queda

admirando la erección que muestra mi miembro bajo la ropa interior.

—No quiero que la haya.

Me guiña coqueta y asciende por mi cuerpo a gatas hasta que sus labios están junto a los míos.

—Esta noche eres todo mío.

—¿En qué momento te has convertido en una devoradora de hombres?

—Hay muchas cosas que no conoces de mí. No eres el único que guarda secretos.

—¡Joder! Y no pienso quejarme de que me los muestres.

Con lentitud, se va desprendido de la poca ropa que le queda. No pierdo detalle cuando, de forma ágil, se desabrocha el sujetador con una mano y deja todo su cuerpo expuesto a mi escrutinio. Parece una diosa griega y se siente poderosa, no hay más que verla. Eleva una pierna y deja caer con elegancia su pie sobre mi muslo. La atrapo por el tobillo, lo beso y lo deposito sobre la cama para quitarme la única prenda de ropa que me queda y que nos impide estar en igualdad de condiciones.

Me desprendo de ella bajo la atenta mirada de Kim, que no se mueve, permanece estática como una mera espectadora de lo que está sucediendo. Me incorporo sobre los codos para ganar altura frente a ella y su sexo queda totalmente expuesto ante mí; parece llamarme a gritos. Por eso le acaricio el empeine y subo por la pantorrilla hasta llegar a la cara interior del muslo. Estoy a punto de adentrarme en su ingle cuando me detiene y me empuja por los hombros; esta vez no me pilla desprevenido, la agarro por la cintura y caemos juntos. Sigue con los brazos extendidos, poniendo distancia entre su cuerpo y el mío, y yo la observo con detenimiento imaginándome cómo será sentir su cuerpo amoldado a la perfección con el mío.

Levanto la cabeza y atrapo un pezón entre mis dientes deseoso de saborearla. La leve presión que ejerzo la hace arquearse y sus pechos quedan a mi merced. Sin darle tregua, los acuno con mis manos y Kimba se deja caer a horcajadas sobre mí.

—Este no era el plan. —Apoya las rodillas sobre los bordes de la cama y yo quedo entre sus piernas, deseoso de saber cuál va a ser su siguiente movimiento—. Pensaba que te había dejado claro que esta noche yo tengo el control.

Sin darme tiempo a responder, agarra mi miembro y lo guía hasta su interior dejándose caer con brusquedad. Un gruñido de placer brota de mi garganta y de la suya y la agarro por las caderas para que no se mueva; quiero sentirla y alargar el placer. Los dos necesitamos unos instantes para reponernos. Kim atrapa mi mirada en la suya y con gesto cómplice comienza a moverse, dejándome claro que es ella la que manda. Y juro por Dios que no pienso quejarme.



Nos colamos bajo las sábanas sin perdernos de vista. En silencio. Aún no me creo que me haya acostado con Kimba. Con. Kimba. Aunque no me arrepiento de nada de lo que ha sucedido entre nosotros. Repetiría una y mil veces más.

Ella parece que acaba de recobrar su timidez de golpe y yo tengo una sonrisilla de idiota que no me cabe en la cara. Menuda tigresa está hecha la princesa.

Cada uno ocupamos un lado de la cama y nos tumbamos para quedar frente a frente. Un mechón de cabello le cae sobre la ceja derecha y lo retiro para verla mejor. Me regala una mueca que no es más que una tímida sonrisa, un gesto que la hace parecer aún más *sexy*. Le acaricio el hombro con la yema de los dedos porque no sé qué hacer con las manos, sigo nervioso por tenerla así, en una situación tan íntima.

Le ofrezco la palma de la mano y entrelaza sus dedos con los míos en un acto de complicidad. No hablamos, pero tampoco hace falta. Tiro de ella con suavidad hasta casi pegarla a mi pecho y rozo mi nariz con la suya. Cierra los ojos por el contacto bajo mi atenta mirada y, con un movimiento de muñeca, me llevo su mano a los labios y la beso. Ella me mira con timidez y hace el amago de hablar, pero niego con la cabeza. No quiero que diga nada que estropee este momento. La rodeo con los brazos y la apoyo sobre mi pecho. Le doy un beso en la frente, me acomodo sobre las almohadas y cierro los ojos inspirando por la nariz. La abrazo más fuerte y el último bis de *Mirrors* se me viene a la mente.

You are, you are the love of my life.

Y con esa parte de la canción reproduciéndose en mi cabeza, me quedo dormido.



Alguien está aporreando la puerta de mi casa. Me estiro sobre la cama dejando a Kimba a un lado y miro el reloj de la mesita de noche para comprobar que aún es de madrugada. Son las cinco de la mañana.

Siguen golpeando de forma insistente y maldigo. Como sean los niñatos de Rich intentando gastarme de nuevo una broma, pienso arrancarles la cabeza.

Salgo de la cama dejando a Kimba acurrucada bajo las sábanas y me quedo mirándola unos instantes y niego. No tendría que haberse quedado a dormir, eso lo complica todo aún más. Vuelven a llamar a la puerta y maldigo.

—¡Ya va! —Camino a oscuras por el salón y tropiezo con algo. ¡Mierda! No me he caído de milagro. Un nuevo golpe seco termina por ponerme de mala leche—. ¡Que ya va, joder!

Vuelven a llamar con fuerza.

—¡Me cago en mi puta vida!

Alcanzo la entrada con los ojos entornados, como si fuera a la guerra, y escucho risas al otro lado de la puerta. La abro con ganas de matar a alguien. En mi campo de visión aparece un Jackson sonriente e Ivy, en un segundo plano.

—¿Tú eres gilipollas o qué te pasa? —es lo primero que suelto por no darle un puñetazo.

—Buenos días para ti también —saluda burlón, e Ivy sonríe.

Da un paso al frente para colarse dentro y le corto el paso. No pienso dejar que me toque los cojones tan temprano. Me mira y alza una ceja por la negativa a dejarlo entrar. No tengo duda, viene en plan tocapelotas.

—¿Interrumpimos algo? —Repite el gesto de dar un paso al frente y lo golpeo en el abdomen. Sonríe, pero yo no estoy para aguantar tonterías.

—Liam, ¿quién es? —La voz de Kimba suena desde mi habitación y quiero que la tierra me trague. No cambio de expresión. Aparento normalidad y, con un poco de suerte, Jackson e Ivy no se darán cuenta de que se trata de ella.

Ivy abre mucho los ojos al oírla con sorpresa.

—¿Kimba? —Ahora es ella la que pregunta. Maldigo. No me apetece una mierda que sepan lo que hay entre Kimba y yo.

¡Qué cojones! No hay nada entre Kim y yo, pero no tendrían que haberse enterado de este episodio. Decido desviar el tema a uno más seguro.

—Jackson, ya te dije que era Robert quien se encargaba del tema.

Jackson lleva varios días dándome la tabarra, quiere darle una sorpresa a Ivy y no ha parado hasta que me ha convencido para ayudarlo.

—No vengo por eso.

—Entonces, dime qué cojones quieres y márchate de una vez.

—Está bien. Solo quiero que me prestes un par de tablas.

Resoplo molesto y le cierro la puerta en las narices. No sé qué me toca más los cojones, si que me hayan pillado con Kim en la cama o darme cuenta de que he pasado la noche con ella.

¡Soy un capullo, joder!

Enciendo la luz del salón buscando las malditas llaves del almacén donde guardo el material para dar las clases de surf. Las encuentro encima de la barra americana de la cocina y me hago con ellas. Cuando abro de nuevo la puerta, me encuentro con la parejita dándose el lote. Sin miramientos, le lanzo las llaves a Jackson, que le golpean la espalda y rebotan cayendo al suelo.

Se separa de mala gana de su novia y me atraviesa con la mirada.

—Me acabas de interrumpir —me reprocha.

—¿A que jode? —suelto con ganas de darle un puñetazo, y el muy idiota ríe un poco más para tocarme las narices—. Pues a ver si la próxima vez te lo piensas antes de aporrearme la puerta. —Lo apunto con el dedo amenazante—. No quiero verte el jodido careto en todo el día.

Me mira con cara extraña, sabe que no soy de los que faltan al trabajo, básicamente, porque siempre estoy a tope. Una sonrisita estúpida se le escapa a Ivy y la miro de reojo, avergonzado. Seguro que cree que voy a pasarme toda la mañana en la cama con su amiga.

—¿Qué pasa, no piensas trabajar hoy?

—Para eso tengo empleados. Ahora deja de tocarme los huevos y vete a la mierda.

Doy un portazo que retumba en toda la playa y me apoyo sobre la madera. Estoy cabreado. Muy cabreado. Y aún no sé muy bien por qué.

¿Qué cojones me está pasando?

Me froto la cara, ofuscado.

Necesito poner las ideas en orden antes de volver a la habitación con Kimba.

No sé cómo no he podido controlar el impulso de acostarme con ella. Al principio, la excusa fue el alcohol, pero en ningún momento estuve tan ebrio como para no saber lo que hacía. Aunque me comporté como un capullo fingiendo que lo estaba; primero, para ocultar lo que sentía y luego, lo usé para besarla.

Lo que sucedió anoche no es propio de mí, no me dejo llevar con tanta facilidad por lo que siento.

Pensar en sentimientos me aterra. No puedo sentir nada más que una amistad por Kimba.

Según Jackson, soy experto en embaucar a las mujeres, el muy capullo dice que es un don. Y yo también lo creo. Me encanta usar mis encantos para conquistarlas, pero no puedo hacer lo mismo con Kimba aunque quisiera. No es como ellas. Es mi amiga, parte de mi familia.

No puedo traspasar esa línea. Aunque anoche se ve que no me importó hacerlo.

¡La he cagado pero bien!

Tengo que solucionar este embrollo sin que ninguno de los dos salgamos jodidos. No me gustaría que nuestra relación se vea afectada por este pequeño desliz.

Resoplo porque soy un hipócrita, no puedo afirmar que sentir piel con piel a Kimba ha sido un desliz. Era algo que deseaba. Quizás desde hace tanto tiempo y con tantas ganas que decir lo contrario no sería honesto. Y a mí no me gusta no serlo. Llevo años negándome a mí mismo lo que siento por ella y tarde o temprano tenía que acabar explotando.

Pasar la noche juntos ha sido una de las cosas más alucinantes que me han pasado en mucho tiempo. Sentir esa conexión, esa magia que nos envuelve sin la necesidad de decir nada, simplemente, mirándonos a los ojos… Nunca había sentido nada parecido. Es como si ella fuera la única solución a la ecuación en la que se ha convertido mi vida amorosa. Pero me niego a creer eso, existen más tipos de ecuaciones, las hay con soluciones infinitas e incluso sin solución. Ya sería mala suerte que mi ecuación solo la pueda resolver ella.

Si de mí dependiera, repetiría mil veces este encuentro. Me importa una mierda todo el rollo ese que me he inventado de las ecuaciones, siempre se me han dado fatal las matemáticas, yo soy más de sentir las cosas aquí dentro, aunque por fuera aparente otra cosa muy diferente. Se me da cojonudo esconder lo que siento, pero eso no significa que no lo haga.

Y tampoco soy tonto, sé qué hace tiempo que las cosas con Kimba están cambiando, aunque me empeñe en ignorarlo, al igual que hago con los calambres que me dan cuando estoy sobre la tabla de surf porque solo tengo en mente permanecer dentro de la ola hasta que se deshaga por completo. Eso es justo lo que me pasa con Kimba, que quiero permanecer junto a ella como

siempre, teniéndola cerca pero no demasiado. Disfrutando sin que se compliquen las cosas, pero llevo una semana que me resulta muy jodido saber dónde está la línea de amistad y dónde se desdibuja.

No quiero hacerle daño con este juego que se me ha ido de las manos. No tengo ni puñetera idea de qué siente Kimba por mí más allá de una atracción física, eso es indudable; podría notarlo hasta un ciego. ¡Qué cojones! Saltan fuegos artificiales cuando estamos cerca, como anoche, aunque es la primera vez que no me retiro de la mecha para que no prenda. No creo que un calentón sea suficiente para arriesgarme a perder una relación de tantos años. Por qué es eso lo que tuvimos anoche, un calentón.

Regreso a la habitación y Kimba está dormida. La observo desde el umbral. La melena rubia le cae sobre un hombro y parte de la cara y me recreo unos instantes más en sus facciones semiocultas por el manto de cabello y algo se remueve en mi interior. Estudiarla con tanto interés es estremecedor.

Comienzo a vestirme sin hacer ruido, necesito unos minutos más para reconstruir ese muro de separación que existía entre nosotros antes de que nos olvidáramos de todo. Respiro hondo. Acabo de tomar una decisión. Tengo que hablar con ella. Y estoy seguro de que no le va a gustar lo que voy a decirle, aunque tiene que entender que es lo más razonable para que nuestra amistad siga funcionando.

—Kimba. —La zarandeo con suavidad y ella responde con un quejido de sueño. Se me escapa una sonrisa, nunca la había visto dormir—. Despierta. Tienes que marcharte.

Mis palabras surten el efecto deseado y la espabilan un poco. Abre los ojos y no dice nada. Se limita a mirarme como si no supiera cómo comportarse después de todo. Lo sé porque yo me siento exactamente igual. Se me da fenomenal ser el alma de las fiestas, pero no tengo ni puñetera idea de cómo gestionar este momento.

—Tienes que marcharte —repito de nuevo. Esta vez lo digo con calma, con más tiento. Quiero que se marche, pero no hay necesidad de comportarse como un cabrón con ella. No se lo merece —. Está amaneciendo.

—Sí, claro. Disculpa. En un rato empezamos a trabajar. —Se cubre con la sábana el pecho y se pone en pie—. Si no te importa, voy a darme una ducha.

—Kimba, hoy no vamos a trabajar. —Se gira, extrañada, sabe que tenemos el día a tope, pero es lo que menos me importa ahora—. Necesito que hablemos. Lo que ha ocurrido no puede suceder de nuevo.

9

EVITANDO LA TENTACIÓN



Con un movimiento *duck diving* pretendo pasar la ola por debajo para llegar donde rompen con más fuerza, mar adentro. Braceo antes de sumergir el pico de la tabla en el mar, clavo la rodilla derecha para mantenerla bajo el agua y extiendo los brazos para hundirla un poco más. Cambio el apoyo de la rodilla al pie derecho y me impulso, zambulléndome, pegando el cuerpo a la tabla. Cuando emerjo, he alcanzado la parte más profunda, donde se forman las olas grandes.

Permanezco tumbado sobre la tabla. Esperando. Con la idea de silenciar mis pensamientos y esperar la próxima ola. No consigo sacarme a Kimba de la cabeza. Cuando siento la inercia por la espalda, no estoy preparado para cogerla. Intento no perderla, me pongo en posición y braceo con fuerza para adentrarme antes de que se forme.

La espuma crece y, con un movimiento *take off*, paso a una posición erguida, poniéndome de pie sobre la tabla. Lo hago a destiempo, pierdo el equilibrio y acabo sumergido en el mar.

Salgo a la superficie tosiendo y Robert se sitúa a mi lado.

—Tío, ¿estás bien? —Asiento sin dejar de escupir agua y el muy capullo se ríe a mi costa—. ¡Joder! Pareces un jodido novato.

Maldigo porque tiene razón. Llevo una puñetera semana en las nubes.

—¿No estarás así porque Kimba lleva una semana sin venir al trabajo?

Lo miro fijo. No tenía ni idea de que Kimba llevara tantos días sin aparecer por la tienda. No le respondo, me recuesto sobre la tabla y remo en dirección a la orilla.

Kimba se ha convertido en mi rompecabezas particular.

Ha pasado una jodida e interminable semana desde que se marchó de mi casa llorando. Desde que le dije que se marchara después de pasar la noche juntos.

Una maldita semana con sus siete días y siete noches. Los mismos que llevo intentando permanecer alejados de ella. En el trabajo y fuera de él, y la situación comienza a ser insoportable.

Salgo del mar y camino por la arena a grandes zancadas hasta alcanzar mi tienda de surf. Tengo un cabreo de primera. Lo que acaba de contarme Robert no hace más que aumentarlo. Empujo la puerta y busco a mi hermana por el establecimiento. No tardo en encontrarla, está tras el mostrador ordenando la nueva mercancía que ha llegado.

—Mia, no puedo ser el último en enterarme de lo que pasa en mi negocio.

—Te enterarías si estuvieras en él.

Gruño al oírla, tiene razón.

—No me fastidies, enana, no he parado de trabajar durante toda la maldita semana. Alguien me lo tendría que haber dicho.

—Mejor di que llevas toda la semana metido en el mar de sol a sol, sin importarte qué demonios pasa aquí dentro. No sé por qué te preocupas ahora. Está todo controlado —me responde como si fuera una molestia, y continúa reponiendo los llaveros con una diminuta tabla en su lugar.

—Ya, pero si hubiera sucedido algo… —Mia eleva una ceja—. Kimba tendría que haberme avisado, no puede desaparecer así como así.

—Kimba te regala miles de horas de trabajo al año, no solo merece esta semana para acabar la universidad, al menos, le debes tres meses más de horas extras.

Se pone en jarra para encararme y guardo silencio. Tiene razón. Siempre que necesito que trabaje un rato más, no se queja. Por eso mismo, porque sabe que cuando tiene que faltar, lo hace sin problema.

—Cuando regrese, dile que quiero hablar con ella.

Salgo del local con ganas de dar un portazo. Me contengo porque hay clientes dentro.

Con todo lo sucedido, no recordaba que es su última semana de universidad y que las clases son presenciales. Lo acabo de recordar por el comentario de Mia.

Estoy que escupo fuego por la boca. Llevo una semana en la inopia sin enterarme de nada.

Resoplo porque soy idiota.

Tendría que haberme parecido raro que Mia atendiera a los turistas. Aunque había supuesto que le echaba una mano a Kimba para no cruzarse conmigo. No sería extraño que lo hiciera. Sé que está dolida por lo que le dije. No debe de ser agradable que la persona con la que te acabas de acostar te diga que ha sido un error y que no volverá a suceder.

Cojo una tabla cualquiera del soporte de la entrada y camino hacia la orilla de nuevo. Robert sale a mi encuentro para decirme algo.

—¡Ey, Liam! Necesito que…

—Ahora no. —Lo detengo elevando la mano para silenciarlo. Me sumerjo de nuevo en el mar y braceo hasta la zona más profunda, donde comienzan a formarse las olas.

En realidad, pensaba que Kimba y yo llevábamos estos días jugando al gato y al ratón.

Yo evitaba ir a la tienda para no verla y ella se escondía para no hablar conmigo. Aunque no todos los días han sido así, he tenido momentos de debilidad, de no aguantar las ganas de verla, así que con cualquier pretexto pasaba por la tienda para marcharme decepcionado porque no la había encontrado.

Hubiera sido más fácil preguntarle a Mia dónde se encontraba, pero me negaba a mostrar el más mínimo interés por ella. No quería que Kimba me descubriera queriendo saber dónde estaba.

Bufo al pensar en ello. ¡Soy idiota de verdad!

El único que jugaba al gato y al ratón haciendo el gilipollas era yo.

¡No he podido ser más imbécil!

La culpa es mía. Si no la hubiera excluido de mis mensajes de buenas noches, tal vez me habría enterado de algo. Pero, tras lo ocurrido, no me parecía adecuado mandarle ese mensaje.

Enviar mensajes antes de dormir es una costumbre que tengo desde hace años. Cada noche, cuando me voy a la cama, envío una ronda dando las buenas noches a mis amigos y a mi familia. A veces, también los uso para tocar un poco las narices y reírme un rato. Es una rutina que adquirí al mudarme a esta casa. No estaba acostumbrado a vivir solo. Vengo de una familia numerosa y ruidosa, donde pocas veces reina el silencio, así que cada noche, cuando cerraba la puerta de casa, había tanto silencio que me sentía muy solo y dedicaba un buen rato a mandar mensajes y audios hasta quedarme dormido. Con el paso del tiempo, se ha quedado como una costumbre que me encanta.

Resoplo resignado.

A día de hoy solo existe una verdad y es que no puedo sacármela de la cabeza. Paso el día pensando en Kim. Recordando cada maldito detalle de la noche que compartimos juntos.

No puedo continuar así, no es sano. Tengo que idear un plan para olvidar a Kimba, de lo contrario, acabaré cometiendo alguna estupidez de la que me arrepentiré el resto de mi vida.



Antes de las cuatro de la tarde ya estoy dentro de la tienda. He bajado por la escalera de caracol que comunica mi casa con el negocio. El establecimiento aún sigue cerrado, pero quiero estar aquí para cuando llegue Kimba.

Entro en el almacén para comprobar que tenemos mercancía suficiente y suena la campanilla de la puerta principal. Acaba de entrar alguien. Regreso a la tienda para ver a Kimba cerrando. Gira el cartel de «estamos cerrados» por el de abierto y se dirige hacia la caja para encender el ordenador. Todavía no se ha dado cuenta de que estoy aquí.

—Podrías avisar de que llevas una semana sin venir a trabajar. —Se sobresalta al oír mi voz y se lleva la mano al pecho.

—¡Joder, qué susto! —Me acerco a ella y tengo que contenerme mucho para no hacerlo más de la cuenta.

La idea es mostrarme cabreado, por eso me sorprende cuando le hablo con tanta calma.

—Te lo habría dicho si te hubiera visto el pelo el lunes.

—¿Qué pasa, tienes el teléfono roto para avisar? —Eleva una ceja y no dice nada. Tarda en contestar.

—Yo no, pero al parecer tú sí. —Me da la espalda y se dirige al cuadro de luces.

Sé que se refiere a nuestros mensajes nocturnos. Me está echando en cara que no se los haya enviado como cada maldita noche, pero ella tampoco ha movido un solo dedo para que hablemos, y la entiendo. Es normal que esté cabreada. Yo en su lugar lo estaría.

—Kimba, no seas infantil.

—No seas estúpido tú. —Se gira y me mira de frente—. Llevas una semana pasando de mí. Me ignoras por activa y por pasiva. No es tan grave lo que hemos hecho. Supéralo de una vez. Nos hemos acostado juntos. Punto. Tampoco es que hayamos matado a nadie.

—No, si yo lo tengo muy superado —respondo muy digno.

—Pues no se nota, Liam. No se nota.

Kimba se encierra en el baño y por la puerta principal aparece Hannah.

¡Genial! Esto es genial.

Me froto el rostro y finjo una sonrisa cuando llega a mi altura.

Hannah está aquí por petición mía. Como medida desesperada para apartar a Kimba de mis pensamientos, se me ha ocurrido la estúpida idea de invitarla a surfear. Suele ser una de mis tácticas de ligue y Kimba lo sabe. Esta vez no la usaré, solo ante los ojos de Kimba, pero me viene cojonuda como excusa.

Necesito que le quede claro que lo que pasó entre nosotros no ha significado nada para mí. Tiene que entender que he pasado página y que podemos seguir siendo amigos como siempre.

Pero, sobre todo, quiero dejármelo claro a mí mismo de una puñetera vez.

Desde que conocí a Hannah y se enteró de cuál es mi trabajo, lleva pidiéndome que le dé unas clases de surf y, como el buen capullo que soy, no he encontrado mejor momento para enseñarle que este. Cuando todo está patas arriba con Kimba.

La aludida sale del baño cuando le estoy dando el traje de neopreno a Hannah. Esta última la saluda sonriente y va hacia los vestuarios que le he indicado para cambiarse.

Kimba se queda parada al verla e intuir lo que vamos a hacer, pero no dice nada, se limita a mirarme con rencor y pasa de largo. Yo me hago el tonto y comienzo a trastear en el monitor como si estuviera comprobando algo. Por el rabillo del ojo no la pierdo de vista.

Kimba sale del establecimiento y se apoya sobre una de las cristaleras de la entrada. Me remuevo inquieto porque mi maldita conciencia no me deja tranquilo. Me estoy portando fatal

con ella y ni siquiera se lo merece. Niego porque soy un estúpido. Podría haberme ahorrado el numerito si fuera capaz de aceptar que nunca más volverá a ocurrir lo que sucedió la otra noche entre nosotros. Pero por alguna razón que no logro comprender pensar en ello me cabrea.

Hannah sale uniformada y salimos del local. Para interpretar mejor mi papel de capullo —últimamente, en vez de monitor de surf parezco actor o idiota—, rodeo a Hannah por los hombros y ella no se queja, es más, diría que está encantada de la vida.

—Que no me molesten —suelto como si nada al pasar junto a Kimba—. Tengo clase privada con Hannah.

Me detengo para estudiar su reacción, pero no me mira. Solo asiente y quiero gritar de frustración.

Deseo que me mire, que grite que soy un capullo. Que soy lo peor, pero no lo hace.

Niego con la cabeza. Nada de esto debería ocurrir.

Con lo fácil que sería dejar de hacer el gilipollas y afrontar lo que siento por ella. Mandar todos los peros del mundo a la mierda y redoblar mis esfuerzos en conquistarla, no en apartarla de mi lado.

¡Mentalmente estoy agotado!

A veces, desear algo no es suficiente, aunque lo quieras con todas tus fuerzas, porque está fuera de tu alcance. Y Kimba lo está del mío.

Camino sin soltar a Hannah y la dirijo hacia el almacén donde guardo las tablas de surf. Necesito sacarla de mi campo de visión y de mis pensamientos aunque solo sean dos putos minutos.

10

DESCUBRIENDO EL PASTEL



Hoy, 1 de diciembre, oficialmente, comienza el verano y toca cenar en casa de mis padres.
Como cada año, estarán preparando algo especial y engalanando el jardín trasero como si fuera fin de año. Ellos son así. Les gusta recibir el comienzo del buen tiempo en familia y cocinando muchos de mis platos preferidos. Así que no pienso quejarme ni faltar a la cita.

La de hoy se puede decir que es una de mis reuniones favoritas por excelencia. Que sea la antesala de mi época preferida del año tiene mucho que ver. La Navidad y todo el ambiente que se crea en estas fechas me encanta. Si por mi fuera, me pasaría el año surfeando con el gorro de Papá Noel puesto.

Salgo de la ducha y me arreglo sin mucha ceremonia. Me enfundo unas bermudas un poco más decentes de las que uso a diario, una camiseta con el logo de mi negocio y una sudadera abierta por si refresca.

Cierro la puerta de casa con llave y bajo las escaleras trotando hasta llegar a la furgoneta.

A pesar de que es fin de semana, hoy ha sido un día bastante tranquilo de trabajo. Hemos tenido menos clases de turistas de lo habitual y eso me ha dado una tregua. Hacía mucho tiempo que no disponía de unas horas para disfrutar con calma de mis pensamientos. Necesitaba cambiar un poco de aires, así que he salido con Robert a hacer *snorkel*. Como no ha sido nada planeado, nos hemos quedado en una playa cercana. Un trocito de mar para relajarme y desconectar.

Al regresar a la tienda, lo he hecho con las pilas recargadas, con un chute de querer comerme el mundo; las mismas que se han esfumado cuando me he encontrado de nuevo con Kimba. Todavía estaba en la tienda haciendo inventario a puerta cerrada. Sé que lo de hacer recuento no ha sido más que una excusa para esperarnos, después de la bronca que tuvimos el otro día, intentamos que la cosa no se salga del plano profesional.

Ambos estamos más tranquilos, solo que ahora nos comunicamos con monosílabos. Y en el fondo eso me cabrea, porque al final ha sucedido lo que no quería que ocurriera; nuestra amistad se ha resentido. Aunque conservo la esperanza de que con el transcurso de los días olvidemos lo sucedido y recuperemos la relación que teníamos antes. La de amigos, porque la echo de menos.

Llego al porche de mis padres y se escucha jaleo. Las ventanas abiertas filtran las voces. Esta casa siempre es así.

Me detengo en la entrada y toco el claxon tres veces para anunciar mi llegada. Abro la puerta del garaje con el mando a distancia y estaciono dentro.

Saco del maletero una bolsa con *tuppers* vacíos antes de subir por las escalerillas que me llevan al interior de la vivienda y giro a la izquierda en dirección a la cocina; no tengo duda de que es de allí de donde provienen las voces.

Al llegar, me detengo ante la puerta y encuentro a mi tía Nerida amasando algo sobre la encimera. Lo hace con brío y a dos manos. Al verme parado observándola, detiene el gesto y sonríe sin sacar las manos de la masa.

—¿Qué? ¿No piensas saludar?

Me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla. Dejo la bolsa sobre la mesa e intento meter el dedo en la masa para probarla, pero me da un manotazo riendo.

Mi abuela y mi madre, al escucharnos, se dan la vuelta.

—Hoy vienes pronto.

—Sí, no tenía mucho trabajo.

Camino hacia mi abuela, que no deja de remover algo en el fuego, y las tripas me rugen. Huele delicioso. Le doy un abrazo, la beso en la coronilla y me agacho para quedar a su altura y que pueda besarme el pómulo; es mucho más bajita que yo.

Mi madre se afana en secar los platos que ha lavado y se señala el cachete, pidiéndome su beso. No me hago de rogar, ladeo la sonrisa y la rodeo por la cintura. Ella comienza a reírse cuando la elevo del suelo besuqueándola por toda la cara.

—¡Liam! Para ya. —Le doy un par de achuchones más para chincharla antes de dejarla en el suelo y, como es habitual en mí, me siento en la encimera viendo cómo trabajan. Estiro la mano con disimulo y corto un trozo de pan recién hecho que hay en la panera.

—Liam, deja eso. Es para la cena y no te has lavado las manos.

Asiento masticando. El *damper* es mi perdición y ellas lo saben, por eso hacen ración doble. Ignorándome, cada una regresa a su tarea y yo las miro, satisfecho, sin dejar de comer a dos carrillos. Esta escena tan cotidiana representa lo que significa para mí la palabra hogar. El regresar a casa. Resume a la perfección mis años de infancia; desde que tengo uso de razón, mi vida ha sido esto.

Recuerdo una casa ruidosa, familiar. Llena de comida y de gente.

Estas paredes llevan años siendo el punto de reunión de cada uno de nosotros, pero cuando mi abuelo falleció, mi tía y mi abuela se vinieron a vivir a casa de mis padres. Para sorpresa de todos, fue mi padre quien lo propuso, no le parecía bien que vivieran solas y ellas aceptaron encantadas. Yo por entonces no tendría más de doce años. Recuerdo aquella época con pena y cariño. Durante mi infancia, viví muchos momentos especiales con mi abuelo, para mí era un ejemplo a seguir. Fue el que me inculcó el amor que siento por el surf y me enseñó a mantenerme de pie sobre una ola, y eso jamás lo olvidaré.

—Voy a ver qué está haciendo papá.

—Está en el salón viendo la tele. Dile que te ayude a llevar la bebida a la mesa del jardín, la cena está casi lista.

Paso de nuevo por su lado y, para distraerla, le doy un beso en la frente. De extranjis, le robo otro pellizco al pan y la abuela me pilla con las manos en la masa, nunca mejor dicho, pero no me delata, solo sonríe. Le guiño un ojo y me agacho para darle un beso en el pelo.

—Eres un canalla, ¿lo sabes? —susurra al quedar a su altura.

—Algo me han dicho. —Le devuelvo el gesto cómplice y camino hacia el salón.

Mi padre tiene el televisor a todo trapo, se oye sin dificultad cómo el reportero de la sección de deportes va retransmitiendo el partido.

Cojo el mando de encima de la mesa para bajar el volumen y me dejo caer en el sillón junto a él. Hace el amago de protestar, pero cuando se da cuenta de que soy yo, cierra el pico sonriente.

—Pensaba que era tu madre, que venía a protestar por el volumen del televisor.

—Y no me extraña que lo haga, papá, vas a quedarte sordo.

—Bah, tonterías. Lo subo para no oírlas cotorrear desde aquí. —Una carcajada me brota—. Al que pillan, le cortan un traje a medida.

Sé que no exagera, las conozco a la perfección. Son muy capaces de despellejar vivo al que sea sin tan siquiera tenerlo delante.

—Pues quieren que pongamos la bebida en la mesa, al parecer, la comida ya está lista.

Se frota las manos y después, la prominente barriga.

—Pues vamos, no la hagamos esperar, que luego se cabrea.

—¿Pero tú no estabas viendo el partido?

—Na, da igual. Así tengo excusa para ver la repetición más tarde. —Alzo la ceja, incrédulo. Mi padre odia ver los partidos en diferido. Me mira con gesto cómplice y baja la voz para que nadie se entere—. Vamos perdiendo y a estas alturas no tenemos ninguna oportunidad de

remontar, así que mejor no verlo para que no me indigeste con la cena.

Riendo, salimos al jardín hasta la nevera que tienen junto a la barbacoa. Sacamos vino, agua y refrescos para que cada uno se sirva lo que quiera. Lo dejamos sobre la mesa cuando las tres salen del interior de la casa con fuentes llenas de comida.

—Liam, ve avisando a tus hermanas que la cena está en la mesa. Que no tarden, por favor. Y que se laven las manos antes de venir si quieren comer.

Asiento y niego con la cabeza. Mi madre siempre nos seguirá diciendo que nos lavemos las manos aunque tengamos ochenta años cada uno.

—Nerida, me he dejado el pan en la cocina, ¿puedes traerlo, por favor?

—Deja, ya voy yo. —Mi abuela vuelve a entrar en la casa y yo la sigo—. Liam, tus hermanas están en la casa del árbol.

—¡Qué raro! —digo burlón con cariño.

Cambio de dirección y me dirijo a la parte trasera del jardín. La casa del árbol no es más que un pequeño cobertizo que hay junto a un zarzo dorado que tenemos plantado desde hace muchos años. Cuando mi tía y mi abuela se mudaron a casa, nuestra habitación de juegos desapareció, así que las gemelas no dudaron en convertir el cobertizo en su fuerte y, a día de hoy, siguen usándolo.

Me acerco con sigilo con la idea en mente de darles un susto. Tienen la pequeña ventana abierta y me sitúo junto a ella mientras pienso qué trastada hacerles. Hace años que no les hago ninguna. Me agacho para coger un puñado de piedras y lanzarlas dentro cuando las siento murmurar.

—Pero, Kim, eso no puede ser. Seguro que no te he entendido bien.

Oír el nombre de Kimba me hace erguirme. ¡Mierda! No sabía que estuviera aquí. Presto atención a la conversación para saber de qué hablan.

—Lily, has escuchado a la perfección. —Un nuevo silencio que me deja con más intriga—. Ahora lo que debemos averiguar es por qué se quiere ir de Torquay.

¿Irse de Torquay? ¿Quién coño quiere irse de Torquay?

Devuelvo las piedras al suelo en silencio y me asomo por la ventana sin que ellas puedan verme. Están las tres sentadas en un pequeño círculo en el suelo. Mis hermanas miran a Kimba, quedando de espaldas a donde yo me encuentro. Kim, sin embargo, está de frente con la cabeza gacha; si elevara un poco la cara en mi dirección, me vería sin problema. Me muevo un poco en las sombras para no ser visto sin perder detalle. Tiene las mejillas bañadas en lágrimas y está claro que algo importante le pasa.

Mis hermanas, cada una a un lado, la sujetan por las manos y esperan pacientes a que hable. Verla así me tensa. Odio que llore. Intento permanecer quieto en la posición que estoy para que no me descubran, no quiero marcharme sin saber qué narices está sucediendo.

—Kimba, ¿quieres contarnos el porqué? —Lily le pregunta con diplomacia y ella niega con la cabeza.

—Kim, ¡no me jodas! —Ahora la que habla es Mia, ella sí que no se anda con tonterías—. Somos amigas, tienes que decirnos por qué quieres marcharte de Torquay para irte a vivir con tus padres cuando ni siquiera tienes buena relación con ellos.

Me quedo en *shock* al oírla. No puede ser. No… Mia tiene que estar equivocada. Kimba no puede marcharse. No puede…

—Mia, de verdad, no sé qué más decir —Kimba habla con la voz rota y un pellizco se me coge en el pecho al oírla.

—Dime la verdad, Kim, solo quiero la verdad. Te prometo que no pienso juzgarte. —Un quejido sale del pecho de Kimba. Mis hermanas la abrazan con fuerza y a mí algo se me resquebraja por dentro. Quiero entrar ahí dentro, ser yo el que la abrace. Preguntarle frente a frente qué cojones está pasando y por qué mis hermanas están diciendo semejantes sandeces.

Cuando el llanto cesa, la separan un poco de su pecho.

—Neni, solo queremos saber qué es eso tan grave que te ha pasado para que mandes toda una vida a la mierda.

Los remordimientos emergen como las malas hierbas y es imposible no pensar que soy el culpable de que Kimba esté así. ¿Querrá marcharse por lo que ha sucedido entre nosotros?

—Yo… he… —No sabe cómo seguir y yo cada vez estoy más nervioso—. Esta semana he terminado la universidad; después de tantos años de trabajo y esfuerzo para poder pagarme la carrera…, me he dado cuenta de que aquí no tengo futuro.

—¿Cómo que no tienes futuro? ¡Menuda tontería! Si hay un sitio con oportunidades laborales es este.

—Kimba, tienes en mente un proyecto con mucho futuro.

—No digas chorradas, Lily. Todas sabemos que son un puñado de tonterías.

—Neni, ¿quién piensa eso? ¿Tú? ¿Nosotras? ¿O tu abuelo? —Guarda silencio un instante antes de volver a hablar.

Desde donde me encuentro no puedo verlas, pero tampoco quiero moverme. Quiero seguir escuchando la conversación sin ser visto.

—Mia, tengo una edad, no puedo seguir viviendo de sueños.

—Si hay alguien que no ha vivido nunca de sueños eres tú. —Oigo a mi hermana ponerse en pie y caminar por la habitación—. Kim, llevas trabajando desde que tienes edad legal para hacerlo. Has conseguido acabar la carrera, haciendo un puñado de asignaturas por año; pagarte los estudios sin ayuda. Si alguien se merece sacar adelante ese proyecto eres tú. Y deja de hacerle caso al cascarrabias de tu abuelo, si por él fuera, vivirías en una puñetera cueva.

—Ya, pero nunca podré alcanzar mis sueños. Sacar adelante mi proyecto. Llevo mucho tiempo dándole vueltas a la idea, no os creáis que la decisión está tomada a la ligera, ha habido un detonante para tomarla justo ahora, no os lo voy a negar, pero seamos sinceras, yo aquí no tengo futuro, mi abuelo no me dejaría que lo tuviera. Llevo mucho tiempo reflexionando sobre ello y no hay ningún empleo que me llame. Podría buscar algo relacionado con mi carrera, pero no tengo experiencia. —Mi hermana mueve el gesto y no puedo verlas porque siguen de espaldas a mí—. Lily, no me mires con esa cara. Las tres sabemos que lo normal es que las estudiantes recién salidas de la carrera sean muchísimo más jóvenes que yo, y que a mi edad ya tengan una experiencia considerable.

—Ya, pero ellas no han tenido que trabajar a jornada completa durante años para ahorrar y pagarse los estudios porque su maravilloso abuelo se negaba a hacerlo. Así que no pienses que eres menos por eso. Te has partido los cuernos trabajando, estudiando y haciendo clases semipresenciales para terminar los estudios. Te mereces tener el empleo que te dé la real gana sin sentir miedo a que te juzguen por ello.

—Tal vez, pero mi situación es otra. Mi plan de futuro era sacar adelante mi proyecto tras acabar la carrera, pero mi abuelo ya se ha encargado de recordarme que soy una boba. Que no se puede vivir de esa tontería. Y que lo mejor es que busque un empleo que me dé de comer el resto de mi vida. —Lo dice con burla, como si eso justo le hubiera dicho su abuelo. Un nuevo silencio y yo cada vez comprendo menos lo que pasa—. Ya sé lo que pensáis al respecto, pero he llegado

a un punto en que la situación es insostenible, quiero mucho a mi familia, haría cualquier cosa por ellos, pero no puedo sacrificar más mi vida. Ha quedado claro que mis intereses y los suyos son polos opuestos.

—Joder, tía, no sé qué decirte. No me parece justo que tengas que renunciar a tu vida por su opinión.

—Alguna solución debe de haber.

No aguanto más seguir escondido, necesito entrar ahí dentro, saber qué cojones está pasando y qué mierda es esa de que Kimba quiere marcharse.

Abro la puerta de malos modos y se sobresaltan. Las miro con el ceño fruncido. Estoy cabreado, muy cabreado, y no sé bien por qué.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —Ninguna dice nada. Kimba se limpia el rostro con las manos y mis hermanas me taladran con la mirada como si no tuviera ningún tacto. ¡Joder! Claro que lo tengo, pero no quiero que sepan que las he estado espiando—. ¿Por qué tenéis esa cara de funeral?

Siguen sin decir nada y el silencio comienza a ser frustrante. Kimba se pone en pie y pretende marcharse. La retengo por el brazo.

—¿Dónde se supone que vas? —Me mira con cara de querer pegarme cuatro gritos y las lágrimas le inundan de nuevo los ojos—. ¿Por qué lloras, princesa?

La humedad se intensifica y acaba llorando. No puedo resistirme a verla así. La acurruco contra mi pecho y la abrazo. ¡Joder! ¿Qué cojones pasa? ¡No puede marcharse!

—¡Chicos! La comida se enfría. —La voz de mi madre se oye más cerca mientras habla. Las pisadas no tardan en detenerse junto a nosotros—. ¿Por qué tardáis tanto?

Giro con Kimba en los brazos para que no la vea llorar.

—Ya vamos.

Lily y Mia caminan hacia el exterior y mi madre se da cuenta de que algo sucede.

—¿Qué le pasa? —le pregunta a Lily.

—Liam le ha gastado una broma.

—Este niño siempre igual.

Las tres se marchan y, en cuanto lo hacen, Kimba se separa de mi cuerpo. Quiero protestar, pero no tengo derecho a hacerlo.

—¿Kim…?

—Ahora no. —Sale por la puerta y me quedo solo en el cobertizo.

Cabeceo para aclararme las ideas, pero en realidad solo tengo una cosa clara. Kimba quiere marcharse de Torquay y no sé por qué.

11

EN SHOCK POR LA CONFESIÓN



Cuando regreso, mi familia está sentada alrededor de la mesa y Kimba los acompaña. No es raro que lo haga. Intento disimular mi malestar por lo que acabo de descubrir y me acomodo en el único sitio que queda libre entre Lily y mi abuela; quedando a un asiento de estar frente a frente de Kim.

Como si nada, mis hermanas comienzan a servirse una suculenta cena. Le pasan el bol de ensalada a Kimba y ella se echa una pequeña ración. A nadie le extraña porque no es de mucho comer, pero yo sé a la perfección que no está bien.

Mi abuela me pasa la fuente para que me sirva el *barramundi* horneado y apenas lleno el plato, he perdido el apetito.

—¿Estás bien? —Se acerca para preguntarme.

—Sí… sí, claro.

Extrañada, me estudia con fijeza. Sabe a la perfección que el *barramundi* es mi pescado favorito y que soy de los que suele repetir y dejar el plato rebañado. Sin quitarme la vista de encima, coge un trozo de *damper* y me lo tiende elevando una ceja. Sabe que a eso no seré capaz de decir que no. Lo cojo intentando sonreír para no hacerle el feo y le doy un mordisco. Asiente satisfecha, como si con ese gesto hubiera resuelto el problema.

Desvío mi atención hacia Kimba y la pillo estudiándome. Hace el amago de apartar sus ojos de los míos, pero niego con sutileza y ella no los retira. Su mirada se llena de lágrimas y a mí me dan ganas de levantarme de mi asiento y acurrucarla en mi pecho.

«¡Mierda, Kim! ¿Por qué cojones quieres irte?».

«No puedes marcharte, princesa. No puedes irte y dejarme aquí».

No muevo el gesto, pero ojalá pudiera leerme la puñetera mente.

Tengo que hablar con ella. Necesito hacerlo.

La cena transcurre con un mínimo de normalidad. Mis hermanas no dejan de estar pendiente de Kimba, pero a mi madre no le extraña después del supuesto disgusto que le he dado con mi supuesta broma. Yo sí que estoy raro de cojones, no he sido capaz de decir ni una sola palabra durante toda la velada, no tengo el cuerpo para tonterías.

Cuando llegamos a los postres, no aguanto más y me remuevo inquieto en el asiento, Kimba lo nota.

—Grace, muchas gracias por la cena, pero debo marcharme ya —Kimba se dirige a mi madre, que la mira con pena.

—Pero ¿cómo?, ¿no vas a tomarte el postre?

— No, de verdad, no hace falta.

—Oh, claro que sí. Deja que al menos te ponga un trozo para que te lo comas en casa.

Mi madre entra en la cocina y sale con un *tupper* lleno de bolitas de *lamingtons* de chocolate y coco. Los favoritos de Kim.

—Gracias, Grace. Eres un amor. —Se abrazan como lo haría una madre con su hija. Y, ¡joder!, justo por esto lo mío con Kim no puede ser, es alguien demasiado importante para esta familia como para cagarla—. Estaba todo delicioso, como siempre.

Mi madre le sonríe con cariño sujetándola por los antebrazos. Los demás miembros de mi familia se ponen en pie y Kimba le va dando a cada uno un pequeño abrazo y un beso. En último lugar se despide de mi abuela y está a punto de llegar hasta mí, me pongo nervioso, no sé cómo cojones reaccionar.

«¡Menudo idiota! Llevas haciendo lo mismo casi toda tu vida».

—Kim, te acerco a casa. Yo también me marcho ya.

Salgo un poco por la tangente, pero evito su contacto delante de los presentes. No quiero que se den cuenta de la cara de gilipollas que se me pone al tenerla cerca. Ella me mira apenada al darse cuenta del motivo por el que reacciono así. Me conoce demasiado bien para desgracia de los dos.

—Sí, será lo mejor. —Mi madre retira una bandeja vacía de la mesa y se sitúa a mi altura antes de entrar en la cocina—. Espero que te disculpes con ella, mira el disgusto que tiene la pobre chica.

El resto de comensales me observan sin entender de qué habla mi madre. Lily me regala una sonrisa de disculpa, es la culpable de que mi madre me acuse del estado de Kimba. Niego con una pequeña mueca para que no se sienta mal. Prefiero que mi madre crea que es culpa mía a que descubra que Kim quiere marcharse de Torquay.

Un escalofrío me recorre al pensar en ello y lo aparto de un plumazo.

Salimos de la casa de mis padres en silencio, algo bastante extraño tratándose de mí. Pero me siento incómodo para comportarme de otra manera. Aunque la palabra exacta es decepción.

Pensar que ella, mi mejor amiga, alguien que considero tan importante en mi vida, independientemente de lo que ha pasado en la última semana entre nosotros, no se haya dignado a contarme algo tan importante, me duele.

Hacemos todo el viaje en silencio. Ninguno de los dos se atreve a decir nada. Detengo el coche ante la casa de los abuelos de Kimba, algo retirado para hablar con ella. La miro de reojo y no parece encontrarse mucho mejor que yo. Pero las ganas de saber le ganan a la prudencia.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

Cuando enfoca sus ojos en mí, me doy cuenta de que los tiene rojos de haber llorado. He venido todo el trayecto tan inmerso en mis pensamientos que no me había dado ni cuenta.

—Quizás porque llevas toda la semana evitándome.

Suena dolida, y no es para menos. Llevo muchos días portándome como un cretino con ella.

—No hace falta que la traigas más a la tienda —sé que se refiere a Hannah sin necesidad de que pronuncie su nombre—, ya me ha quedado claro el mensaje. Lo de la otra noche no fue importante para ti.

Lo dice con un tono que una patada en la entrepierna me dolería menos. Aguanto la estocada con un gesto inexpresivo. No quiero que ninguno de los dos confundamos las cosas, me ha costado siete malditos días autoconvencerme de eso mismo, de que debo estar alejado de ella.

—¿Por qué quieres marcharte? —cambio de tema y mi voz suena suave. Con necesidad de saber, de entender por qué esta decisión ahora.

No responde, se limita a mirar por la ventanilla.

—¿Es por eso? —Me cuesta tragar al hacer la pregunta—. ¿Es por mí que quieres marcharte?

—Liam, deja de creerte el puñetero ombligo del mundo.

—No, joder. No es eso. Es que pensaba… Como nosotros nos…

—Olvida de una vez lo que pasó. ¿No es eso lo que quieres?

Asiento muy despacio, como si me costara hacerlo. ¡Joder! Soy un imbécil de primera. Somos adultos, follamos, ya está. Un nudo se anuda en la garganta al recordarlo. Aquella noche quedó muy lejos de la palabra «follar» y muy cerca de «sentir». No puedo engañarme. Pasé la mejor noche de mi puñetera vida con Kimba.

Se pasa la mano por la frente como si estuviera cansada.

—Esto no va de ti, ni de fustigarse sobre si te has bajado los pantalones con la persona adecuada o no. Se trata de algo mucho más importante. Hablamos de mí. De mi futuro.

Sé que no tengo derecho a pedirle explicaciones y que puede hacer con su vida lo que le dé la gana, pero, joder, somos amigos ante todo y me jode que no me haya contado algo tan importante.

—Tienes razón, lo siento. —Tiene la mirada bañada en lágrimas. Las ganas de abrazarla me queman las manos, pero la siento tan lejana que no me atrevo a dar un paso en falso—. ¿Te apetece hablarme de ese proyecto?

—Es una historia de la que no merece la pena hablar.

—Kim, si no me dices de qué va, no podré darte mi opinión.

Permanece callada. Sube las piernas al asiento y se acurruca sobre sus rodillas. Cuando creo que no va a soltar prenda, comienza a hablar.

—Es algo muy personal, en lo que llevo pensando muchos años. Al principio eran solo unos trazos de lo que me gustaría hacer en mi vida; conforme fueron pasando los años de carrera, cada día esa idea se afianzaba más y tomaba otras dimensiones. Tenía claro que quería que fuera mi plan de futuro al acabar los estudios. Lo tenía todo mirado, pero, al hablar con mi abuelo, mi idea se ha venido abajo. Ya sabes cómo es. No permite que me entretenga con tonterías.

—¿Tú sientes que son tonterías?

—No, en absoluto. Creo que podría ayudar a mucha gente.

Me quedo atrapado en sus ojos. Ella aparta la mirada hacia sus manos y yo necesito saber más, mucho más.

—Cuéntamelo, por favor. Comparte conmigo esa brillante idea. —Me observa de reojo con un atisbo de sonrisa—. ¿Qué? No te rías, estoy seguro de que es alucinante y, ya que no la vas a aprovechar tú, quiero patentarla yo.

Una carcajada se le escapa al oír mi tontería.

—¡Mira que eres tonto!

El ambiente se relaja y nosotros también. Extiendo mi mano hasta alcanzar la suya y descubro que la tiene helada a pesar de que estamos en verano. Se queda estudiando mi gesto, pero no dice nada. Entrelazo mis dedos con los suyos, mi mano engulle la de ella y, con el dedo pulgar, trazo círculos sobre su piel. Quiero transmitirle seguridad para que continúe.

Ella pierde la mirada por la luna delantera de la furgoneta sin desprenderse de mi agarre.

—Me gustaría abrir un centro terapéutico. Para personas con discapacidad. Centrado en el surf y los beneficios que puede aportarles ese deporte. Cerca del mar, de tu escuela. —Se queda estudiando mi reacción y yo la miro impresionado. Nunca hubiera pensado que Kimba tuviera en mente algo así—. Sería un entorno ideal para unificar la actividad física, el ocio y el bienestar.

—¿A qué público estaría dirigido?

—Había pensado en chicos y chicas con discapacidad mental, autismo, con trastorno por déficit de atención e hiperactividad. Pero, en realidad, podría ir dirigido a cualquier persona especial que pueda coger una tabla, ponerse un neopreno y experimentar la sensación de surfear una ola. —Estudia cada uno de mis movimientos. Con cada palabra que pronuncia, me atrapa un poco más en el mundo que está recreando en su cabeza. Me parece fascinante. Una puta maravilla que nunca se me hubiera ocurrido—. Es una locura, ¿verdad?

La ilusión con la que va relatando es contagiosa y el gusanillo de querer saber más para aportar mi granito de arena me invade.

—No. Para nada. Es más, yo podría ayudarte —lo digo con entusiasmo. Con ganas de ser partícipe de algo que puede llegar a ser muy grande. No sé si ella es consciente de lo que me está contando, pero no solo ayudaría a mucha gente, sino que sería pionera en abrir ese tipo de

negocio en Torquay.

Ella sigue perdida en sus pensamientos y mi cerebro trabaja a mil por hora haciendo un esbozo de cómo sería todo, de las instalaciones que necesitaría, la forma de adaptar las formaciones tradicionales y el material a cada necesidad.

—Da igual, es una tontería, déjalo.

—Kimba, no pienses eso. Es la idea más alucinante que he escuchado en mucho tiempo. Es más, me da rabia que no se me haya ocurrido a mí. —Sonríe y me empuja con el codo—. No, lo digo en serio. No deberías renunciar a tus sueños por lo que opine tu abuelo.

Me recuesto sobre el asiento, pensando. No es justo que sacrifique el esfuerzo de estos años y a las persona que quiere por no ser capaz de enfrentar a su abuelo. Sé que toda la vida ha respetado su opinión y la ha cumplido a rajatabla, aunque eso supusiera hacer lo que no deseaba. Su miedo a no defraudarlo es inmenso, no es algo que desconozca. Pero esto ya me parece ir demasiado lejos.

—Piénsalo, ¿vale? No te guíes por lo que digan los demás. No puedes alejarte de las personas que quieres así como así, como si no importara. Es tu vida. Y tu abuelo ya decidió cómo vivir la suya. Debes pelear por lo que deseas y si Max no está de acuerdo, ¡que le den! —Un pequeño mohín asoma en sus labios.

Resoplo frustrado.

Durante toda mi vida he creído conocer a Kimba como la palma de mi mano. Sus gustos, su forma de pensar, lo que quería en un futuro. No podía estar más equivocado.

—Kim, mírame. No puedes desconectar tu mundo como el que presiona un interruptor en la pared. Es tu vida, solo tuya. Y ninguno de nosotros tiene derecho a decirte cómo vivirla.

Me inclino en su dirección y la abrazo. Lo hago con anhelo, con angustia. Por primera vez en mi vida puedo decir que tengo miedo de perder a Kimba. De que se vaya de mi lado.

Entrelaza sus manos tras mi cuello y quiero que el puto mundo se pare. Ahora.

Nos quedamos unos instantes así, refugiados el uno en el otro.

—Tengo que marcharme —susurra bajito contra mi oído, y la piel se me eriza.

Sin separarnos ni un milímetro, volteo la cara en su dirección.

Quiero gritarle que no se vaya, que la necesito así. Cerca, muy cerca.

Soy un puto egoísta. No quiero renunciar a esto, pero debo hacerlo por el bien de los dos.

—Buenas noches, princesa. —La sujeto por la nuca y la beso en la comisura de los labios. Me muero por saborearla.

—Buenas noches, Liam. Y gracias.

Se suelta de mi agarre y me mira de frente unos segundos.

—¿Nos vemos mañana? —pregunta, tímida.

—Eso espero, princesa. Eso espero.

Un nudo se me instala en la garganta al decirlo. Baja del coche en silencio y camina en dirección al porche de su casa. Saca las llaves y abre la puerta. No pierdo detalle, quiero que me mire una última vez, pero no lo hace. Entra y cierra con cuidado.

Me dejo caer sobre el asiento y me froto la cara, frustrado.

Kimba no se puede marchar. ¿Qué cojones voy a hacer sin ella?

No, no puede irse.

Tengo que pensar algo para evitarlo.

Pongo el coche en marcha con ganas de liarme a puñetazos con el primero que se me ponga delante.

No puedo autoengañarme. Kimba me importa. Mucho. Si no, no estaría pensando en montar un circo para evitar su huida.

12

UNA MISIÓN IMPORTANTE



He pasado una noche horrible, sin pegar ojo. La última vez que miré el reloj eran las cuatro y media de la madrugada. Anoche, cuando dejé a Kim en su casa, llegué a la mía hecho un puto lío. Sin terminar de asimilar que quiere irse. Todavía no me lo creo.

Por eso no dudé en escribir en el chat que comparto con mis hermanas. Sé que ellas la conocen mejor que nadie. Son sus mejores amigas. Quería saber si había algún motivo extra por el que Kimba hubiera tomado esa decisión, pero tras mucho hablar me quedé con la frase más importante: «Kim necesita ayuda. Tenemos que hacer que se quede».

Aparto las sábanas a un lado y me dirijo al baño. Elevo los brazos por encima de la cabeza para estirar la espalda, me duele horrores. Al mirarme en el espejo, descubro que tengo unas ojeras que ni un oso panda, así que abro el grifo de la ducha y me cuelo dentro.

Aún es temprano, demasiado quizás para alguien que se levanta con la hora justa. Son las seis de la mañana y ni siquiera creo que haya dormido dos horas en toda la noche. Pero, por sorprendente que parezca, no tengo sueño, aunque el cuerpo lo siento como si me hubieran molido a palos.

Aumento la temperatura del agua para desentumecerme, los músculos se me relajan poco a poco y la mente también se me despeja. El último mensaje de Mia se repite en mi cabeza a modo de mantra.

¿Qué cojones puedo hacer para que Kim no se vaya? ¿Para que cambie de idea?

Me enjabono sin mucha ceremonia y, antes de darme cuenta, estoy vestido en la cocina sirviéndome el primer café de la mañana. No sé dónde voy tan temprano, es domingo y hoy no trabajo. La idea era quedarme en casa para descansar y reponer fuerzas, estoy tan agotado que no me quedan energías ni para surfear. Pero me he levantado inquieto, como si me asfixiara estar entre estas cuatro paredes.

Me monto en la furgoneta sin rumbo fijo. Necesito pensar y conducir me ayuda a hacerlo. Mi prioridad esta mañana es dar con ese algo que ayude a convencer a Kimba. Está claro que en ninguna otra parte del mundo se va a sentir como aquí, porque Torquay es su casa.

Cuando llevo un par de horas de kilómetros a la espalda, me ruge el estómago, me detengo en una gasolinera y me hago con un puñado de Tim Tam. De paso cojo una botella de agua fría, lo pago todo y regreso al coche. Comienzo a agobiarme. Se supone que soy la clase de tío que siempre tiene una solución o un plan B. Pero no logro dar con ese «clic» que cambie el resultado de este embrollo.

Me acomodo en el asiento del conductor, desenvuelvo una chocolatina y le doy un mordisco saboreando la intensidad del chocolate. Voy por la segunda dentellada cuando se me ocurre algo. Se ve que necesitaba azúcar para reactivar el cerebro.

Lo primero que debo hacer es hablar con Max. Enterarme de por qué cojones no le parece «adecuado» el proyecto de su nieta. No creo que ponga muchas pegas para charlar conmigo, nos conocemos desde que yo era un mocoso, él era amigo de mi abuelo y mi familia está muy vinculada a la suya. Su mujer es la mejor amiga de mi abuela. Y Kimba… Kimba lleva años considerada un miembro más de la mía.

Arranco y conduzco en dirección a la casa de los abuelos de Kim. Creo que ahí puedo encontrar la primera pieza del puzle que pretendo armar.

Subo los tres peldaños que hay para acceder al porche de Kimba. Me froto las manos, nervioso, sobre las bermudas y tomo aire por la nariz; intento poner en orden mis pensamientos para lo que voy a hacer a continuación.

Llamo a la puerta con los nudillos y espero a que alguien abra. Lo hago más serio de lo

habitual. Descubrir los planes de Kim me ha transformado el carácter.

Sé que la puerta está abierta, pero no me parece adecuado colarme dentro sin más. Al menos no hoy.

Antara, la abuela de Kimba, abre la puerta y me recibe con una sonrisa.

—¡Liam! Qué alegría verte. ¿Qué te trae por aquí? Pero pasa, pasa. —Nos damos un abrazo y pasamos al salón.

—Pues… —me rasco la cabeza dubitativo—, venía a hablar con Max.

—No está. Acaba de marcharse para visitar a un amigo.

—Vaya. —Me quedo cortado porque no había pensado en esa posibilidad.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Me mira con curiosidad, sabe que no es habitual en mí aparecer por aquí si no es para recoger o traer a Kimba. Siempre tiene que ver con ella. Y esta vez no iba a ser diferente. Suspiro pensando qué hacer. Tal vez no es mala idea saber qué piensa ella de este asunto.

—¿Sabías que Kimba quiere marcharse de Torquay?

Asiente con pena. Los ojos se le ponen acuosos, la rodeo por los hombros y le doy un abrazo lleno de ternura.

—Vamos al jardín, allí hablaremos con más calma.

Sin darme cuenta desvío la mirada escaleras arriba. Ella se percata del detalle y cabecea.

—Tranquilo, está con Babas en la playa.

Asiento y la acompaño al jardín trasero. Se sienta en un columpio balancín de madera que ha visto tiempos mejores. Estiro los labios al verla mecerse, sé que ese es su rincón favorito de la casa.

Acerco una silla y la sitúo junto a ella.

—Antara, no voy a dar rodeos. —Me sostiene la mirada—. ¿Sabes por qué quiere marcharse? Necesito entender qué se le está pasando por la cabeza a tu nieta.

—La afecta demasiado la opinión de su abuelo —lo dice con pena, y tiene razón.

—No puede seguir así toda la vida, necesita dejarle las cosas claras a ese viejo gruñón.

—Niño, lo que necesita mi pequeña es ganar confianza. Creerse que puede, que es válida para conseguir lo que se proponga en la vida. Porque lo es. Mi marido lleva tantos años comparándola con su madre para que no sea como ella que ha acabado teniendo miedo a dar un paso en falso y seguir su estela. Sabe que Max jamás se lo perdonaría y no está dispuesta a defraudarlo.

Me quedo pensando en lo que ha dicho. Llevo años oyendo hablar de esa historia, pero nunca he comprendido por qué Max no quiere que su nieta se parezca a su única hija.

—¿Cuál es la historia de Ava?

Guarda silencio y me observa. Sé que no es un tema del que hablen nunca, pero creo que llegados a este punto debemos poner todas las cartas sobre la mesa.

—Mi hija, Ava, de pequeña, era una copia casi idéntica de Kimba. —Asiento. Las pocas fotografías que tienen en el salón así lo demuestran—. Desde que Max y yo decidimos ser padres, siempre habíamos soñado con tener una hija. Cuando nació Ava, nuestra familia, al fin, estaba completa. Max se convirtió en el padre más entregado que había conocido en mi vida. No dudaba en consentirla en cada una de las cosas que le pedía. Era la niña de sus ojos. Pero llegó a la adolescencia y se convirtió en una rebelde. No dejaba de escaparse de casa, de saltarse las normas, hasta que un día se marchó con uno de los chicos con los que salía. Max y yo sufrimos mucho. No había un solo día que no nos preguntáramos qué habíamos hecho mal para que Ava se comportara así. El colmo fue cuando cumplió la mayoría de edad y descubrimos que estaba

embarazada.

Hace una pausa y se frota las manos. Le doy un leve apretón en el hombro para infundirle ánimos y ella da unos golpecitos con su mano sobre la mía.

—Max se puso como loco. No se podía creer que su niña estuviera pasando por eso. Fue su mayor fracaso como padre. —Niega con la cabeza y continúa—. Le pidió que se deshiciera del embarazo y Ava se negó. Huyó con aquel chico. Se fugaron y estuvieron dando tumbos por toda Australia hasta que Kimba tuvo seis años. Max lo llevaba fatal, decía que esa vida de perroflauta no era para una niña tan pequeña. Que necesitaba estabilidad y no estar todo el día oliendo a marihuana. Que esos dos descerebrados nunca se la darían. Y no estaba muy equivocado. En esos seis años vimos a Kimba en contadas ocasiones y, aunque estaba bien cuidada, no la habían escolarizado; llevaba un año de retraso. Max no se lo podía creer. Habló con Ava y le dijo que lo mejor era que él se hiciera cargo de la educación de Kimba, que no podían mantenerla alejada de la realidad. Ava aceptó, y hasta el día de hoy.

La miro de frente y asiento. Ahora comprendo muchas cosas.

—Cuando Kimba llegó a casa, estaba un poco desubicada, representábamos todo eso que nunca había tenido. Su vida era otra. Así que Max no dudó y le compró a Babas. Nunca olvidaré la cara de mi pequeña, era pura felicidad. Se tiró a los brazos de su abuelo y él se emocionó. Había perdido a una niña, pero había recuperado a otra. Ese mismo día se prometió que nunca dejaría que Kim se convirtiera en alguien sin futuro como su madre. Que tendría que ganarse las cosas con esfuerzo y sacrificio. No la dejaría creer estupideces. No pensaba cometer el mismo error que le había llevado a perder a su pequeña Ava. Su nieta no podía ser otra *hippy* trotamundos.

Me da pena oírla. Debe ser frustrante no poder hacer nada para evitar que tu propia hija siga cometiendo errores.

—¿Sabéis algo de Ava?

—Al parecer lleva años viviendo en Nimbin, un pueblo de *hippies* situado en Nueva Gales del Sur. Hace mucho que no la vemos, solo tenemos contacto telefónico cuando ella quiere.

Para unos padres que lo han dado todo por un hijo, debe ser muy complicado darse de bruces con esa realidad. Que la vida que habías imaginado para ella no es la que ella ha elegido.

—Max siempre imaginó un futuro brillante para Ava. Una carrera universitaria, un buen esposo y una familia numerosa. Sus planes se fueron al traste. —Elevo una ceja al oírla—. No pongas esa cara. Max tiene una mentalidad de la prehistoria.

Se me escapa una carcajada y ella sonríe conmigo. Es cierto.

Puedo llegar a entenderlo, pero no comprendo que, por su miedo a volver a fracasar en el papel de padre, arrastre a Kimba y le influya en su futuro. Más que nada porque es un magnífico proyecto lo que tiene entre manos y puede llegar a ser brillante.

—¿Crees que es un error que Kimba se marche?

—Sí, lo creo. No sería capaz de ser feliz en ninguna otra parte; a pesar de que Max se empeñe en compararla, es muy distinta a Ava. Solo le falta darse cuenta de ello por ella misma.

Vuelve a balancearse con suavidad y yo me quedo pensativo. Comienzo a darme cuenta de dónde está el problema.

—¿Te importaría si voy a buscarla? Me gustaría hablar con ella.

—Claro que no, niño. Ve, seguro que anda correteando tras ese perro.

Nos ponemos en pie y entramos en la casa. Antara me abraza con cariño y yo la envuelvo con los míos. Parece muy pequeñita a mi lado.

—Gracias por todo. —Me mira risueña—. Conocer la historia de Ava me ha ayudado a entender mejor a Max y a Kimba.

Asiente y no dice nada, solo sonríe.

Salgo por la puerta y me giro antes de marcharme. La encuentro estudiándome.

—¿Qué planes tenéis para el día de Navidad?

Una sonrisa ladeada aparece en su rostro.

—Pues no muchos. Lo de siempre. Comeremos en familia.

—¿Y qué te parecería celebrarlo con nosotros en casa? Estoy seguro de que mi abuela y mi madre estarán encantadas de que vengáis.

Me mira ilusionada. Conozco a la perfección la relación tan estrecha que tiene con mi abuela, han crecido prácticamente juntas desde que iban al colegio.

—Me encantaría, pero no creo que Max quiera ir. Ya sabes lo raro que es para las reuniones familiares.

Se me escapa una risotada. Max es raro para todo, no solo para las reuniones. Hago un gesto para quitarle importancia.

—Por él no te preocupes. Va a ser mi padre el que lo invite. —Le guiño un ojo y ella se cubre la boca para acallar la risa. Al parecer, el Liam travieso está de regreso—. A él no le dirá que no. Pero debes guardarme el secreto hasta que hable con mi padre.

—¿Qué andas tramando, muchacho?

—Aún no puedo decirte nada, pero creo que se me acaba de ocurrir cómo abrirle los ojos a nuestra chica.

Le doy un beso en la cabeza y salgo pitando en dirección a la playa. No quiero darle muchas vueltas a ese «nuestra chica» que acabo de pronunciar.

13

HABLEMOS DE SENTIMIENTOS



Al llegar a la playa, la encuentro tirando palos a Babas. Kimba se agacha, toma uno del suelo y lo lanza lejos; el *border collie* color chocolate y blanco sale a la carrera para cogerlo. Lo atrapa en el aire sin dejar que caiga y Kim le aplaude, contenta. Él regresa a su lado moviendo el rabo, satisfecho.

Me acerco a su altura cuando se dispone a lanzar de nuevo.

—¡Hola!

Se sobresalta al oírme, pero no demasiado. No estoy lo suficiente cerca como para asustarla con mi aparición.

—¿Qué haces aquí? Creía que nos veíamos el lunes. —Parece sorprendida.

—Ya, pero no me fío de ti —digo medio en broma medio en serio. Alza una ceja, incrédula—. He venido a ver cómo estás.

Bufa y lanza el palo más lejos que antes. El perro sale disparado en esa dirección levantando arena con cada zancada y Kimba me mira de frente antes de hablar.

—¿Tú no eras el que quería perderme de vista?

—¿Yo? ¿Cuándo he dicho eso?

—Creía que había quedado claro con todo el numerito de Hannah.

—¡Mierda, princesa! ¿Otra vez con eso?

—¿Otra vez con eso? —Se le escapa una carcajada cínica—. ¿Acaso piensas que las cosas dejan de doler con tanta facilidad?

La saliva se me espesa y la culpabilidad se recrudece.

—Ya te pedí perdón. ¿Qué más quieres que haga?

—No estaría mal que me expliques por qué te has portado como un capullo conmigo durante los últimos días y ahora, de repente, quieres jugar a ser amiguitos de nuevo.

—¡Hostia, Kim! No digas gilipolleces. Te conozco desde antes de que mudaras los dientes. —Me mira dolida. Lo que dice es cierto, no puedo pasar de ignorarla por completo a estar como siempre, por eso decido ser franco—. Tenía miedo, ¿vale?

Su cara de asombro me dice que he hablado más de la cuenta.

—¿Miedo?

—Sí, miedo, joder. ¿Crees que para mí es sencillo darme cuenta de que me siento atraído por ti? Ya te lo digo yo: no. Llevo un tiempo intentando controlarme, sin querer aceptar que algo ha cambiado entre nosotros. —El verde grisáceo de sus ojos se humedece y a mí se me agita el pecho—. Dime… dime que no te has dado cuenta.

Se queda atrapada en mi mirada unos instantes antes de esconder la cara entre las manos.

Acabo de hacer la confesión más potente de mi vida y ella no parece darse cuenta. No dice nada. Espero que hable, pero no lo hace. La estudio e intento recuperar el contacto visual con ella.

—Joder, princesa, no me sueltes ahora que no has notado nada. —No podría soportar que lo dijera—. ¡Es imposible!

Eleva la cabeza hasta que su mirada colisiona con la mía como un tren.

—Liam, no es que no haya notado nada, el problema es que llevo notando cosas por ti desde el día que te conocí.

Su confesión me impacta y se repite con eco una y otra vez dentro de mi cabeza.

—No… Eso no… Nosotros no… —¡Mierda! Parezco gilipollas—. Tienes que estar de broma. Eso no puede ser verdad.

Se pone en pie dispuesta a marcharse y yo me quedo unos segundos paralizado hasta que

reacciono. De un salto la detengo por el brazo y el contacto de su piel contra la mía hace que me hormigueen los dedos.

—Ey, ¿dónde vas?

Babas llega corriendo a su lado con el palo de nuevo y eso parece frenarla. Se agacha a su altura para acariciarle el lomo, distraída, mientras él se restriega por sus piernas.

El *border collie* se percata de mi presencia y viene a saludarme.

—Hola, colega. —Le rasco mientras él busca mi contacto. Desvío mi atención hacia Kim sin dejar de acariciarlo y la encuentro sonriendo con una leve mueca que me contagia, aunque rehúye mi mirada.

—Kim, mírame. —Lo hace dubitativa. Me incorporo despacio para quedar a su altura—. No te avergüences por hablar de lo que sientes. No conmigo. ¿De acuerdo? —Espero que al menos asienta con la cabeza, pero no lo hace—. ¿Por qué no me lo habías contado antes? Considero que tenemos confianza suficiente para ello.

—Es demasiado complicado hablar de este tema, incluso para nosotros. —Asiento—. No puedo llegar un día y decirte que llevo enamorada de ti desde antes de que se me cayera el último diente de leche.

Sonrío por cómo lo dice. Tiene razón. Ella y yo, juntos, sería complicado. Soy de los que respeta a la familia y Kimba forma parte de ella.

Hablar de sentimientos es jodido. Muy jodido. Prefiero andar por arenas menos movedizas.

—¿Por qué tengo la sensación de que quieres marcharte por mi culpa?

—Liam, no eres el puñetero ombligo del mundo. Déjalo ya. —Me froto la cara, impotente.

—¡Eso ya lo sé, joder! Pero me parece muy sospechoso que pasemos la noche juntos y luego quieras largarte.

Me mira de frente entre cabreada y dolida. Se me cierra la garganta.

—Lo verdaderamente jodido es llevar años viéndote desfilar con unas y con otras. Delante de mis narices. Tonteando y besándote con ellas. —Su mirada dolida me cala hondo—. Sabía que nunca te fijarías en mí, lo tenía asumido. Pero la otra noche… La otra noche entré en tu punto de mira y no me importó nada más, porque llevaba muchos años soñando con ello. Cuando me largué de tu casa, entendí que aquello había sido un error. Lo asumí como tal. Pero lo que no puedo soportar es que me restriegues a Hannah por la cara como si yo te importara una mierda.

—¡Hostia, princesa! No digas eso. Claro que me importas. Pero las amigas de mis hermanas son sagradas para mí.

—Ya. Menuda excusa barata. —Su expresión es de burla—. ¿Qué pasa, la otra noche dejé de serlo?

Me acerco un poco más a ella y la sujeto por la nuca pegando su frente a la mía. Los mechones de cabellos se me enredan entre los dedos y aprieto un poco el agarre. La sangre comienza a hervirme por las venas.

—Lo que pasa es que me vuelves jodidamente loco y no he podido controlarme. ¿Contenta? —rujo. La última palabra la suelto contra sus labios y sale como un proyectil. Su aliento se entremezcla con el mío.

Su pecho sube y baja alterado. Yo no estoy mucho mejor. Noto el pulso acelerado y mis ojos resbalan hasta su boca. La tiene entreabierta. Me inclino hasta rozarla con la mía y, para mi sorpresa, Kimba, apoya las manos en mi pelo dándome acceso.

¡A la mierda el autocontrol!

La beso. La devoro con ansia, con necesidad. Saboreo sus labios y me embriago de su sabor.

Sabe a *quandong* dulce y es una puta maravilla. Mi piel y la suya se fusionan y una electricidad chispeante se crea a nuestro alrededor. Como la de dos polos opuestos que se atraen y están destinados a entenderse a la perfección.

Un pequeño gemido se queda flotando en el ambiente y no tengo muy claro si es mío o de ella, pero hace que todo se intensifique, que se vuelva más pequeño e íntimo. Con una mano sujeto su cintura y pego su cuerpo al mío. El recuerdo de la otra noche no le hace justicia. Kimba tiene la boca más alucinante que he probado en mi vida.

Nos separamos con las pupilas dilatadas y la mirada encendida. No digo nada. Me da miedo hablar y que se rompa la magia. Tiro de ella y nos dejo caer sobre la arena. La sitúo entre mis piernas y la abrazo desde atrás. Sé que tras la conversación que hemos mantenido no es lo más sensato, pero he llegado a un punto que me es casi imposible mantener las manos alejadas de ella si la tengo cerca.

Entrelazo los dedos sobre su abdomen y tiro de ella hasta que su espalda descansa en mi pecho. Kimba me acaricia el dorso de la mano con movimientos rítmicos y circulares. No se queja y eso hace que me relaje. Estoy tomándome licencias que nunca me había tomado.

Estamos sentados sobre la arena mientras el perro corre de una parte a otra y el sonido del rompeolas nos acompaña. Cierro los ojos por un instante, deseando que se detenga el tiempo. El aire huele a mar, a salitre, a Kimba. La combinación perfecta que quiero en mi vida. Y ese último pensamiento activa todas mis alarmas.

Asustado, suelto su agarre para llevar las manos a la arena. Me reclino hacia atrás, lleno los puños y la voy dejando caer en cascada con lentitud a ambos lados de mi cuerpo.

—¿Cuándo piensas marcharte?

—Aún no lo tengo claro, debo arreglar algunas cosas antes.

Ambos seguimos mirando el mar. Kim eleva las rodillas y las rodea con los brazos sin apartarse de mi pecho.

—¿Te irás después de Navidad?

Gira la cabeza hacia atrás y se queda observándome. Su escrutinio me incomoda.

—¿Te vendría muy mal? —Está pensando en la tienda de surf, en no dejarme tirado, y a mí ahora mismo es lo que menos me importa. Mi pregunta no tiene nada que ver con ese asunto.

Pienso unos segundos antes de responder y voy limando las aristas de mi plan sobre la marcha.

—Si pudieras quedarte un mes más, sería genial. Podríamos encontrar a alguien que te cubra en la tienda y aprovechar para que le enseñes cómo funciona.

Ahora la que piensa es ella.

—Bueno… Creo que podría esperar.

Suspiro aliviado.

—Respecto a lo que acaba de pasar… —pretende continuar, pero la detengo.

—No digas nada, por favor. No vuelvas a decir que ha sido un error, no lo soportaría. Disfruta del momento.



Cuando regreso a casa, ya es de noche. He pasado toda la tarde acurrucado en la playa con Kimba y, aunque me hubiera encantado volver a besarla, me he contenido. No quiero seguir metiendo la pata con ella y que la delgada línea que separa la amistad de algo más termine por desdibujarse. Eso sería un auténtico error.

Entro en la cocina y agarro una Foster's Lager de la nevera. La abro y le doy un largo trago. Sigo con la cabeza hecha un puto lío, pero al menos tengo la tranquilidad de que Kim se quedará un mes más. Aún tengo tiempo para convencerla de que, por mucho que quiera, en ninguna parte del mundo estará como en Torquay, porque aquí está su hogar. Su familia.

Treinta días pasan volando, por eso no quiero relajarme con ese tema.

Me dejo caer en el sofá y saco el móvil del bolsillo. Lo desbloqueo y le mando un mensaje a Robert.

Liam:
Ey, ¿qué pasa, tío?

No tarda en responder.

Robert:
¿Qué tal, colega?
Ya vienes a darme el besito de buenas noches.

Se me escapa una risotada al leerlo. Ya está con el cachondeo.

Liam:
¡No seas capullo!
Recógeme mañana una hora antes.
Tengo que hacer algo y quiero que me acompañes.

Robert:
Qué misterio. ¿Dónde vamos?

Liam:
Ya lo averiguarás mañana.
No llegues tarde.

Robert:
¡A sus órdenes, jefe!
¿No me das las buenas noches, cielo?

Liam:
¡Vete a la mierda!

Cierro el chat con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Menudo capullo!

De un trago apuro la cerveza que quedaba en la lata. Me estiro, perezoso, y regreso a la cocina. Estoy muerto y necesito meterme en la cama, pero no consigo coger el sueño con el estómago vacío. Caliento en el microondas unas porciones de *pizza* sobrantes de la noche anterior.

Se me escapa un bostezo.

El aparato pita, abro la puertecilla para que salga el humo y el olor delicioso que desprende hace que me rujan las tripas. A riesgo de achicharrarme, agarro la porción y le doy un mordisco, soy de los que le gusta la comida muy caliente.

El móvil me vibra en el bolsillo. Lo saco para ver quién es.

Jackson:

Llevas dos días sin acribillarme el teléfono a mensajitos.
¿Estás bien?

Liam:
Claro que sí, capullo.
Ando liado.

Jackson:
Pensaba que te habías muerto.

Liam:
¡No me jodas! ¿En serio?

Jackson:
No, pero por si acaso.
¿Andas metido en algún lío de faldas?

Bufo al leerlo. Me conoce demasiado bien.

Liam:
¿Tienes planes para mañana?
Te invito a comer.

Jackson:
Owen va de excursión y no regresa hasta las cinco.
Me apunto.
Quiero comida, no otro de tus sándwiches vegetales.
No seas cabrón.

Liam:
¡Serás gilipollas!
Te encanta mi especialidad y lo sabes.
¿Comida para llevar del Fishos?

Jackson:
Perfecto. Nos vemos mañana.

Liam:
Buenas noches, capullo.

Termino de cenar con calma y, cuando me meto en la cama, Kimba ocupa de nuevo mis pensamientos. En realidad, no ha salido de ellos desde que me enteré de sus planes.

Barajo la posibilidad de incluirla de nuevo en mi ronda de mensajes, pero dudo. El miedo a seguir confundiendo las cosas me paraliza.

Liam:
¿Todo bien?

Envío el mensaje y pienso que soy estúpido. Entre el millón de cosas que puedo preguntar, suelto la primera gilipollez que se me pasa por la cabeza.

Kimba:
Bien, ¿y tú?

Me contengo para no decirle que mal, no sería honesto si me pregunta el porqué. Así que me

limito a decirle lo que tenía en mente cuando empecé a escribir.

Liam:
Buenas noches, princesa.

Kimba:
Buenas noches, Liam.

Me recreo en esas tres palabras. No sé si durante segundos, horas o minutos. Imaginándome que las dice con su voz aterciopelada.

¡Joder, menudo gilipollas!

Giro en la cama hasta quedar de costado. Me mata pensar como un niñato adolescente, pero no puedo evitar recrear ese tipo de tonterías. Y un ciento más que controlo para no parecer un puto lunático.

Estoy hasta las puñeteras narices de controlarme a cada paso que doy. De malas maneras, agarro el teléfono de encima de la cama, lo miro desafiante antes de teclear sin pararme a pensar.

Liam:
No me importa lo que sintamos ni lo jodido que sea.
Ni que la cosa se complique que te cagas.
Me importas tú.
No quiero que te vayas.
No sabría vivir sin ti, princesa.

Envío los mensajes y, al hacerlo, me arrepiento.

Apago el teléfono y lo lanzo a la otra punta de la cama.

¿He dicho ya que soy gilipollas?

Para querer mantener las distancias con Kimba lo estoy haciendo de puta pena.

14

BUSCANDO SOLUCIONES Y HACIENDO EL IDIOTA



Robert me envía un mensaje de que está abajo esperándome. Miro el reloj, son las ocho de la mañana. Llega puntual como un clavo. Doy el último sorbo al café y dejo la taza en el fregadero. Bajo por las escaleras de caracol que me llevan a la tienda y me dirijo al mostrador. Me hago con un taco de pósits, un bolígrafo del cajón y escribo sin pensar.

«Princesa, he salido. Si llego tarde, entretén a los turistas. L».

Dejo la nota visible para que Kimba la encuentre con facilidad cuando llegue y salgo por la puerta principal. Robert, al verme, me echa las largas del coche. Hago un gesto para que sepa que ya voy. Pongo la alarma, compruebo que está todo bien cerrado y camino hacia el Cadillac.

—¿Qué pasa, colega?

—¿Dónde cojones me llevas? —suelta a bocajarro—. No madrugaba tanto desde que iba al instituto.

Le doy un codazo riendo y él pone el coche en marcha.

—Tengo unas citas concertadas en Jan Juc y en Torquay Front. Vamos a ver unas instalaciones y quiero saber qué te parecen.

Pone cara de sorpresa, pero no aparta la vista de la carretera.

—¿Nos mudamos?

—Algo parecido. —Lo miro de reojo, dubitativo. Quiero saber su opinión, pero no me atrevo a confesarle el motivo de nuestra escapada. Al menos, no todavía—. Si quisieras montar un negocio de surf para niños o principiantes, ¿en qué playa lo harías?

—¿Estás pensando en ampliar el negocio y no me habías dicho nada?

—No es eso, joder. Respóndeme y deja de preguntar tanto. Me pones nervioso.

—Desde luego no en Jan Juc o en Torquay Front, tienen olas alucinantes para expertos, pero no creo que sea el ambiente más adecuado para los pequeños novatos.

—Tienes razón, Jan Juc la tengo prácticamente descartada, pero la playa de Torquay Front me parece muy buena opción. Tiene fácil acceso, buena arena y una superficie amplia.

—Sí, pero también suele estar demasiado masificada de familias para dar clases sin importunar a nadie ni viceversa.

Asiento porque tiene razón. No tengo muy claro que haya dado con el lugar indicado.

Al llegar, me encuentro con una especie de *container* gigante equipado. Es como el triple de grande que mi almacén y ese espacio extra vendría cojonudo para lo que tengo en mente.

Es un negocio de surf que funciona a la perfección que se traspasa porque el dueño quiere jubilarse. Al parecer, a sus dos hijas no las apasiona eso de las tablas. Palabras textuales del dueño. Al salir a la playa, me gusta lo que veo menos la cantidad de gente que hay. Robert tiene razón, sería un auténtico coñazo abrirse paso entre la multitud y casi no hay espacio para repartir varios grupos de gente en la arena. Tienen que aprender lo básico antes de sumergirse.

Según me cuenta el buen hombre, el negocio funciona a la perfección porque está enfocado hacia unos surfistas más experimentados, que pasan directos al mar. No hablamos de novatos que necesitan aprender cómo se llaman las partes de una tabla. Definitivamente, no es lo que ando buscando, es lo mismo que ya tengo. Y aunque me vendría cojonudo para ampliar el negocio, no tengo pensado mudarme de sitio. Mi vida está en aquella playa, entre esas paredes.

Regresamos a casa con la cabeza como un puto bombo. Llegamos con quince minutos de retraso al trabajo y, con total seguridad, los turistas con los que tenía las clases de surf concertadas se estarán subiendo por las paredes, volviendo loca a Kimba.

—Tío, si me contaras qué cojones andas buscando, tal vez te sería de más ayuda. Me es imposible adivinar qué piensa esa cabecita.

Tamborileo con los dedos sobre el salpicadero y reflexiono sobre lo que dice. Tiene razón, por mucho que quiera, no me sirve de ayuda si no le digo lo que necesito. Robert imagina que busco las típicas instalaciones que usamos, pero a más gran escala, por eso le parecían perfectas las que hemos visitado, pero en realidad no lo hacen. Necesito algo mucho más específico y adaptado. Un mar menos bravo y con olas de principiante.

Como buen apasionado del mar, conozco a la perfección cada punto de Australia donde vivir la mejor experiencia de surf, pero no mucho más. Mi interés no ha ido nunca en la dirección contraria, que es justo lo que necesito ahora.

—Lo que ando buscando no es para mí, es para Kimba. Tiene en mente un proyecto y me gustaría ayudarla a sacarlo adelante.

—Y, ¿no sería más fácil que fueras con ella en vez de conmigo? Lo digo porque podría ayudarte mejor que yo.

—No. No puede enterarse de esto. —Me quedo callado unos segundos antes de continuar—. Quiere marcharse de Torquay.

Frena con brusquedad y reduce de marcha. Por unos instantes, aparta la mirada de la carretera, incrédulo, antes de acelerar de nuevo.

—Estás de coña, ¿verdad?

—No. Ojalá lo estuviera. Al parecer, el viejo cascarrabias de Max no confía en ella ni en su futuro, así que ha pensado que lo mejor es largarse. Y yo quiero demostrarle que no va a estar en otra parte mejor que aquí, porque, aunque no se dé cuenta, lo tiene todo. Nos tiene a nosotros.

Guarda silencio unos instantes y asiente antes de decir:

—Ya, entiendo.

—Así que necesito dar con la puta playa más perfecta del mundo para que no tenga ninguna pega que ponerme. —Tomo aire y lo suelto despacio con el pulso acelerado—. No quiero que se vaya, joder.

Aparca en la parte trasera de mi casa y me mira de frente.

—¿Has pensado en buscar por donde vive Kimba?

—Menuda gilipollez, Robert. Nunca montaría su negocio cerca de su abuelo. No quiere oír hablar de él ni en pintura.

—Solo te doy una opción. Tiene una cala casi privada. Sabes tan bien como yo que sus vecinos no la usan porque son demasiado mayores para hacerlo. La playa tiene buen acceso, no rompen mucho las olas y, si no recuerdo mal, no es muy profunda. ¿No es justo lo que andas buscando? —Me quedo observándolo con fijeza.

—No creo que Kim se sienta cómoda trabajando cerca de su abuelo. La idea es que se quede en Torquay, no que salga pitando.

—Solo es otra opción. Piénsalo, ¿vale?

Asiento y bajamos del coche. Me quedo parado al ver a un grupo de gente cuantioso salir del almacén donde guardo el material para las clases, equipados a la perfección. Llevan enfundados el traje de neopreno y una tabla, cada uno, bajo el brazo, y van en dirección a la playa.

Sonrío al verlos porque esto es obra de Kimba. La aludida sale la última del almacén y se encamina al interior de la tienda sin darse cuenta de nuestra presencia.

—Menuda maravilla. —Asiento, embobado. Robert me palmea la espalda—. Colega, no dejes escapar a esa mujer por nada del mundo.

Entramos en la tienda y Robert es el primero en saludarla.

—¿Qué pasa, rubia?

Se gira en nuestra dirección al oírlo y pone los brazos en jarra.

—Buenos días, guaperas. ¿No es demasiado temprano para que estés aquí?

—Sí, pero el jefe tenía ganas de ir de paseo. —¡Será capullo! Kimba me observa de reojo, curiosa, y Robert le guiña el ojo—. Bueno, os dejo, voy a por la primera clase del día.

Hace un gesto con la mano antes de salir del establecimiento y Kimba le sonríe. Y si la envidia fuera tizne, yo, ahora mismo, sería un puto tizón. ¡Joder! ¿Por qué cojones no me recibe a mí así?

Abro la boca para decir algo ingenioso, yo también quiero algún halago de su parte. Pero justo en ese instante entra un cliente y ella lo mira con el mismo gesto que ha despedido a mi amigo. Enciende el hilo musical y la voz de Adele flota en el ambiente. Oírla cantar «amor, déjame entrar» es justo lo que necesito ahora.

—Subo a cambiarme —ladro, cabreado.

Asciendo las escaleras de caracol de forma enérgica de dos en dos. No tengo motivos para cabrearme, pero tras la tarde de ayer, pensaba que teníamos algo distinto. Que éramos algo… más.

Resoplo mosqueado.

Con total seguridad, así es como se sintió Kimba la mañana que la invité a marcharse de mi casa. Cuando reconocí que pasar la noche juntos no había sido más que un error. Y no pude estar más equivocado. Porque un error no te hace querer más, anhelar más. Y yo con Kimba parezco quererlo todo.

Me pongo el traje de faena para empezar a trabajar. Me dispongo a salir por la puerta, pero me doy la vuelta y entro en el baño. Cojo el tarro de perfume y lo rocío encima del neopreno. Cuando dejo el frasco en su sitio, me miro en el espejo.

Desde luego es que soy gilipollas.

¿Quién cojones se perfuma antes de meterse en el mar para impresionar a una tía?

Salgo de casa dando un portazo y, al llegar al final de la escalera de caracol, los escasos clientes que hay en mi negocio se me quedan mirando. Finjo una mueca que pretende esbozar una sonrisa y enseguida regresan a lo suyo.

Kimba me observa con la ceja alzada, como la típica madre que advierte a su hijo con una pataleta. Le sostengo la mirada con la barbilla elevada, retándola a que diga algo.

Sí, lo sé. Soy la madurez personificada.

—Kimba, ¿puedes acompañarme un momento al almacén?

Asiente sin más y se disculpa con el cliente que está atendiendo. Le dice que regresa en un minuto y yo dudo que sea cierto. No creo que pueda aclarar las cosas con ella en tan poco tiempo.

Camino hacia el fondo de la tienda y Kimba me sigue de cerca. Entro en el almacén encendiendo la luz. La estancia se ilumina y las estanterías pulcramente ordenadas por ella. Kimba se detiene en el umbral, estudiándome.

—Pasa y cierra, por favor.

Hace lo que le pido y se apoya sobre la superficie de madera.

—¿Hueles a perfume? —Me hago el tonto y le respondo con otra pregunta.

—¿Te han dado mucho la lata los turistas?

—No, qué va. Para nada. —Sonríe y me regala eso que tanto deseaba. La observo encandilado mientras continúa con la explicación—. Les he dicho que se tenían que cambiar mientras llegabas y así ha sido.

Me guiña el ojo y se me ilumina la cara. Es tremenda la facilidad que tiene para resolver

ciertas cosas.

—Gracias, me has salvado el cuello.

Por instinto, doy un paso al frente y la beso en la mejilla. Cuando soy consciente de lo que estoy haciendo, me recreo más de lo normal en el contacto sin querer separarme. Al hacerlo, la encuentro sonrojada y muerta de vergüenza.

—Bueno…, yo… eh… me marcho. Hay clientes fuera. —Señala la puerta cerrada, justificando sus palabras. Pone la mano en el pomo para abrir y salir corriendo, pero la detengo.

—No me respondiste. —Mira con fijeza mi agarre y se gira en mi dirección con cara de no saber de qué estoy hablando—. Anoche. Al mensaje. Al último mensaje —especifico para que no tenga duda de lo que hablo.

—Esto…, no… Yo… —intenta hablar, pero no le salen las palabras.

—¿Por qué no contestaste?

—No sabía qué decir.

—¿Y ahora? —Doy un paso al frente acortando las distancias. Ella se humedece los labios—. ¿Ahora tampoco sabes qué decir?

Niega con la cabeza. Un nuevo paso al frente y quedo a escasos centímetros de su rostro. Prácticamente, está acorralada entre la puerta y mi cuerpo. Me mira con cara de no saber qué hacer, y yo aprovecho para inclinarme sobre ella e intento besarla. Por unos segundos cierra los ojos esperando el roce de mis labios, pero parece pensarlo mejor porque no tarda en elevar la mano para detenerme. La calidez de su palma sobre mi boca me desconcierta. Nos miramos a los ojos, frente a frente. En los de Kimba se puede ver con facilidad una tormenta que está a punto de desatarse y lo peor es que yo estoy deseando que lo haga para embriagarme de ella. Su pecho sube y baja con brusquedad y me quedo hipnotizado con el aleteo de sus fosas nasales con cada respiración.

Sigo esperando su reacción. Necesito saber qué piensa, joder.

—Liam —pronuncia mi nombre con la calma que precede a la tempestad—, he pasado gran parte de mi vida soñando que algún día me elegirías a mí —admiro su sinceridad—, pero ya no es algo que desee. No puede haber un nosotros. Es cuestión de días que me marche y no quiero hacer esto más complicado de lo que ya es. —Tiene la mirada cuajada de lágrimas, pero no derrama ni una. Alarga la mano y acaricia mi mejilla. Retengo el aliento—. Creo que no es justo para ninguno de los dos empezar algo que no nos llevará a ninguna parte.

—¿Y si te digo que no me importa arriesgarme?

Se le escapa un sonido incrédulo.

—Liam, no te das cuenta, ¿verdad? —Niega y pronuncia cada palabra con fuerza—. He soñado toda mi vida con este momento. Me he pasado media adolescencia dibujando corazoncitos con tu nombre y el mío. No puedes venir a ofrecerme esto justo ahora que pretendo marcharme. Es… es… una puñetera locura. Creo que lo más sano es que no volvamos a hablar de lo sucedido ni de lo que sentimos. Necesito cerrar esa puerta para seguir adelante.

—¿Y si yo no quiero cerrarla? —Rozo sus labios con los míos y nos perdemos en ese mundo paralelo en el que solo importa sentir. Donde no interesa lo que dicen las palabras.

Kimba comienza a hablar aún con los ojos cerrados.

—Liam, no te engañes, esa puerta nunca estuvo abierta para mí. Quieres abrirla ahora para que no me marche. Para retenerme. Y no es justo, para ninguno de los dos, que juguemos a este juego que acabará haciéndonos daño.

Pongo un poco de distancia entre nuestros cuerpos y me revuelvo el pelo. ¡Joder! No puede

hablar en serio.

—Además, nunca has sido un tío de relaciones. —Dibuja una mueca con los labios para aligerar el ambiente—. Lo tuyo es ir de flor en flor.

Me detengo ante ella y fuerzo una sonrisa para esconder el daño que me hacen sus palabras. No puede estar más equivocada. No tiene ni puta idea de lo que siento por ella, ni yo mismo termino de comprenderlo. He pasado demasiados años haciendo el gilipollas y obviando algo que tenía delante de mis narices. Y ahora, la sensación de que el tren se ha ido incluso antes de que yo llegue a la estación es muy frustrante.

La miro a los ojos sin querer mostrarle lo jodido que me siento.

En el fondo, sé que tiene razón, lo mío no son las relaciones serias ni los planes de matrimonio, yo soy más de disfrutar del aquí y ahora.

—Tienes razón, creo que he perdido el foco y no soy objetivo. No puedo usar los momentos que hemos pasado juntos para retenerte, sería estúpido por mi parte.

Su sonrisa fingida muere en sus labios al oírme. No esperaba mi respuesta. ¡Qué cojones! Ni yo mismo sabía que iba a soltar semejante tontería. Pero, llegados a este punto, lo mejor es aparentar que no ha pasado nada. Olvidarnos de los sentimientos.

Protegerse es más fácil que ser valiente y saltar al vacío.

Sale del almacén sin decir nada y a mí un nudo se me instala en la garganta. Intento ignorarlo y salgo tras ella. Kimba se queda junto al mostrador y yo paso de largo. Comienzo a asfixiarme aquí dentro.

Camino sobre la arena a grandes zancadas y la sensación de hacerlo todo mal con ella es insoportable. Alcanzo la orilla con la intención de que el mar me haga olvidar cuando la voz de Robert me detiene.

—Este será vuestro instructor, Liam.

Usa un tono más elevado del habitual y levanto la cabeza al oírlo para encontrarme con un grupo considerable de gente que me estudia sonriente. Maldigo en silencio porque me había olvidado de ellos. Intento cambiar mi expresión por una más amable.

Sumergirme en el trabajo es lo que necesito para olvidarme de Kimba.



—Y eso es todo, chicos. Espero que os hayáis divertido tanto como nosotros. Ha sido un placer enseñaros a disfrutar del mar y del surf.

Suelto la retahíla que tengo aprendida de memoria. Suele ser el broche de oro a las clases para turistas que imparto. Es un trabajo que me apasiona y hoy no he dado el cien por cien de mí porque tenía la cabeza en otra parte, y eso me deja mal cuerpo, aunque intento disimularlo como puedo.

Los acompaño de vuelta al local donde están los vestuarios y guardo el material. Es mediodía y se me ha pasado la mañana volando.

—Ey, ¿qué pasa, capullo?

Me giro y me encuentro con Jackson. Un buen tío que se ha convertido en uno de mis mejores colegas en los últimos años.

—¿Ya estás aquí?

—Estoy famélico y quiero saber qué comidita me has preparado, cariño.

Lo empujo por el pecho y él se ríe. ¡Menudo cabrón!

—Pues no he cocinado una mierda, te dije que te invitaba a un Fishos. Dame un minuto, me cambio y pedimos algo. —Robert sale de los vestuarios ya cambiado y se para a saludar a Jackson—. Ey, Robert, ¿te apuntas a un *fish and chips*?

—Eso no se pregunta. Estoy muerto de hambre.

—Pues ve llamando y pide lo de siempre, no tardo.

—A sus órdenes, jefe. Pero que sepas que pagas tú.

Ignorándolo, entro en los vestuarios y los dejo charlando fuera. Apenas quedan en ellos un par de turistas rezagados cambiándose. Paso de largo hasta el fondo, donde tengo instalada una taquilla con mis pertenencias. Saco unas bermudas, una camiseta y una ropa interior limpia.

—Oye, colega —me doy la vuelta y me encuentro con un par de alumnos—, gracias por la clase, ha sido alucinante.

—No hay de qué, tío. Espero veros pronto.

—El próximo año tenemos pensado regresar y volveremos a repetir la experiencia con vosotros.

—Cuando queráis, aquí estamos.

Les devuelvo el apretón de manos y se marchan contentos. Una sonrisita estúpida se me dibuja en el rostro. Me encanta mi trabajo y es un verdadero lujo poder mostrarle a la gente cómo disfrutar del deporte que tanto me apasiona.

Cuando salgo al exterior, no hay rastro de los dos capullos por ninguna parte. Entro en la tienda por si estuvieran allí y me encuentro con Kimba a punto de marcharse.

—¿Has visto a Jackson y Robert? —pregunto, algo cortado.

—Sí, han subido a tu casa. Dicen que te esperan arriba. Bueno, yo ya me marcho.

Da un paso al frente y me interpongo en su camino para evitar que lo haga.

—Vamos a almorzar juntos, ¿te apetece quedarte?

La miro a los ojos, pero no es capaz de sostenerme la mirada.

—No, gracias. Tengo cosas que hacer. Nos vemos esta tarde.

Camina hacia la puerta de entrada y yo me quedo mirando cómo lo hace. Abre la puerta y, antes de salir por ella, se detiene sin girarse.

—¿Has encontrado a alguien para que me sustituya?

Guardo silencio. No se me ha pasado por la cabeza buscar a nadie aunque le dijera que me diera un mes para ello. No me imagino a otra persona trabajando tras ese mostrador.

—No, aún no he tenido tiempo. Esta tarde pondremos un anuncio en el periódico, ¿te parece bien?

Sigue sin darse la vuelta y sin soltar la puerta.

—Sí, me parece bien. No queda mucho tiempo para que me marche, cuanto antes, mejor.

Y con esa última frase abandona mi negocio y una especie de sensación extraña se apodera de mi pecho al pensar que, dentro de poco, Kimba no volverá a cruzar esa puerta nunca más. Apoyo los codos sobre el mostrador y me froto el rostro con las dos manos. Unos golpecitos en la cristalera me hacen erguirme. Es el repartidor de Fishos mostrándome las bolsas de papel con la comida. Salgo y le pago. Cierro la puerta con llave y giro el cartel de «cerrado».

Subo las escaleras de caracol que llevan a mi casa y me encuentro con que la puerta está abierta. Los muy capullos no la han cerrado. De fondo se escucha el sonido del televisor y la voz de ellos charlando. Cuando llego al salón, los encuentro repanchingados en el sofá con una Foster's Lager bien fría en la mano.

—Qué mal os veo. —Paso entre ellos y dejo las bolsas en el centro.

—No te pongas celoso, hemos traído otra para ti.

Me tiende una cerveza cerrada que hay junto a la suya. La cojo con ganas y, con el filo de la mesa de madera, golpeo el borde de la chapa, que sale volando por los aires. Bebo con ganas y me dejo caer en el sofá junto a ellos. Robert aprovecha para sacar la comida de la bolsa.

Saca un envase y revisa su contenido antes de pasarlo a Jackson.

—Pescado con patatas para ti.

Revisa el siguiente y lo deja en el centro de la mesa.

—Liam, he pedido tortitas de maíz rellenas y pescado con ensalada para compartir entre los dos. ¿Te parece bien?

—Cojonudo. —Me hago con un taco y le doy un mordisco. El sabor a pescado mezclado con el de piña asada y la salsa especial de la casa es alucinante. El Fishos es uno de mis restaurantes preferidos por excelencia—. Ponte a comer antes de que arrase con todo.

Comemos en silencio mientras vemos la sección de deportes. El equipo nacional de *cricket* lo ha vuelto a hacer. Han ganado de nuevo el título mundial y con esta es la cuarta vez que lo consiguen. Son unos putos *cracks*.

—Jackson, ¿cómo te va con el enano? —me intereso. Traga lo que tiene en la boca antes de responder.

—Pues mejor de lo que pensaba. Se está adaptando muy bien y eso es algo que tiene sorprendida a la psicóloga, así que supongo que eso es bueno. Y yo, pues voy intentando adaptarme a tener a un pequeño demonio corriendo por casa, a llevarlo al colegio, a leerle cuentos por las noches y a no pegar un puñetero ojo por si le pasa algo mientras duerme.

Se me escapa una carcajada al oírlo. Quién iba a pensar que Jackson sería tan responsable. Owen es su hermano pequeño, del que le tocó hacerse cargo cuando su padre falleció. Y, para sorpresa de todos, ha resultado ser un padrazo de primera. Aunque Owen también se lo pone bastante fácil, ya que es un niño que se deja querer y, desde el minuto uno que llegó a Torquay, ha sabido ganarse un trocito del corazón de cada uno de nosotros.

—Tienes que relajarte, amigo, si no, acabarás con un infarto antes de los cuarenta.

Ríe sin dejar de masticar, sabe que tengo razón.

—¿Y qué pensáis hacer para Navidad? —pregunto con la boca llena.

—Pues la idea era pasarla con los padres de Ivy, pero Scott tiene una comida apalabrada con el jefe y ya sabes lo cabrón que es, le importa una mierda lo que quiera su familia con tal de

contentar al mamón ese. Y como es lógico, Ivy se niega a ir, así que pasaremos la Navidad los tres solos en casa. William se marcha con sus hijos, me ha dicho que vayamos con él, pero no creo que sea bueno tantos cambios para el enano cuando prácticamente acaba de aterrizar en Torquay.

Hago un gesto para que sepa que estoy de acuerdo con él. Es demasiado pequeño para seguir dando tumbos. Necesita sentirse seguro en un sitio antes de conocer el siguiente lugar. Mastico rápido para hablar.

—¿Y por qué no os venís a casa? —acabo de formular la pregunta cuando se forma una idea en mi mente—. Este año van a venir Kimba, con Max y Antara. Y también estarán mis hermanas. Ya sabes que Owen se lleva genial con Mia y Lily. —A Robert le entra un golpe de tos, como si se estuviera atragantando con la comida. Le doy una palmada en la espalda y sigo hablando con Jackson para que acepte mi oferta—. Y el resto de las mujeres de mi familia están rendidas a los pies de ese pequeño demonio. —Jackson sonríe radiante porque sabe que es cierto.

Miro a Robert para que me eche una mano.

—Jackson, te aseguro que no vas a encontrar un sitio mejor para que Owen aprenda sobre el espíritu navideño y la familia. En esa casa son todos una puñetera piña.

—Sí, tienes razón. —Parece pensarlo y se dirige a mí—. Déjame que hable con Ivy y el enano y te digo algo mañana.

—Perfecto. ¿Y tú, Robert? ¿Qué piensas hacer este año? ¿Te apuntas?

—No, este año, no, aunque me encantaría. —Sé que le flipa pasar las fiestas con mi familia—. La voy a pasar en casa de mi madre. Este año no quiere ir a Sydney a visitar a mi abuela, se ve que están peleadas de nuevo por alguna tontería y me da cosa dejarla sola.

Asiento. Robert lleva muchos años recibiendo a Papá Noel en mi casa, su madre nunca suele quedarse porque viaja para pasar las fiestas con su familia y Robert se niega a ir. Con todo lo grande que es, lo aterra viajar en avión, así que, llegado el momento, pone una excusa distinta para no ir.

—Pues vaya, me hubiera encantado que te vinieras este año. Vamos a ser el ciento y la madre, seguro que mi gente monta una buena fiesta. ¿Estás seguro de que al final tu madre no se irá? Mira que aún quedan dos días para que se reconcilien.

Nos reímos porque con la madre de Robert todo es posible. No sería la primera vez que sale corriendo en el último minuto.

—Qué va. Este año dice que no se va de Torquay por nada del mundo. Pero no te preocupes, en cuanto termine la comida, paso por tu casa para saludaros.

—Más te vale si no quieres que vaya mi madre a tirarte de las orejas.

15

NAVIDAD, DULCE, NAVIDAD



Detengo la furgoneta ante la casa de Robert y toco el claxon tres veces.

Al final, como pensábamos, la madre ha salido cagando leches al hacer las paces con la abuela, así que he venido a recogerlo para que pase la Navidad en casa. Me niego a que lo haga solo. Sale cargado con tres botellas en cada mano y bajo a ayudarlo.

—¿Dónde vas con todo eso, tío?

—¿No seremos el ciento y la madre? —Me río al escucharlo y le quito el licor de una mano—. No hay Navidad sin alcohol, chaval. ¿O es que acaso no lo sabes?

—Pareces un puto borracho con tantas botellas y, para tu información, mi padre ya se ha encargado de comprar media vinoteca de Coles. —Abro la puerta del copiloto y las acomodamos bajo el asiento de Robert para que no se rompan; al acabar, le tiendo un gorro de Papá Noel—. ¡Feliz Navidad, capullo!

Se lo pone sonriente y yo me enfundo otro con luces parpadeantes.

Si hay algo típico de la Navidad australiana es justo esto, ir en bañador y llevar complementos navideños.

Nos ponemos en marcha para no demorarnos.

—¿Has pasado ya por casa de tus padres?

—Sí, los he dejado preparando el jardín. Este año tenemos barbacoa de marisco. —Me relamo al decirlo. Me encanta la carne, aunque mi auténtica debilidad es el pescado y el marisco—. Aún no han llegado los demás y espero que no lo hagan hasta que estemos de regreso.

Me mira con una sonrisita estúpida de medio lado.

—¿Qué pasa, estás nervioso?

Cambio de marcha sin contestar. Robert me conoce demasiado bien para no darse cuenta de ese tipo de detalles. Reunir hoy a mis mejores amigos y a la familia de Kimba tiene una intención. Forma parte de mi plan para conseguir que no se marche de Torquay; ahora solo queda que todo salga como espero.

Aparco junto al coche de mi padre y ayudo a Robert con las botellas. Llamo al timbre y no tarda en abrir mi hermana Mia. Nos escruta con detenimiento y bufa.

—¡El que faltaba! —Se marcha por donde ha venido sin decir nada y Robert se remueve, inquieto. Está claro que la salida de tono va por él.

—Entra y pasa de ella. Hoy está insoportable.

Caminamos en dirección a la cocina y ya se puede respirar el ambiente navideño. Están todas las ventanas abiertas y corre una suave brisa en el interior de la vivienda que transporta el olor a leña quemada de la barbacoa y arrastra algunas estrofas de la canción que mi padre tiene puesta.

Antes de entrar en la estancia, nos intercepta mi madre.

—Hola, cielo, ¿cómo estás? —Contra todo pronóstico, al que saluda es a Robert, no a mí. Le da un abrazo afectuoso y un beso en la mejilla al que él responde encantado. Sonrío porque mi madre es igual con todo el mundo—. No tendrías que haber traído nada, hay alcohol de sobra. Pero id al jardín, ya está todo listo, solo falta que terminen de llegar el resto de invitados.

Nos acompaña fuera, donde mi tía y mi abuela terminan de poner los últimos detalles en la mesa. Mi padre aviva el fuego para que termine de prender la leña y yo me dirijo a la nevera que hay cerca para poner a enfriar la bebida que traemos. Robert se queda saludando al resto de miembros de mi familia.

Llaman al timbre, meto la última botella de vino en el frigorífico y cierro.

—Ya voy yo —grito para que todos me oigan. Hoy me he propuesto ser quien reciba a mis invitados.

Al abrir la puerta, me encuentro a la abuela de Kimba, que trae una gran bandeja entre las manos. Me mira sonriente y, nada más verme, me da un beso en la mejilla.

—Antara, deja que te ayude. —Hago amago de quitarle la bandeja de las manos, pero se niega a soltarla.

—Déjalo, no te preocupes. Yo me encargo de llevar el pavo directo al jardín. —Pasa al interior de la vivienda como si estuviera en su casa. Es amiga de mi abuela de toda la vida, así que no es la primera vez que viene a comer a este sitio. Max llega en un segundo plano con las manos en los bolsillos. Una pose muy habitual en él. Desenfunda una para darme un apretón y acabamos en un abrazo. Me conoce desde que llevaba pañales como para saludarlo de otra forma. En silencio, sigue los pasos de su mujer y yo me quedo en la puerta, esperando a que Kimba suba los escalones del porche. Como siempre, se queda rezagada. Trae una especie de postre entre las manos, imagino que será un pudin de ciruelas, la especialidad de su abuela.

Se lo quito de las manos y lo dejo sobre el mueble de la entrada. Cuando pasa al interior de la casa, cierro la puerta e intenta salir al jardín, pero la freno cogiéndola de la mano y con disimulo entrelazo sus dedos con los míos.

—¿Qué pasa, no piensas saludarme? —Se sonroja, pero no me aparta la mirada. Y me doy cuenta de que el color verde grisáceo de su iris es demasiado intenso, demasiado atractivo; me recuerda a los de un felino.

Se inclina para darme un beso en la mejilla como su abuela y yo aprovecho para estrujarla entre mis brazos.

—Feliz Navidad, princesa —susurro en su oído antes de soltarla. Se queda un poco desconcertada por la brevedad del encuentro, pero es que no creo que pueda alargarlo mucho más sin hacer alguna estupidez.

Nos miramos de frente, me sonríe y estoy perdido. ¡Joder! Tiene la sonrisa más perfecta del mundo.

—Feliz Navidad, Liam. —Se hace con la bandeja de nuevo y camina hacia donde están los demás.

Me quedo unos segundos parado, pensando si lo que voy a hacer dentro de un rato es lo correcto. El timbre suena de nuevo y no tengo tiempo de hallar una conclusión. Abro sin querer darle más vueltas al asunto.

—Pero, bueno, ¿quién es este hombretón? —pronuncio de forma teatral.

Me agacho a su altura y Owen se tira a mis brazos. Lo echo sobre mi hombro como si fuera un saco de patatas y me pongo en pie con él en esa posición muerto de risa.

—¿Qué pasa, tío? —Jackson me choca el puño que me queda libre y me quita al enano de encima. Este se acurruca en su pecho y a mi amigo se le caen las pelotas al suelo. Es inevitable que no se te ablande el corazón al ver la escena.

—Hola, preciosa. —Le doy un abrazo cariñoso a Ivy y ella me lo devuelve. Jackson no sabe la suerte que ha tenido de reencontrarse con esta pedazo de mujer.

—Hola, guapetón —saluda Ivy—. ¿Cuántos corazones has roto hoy? —Pongo la mano en mi pecho con gesto teatral. Mi fama de mujeriego me persigue.

—Menos de los que me gustaría. —Inclino el cuerpo un poco hacia ella y hablo lo suficiente alto para que Jackson me oiga—. Si ves que este capullo no te trata bien, ya sabes dónde encontrarme. Te prometo que te cuidaré como a una reina.

La colleja del aludido no tarda en llegar y yo me encojo como si me hubiera hecho mucho daño. El enano se parte de risa.

—Cállate y tira para dentro antes de que me cabree y tenga que partirte la cara.

Lo dice con una nota de humor, pero no tengo duda de que, llegado el momento, no le importaría atizarme por muy colegas que seamos. Ivy es sagrada para él.

Llegamos al jardín y todos los comensales están sentados alrededor de la mesa, menos mi madre y mi padre. Hay una cantidad de platos flipantes con comida de lo más apetecible. Mi padre llega con la última tanda de marisco que ha sacado de la barbacoa y ocupa su sitio. Al llegar Owen, se monta un revuelo y se convierte en el centro de atención. Jackson e Ivy aprovechan para saludar a los miembros de mi familia y yo sonrío satisfecho.

Me quedo mirando a Owen y compruebo que abarca la atención de Mia, Lily, Kimba, Ivy, mi tía y mi abuela. Les está confesando su última trastada mientras ellas lo miran encantadas de la vida. Compruebo que tanto Robert como Jackson las observan con caras de gilipollas, supongo que con la misma que tengo yo ahora mismo.

—Oye, colega —elevo la voz para que el enano me preste atención; cuando lo hace, continúo —: Siéntate ya y deja de acaparar a todas las chicas de la reunión. Vas a hacer que me ponga celoso.

Se le escapa una carcajada y se lleva las manitas a la boca para ocultar que le falta su primer diente. Mia, en modo protector, lo sienta sobre su regazo y me lanza una mirada fulminante.

—No seas idiota, Liam. Aquí no tienes con quien extender tus redes. —Estiro los labios como hago siempre, como si me importara todo una maldita mierda. De reojo, veo a Kimba bajar la mirada y maldigo sin cambiar el gesto. Este tipo de comentarios, con los que llevan catalogándome toda mi vida, son los que hacen pensar a Kimba que en realidad no siento nada por ella.

Es cierto que disfruto de mi vida de soltero sin importarme lo que puedan pensar los demás, pero eso no quiere decir que no pueda perder la cabeza por alguien llegado el momento adecuado. Al parecer, es una probabilidad que ninguno de los presentes ha barajado y yo nunca he sentido la necesidad de sacarlos de ese error, hasta ahora.

—Estamos en Navidad, no quiero peleas. —Mi madre entra en el jardín con las manos llenas de gorros navideños, como marca la tradición, para los invitados y yo le saco la lengua a Mia, que me mira con cara de «eres idiota».

Como las mujeres son mayoría —son ocho contra seis—, se han adjudicado un lateral entero de la mesa rectangular y las dos cabeceras, las mismas que presiden mi madre y mi abuela, por lo que el «equipo masculino», como nos he denominado, quedamos en el lateral opuesto.

La gente charla en pequeños corrillos, yo los ignoro, concentrado en llenar mi plato con los manjares que han dispuesto en la mesa. Hay toda clase de embutidos, carne asada con verduras, pavo relleno, parrillada de marisco, panes típicos y varios postres, como la *pavlova* o el pudin de ciruelas de Antara, del que pienso comerme dos trozos al menos. No solo porque está delicioso, sino por lo que guarda en su interior. Es una tradición en estas fechas y la persona que lo elabora guarda dentro una pepita de oro; el que lo encuentre al darle un mordisco gozará de suerte el próximo año. Y está claro que soy el tío que más la necesita de toda la reunión.

Cada uno sigue a su rollo y yo estoy más callado de lo habitual, teniendo en cuenta que hablo hasta por los codos. Pero es que mi empeño está puesto en vaciar el plato y en dar con la fórmula de cómo sacar a la palestra el tema del que quiero hablar sin que quede fuera de contexto.

—Bueno, chicas, ¿qué pensáis hacer este verano? —intenta averiguar mi tía Nerida. Lleva años reviviendo su juventud a través de las andanzas de mis hermanas y sus amigas.

La primera en hablar es Mia, que lo suelta de un tirón y casi sin respirar.

—Tengo pensado hacer un voluntariado médico internacional.

A diferencia de Kimba, que se ha tenido que pagar los estudios ella sola, mi hermana hace varios años que terminó la carrera y no deja de experimentar cosas nuevas antes de asentar la cabeza en algún rincón del mundo.

—En Nicaragua —recalca, y espera expectante nuestra reacción—. Es un programa dedicado a la maternidad y a la infancia, donde se presta una atención integral a las niñas y adolescentes embarazadas que provienen de poblaciones con escasos recursos y que se considera que están en riesgo de exclusión social. —Hace una pausa al darse cuenta que su confesión ha traído el silencio a la mesa e intenta poner un toque de humor—. Y, con algo de suerte, hasta encontraré un médico atractivo allí con el que entretenerme.

A Robert le da un golpe de tos; al parecer, el vino se le ha ido por otra parte y le palmeo la espalda cuando lo veo con los ojos a punto de salirse de las cuencas.

—Joder, tío. No te mueras hoy, que me va fatal ir de entierro.

Los demás se carcajean y él se pone colorado. Desvío la atención de nuevo hacia mi hermana y le pregunto:

—¿Estás segura de que quieres marcharte?

—Sí, necesito salir de este círculo tan protector, conocer personas nuevas, otras costumbres. Ayudar a gente que de verdad lo necesita…

Me sorprende oírla hablar con tanta franqueza de su vida personal, por norma general, suele ser muy introvertida con ese tema.

Robert arrastra la silla hacia atrás y se pone de pie a mi lado, lo miro molesto. No ha parado quieto ni un momento desde que ha llegado. El capullo me está dando la comida.

—Voy al baño, ahora vengo. —Habla a media voz por el golpe de tos que ha sufrido y sale corriendo, como si no le interesara escuchar lo que Mia cuenta. Supongo que no sabe dónde meterse tras el episodio del vino y mi broma. Lo observo con remordimiento; a veces, suelto las cosas sin pensar en que le puede molestar a la gente.

Tras su marcha, me doy cuenta de que Mia no aparta los ojos de la puerta por donde se ha marchado mi amigo y frunzo el ceño, extrañado. Es raro que le preste atención a Robert porque se llevan como el perro y el gato.

—Pues yo no pienso moverme de Torquay, se ve que soy la única que no quiere marcharse de este sitio. —Lily observa a Kimba y Mia de forma acusatoria—. Estamos en verano y no hay ningún rincón en el mundo mejor que este. Tengo ganas de sol, mar y cerveza. Y eso de ser *freelance* me facilita mucho la vida.

Asiento porque estoy de acuerdo con Lily, no van a encontrar otro lugar mejor que Torquay. ¡Joder! Estamos en la puñetera cuna del surf, donde la gente se muere por venir cada año. ¿Es que no se dan cuenta?

—¿Qué planes tienes tú, Ivy? —pregunta Lily.

—Pues se ha quedado una plaza vacante en el departamento de mi madre y me han preguntado si quiero formar parte del equipo. Saben por ella que cumplo los requisitos para el puesto y creo que voy a aceptar. Un empleo de esas características para alguien que acaba de terminar la universidad es una oportunidad muy importante.

—Eso es maravilloso, seguro que ayudas a muchas personas como hace tu madre. —Ella sonríe agradecida y Jackson la contempla, orgulloso. No saben la envidia que me dan estos dos.

—¿Y tú, Kimba? —pregunta mi madre, y ella parece encogerse en el asiento—. ¿Qué piensas hacer, cielo?

Que mi madre le pregunte a la princesa me da la oportunidad que llevo esperando toda la noche para soltar lo que tengo en mente ante sus abuelos.

—Pues… —se queda callada y mira a su abuelo, que sigue bebiendo de su copa como si nada —. Yo…

—Kimba va a comenzar a trabajar en un proyecto que tiene bastante desarrollado —intervengo sin pensarlo, y siento varios pares de ojos taladrándome. Kimba hace señas para que me calle y Max suelta la copa en la mesa con un golpe seco que sobresalta a su mujer. Cojo carrerilla para hablar antes de arrepentirme—. Quiere abrir un centro de surf para personas con discapacidad. —Un «oh» de sorpresa suena a coro entre los presentes y a mí se me dibuja una sonrisilla satisfecha. Justo la reacción que quería provocar.

—¡Qué maravilla! —dice mi padre—. Kimba, cuéntanos más sobre lo que tienes en mente, me parece una iniciativa muy novedosa.

Me mira con cara de pánico y hago un gesto para quitarle importancia. «Tranquila, nena. Soy experto en encandilar a la gente».

—Eso es, papá, Kimba ha tenido una idea cojonuda. No solo facilitará la inclusión de estas personas en el deporte, sino que el surf puede ayudarlos a disfrutar de una alternativa de ocio con la que aprender y elevar sus capacidades al máximo. Puede contribuir a paliar la depresión o la ansiedad. La actividad física es un gran aliado para mejorar el soporte esquelético y potenciar el desarrollo muscular. —Acaba de hablar el Liam profesional, ese que es un amante de este deporte. Cambio mi enfoque y me dirijo a Kimba; se me acaba de ocurrir una idea—. Kim, podrías enfocarlo tanto a discapacidades físicas como mentales.

Me observa con incredulidad sin asimilar el mitin que acabo de soltar. ¡Joder! Ni yo mismo me creo que haya montado ese discurso de la nada, pero me siento satisfecho con el resultado, se han quedado todos con la boca abierta. Me doy una palmadita en la espalda mentalmente porque la segunda fase del plan está funcionando: sorprender a los presentes. La primera fase ya está completada, ya que era reunirlos a todos. Y ahora solo me queda llevar a cabo la última parte del plan y la más importante para que triunfe: abrirle los ojos a Max para que acepte el futuro que quiere construirse Kim y que ella decida quedarse. Sin duda, esta parte es la que me pone más nervioso.

Le guiño un ojo, sonriente e inquieto —aunque intento ocultarlo—, para que se relaje y me corresponde con una pequeña mueca alegre. «Eso es, princesa, confía en mí. Todo irá bien».

—Kimba, felicidades por el proyecto. Vas a tener un éxito rotundo. —Mi madre se levanta para abrazarla y ella le devuelve el gesto algo avergonzada. Me dan ganas de decirle que se deje de tonterías y que no tiene por qué sentirse así.

—Menudo ingenio tiene tu nieta, Antara. Ya lo hubiera querido tener yo a su edad. —La abuela de Kimba esboza una sonrisa emocionada. Sé que se siente muy orgullosa de ella.

Mis hermanas la abrazan, conmovidas, y me dan un poco de envidia. Yo también quiero mi abrazo.

—Estoy muy orgulloso de vosotras, chicas —continúa mi padre—. Os auguro un futuro brillante.

Kimba se siente insegura y me dan ganas de gritar de impotencia. ¡Joder! ¿Qué más necesita para darse cuenta de que es una tía increíble?

Asiento satisfecho al ver la aceptación que ha tenido su idea. Es justo lo que necesita el cascarrabias de Max para apartar de un plumazo las ideas de viejo retrógrado que tiene. Pero cuando comienzo a relajarme, él decide hablar.

—No digáis estupideces —Max eleva la voz con dureza y guardamos silencio. Intimida a Kimba con la mirada y ella se repliega sobre sí misma—. Eres demasiado ingenua para embarcarte en eso. Para montar un negocio necesitas ahorros, que no tienes; tendrías que hipotecarte para cubrir gastos y sacar el negocio adelante sin ningún tipo de ingreso. ¿Crees que algún banco te dará crédito? —Hace un gesto de desprecio y yo aprieto los puños bajo la mesa para no levantarme y soltarle un derechazo—. No tienes estabilidad económica. ¿Es que no piensas con cabeza? Entiéndelo de una vez, los niños de los que hablas son tontos y, por mucho tiempo y dinero que inviertas en ese ridículo proyecto, no vas a conseguir que dejen de serlo.

Las acusaciones tan duras que dispara nos silencian a todos. La abuela de Kimba y la mía se llevan las manos a la boca; mi padre, a la cabeza. Nos miramos unos a los otros sin saber qué decir y a mí la sangre me hierve a borbotones. Kimba empieza a llorar desconsolada y Mia se pone de pie a su lado.

—Max, permíteme que te diga que no tienes ni puñetera idea de lo que estás hablando.

—¡Mia! —intenta detenerla mi madre.

—No, mamá. Él ha dado su opinión, ahora pienso dar la mía. Si en algún momento dejaras de mirarte el ombligo, te darías cuenta de que hay mucha gente a tu alrededor que necesita ayuda y, gracias a Dios, tenemos la suerte de contar con personas como Kimba que están dispuestas a ayudarlas. La gente con discapacidad no es tonta, aquí el único tonto, por pensarlo, eres tú.

—¡Se acabó! —Mi madre se pone de pie, encarando a mi hermana—. Discúlpate ahora mismo.

—Grace, Mia tiene razón. —Ivy se posiciona junto a mi hermana para apoyarla—. No podemos seguir permitiendo que en el siglo que vivimos haya gente todavía con esa mentalidad. Para su información, la discapacidad no debe verse como una limitación, es mucho más que eso, y por ese mismo motivo estamos obligados a empatizar con ellos. Son personas al igual que usted y que yo. Solo necesitan una alternativa para vivir y disfrutar de la vida como nosotros lo hacemos con tanta facilidad. —Hace una breve pausa y vuelve a la carga—. Es necesario que existan ese tipo de centros para demostrarles a personas como usted que las personas con discapacidad son tan válidas como cualquiera de nosotros. Menos mal que Kimba no se le parece.

Max se levanta alterado y da un puñetazo sobre la mesa que hace tambalear las copas de cristal.

—No, ella no se parece a mí, se parece a su madre.

Kimba se hace pequeña en su asiento y yo me incorporo de un salto.

—Max, te estás pasando. Hoy no es día para montar este espectáculo.

Nos medimos con la mirada y la tensión se masca en el ambiente.

—¡Kimba! —la llama, y ella apenas es capaz de mirarlo a la cara—. No te he educado durante tantos años para que pierdas el tiempo con cuatro tontos. Eso no da de comer. Recuérdalo cuando fracases.

Se marcha del jardín y abandona la casa dando un portazo. Kimba sigue llorando desconsolada y yo me quedo tocado y hundido. No tengo ni puta idea de lo que acaba de pasar. Todo iba bien y se ha jodido en un instante.

16

UNA NAVIDAD INOLVIDABLE



Mis hermanas sacan a Kimba del jardín y, junto a Ivy, se marchan a la casita del árbol. Sigue llorando. Me encantaría ir y abrazarla. Decirle que ese viejo no tiene ni puta idea de lo que dice. Que ella no es como su madre, pero no hago nada de eso, me quedo sentado en mi asiento en *shock*.

Antara se echa a llorar al ver a su nieta en ese estado. Entre mi tía, mi madre y mi abuela, la llevan al interior de la vivienda para consolarla y mi padre se lleva a Owen con la excusa de comprar un helado; sacar al enano de este panorama es lo mejor en estos momentos.

Miro a Jackson y a Robert, aún flipando por lo que ha pasado. Somos los únicos que quedamos en el jardín.

—Menudas Navidades, ¿no? —Jackson se cambia de asiento y ocupa el que hay a mi derecha.

—De esas que no se olvidan —apunta Robert.

—Qué cabrón, el viejo. Lo ha dicho para joder a Kim.

—Me he quedado con ganas de saltarle un par de dientes —añado, nervioso.

—No has sido el único.

—¡Hostia! Menudo puto ambiente navideño, joder. —Me revuelvo el pelo, frustrado.

Todo es culpa mía por no ser capaz de mantener la boca cerrada y dejar que Kimba se explique, pero estoy seguro de que no hubiera sido capaz de hacerlo y al final hubiera confesado que se marcharía de Torquay. Y eso sí que no lo hubiera soportado.

¿Por qué cojones se me tuvo que ocurrir la idea de montar este circo para ayudarla? Es la peor fiesta de Navidad de mi vida.

—Tranquilo, tío. No le des más vueltas, no ha sido culpa tuya. —Jackson me palmea la espalda, yo niego con la cabeza.

—Jackson, sabes que toda esta mierda es culpa mía.

—Déjate de gilipolleces. Tú no estás en la cabeza de ese cabrón. Y mira el lado bueno, has conseguido que Kimba se dé cuenta que no todos pensamos como ese neandertal.

Me froto la cara. ¡Joder!, si yo solo quería que saliera bien. Que todos conocieran la idea tan brillante que Kimba tiene entre manos y que eso le diera el impulso que le falta para seguir adelante con el proyecto. Pero no contaba con que su abuelo se comportara como un capullo arrogante delante de tanta gente. Tenía claro que el viejo se contendría, aunque al llegar a casa le echara la bronca.

—Ese negocio va a ser oro puro cuando arranque. ¿Cómo no se nos ha ocurrido a nosotros? —Robert me da un codazo al acabar la frase y me limito a encogerme de hombros—. Sabes que eres un puto *crack* hablando, ¿verdad? Hostia, Liam, podrías vender helados en el Polo Norte sin despeinarte. —Oírlo me arranca una risotada que aligera el ambiente.

—No digas gilipolleces, mira la que he liado.

—Aún estamos a tiempo de arreglarlo. —Miro a Jackson negando, por hoy ya he hecho suficiente—. Podemos ir a la playa con las chicas, para levantarle el ánimo y que se olvide del viejo.

En ese instante llega Owen al jardín. Mi padre lo vigila desde la puerta de entrada y asiento para que se marche tranquilo de que el niño se queda con nosotros.

—Ey, enano —Jackson lo llama, y este acude corriendo a su regazo—. ¿Qué te parece si me ayudas a convencer a las chicas para ir a la playa?

—¿Kimba sigue triste? —Los tres nos miramos impresionados por la capacidad de observación que tiene.

—Sí, creo que sí; y tú me vas a ayudar a que sonría, ¿a que sí? —Asiente, convencido de

cumplir la misión que Jackson le acaba de dar.

—Vale, le daré un poco de mi helado para que se ponga contenta. Yo cuando estoy triste como helado y se me pasa. —Sonreímos por la inocencia que desprende. Ojalá la vida de adulto fuera tan sencilla de solucionar.

—Perfecto, vamos. —Mi amigo se pone de pie, le da una mano al niño y se dirige a mí—. Pilla cuatro cosas de la nevera, nos vemos en la playa.

—Pero… —intento protestar. Quiero ser yo quien vaya a ver cómo sigue Kimba. Necesito comprobar que está bien.

—Liam, hazme caso por una vez en tu vida. Si entras ahí, vas a complicar más las cosas, déjame a mí.

Asiento y me doy la vuelta no muy convencido.

Robert me sigue de cerca y me ayuda a meter un puñado de refrescos en una bolsa térmica, algunos aperitivos y un puñado de Tim Tam.

Entramos en casa y me encuentro a mi madre y a mi tía sentadas en un sillón. Mi abuela acompaña a la de Kimba en otro.

—Antara, siento mucho lo que ha pasado. —Me acuclillo a su altura y percibo que tiene los ojos acuosos.

—Nada, niño, no tienes por qué disculparte, este Max tiene demasiado temperamento —dice, apenada, y yo la abrazo con ternura.

—No te preocupes, seguro que en unos días se le pasa el enfado. —Me incorporo poniéndome en pie y me dirijo a mi madre—. Nos marchamos, ahora vendrán las chicas con Jackson y Owen.

Salimos de casa y caminamos en dirección a la playa que hay a tres calles de donde nos encontramos. Al llegar, como imaginaba, hay muchísima gente. En los últimos años, cada vez es más frecuente que los jóvenes vengan aquí a celebrar el día de Navidad.

Buscamos un hueco lo suficientemente grande como para caber todos, extiendo una toalla tamaño XXL y nos dejamos caer en ella.

—Menudo ambiente.

Miro hacia nuestra izquierda, donde hay un grupo cuantioso bailando una canción típica australiana. Me río al verlos porque la letra es bastante tonta. Habla de las costumbres más absurdas que seguimos conservando. Van todos ataviados con el gorro navideño, no importa que estemos a treinta grados.

A lo lejos se oye un revuelo y comienza una oleada de vítores. Al echar un vistazo hacia el mar, no tardo en encontrar el motivo, nuestro querido Santa Claus está llegando a la playa montado en una tabla de surf.

—Jackson, mira qué pasada. ¡Santa! Corre, vamos a verlo.

Jackson y Owen están llegando a nuestra altura cuando el enano tira de él y lo arrastra hasta el otro extremo de la playa. Es increíble la ilusión que les hace a los niños este tipo de cosas.

Las chicas vienen un poco más alejadas. Me quedo observándolas sin perder detalle de cada uno de sus movimientos. Ivy y Lily vienen charlando con Kimba. Trae la cabeza gacha, supongo que sigue afectada por la dureza de las palabras de Max. Aprieto los puños al recordarlas.

Sin embargo, Mia camina como si fuera a la guerra, barre la playa de un vistazo y cuando entro en su campo de visión, acelera el paso hasta que se detiene a mi altura con las manos en la cintura.

—Liam, estarás contento con la que has liado. —Mia es como los perfumes: un frasco

pequeñito en el que se concentra demasiada mala leche, incluso para su bienestar mental—. ¿En qué estabas pensando?

Me quedo callado sin saber qué cojones decirle.

Kimba llega donde nos encontramos, se desprende del vestido sin mirarme y pasa de largo hasta la orilla. Lily le hace un gesto a Ivy para que la siga y eso hace. Los presentes vemos cómo se alejan y cuando lo hacen lo suficiente, Mia vuelve a la carga.

—Te estás portando como un puñetero niñato. ¿Cuántos años se supone que tienes?

—Pero… ¿de qué cojones hablas?

—Estoy hablando de Kim y de todo el puñetero circo que has montado hoy. ¿Por qué te metes en sus asuntos? No eres nadie para hacerlo. Deja de pensar con la polla por un rato y hazlo con lo que en realidad importa.

—¿Alguien puede contarme qué cojones está pasando? —grito, cabreado—. Me he perdido una parte de la película y, de verdad, que no entiendo nada de lo que dices.

—Sabemos que estás pillado por Kimba hasta las trancas. El único que parece no darse cuenta eres tú. —Hace una pausa y yo formo una visera con las manos para centrar el enfoque—. Asúmelo. Te mueres de miedo ante la idea de perderla y no haces más que meter la pata para evitar que se vaya.

—Mia, no tienes ni puta idea de lo qué hablas.

—¿Que no deberías sentir nada por ella? Pues quizás no, pero en los sentimientos no se manda. ¿Aún no te has dado cuenta? —sigue hablando sin control, y mira de reojo a Robert. Me quedo paralizado al escucharla porque dispara palabras sin sentido como una metralleta y no sé dónde meterme—. Solo te queda pelear por ella u olvidarla para siempre. —La miro desafiante—. Y cuando digo para siempre, es justo lo que quiero decir. Tal vez, dejarla marchar es lo mejor que puedes hacer por ella. Por los dos.

Tiene los ojos anegados en lágrimas y echa a correr en la misma dirección por la que ha venido.

—Mia, espera. —Robert sale tras ella y yo me quedo en el mismo sitio igual de descolocado que estaba.

Lily sigue de pie viendo cómo mi amigo corre tras mi hermana.

—¿Sabes a qué ha venido todo ese rollo sin sentido que ha soltado? Tengo la sensación de que sus palabras no iban dirigidas hacia mí.

—Mia está enamorada de Robert. —Los ojos se me agrandan al oírla y si no fuera porque estoy sentado, me caería de culo.

—Estás de coña, ¿verdad? —Niega con la cabeza y yo me froto el rostro sin entender nada. Lily se deja caer a mi lado y apoya la cabeza sobre mi hombro.

—Quiere irse de voluntariado justo por eso, para poner distancia entre ellos. Dice que no puede enamorarse de Robert cuando llevan media vida odiándose a muerte.

—Robert no la odia, ¿qué tontería es esa?

—Eso pregúntale a ella.

—¡Mierda, Lily! ¿Qué pasa hoy que nada sale bien? Mi hermana pequeña no puede pillarse por mi mejor amigo y que yo no me haya dado cuenta.

—Y creo que Robert también siente algo por ella.

—Lily, no me jodas, se supone que el día iba a ser fácil. Tenía que salir cojonudo. El cabrón de Max aceptaría a su nieta porque es maravillosa y esta decidiría quedarse en Torquay de una puñetera vez. Fin de la historia. Tampoco es tan complicado.

—No tendrías que haber mediado entre Max y Kimba, solo has complicado más las cosas.

—Solo quiero evitar que se marche, ¿vale?

—Lo sé, pero lo único que has conseguido es acelerar su partida. Se siente demasiado insegura. El miedo a dar un paso en falso y defraudar a su abuelo… Prefiere sacrificar su futuro antes que eso.

Bufo, incrédulo. Lily no puede hablar en serio.

Ivy regresa junto a Kimba, que se enfunda el vestido en un tiempo récord.

—Me voy a casa, no me encuentro bien.

—Te acompaño, tu abuela ya se ha marchado y no tienes cómo irte. —Mi hermana se pone en pie y yo la imito. Lily se dirige a mí—. Papá iba a llevar a Antara a su casa.

Asiento al comprender la situación. Max se ha marchado sin importarle dejar tiradas a su mujer y a su nieta.

—No te preocupes, yo acerco a Kimba, tengo la furgoneta en la puerta de casa.

Sin darle tiempo a protestar, cojo la toalla con una mano y la hago una bola que me coloco bajo el brazo.

—Os dejo la bebida. Decidle a Robert que me marcho, que se acople con vosotros. —Mi hermana asiente—. Adviértele que tenemos una conversación pendiente cuando regrese de las vacaciones. Más le vale que me cuente lo que está sucediendo si no quiere que le corte las pelotas.

Le doy un beso a Ivy y otro a mi hermana.

Salgo junto a Kimba de la playa, caminamos en silencio hasta la casa de mis padres, donde no llegamos a entrar. Llevo las llaves del coche en el bolsillo. Cada uno se sienta en su respectivo asiento y enciendo el contacto.

—Liam, no quiero ver a mi abuelo, no estoy preparada para hacerlo.

—No te preocupes, no vamos a su casa, vamos a la mía.

Le tiendo la mano para darle seguridad y entrelazo sus dedos con los míos. El color verde de sus ojos se vuelve más grisáceo y a mí la piel se me eriza. ¡Joder! Me moría por hacer esto.

17

ARREGLANDO EL ESTROPICIO



Al llegar a casa, estoy nervioso. Kimba no ha parado de sollozar y limpiarse las lágrimas durante todo el trayecto. Lo sé porque he estado pendiente de cada uno de sus movimientos. No me he atrevido a decir nada para consolarla porque creo que necesita soltar lo que lleva dentro para sentirse mejor. Pero eso no quita que me sienta fatal de verla así.

Aparco el coche en el lugar de siempre y subimos las escaleras traseras sin dirigirnos la palabra. De reojo, compruebo que sigue con la cabeza gacha y me dan ganas de liarme a puñetazos con lo primero que me encuentre. Odio verla así. Odio que el viejo la haga sentirse así.

Entro en casa, enciendo las luces y dejo las llaves sobre el aparador. Sigue sin levantar la mirada del suelo y yo sujeto la puerta para que pase y no tropiece con ella.

Decir que está destrozada es quedarme muy corto. Nunca la había visto tan abatida. Me agobia mucho que esté triste y no poder ayudarla. Me siento impotente.

Me revuelvo el pelo, inquieto, verla en ese estado me deja claro que es cierto eso que dice de que su decisión de marcharse no tiene nada que ver conmigo como pensaba. Kim tiene problemas más gordos en los que pensar que arrepentirse de pasar el rato con un gilipollas como yo. Tiene razón. No soy el puñetero ombligo de su mundo.

Meto las manos en los bolsillos del bañador sin saber dónde ponerlas. Que Kimba esté en mi casa es algo habitual, siempre viene con alguna de mis hermanas o con nuestro grupo, pero rara vez lo hace sola. En las contadas ocasiones que lo ha hecho, para ser más concreto, la última vez que estuvo aquí, acabamos juntos en mi cama, sin ropa. Así que no sé cómo comportarme ante una situación tan incómoda.

La observo y me doy cuenta de que ella tampoco sabe muy bien qué hacer. Rodea el sofá sin llegar a sentarse y examina la estancia como si la viera por primera vez. Me acerco a ella un par de pasos y la estudio hasta que sus ojos impactan con los míos. El color esmeralda grisáceo de sus ojos me atrapa y no consigo averiguar dónde comienza un color y acaba otro. Están fusionados con una armonía perfecta que me hace perderme en ellos.

Los ojos se le ponen vidriosos y trago el nudo que se me forma en la garganta. Odio verla llorar. La barbilla le tiembla y acorto la distancia que nos separa.

—Joder, princesa. —La abrazo y acurruco contra mi pecho—. Siento tanto lo que te ha dicho Max. Es un… —Me muerdo la lengua para no soltar lo que pienso del viejo, no quiero echar más leña al fuego—. Ojalá no hubiera abierto la boca.

Los sollozos que emite se amortiguan contra mi pecho, la siento estremecerse y la piel se me eriza. El bombeo de mi corazón se incrementa y el sentimiento de querer protegerla del mundo se recrudece.

Ahora mismo me siento un gilipollas, un puñetero egoísta. Ver tan rota a Kimba tras lo sucedido me ha abierto los ojos. Desde que me enteré de que quería abandonar Torquay, no he dejado de pensar en mí y en la necesidad de que no se marche. En ningún momento me he parado a pensar cómo se sentía ella y si la afectaba o no la decisión que había tomado.

Creía que era una decisión tomada a la ligera, en un calentón. Lo veía como una forma de huir, de no querer enfrentarse y luchar por su futuro. Pero de lo que no me había dado cuenta es que luchar contra eso le hace daño. Que la situación en sí la va deteriorando.

Sube sus manos por mi espalda y las sujeta en mis hombros. ¡Joder! No sé qué decir para calmarla. Suelo ser el bromista, el cachondo; soy de los que tira de humor para ocultar lo que me molesta, así que no tengo ni puñetera idea de cómo comportarme en este tipo de situaciones.

Sin soltarla, doy un paso hacia atrás y nos dejo caer en el sofá. Kim cae sobre mi regazo y la acomodo de costado para que esté más cómoda. Se refugia en mi pecho y nos quedamos así. Ella

recostada sobre mí y yo abrazándola para que entienda que no está sola. Que está conmigo.

Cuando el llanto remite y noto que respira de forma más pausada, le pregunto:

—¿Estás mejor? —La separo unos centímetros de mi cuerpo para mirarla a la cara. Se limpia las lágrimas con el puño y asiente, tímida.

—Gracias. Por no presionarme. Por no querer hablar. —Sus ojos son dos bolas brillantes de cristal que se le empañan de lágrimas. La abrazo de nuevo, no quiero que comience a llorar.

Que siga así no va a solucionar nada. Pienso en qué hacer para ayudarla a salir de ese estado sin tener que obligarla a que me cuente lo que le está pasando por la cabeza ahora mismo, aunque, en realidad, es lo que me muero por hacer.

Le doy un beso en la frente y la bajo de mi regazo dejándola en el sofá. Ella me mira con cara de no querer que la suelte y le regalo una pequeña sonrisa.

—No pienso irme muy lejos, princesa. Dame un minuto y regreso. —No habla, solo asiente, pero por ahora no necesito más.

Salgo disparado hacia la cocina y abro todas las puertas con la esperanza de encontrar algo medio decente que ofrecerle a Kimba para comer. Con todo el revuelo que se ha formado, a ninguno nos dio tiempo de acabar de almorzar. Cierro la última puerta de la despensa, donde solo encuentro una bolsa de cereales casi acabada. Pruebo suerte con la nevera y más de lo mismo. Nada de comer y mucho de beber. Saco un par de refrescos, los favoritos de Kimba, y los dejo sobre la encimera. Cierro la puerta y con las manos en la cintura miro lo que me rodea hasta que algo entra en mi campo de visión. Una caja de *pizza*. Sonrío. Acaba de solucionarme la papeleta. Si no fuera día festivo, ya habría llamado a algún sitio de comida a domicilio, pero hoy toda Australia está festejando, justo lo que deberíamos hacer nosotros. Así que nos toca conformarnos con esto.

La saco de la caja y la meto en el microondas. Mientras se calienta, pongo los refrescos en una bandeja junto con un buen puñado de Tim Tam. No hay pena que el chocolate no cure, doy fe de ello.

Cuando suena el clic de que ya está, la pongo en la bandeja y regreso al salón. Kimba al verme dibuja una mueca que parece un atisbo de sonrisa.

—¿*Pizza* recalentada? —Eleva una ceja y yo la dejo sobre la mesa junto a las demás cosas que traigo.

—Soy un hombre de recursos, princesa. —Me hago con una porción y se la tiendo—. Come. No has tomado nada en casa de mis padres. —Enciendo el televisor y cambio de canal hasta dar con uno donde sale una película de esas ñoñas de Navidad. Kimba sonríe y yo me recuesto sobre el respaldo del sofá, satisfecho de haber logrado cambiarle un poquito el humor.

Engullo una porción a dos carrillos; para ser recalentada, está muy buena. Soy de los que piensan que la comida está más sabrosa de un día para otro. Kimba se deja caer sobre mi hombro y la rodeo por la cintura para pegarla un poquito más a mí.

Terminamos de comer y, con el último bocado de Tim Tam que me queda, me doy cuenta de que Kimba se ha quedado dormida. Le retiro el cabello de la cara y le acaricio la mejilla. Tiene las facciones más relajadas y ya no parece tan triste, pero después del mal trago no me extraña que esté rendida.

La cojo en brazos y camino hasta mi dormitorio. La dejo sobre la cama y la arropo con las sábanas de verano y una pequeña manta. Es lo que tiene vivir junto a la playa, que por mucho que estemos en verano, en esta casa hace un fresquito agradable.

La observo unos instantes y una sensación extraña me recorre el cuerpo. Me rasco el cuello,

inquieto, y salgo al salón. Apago el televisor y la mesa del centro entra en mi campo de visión. Su teléfono y el mío están ahí. Agarro el mío y le envío un mensaje a Lily.

Liam:
Enana, Kimba está en mi casa.

Lily:
¿Por qué? ¿No ibas a llevarla a casa de sus abuelos?

Liam:
No ha querido ir.

Lily:
No me extraña. ¿Cómo está?

Liam:
Ahora mejor, aunque no ha parado
de llorar desde que llegamos.

Lily:
Voy para ya.

Liam:
No, se ha quedado dormida. Necesita descansar.

Lily:
Está bien. Mañana me paso para hablar con ella.
Cualquier cosa, me avisas.

Liam:
OK.

Lily:
Liam, cuídala, por favor.

Liam:
Eso está hecho, enana. Buenas noches.

Lily:
Buenas noches, Li.

Me quedo pensando con el móvil en la mano y camino de nuevo hasta el dormitorio para comprobar que sigue donde la dejé.

La contemplo durante un rato. Verla acurrucada en mi cama hace que sienta una ternura que arrasa con todos mis pensamientos y los recoloca en un orden muy concreto. Muy específico. Me quedo muy quieto mirando cómo su pecho sube y baja con una respiración acompasada. Al fin lo sé. Sí, lo tengo claro. Es como si tras muchos años acabara de abrir los ojos por primera vez y no tuviera ningún tipo de duda. Acabo de darme cuenta de que estoy completamente enamorado de Kimba y no puedo hacer nada para evitarlo. Más bien, no quiero hacerlo.

El corazón comienza a latirme cada vez más rápido y no tengo claro si es porque acabo de admitir que estoy loco por la mujer que duerme en mi cama o porque estoy cagado de miedo.

Continúo observándola y una sonrisita de capullo se me dibuja en los labios. Es preciosa, joder, y no sé cómo cojones no me he dado cuenta antes.

Doy un paso atrás sin dejar de mirarla, no quiero complicar más las cosas. Por ella estoy dispuesto a olvidarme de mis sentimientos y prioridades para centrarme en las suyas. A salir de mi zona de confort y enfrentarme a nuevos retos. Porque ahora mismo no hay nada más importante en el mundo que Kimba y la necesidad que siento de que confíe en ella misma.

Con la cabeza hecha un puto lío, abro el sofá donde voy a pasar la noche. Por suerte, lo compré cama para cuando se quedaran mis amigos. Extiendo una sábana de cualquier forma y me tiro sobre el colchón. Enciendo el televisor, quito el volumen para no despertarla y pongo el canal de deportes que me gusta. Veo algunas jugadas hasta que se me cierran los ojos.

Un zarandeo hace que me despierte sobresaltado.

—¿Puedo acostarme contigo? No quiero dormir sola. —Somnoliento, enfoco la mirada y encuentro a Kimba con el pelo revuelto y medio dormida.

No sé qué responderle. Ella sigue de pie esperando una respuesta.

—Sí —digo con voz ronca sin pensar mucho, y apago el televisor. No tengo ni puñetera idea de qué hora es.

No se lo piensa. Trepa hasta mi altura y se acomoda delante de mí. La rodeo con un brazo por la cintura y ella tira de la sábana para taparse. Le doy un beso en la cabeza y cierro los ojos. Siento su corazón latir bajo mi mano. El latido rítmico hace que recupere el sueño y la arrastro hasta que su espalda descansa sobre mi pecho.

—Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, Liam.

Algo en mi cabeza me dice que no está bien lo que estamos haciendo, que solo complica más las cosas. Pero otra parte de mí le grita que deje de darle vueltas al asunto y que dedique mis esfuerzos a dormir. Al fin y al cabo, solo hacemos eso, ¿no?

18

UN NUEVO DÍA



El sonido de un móvil me despierta. Extiendo el brazo para cogerlo, pero me encuentro con un cuerpo pegado al mío. Abro los ojos sobresaltado y me relajo cuando veo a Kimba.

Con cuidado de no despertarla, paso por encima de ella y me hago con el aparato, que no deja de sonar. Es el de ella y en la pantalla sale la imagen sonriente de su abuela. Me dirijo al dormitorio y cierro la puerta antes de contestar.

—Buenos días, Antara.

—Liam, hijo. ¿Eres tú? ¿Está mi niña contigo? —pregunta con ansia, y me da una pena tremenda notarla tan angustiada.

—Sí, Antara. No te preocupes. Kimba se quedó anoche en casa, no se encontraba bien para ir a la tuya.

—Pobrecita mía, menudo disgusto se llevó ayer.

—Pero puedes estar tranquila porque está bien —suelto, acelerado, para calmarla—. Ahora mismo sigue dormida. Se nota que está agotada.

—No me extraña, siempre lo pasa fatal cuando discute con su abuelo. —Guardo silencio unos instantes sin estar muy seguro de continuar.

—Antara, hoy me gustaría llevar a Kimba a un sitio especial para que se olvide un poco de lo que ha pasado, ¿te importaría si no va por casa? Sé que tenéis cosas que hablar y solucionar tras la comida de Navidad.

—No te preocupes, hijo. Ya habrá tiempo de aclararlas. Salid y disfrutad. Eso es lo que necesita mi niña. Dile que me llame cuando despierte, ¿de acuerdo?

—Tranquila, en cuanto despierte, le digo que te devuelva la llamada.

Por unos instantes, se hace el silencio en la línea y tengo la sensación de que no quiere colgar todavía, así que me mantengo a la espera para que hable.

—He estado hablando con Max y el muy cabezota no da su brazo a torcer. Anda empecinado en que tiene razón —confiesa, y la oigo suspirar resignada. Tiene que ser muy complicado dividirse entre dos personas que quieres. No dejan de ser su marido y su nieta—. No entiende que tiene que dejar a la niña en paz para que viva su vida como quiera.

—Bueno, es mayor y, a su edad, es muy complicado cambiar de forma de pensar —intento mediar. Aunque me encantaría decirle que es un viejo retrógrado que para conseguir lo que quiere no duda en pisotear a su propia nieta. Me muerdo la lengua a riesgo de envenenarme con mis propias palabras.

—Es una situación muy delicada. No quiero que mi niña se vea obligada a marcharse por el comportamiento de su abuelo. Ella no es como Ava. Y aunque lo fuera, Max no tiene derecho a hablarle de esa forma. —Guardo silencio porque estoy de acuerdo con ella y me encantaría añadir unos cuantos adjetivos descalificativos que lo definirían a la perfección—. Gracias, Liam, por cuidar de mi niña. Necesita estar arropada por la gente que la quiere y sé que tú le tienes especial cariño. —Al oírla, no sé dónde meterme—. Dale un abrazo de mi parte, ¿vale?

—Se lo daré. Que tengas un buen día, nos vemos luego.

Corto la llamada y me froto los ojos. ¡Joder! Acaba de empezar el día y ya ha salido a la palestra el tema de los sentimientos.

Salgo al salón, donde Kimba sigue enredada en las sábanas, y una sonrisita de gilipollas se esboza en mi cara al verla en «mi cama». Paso de largo hacia la cocina para no seguir pensando estupideces, necesito café en vena para despejarme y seguir «el plan».

El olor a café lo inunda todo cuando lo sirvo en la taza. Le pongo tres cucharadas de azúcar y unas gotas de leche. Me siento en un taburete alto y dejo la taza sobre la isla de la cocina. Ahora

mismo tengo unas vistas privilegiadas para disfrutar de la bella durmiente.

Kimba parece oír mis pensamientos y se remueve inquieta hasta que abre los ojos. Se queda inmóvil unos instantes mirando hacia el techo y noto el momento exacto en el que es consciente de que se encuentra en mi casa; se tapa la cara con el antebrazo y sonrío al verla. Le doy un nuevo sorbo a mi brebaje. Sí, lo llamo así porque odio el café. Lo tomo porque es lo que se supone que deben beber los adultos, ¿no? Aunque yo soy más de leche con cereales de toda la vida, pero hoy es una opción que está descartada, necesito cafeína que me reactive el cerebro.

—Buenos días, princesa —suelto para que sepa que la estoy viendo. Gruñe por respuesta sin moverse y su actitud infantil me hace gracia—. Pues sí que estás comunicativa por las mañanas.

Se incorpora hasta quedar sentada y apoya los brazos sobre la superficie para sostenerse. Tiene una cara de adormilada que no puede con ella. Se frota los ojos y se limpia la boca de una baba imaginaria.

—Voy al baño —verbaliza de forma atropellada. Baja los pies del sofá y sale corriendo.

Se me escapa una carcajada porque es la frase «más romántica» que me ha dicho una tía al salir de mi cama.

Yo pensando que está preciosa recién levantada y ella… ella, simplemente, no dice nada y sale huyendo.

Bebo el café que queda de un trago y dejo la taza en el fregadero. La ventana queda justo enfrente y veo a la perfección cómo el oleaje comienza a crecer y el mar poco a poco se va llenando de surfistas. Esto de vivir en primera línea de playa es el puñetero paraíso para un loco de las olas como yo.

Al girarme, Kimba ya está de regreso. No puedo evitar mirarla con ternura.

—¿Hay de eso para mí? —se interesa por el café. Asiento sin apartar mis ojos de los suyos y la necesidad acaba ganando.

Acorto la distancia que nos separa y le doy un abrazo. Ella se queda parada por mi efusividad mañanera y yo me aparto, avergonzado.

—¿Qué? ¿Qué miras? —pregunto como si nada. Tiene las mejillas sonrojadas y a mí me parece más adorable que antes—. No te imagines cosas. Es de parte de tu abuela. He hablado con ella hace un rato y le he prometido que te daría uno de su parte. Un abrazo, digo —y carraspeo —. Supongo que ella te abraza así, con entusiasmo. —Menuda gilipollez acabo de soltar. ¿No sería más fácil decirle que me muero por ella y que si por mí fuera, no la soltaría en toda la santa mañana?

A Kimba se le escapa una carcajada y yo la sigo. Voy a tener que perfeccionar el arte de mentir, aunque en el fondo no lo he hecho, ¿no?

—¡Eres un idiota! Mi abuela es una señora mayor y da abrazos tiernos, no como tú, que vas por ahí rompiendo huesos.

—Pero mira que eres exagerada.

Hago un gesto con la mano para quitarle importancia y le preparo una taza de café humeante.

—Aquí tienes.

—Déjala ahí, idiota.

La suelto encima de la isla y pongo cara de fastidio por el insulto.

—Ven aquí, anda, te voy a enseñar cómo abraza mi abuela.

Kimba da un paso en mi dirección y de pronto me convierto en un ser tímido. Ser el que inicia el contacto físico lo llevo bien, me sale natural y espontáneo, pero que lo fuerce ella me intimida.

Soy incapaz de moverme, parezco un palo clavado en el suelo y es ella la que acude a mi encuentro. Trago con dificultad, como si la saliva fuera alquitrán.

A cámara lenta, me rodea con sus diminutos brazos y yo no tardo en achucharla contra mi cuerpo. No puedo resistirme a tener su piel en contacto con la mía. Me estoy volviendo adicto a esta mujer.

Este abrazo puede parecer un gesto simple e inofensivo, pero cuando ese sencillo gesto te acelera el corazón como si fuera un martillo percutor, es porque estás jodido, muy jodido.

Inspiro su olor hasta que inunda cada una de mis terminaciones nerviosas.

¡Joder! Se puede fundir el puto mundo ahora mismo que yo moriría tranquilo.

Por unos instantes me olvido de todo. De ese quiero y no puedo. Y de todos los peros del mundo que se interponen entre nosotros. Porque ahora mismo no hay nada más importante que nuestros cuerpos entrelazados como si fueran uno.

Separo a Kimba con cuidado. Con la sensación de que no estoy cumpliendo ni una sola de las promesas que me he hecho. Le sonrío como si no estuviera como un puto flan. Lo mío es aparentar lo que no siento. Pura fachada. Soy experto ocultando lo que se cuece dentro de mí. A veces es una jodida virtud, y otras, un puñetero lastre.

—Tómate eso, voy a darme una ducha.

Salgo pitando de la cocina cagado de miedo. Qué jodido es mantener los sentimientos a raya.

Me doy una ducha caliente y reparadora con la intención de volver a poner en orden las ideas. Mi intención es convertirme en el caballo que siempre camina hacia delante porque le han puesto una puñetera zanahoria en las narices y quiere comérsela. Mi zanahoria es ayudar a Kimba y no puedo perder ese objetivo de vista, no puedo distraerme con lo que me rodea, ella incluida.

Me enfundo un bañador y paso de la camiseta. Aquí dentro hace un calor del copón.

Cuando regreso al salón con la mente más despejada y el torso al aire, me encuentro mucho más tranquilo. He reprogramado mi mente y vuelvo a ser el Liam risueño. El que aparenta vivir la vida a la ligera, sin preocuparse por nada. No puedo permitirme desviarme por el camino de los sentimientos. No puedo olvidarme de que esto no va de mí, sino de ella.

La encuentro recogiendo el sofá donde hemos dormido los dos y le quito las sábanas de las manos. Cuando nota mi presencia, se incorpora y me mira embobada. Repasa cada línea de mi torso y sé, sin ninguna duda, que le gusta lo que ve. Sonrío de medio lado, porque nunca me hubiera imaginado que Kimba, mi Kimba, fuera capaz de mirarme con deseo.

Mi ego sube un par de peldaños y no me extraña.

¿A qué tío no le gusta que una mujer preciosa se lo coma con la mirada?

—Anda, deja eso, que ya lo recojo yo. Ve a darte una ducha, apestas desde aquí —recupero mi tono habitual. Me suelta un puñetazo en el bíceps y yo me encojo como si me doliera—. No, en serio, coge del armario de arriba lo que necesites, es ropa de Mia y Lily. Seguro que algo te sirve. —Asiente y camina hacia donde le indico—. No tardes, ¿vale? Quiero llevarte a conocer un sitio.

—¿Dónde? —Los ojos se le iluminan al preguntar. Sé que le encantan las sorpresas.

—No quieras saber tanto. Termina pronto. Bajo a la tienda a comprobar que todo va bien y nos marchamos.

—Liam, estamos de vacaciones. ¡Olvídate de la puñetera tienda!

—Preciosa, solo voy a bajar y regreso enseguida. Así que mueve el culo si no quieres ir de paseo con esas pintas.

Me da un empujón en el pecho que me pilla desprevenido y retrocedo un par de pasos. La miro

con una sonrisa ladeada de venganza.

«Prepárate, nena, esto es la guerra».

Parece que me entiende a la perfección y echa a correr en dirección contraria, pero yo soy más rápido y la atrapo. La cargo sobre mi hombro y camino con ella hasta el cuarto de baño. Abro el grifo de la ducha para que caliente.

—¡Liam, suéltame! —No deja de patalear y retorcerse para que la baje. La sujeto con firmeza por los muslos para que no caiga, no quiero que se resbale y se haga daño.

—Deberías ser más rápida, princesa. Tú solita te lo has buscado.

—Déjate de rollos y bájame de una maldita vez.

—No pienso hacerlo. —Le hago cosquillas y no deja de retorcerse.

—¡Liam! La cabeza me va a explotar por la presión. —Preocupado, la bajo con rapidez. Tampoco es cuestión de que se lastime por una broma.

La dejo en el suelo y compruebo que está bien. Me riño por ceder tan pronto, está claro que solo lo ha dicho para que la suelte, se está riendo. Punto para ella. Princesa dos, Liam cero.

Su mirada se enreda con la mía y el ambiente a nuestro alrededor se vuelve electrizante. Somos como dos imanes que no dejan de atraerse. Doy un paso atrás para poner distancias y desvío la conversación hacia un terreno más seguro.

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor. Gracias por dejarme pasar la noche aquí.

Me muerdo la lengua para no decirle que gracias a ella por quedarse, pero con total seguridad sería una confesión que daría pie a demasiadas confusiones.

De forma inconsciente, mi mirada recae sobre sus labios y cobra especial interés en la manera que tiene de humedecerlos.

El cuerpo se me calienta bastantes grados y ahora mismo me sobra la única prenda que llevo encima. Necesito salir cagando leches de aquí si no quiero terminar cometiendo alguna tontería más.

—Bueno… esto… me alegro mucho. —Cierro los ojos. Parezco gilipollas—. Te espero fuera. Ahora hablamos.

Salgo de casa sin cerrar la puerta principal. Bajo por las escaleras de caracol hasta la tienda y no tengo ni idea de qué cojones me pasa.

Camino nervioso por el establecimiento.

¡Joder!

Llevo toda mi puñetera vida sin pillarme por una tía, saltando de flor en flor, sin tener nada serio. Sin ver en Kimba nada especial. ¿Por qué cojones tengo que sentir algo por ella justo ahora en el momento más complicado?

Llevo demasiados días subido en una puñetera montaña rusa que no para de girar y no tengo opción de bajarme.

Me dejo caer en el sillón que hay en la entrada para los turistas. Necesito bloquear lo que siento, de otra forma no seré capaz de continuar hacia delante.

Cuando regreso a casa, Kimba ya está lista. Bajamos juntos por la parte trasera de la vivienda. El aparcamiento está bastante concurrido de surfistas. Saludo a un grupo que conozco y nos montamos en la furgo. Enciendo la radio y *Never Was You*, de Tayler Holder suena demasiado alto para mi gusto. Bajo el volumen siguiendo la letra de la canción y acelero sin perder el tiempo.

—¿Se puede saber dónde vamos con tanta prisa? —La observo de reojo y ella no aparta la

mirada, esperando una respuesta.

—Tenemos que marcharnos antes de que llegue Lily. —Me mira con cara de no entender nada —. Anoche hablé con ella. Me dijo que hoy vendría a ver cómo estabas y no quiero que nos pille aquí. Si llega antes de marcharnos, me joderá la sorpresa. —Asiente como si al fin entendiera a lo que me refiero—. Te encerrarás con ella en la habitación a hablar de todas esas mierdas que no quieres hablar conmigo y quedaré fuera del plan. Así que tengo que ser más rápido que ella.

Me regala una pequeña sonrisa de cariño y a mí se me funden los plomos.

—Liam, nunca te dejaría por Lily o por Mia. Si me dieran a elegir…, siempre te escogería a ti.

El corazón se me detiene durante varios segundos y luego, comienza a trabajar a marchas forzadas.

¡Joder! ¿Por qué cojones dice eso?

Me pongo nervioso y la furgoneta casi se me cala. Cambio de marcha y regulo la velocidad intentando tranquilizarme. Respiro hondo, como si lo que acaba de soltar no me importara, pero en realidad me asfixia.

Siento como una especie de cuerda invisible tira de mí hacia ella y yo no quiero ceder. Temo que, de tanto resistirme, al final, termine ahorcándome.

—¿Estás bien? —quiere saber.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

Alza una ceja sin decir nada y yo sigo conduciendo como si tal cosa. Kim tiene una facilidad para hablar de sentimientos que me descoloca. Yo soy más de evitarlos. De sentirlos pero no expresarlos. No me gusta exponerme.

Quedan veinte minutos para llegar a nuestro destino y no creo que pueda continuar todo el trayecto en silencio. Sé que Kimba no quiere sacar de nuevo el tema, pero yo necesito aclarar lo que sucedió.

—Princesa… —comienzo a decir sin tener muy claro cómo continuar, por eso voy soltando las palabras según me vienen—. Lo que pasó con Max… Siento mucho haber metido la pata y que la cosa acabara así. Te prometo que mi intención era buena. Quería hacerle ver que estaba equivocado, que valorara tu trabajo. Tienes una idea cojonuda con la que puedes hacer feliz a mucha gente. Pensaba que lo había logrado. Que al oír a los demás elogiarte recapacitaría, pero el muy capullo tuvo que abrir la boca y estropear el momento. De verdad, si no fuera tu abuelo, se hubiera llevado un puñetazo por bocazas.

—Liam, no te preocupes, en serio. —Posa una mano en mi rodilla para que me relaje, he ido incrementando el tono sin darme cuenta—. No quiero que le des más vueltas al asunto, de verdad. Tengo asumido que nunca seré lo bastante buena para mi abuelo por mucho que me esfuerce.

—¡Hostia, Kimba! No digas eso. No tienes que ser buena para nadie. Solo para ti misma. Eso es lo importante. Pasa de lo que digan los demás, de tu abuelo. Vales mucho más que eso, solo tienes que darte cuenta de una jodida vez.

—No sabes lo que dices. —Pierde la mirada por la ventanilla y por primera vez en mi vida siento pena de ella.

—Ojalá te vieras con los ojos que lo hago yo —digo con voz estrangulada, y el corazón me late como un loco. Voltea la cabeza y la emoción en sus ojos es real. A mí, un nudo que parece trenzarse cada vez que intento tragarlo comienza a asfixiarme. Intento deshacerme de él y la rabia fluye sin querer—. ¡Qué cojones! Voy a mostrarte lo que la gente piensa de ti y de tu proyecto. Pienso demostrártelo cueste lo que cueste. —Trago una vez antes de continuar—. Y

cuando lo haga, cuando lo descubras, te juro que no podrás dar ni un solo paso atrás para sacarlo adelante. No tendrás ni una sola jodida excusa. ¿Y sabes por qué? —Niega con los ojos acuosos —. Porque esa gente te necesita y tú aún no te has dado cuenta.

19

CONOCIENDO UN SITIO ESPECIAL



Me detengo ante la edificación que vengo buscando y Kimba pone cara de no saber qué narices estoy haciendo. Abre varias veces la boca para decir algo y termina cerrándola sin soltar ninguna palabra. Se frota las manos, nerviosa, y yo me muero por saber qué está pensando en este instante.

Extiendo la mano y ella deposita la suya sobre la mía. Entrelazo nuestros dedos con un pequeño apretón que me hace ser consciente de lo pequeña que es en comparación conmigo.

—Princesa —digo con suavidad para llamar su atención—, ¿confías en mí? —Asiente con lentitud y yo le acaricio la mejilla—. Te juro que no te vas a arrepentir. Vamos.

Bajamos del vehículo y esta vez es ella la que busca mi contacto. Caminamos hasta la verja, donde llamo al portero automático. Un sonido abre la cancela y empujo para abrir la puerta. Nos colamos en el interior y Kim se pone nerviosa.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? —pregunta entre susurros.

—En breve lo descubrirás.

La guío hasta la puerta principal, donde nos espera Priscila, una de las responsables de este lugar con la que me puse en contacto para poder visitarlo.

Nos encontramos en un centro de día para personas con diversas discapacidades y edades. Justo el lugar que debe conocer Kimba para darse cuenta de una vez por todas de que su proyecto no solo es alucinante, sino también necesario.

—Bienvenidos, chicos. —La mujer, unos años mayor que mi madre, me tiende la mano sonriente. Se la estrecho encantado y sujeto a Kimba por la cintura para que dé un paso al frente —. Tú debes de ser Kimba, la artífice de que todos mis niños estén impacientes por conoceros. Pero no os quedéis ahí, pasad.

La mujer camina hacia el interior del edificio y nos indica que la sigamos. Me sorprende que llame a los residentes «niños» cuando me consta que no lo son. Supongo que es una manera cariñosa de dirigirse a ellos.

Kimba se pega a mi costado y la noto inquieta. Vuelvo a buscar el contacto de su mano con la mía para tranquilizarla. Me mira de reojo y cuchichea para que solo yo pueda oírla.

—¿En qué lío me estás metiendo?

—Tranquila, princesa, relájate. Hemos venido de visita. El otro día hablé con Priscila, que es una de las responsables del centro, y nos invitó a conocer a los residentes, así que no pude rechazar la propuesta.

—¿Y se puede saber de qué demonios tienes que hablar tú con esta señora?

—Del tiempo —suelto, irónico, y me regala una mirada fulminante. Me cuesta horrores retener la carcajada. No pienso confesar el motivo por el que me puse en contacto con el centro, aunque no tardará mucho en darse cuenta por ella misma—. No arrugues la naricilla, que la gente te mira.

Pasamos junto a un grupo pequeño de familiares que saludan a nuestra anfitriona y que, por consiguiente, también nos saluda a nosotros, que vamos muy cerca de ella. Kimba se sonroja y yo les sonrío. Sé que odia cuando soy todo sonrisas.

Pasamos el grupo y Kimba me da un pellizco en el brazo.

—¡Auchs!

—Quita esa cara de idiota y dime por qué demonios no me has dicho que veníamos aquí —sigue susurrando, frustrada.

—¿Si lo hubieras sabido, habrías venido?

—Pues no —suelta como si fuera lo más obvio del mundo.

—Pues ahí tienes tu respuesta.

Priscila se gira para comprobar que la seguimos. Sonrío para indicarle que todo va bien y ella asiente girándose hacia una chica que la llama con un montón de papeles en las manos.

Kimba aprovecha para darme un codazo en las costillas en cuanto salimos de su campo de visión y casi se me escapa un aullido de dolor. Estoy seguro al cien por cien de que ahora mismo tiene ganas de estrangularme.

—¡Eres un capullo! Lo sabes, ¿verdad? —sisea con los dientes apretados.

—Joder, princesa, como sigas golpeándome, no acabo el año de una pieza. Y a lo de capullo…, sí, algo me han dicho.

Me mira con cara de querer asesinarme, le guiño para distraerla y parece que surte efecto porque no vuelve a abrir la boca.

Priscila se detiene ante una entrada que pone «salón de actos» y nosotros, junto a ella.

—Bueno, ya hemos llegado. ¿Estáis listos para conocer a los chicos? —Ambos asentimos y ella desliza la superficie hasta que queda abierta de par en par.

Entra en primer lugar y nos indica que podemos pasar. Al hacerlo, se forma un pequeño revuelo que Priscila no tarda en acallar. Uno de los chicos me tiende la mano y no dudo en chocarla con la mía.

—Hola, colega.

—A ver, niños, necesito un poco de silencio para presentaros a Liam y Kimba. Ellos son dos profesores que han venido a visitaros hoy porque tienen una noticia superbonita que contaros. Así que prestad atención porque os va a encantar.

De reojo, miro a Kimba, que tiene cara de espanto, creo que comienza a entender por qué estamos aquí, y decido que lo mejor es hacerme cargo de la situación. No quiero que salga corriendo con un ataque de pánico.

Doy un paso al frente y algunas risitas resuenan en la sala.

—Buenos días, chicos —elevo la voz para hacerme oír por encima del ruido ambiente—. Como ya os ha dicho Priscila, mi nombre es Liam y esta chica preciosa es Kimba. —De nuevo, algarabía, y me temo que voy a tener que ir directo al grano si quiero que me dejen acabar—. Y estoy seguro de que también os ha contado el motivo por el que estamos aquí, así que no voy a dar muchos rodeos ni a hacerme de rogar. —Guardo silencio un instante para captar su atención y cuando la tengo, continúo—. ¿A cuántos de vosotros os gustaría aprender a surfear?

—Liam… —Kimba pronuncia mi nombre, suplicante, pero su ruego es silenciado cuando los chicos gritan emocionados. Me tapo los oídos con las manos con un gesto teatral, como si me molestara el ruido, y eso los hace carcajearse.

—Vale, vale. Creo que ha quedado claro. Pues prestad mucha atención a lo que tengo que contaros porque es algo muy importante. —Recorro la habitación de un vistazo y solo veo caras sonrientes. Joder, cada vez estoy más convencido de que este proyecto tiene que salir adelante—. ¿Veis a esta señorita que está a mi lado? Es guapa, ¿verdad? —De nuevo gritos—. Pues es todavía más inteligente, porque se le ha ocurrido una brillante idea con la que vais a disfrutar del mar como nunca antes. Kimba va a montar la escuela más alucinante de surf que hayáis visto nunca para vosotros. Y os prometo que podréis acudir todos para vivir esta aventura. —Hago una breve pausa para que digieran lo que les cuento antes de darles más información—. Los que vais en silla de ruedas dispondréis de tablas de surf adaptadas y de material especial. Los que tenéis problema de visión tendréis acompañamiento individualizado. Habrá absolutamente de todo lo que podáis necesitar para meteros en el mar y sentir las olas.

Kimba me mira con cara de susto y da un paso en mi dirección para silenciarme.

—Liam, cállate. Yo, no…

—Efectivamente, princesa, como no podrás hacerlo sola, yo, el monitor de surf más guapo de toda Australia, os va a dar clases. ¿Qué os parece?

Las risas se convierten en la banda sonora del aula y las profesoras no pueden estar más encantadas con la confirmación de la noticia y comienzan a aplaudir. Kimba se pega a mi derecha y la rodeo por los hombros sin mirarla. Si lo hago, no podré continuar empujándola a saltar el vacío.

Joder, necesito que se dé cuenta de todo lo bueno que puede traer con su propuesta y que esta gente está más que encantada con la iniciativa.

¡Qué cojones!

Quiero que salte, porque pienso estar abajo para cogerla si cae. Aunque no será necesario, porque solo necesita creer que puede volar para lograrlo.

—Chicos, una cosa. —Espero que cese un poco el revuelo para continuar—. ¿A cuántos de vosotros os gustan las historias? Levantad la mano. El que no pueda, que grite.

De nuevo, más revuelo que hace sonreír a Kimba. A pesar del miedo que siente, sé que está encantada de estar aquí y estoy seguro de que no será la última vez que venga de visita. La conozco demasiado bien.

—Vale, vale. Entonces, os voy a contar mi historia. —Kimba me mira sorprendida y se hace el silencio en la sala—. Cuando era pequeño, mucho más que vosotros, me encantaba ir a la playa para contemplar a los surfistas coger olas. Para mí, era algo alucinante. Cada día, al regresar a casa con mis padres, soñaba que me convertía en uno de ellos. Que podía coger una tabla y mantenerme sobre la cresta de la ola. Nunca se lo dije a nadie. Pero mi abuelo, que era muy observador y el único apasionado por las olas de mi familia, no tardó en darse cuenta de que las corrientes corrían por mis venas. Así que una mañana muy temprano vino a casa a recogerme con dos tablas de surf bajo el brazo. No os miento al deciros que fue el mejor día de mi vida. Sentir las olas mecerme, la espuma, el olor a salitre y ser capaz de mantenerme sobre la tabla aunque fuera unos segundos… fue la mejor experiencia de mi vida. —Desvío la atención hacia Kimba, que me mira emocionada. Yo también lo estoy, siempre me pasa cuando recuerdo a mi abuelo. Respiró hondo para recomponerme, no entraba en mis planes ponerme sensible—. Esas son las sensaciones que quiero que sintáis vosotros cada vez que vayáis a la escuela de Kimba.

»Quiero que disfrutéis, que os sintáis libres, como yo me siento cada vez que me sumerjo en el mar. Que creéis historias alucinantes que contar en un futuro a vuestra familia como ahora estoy haciendo yo con vosotros. Porque os aseguro que no existe limitación ni mental ni física que os impida disfrutar de lo que en realidad amáis. Solo necesitáis adaptar el deporte a vuestras peculiaridades para disfrutar de las pequeñas cosas de la vida. Y para eso estamos Kimba y yo aquí. Para poner a vuestro alcance todos los materiales y medios para vivir esta experiencia a tope.

Retengo el aire en los pulmones cuando acabo. ¡Joder! Parezco un puñetero predicador, pero me encanta. Porque estoy seguro al cien por cien de que, una vez abierta la escuela, así será. Pienso dejarme la piel para que así sea.

Kimba da un paso al frente y entrelaza sus dedos con los míos; las lágrimas le ruedan por las mejillas, pero esta vez son de alegría.

Las profesoras aplauden emocionadas y los niños las siguen. A mí también se me humedecen los ojos y me cuesta horrores retenerlas.

Lo he dado todo en este discurso. He puesto el alma y el corazón en cada palabra, y cuando uno vive algo con tanta intensidad, con tanta realidad, es porque está haciendo lo correcto.

Abrazo a Kimba con fuerza. Con la esperanza de haber logrado la promesa que le hice a este centro para que nos abrieran sus puertas. Y ojalá sirva para que Kim se dé cuenta de lo alto que puede volar si pierde el miedo a intentarlo, porque hay mucha gente que la espera con los brazos abiertos.

Las profesoras acuden a nuestro encuentro y me veo obligado a soltarla. Doy un paso atrás para que pueda hablar con ellas y sonrío como un gilipollas cuando las oigo felicitarla por su gran idea. Kimba está aturdida por la acogida y a la misma vez tiene los ojos chispeantes de felicidad.

«Eso es, princesa. Todo esto lo has logrado tú sola, yo solo me he encargado de agitar la varita para que fluya la magia».

Me retiro para dejarles intimidad y que Kimba pueda contarles los detalles que tiene en mente. Encuentro un grupo de niños que no paran de hablar emocionados entre ellos. Son chicos con síndrome de Down. Me acerco a ellos y no tardan en asaltarme a preguntas. Les contesto encantado. Me gusta ser el alma de la fiesta y el que cuenta anécdotas. Es en el papel que me siento más cómodo, menos responsable con lo que digo.

Al marcharnos, Kimba camina como si fuera subida en una nube. Imagino que como lo estoy yo.

Se pega a mi costado y entrelaza de nuevo sus dedos con los míos. Me quedo parado unos segundos y ella tira de mí para que continúe andando. Una risita boba se me cuelga de la boca y camino tras ella. Es alucinante lo que puedo llegar a sentir cuando entra su piel en contacto con la mía.

Llegamos a la altura de la furgoneta y, antes de subir, Kim tira de mi agarre para que me detenga a su lado. Se pone de puntillas sonriente y me da un beso en los labios. Yo cierro los ojos por la sorpresa, disfrutando del contacto.

—Gracias, ha sido alucinante —susurra contra mi boca, y yo anclo mis manos a sus caderas. Abro los ojos con lentitud y nos miramos de frente. Kimba desprende una luz tan potente, tan cegadora que me paraliza—. Si no fuera por ti, nunca habría dado este paso, y no sé cómo agradecértelo.

Me muerdo la lengua para no decirle que a mí se me ocurren unas cuantas formas, pero ninguna es decente, así que mejor me las guardo.

—Anda, princesa, no digas tonterías, en el fondo lo he hecho más por mí que por ti, ya sabes, por eso de tener mi minuto de gloria. —Le guiño y ella niega con la cabeza porque sabe que no es cierto lo que digo.

Se abraza a mi cuello con fuerza y yo la rodeo con los míos. ¡Joder! Solo por verla tan feliz, el esfuerzo ha merecido la pena.

20

UN ROTTWEILER COMO HERMANA



Al montarnos en la furgoneta, tengo la sensación de hacerlo con las pilas recargadas y un subidón de adrenalina impresionante. Jamás me hubiera imaginado que el encuentro iba a salir tan rodado, no tras la metedura de pata con Max. Digamos que, durante toda la visita, he esperado que sucediera algo que lo fastidiara todo.

—¿Qué planes tienes para almorzar? —Pongo el intermitente para incorporarme a la carretera general y acelero cambiando de marcha. Tengo en mente comer juntos y planificar los pasos que hay que dar para que este proyecto salga adelante.

—Pues… había pensado hacerlo con mi abuela. Tenemos una conversación pendiente y no quiero retrasarla más.

—¡Mierda! Se me olvidó decirte que Antara quería que la llamaras. Me va a matar por no habértelo dicho. Se le notaba que seguía preocupada tras el encontronazo que tuviste con tu abuelo.

Hace un mohín al oírme y gira sobre su asiento. Se queda mirándome con fijeza e intento controlar el impulso de mirarla yo también, voy conduciendo y no es muy sensato perderme de nuevo en el verdoso moteado de sus ojos.

—Me resulta muy… curioso —comienza a decir, pausada, antes de forzar un silencio que me remueve incómodo en el asiento— que recordaras darme un abrazo de su parte, pero no que debía llamarla. —Sonrío porque es demasiado astuta como para mentirle y me conoce muy bien. Un punto más para la princesa—. ¿No piensas decir nada sobre eso?

—Ya lo has hecho tú por mí —suelto, escueto. Ella alarga el silencio, retándome a que diga algo, y no me queda más remedio que darle una explicación—. No quería que hablaras con ella antes de la reunión con Priscila. Estoy seguro de que te hubiera trastocado el humor y habrías traído de vuelta a la Kimba insegura de la que pretendo deshacerme. Así que si la pregunta es si mi olvido ha sido intencionado, la respuesta es sí.

Busco su mirada y, en contra de todo pronóstico, me regala la sonrisa más espléndida que le he visto en la vida, y se me hace la boca agua.

Las ganas de tirar del freno de mano y accionar las luces de avería para probarla de nuevo aumentan por segundos, aunque consigo mantenerlas a raya y dedico la poca capacidad de concentración que me queda en no salirme de las dos líneas que marcan la carretera.

—Gracias —vocaliza, y guía su mano hasta la mía, que descansa sobre la palanca de cambio. Nuestros dedos se entrelazan sin pedir permiso y Kimba les da cobijo sobre su regazo. No pienso quejarme porque lo haga—. Ya sabes, por cuidarme. Por saber qué necesito en cada paso para avanzar juntos.

Sin soltarla, llevo el dorso de su mano hasta mis labios. A veces pienso que es tan jodidamente perfecta para mí que asusta. Creo que ese es uno de los motivos por el que llevo tantos años corriendo en dirección opuesta, porque no hay mayor ciego que el que no quiere ver y yo lo he estado durante muchos años de mi vida.

Quisiera decirle que aquí el único que debe dar las gracias soy yo. Por permitirme ayudarla y por seguir a mi lado a pesar de que me he comportado como un idiota asustadizo. Pero hablar de cualquier tema es más fácil que hacerlo de los sentimientos, por eso decido que lo mejor es regresar a un puerto seguro.

—Princesa, vamos a necesitar material adaptado para cada una de las discapacidades de esos chicos. Supongo que te has dado cuenta de que hay mucha diversidad de ellas y no quiero que ninguno se quede fuera porque no tengamos el material apropiado. Pero no te preocupes por eso, tengo un colega que nos puede ayudar a encontrar lo que necesitamos.

—Liam, se te está yendo demasiado la pinza con el asunto. —La observo de reojo y soy testigo de cómo se frota las manos, nerviosa. En el fondo sé que este tema la aterra—. Es más, creo que eres el único habitante de Torquay que no se ha enterado de que no pienso seguir con esa locura. Ya viste la reacción que tuvo mi abuelo y no quiero seguir teniendo enfrentamientos con él.

—Me importa una mierda lo que piense el viejo retrógrado de Max. Vas a sacar adelante ese proyecto y no pienso descansar hasta que consigas lo que deseas.

—Eso es absurdo —gesticula alterada, como si me hubiera vuelto loco—, lo tengo todo listo para marcharme en… —No la dejo acabar. No quiero que siga hablando.

—Es tu sueño, tu futuro y no debes renunciar a él porque alguien te lo exija.

—Liam, no…

—Me da igual lo que digas, princesa, me prometiste quedarte más tiempo para que pueda encontrar a una persona que te sustituya y que sea tan competente como tú, así que no puedes dejarme tirado ahora. —Resopla resignada porque sabe que tengo razón. Un trato es un trato—. Además, te aseguro que durante ese tiempo voy a poner todo de mi parte para que cambies de idea y no quieras marcharte de Torquay. No vas a querer marcharte —sentencio, apuntándola con el dedo.

—¡Estás loco! —es todo lo que me da por respuesta y no me detengo.

—Tal vez, pero no voy a parar hasta que comprendas que Torquay es ese rincón del mundo que te hace feliz. Es tu refugio, tu hogar. Y el hogar nunca se abandona.

Se limita a observar a través de la ventana con los brazos cruzados y yo asiento satisfecho. No ha reconocido que vaya a quedarse, pero tampoco se ha quejado porque quiera evitar que lo haga y, al menos para mí, eso ya significa un pequeño logro.

El móvil me vibra en el bolsillo, lo saco y se lo tiendo a Kimba sin molestarme en ver quién es.

—Contesta. —Me mira sorprendida sin atreverse a coger el aparato—. Vamos, van a colgar.

Asiente mirando la pantalla y contesta tras descolgar.

—Dime, Mia. —Frunzo el ceño al escuchar que se trata de mi hermana. Si hubiera sabido que era ella, no le habría pasado el aparato. Tengo varias llamadas perdidas de ellas sin contestar—. Sí, estoy con él. —Silencio—. ¿Qué dónde estamos? Pues… ya vamos para allá.

Resoplo porque de verdad que mis hermanas son unas pequeñas controladoras. Se supone que ese rol debería adoptarlo yo que soy el hermano mayor y no ellas.

Estoy seguro de que quieren de vuelta a Kimba para despotricar a gusto de la comida de Navidad y de todos los que estuvimos presentes. Es más, apuesto las dos manos y no las pierdo a que tanto Robert como yo seremos el eje central sobre el que rotará esa conversación.

Por ese mismo motivo silencié el móvil al salir de casa esta mañana. No quería distracciones para visitar el centro con Priscila y los chicos, pero, sobre todo, me apetecía tener a Kimba un ratito más para mí sin tener que compartirla con esas dos cotorras que no dejan títere con cabeza.

Hablo del día de Navidad como si hubiera pasado una eternidad desde entonces, pero es que han sucedido tantas cosas en apenas veinticuatro horas que lo percibo como algo muy lejano.

Desde el asiento del conductor, escucho con demasiada facilidad como mi hermana suelta una retahíla de improperios de carrerilla hacia mí. Kimba me mira aguantando la risa y se separa el cacharro del oído. No me extraña, porque Mia está dando unos gritos que la deben de estar oyendo por los contornos de Australia.

—Y dile al cretino de mi hermano que te deje en el Fishos en media hora.

—¿Vais al Fishos? —digo en voz alta para que Mia me escuche—. Me apunto.

—De eso nada —suelta un nuevo alarido, y Kimba cierra los ojos, extendiéndome el teléfono.

Queda claro que no soporta más sus gritos—. Me has oído, ya la has acaparado bastante. Devuélveme a mi amiga. ¡Arghh! De verdad, te juro que me pones de los nervios, Liam Evans.

Un pitido en la línea nos indica que ha cortado sin darnos opción a contestar.

—¿Ha colgado? —pregunto, asombrado.

—Ha colgado —afirma, tan impresionada como yo.

Mia siempre ha sido una tía muy temperamental, de esas a las que le cuesta controlarse cuando piensan algo o creen que tienen la razón, y eso siempre lo he admirado de ella, pero lleva unos meses que el carácter se le va agriando por momentos y, después de lo sucedido en la playa y de descubrir que siente algo por Robert, me da por pensar que ese cambio puede estar relacionado con mi amigo.

—¿Sabes qué le pasa?

—Eso debería decírtelo ella.

—¡No me jodas, princesa! Creo que tengo derecho a saber por qué mi hermana se comporta como si fuera un *rottweiler* cada vez que se enfada. Nunca ha sido una hermanita de la caridad, pero tampoco era tan insoportable.

—Liam, es una de mis mejores amigas, no puedo traicionarla.

—Ya, pero también es mi hermana y me preocupo por ella.

—Lo siento, ¿vale? Pero no puedo decirte nada, creo que lo mejor es que hables con ella o con Robert.

Asiento al recordar que tengo una charla pendiente con mi amigo. Quiero saber cuánta verdad hay en la confesión de Lily.

—Y si tantas ganas tienen de hablar contigo, ¿por qué no te han llamado a tu teléfono en vez de gritarme a mí?

—Me quedé sin batería. —Me lo muestra para que vea que la pantalla no se enciende—. Al parecer, han pasado por tu casa cuando les salía mi teléfono apagado y, al no encontrarnos allí, se han preocupado por si había pasado algo.

Asiento al comprender que ese ha sido el motivo por el que no han dejado de llamarme en toda la mañana. Pensaba que intentaban tocarme las narices y por eso no les he contestado.

—¿Te dejo entonces en el Fishos?

—Sí.

—¿Y qué pasa con esa conversación que tienes pendiente con tu abuela?

—La tendré más tarde. —Niego porque sé que pretende postergar lo máximo posible ese encuentro hasta que sea inevitable. Kim odia los conflictos e intenta evitarlos a toda costa.

—Al menos deberías llamarla para que sepa que sigues viva. —Le tiendo de nuevo mi móvil y cojo el desvío para llegar a uno de mis restaurantes favoritos.

Kimba finaliza la llamada cuando estoy aparcando ante el establecimiento. Las tripas me rugen de hambre y hago un mohín infantil al pensar en las gemelas, si no fuera por ellas, ahora mismo estaría a punto de zamparme mi plato preferido en compañía de Kim.

—Bueno, me marcho. —Se acerca y me da un beso en la mejilla que me sabe a poco—. Gracias por el día de hoy, me ha encantado visitar el centro y conocer a los chicos. Ha sido alucinante ver la ilusión que desprendían con cada palabra que soltabas. Si no fueras uno de los mejores monitores de surf de toda Australia, podrías dedicarte a dar conferencias.

Paso por alto su halago —aunque no puedo negar que me agrada que tenga ese concepto de mí — y me centro en la parte del discurso que me interesa.

—Por eso mismo no puedes rendirte con tanta facilidad. Esa gente necesita un mundo mejor y

tú puedes dárselo. —Joder, pues sí que sueno como un predicador.

—¿Y por qué no se lo ofreces tú? Estás más capacitado que yo para hacerlo.

—Y una mierda, Kim. No me vengas ahora con esas tonterías. Lo único que yo podría ofrecerles son mis clases de surf. Yo no tengo ni puñetera idea de cómo tratarlos. Aquí la que se ha partido los cuernos durante años estudiando para saber qué necesitan y cómo has sido tú. Tú eres la experta. Así que no me vengas con gilipolleces. La idea es tuya y no pienso apropiarme de ella por mucho que insistas. —La señalo con el dedo para darle mayor énfasis a mis palabras —. Más te vale ponerte las pilas y sacarte esa idea absurda de la cabeza de que quieres irte. No puedes marcharte, ¿me oyes? No puedes dejarme solo.

A Kimba se le anegan los ojos en lágrimas al oírme y su mirada turbia es lo último que veo antes de que se abrace a mi cuello. La sujeto por la cintura para auparla y la siento en mi regazo, se acurruca contra mi pecho y me limito a abrazarla en silencio. El pulso se me acelera y su olor inunda con cada inhalación mis fosas nasales.

«No puedes marcharte, ¿me oyes? No puedes dejarme solo». Esas dos últimas frases se reproducen en mi cabeza una y otra vez mientras la abrazo y parecen tener eco. No sé por qué cojones he tenido que pronunciarlas en voz alta, eso lo complica todo.

La desesperación de no saber cómo hacerle ver la realidad me supera y acabo convirtiéndome en un bocazas, haciendo justo lo contrario de lo que deseo hacer o decir.

Separo a Kimba un palmo de mi cuerpo, lo justo para tenerla de frente, sin alejarla demasiado. Mis pupilas inciden en las suyas, que se dilatan como si acabaran de recibir un fogonazo de luz y una tenue sonrisa se dibuja en mi rostro. Es tan guapa que quita el aliento. Y quiero decirle tantas cosas en este momento que no sé por dónde empezar. La sensación de que las palabras se enredan unas con las otras es agobiante porque siempre me llevan a una misma conclusión, a una única línea de pensamiento y, a veces, es agotador.

Apoyo mi frente sobre la suya antes de susurrar contra sus labios.

—No puedes irte, princesa. No ahora que puedo verte. —Nunca había pronunciado unas palabras que encerraran tanto significado. Tan simples, tan sinceras.

Su aliento se entremezcla con el mío y es entonces cuando sé que estoy perdido por completo. Acorto la distancia que nos separa hasta rozar sus labios con los míos y Kimba adelanta su torso, borrando de un plumazo cualquier pensamiento de que pueda echarme atrás.

La beso con una delicadeza que nunca he usado para saborear a nadie y es tan alucinante que siento fuegos artificiales en la boca del estómago. Me recreo unos instantes más en esas sensaciones. Llevo años, demasiados años deseando experimentar esas mariposas de las que habla todo el mundo. Es una corriente eléctrica que me recorre de pies a cabeza y nunca la he buscado en la persona adecuada.

—Princesa… —Detiene el movimiento antes de salir del vehículo y vuelve a mirarme. Observo con detenimiento cada uno de sus gestos y cómo aprieta las manos, nerviosa. Capturo el preciso instante en el que sus iris tornan de verdosos a grisáceos, llenándolos de impaciencia. Quiero pedirle que no se marche. Y no me refiero al futuro, sino al presente. Al ahora. Pero no tengo forma humana de justificar ese deseo más allá de que seguiría besándola hasta el fin de mis días—. Hablamos esta noche.

Asiente con una pequeña mueca en los labios que pretende ser un atisbo de sonrisa y sale del coche. Me dejo caer sobre el respaldo y mis ojos la siguen hasta que se pierde en el interior del restaurante. Con las manos, me froto el rostro, frustrado, porque estoy jodido, muy jodido.

Qué complicado es caminar por la delgada línea que separa los sentimientos de la amistad y

con qué facilidad se desdibuja en nuestras narices sin que apenas nos demos cuenta hasta que se convierte en un desastre inevitable.

Sin querer pensar más en Kimba —de lo contrario, acabaré entrando en el Fishos para cometer una estupidez mayor—, marco el número de Robert. No le ha dado tiempo a sonar el tercer tono cuando contesta.

—¿Qué pasa, tío?

—¿Dónde estás?

—En casa, ¿por?

—¿Has comido ya?

—No, acabo de meter la lasaña en el horno.

—Pues pon otro cubierto, que voy para tu casa. Tú y yo tenemos una conversación pendiente, amigo.

21

UNA CONVERSACIÓN PENDIENTE
Y UN RECUERDO DEL PASADO



¿Qué pasa, capullo, no puedes vivir sin mí ni en vacaciones?
Robert me recibe con una de sus salidas de tono y yo lo miro desafiante con ganas de arrancarle la cabeza. Me aguanta el pulso y paso de largo hasta llegar a la cocina. Saco una Foster's Lager de la nevera, que vacío casi de un trago. Tengo que relajarme si quiero que la conversación fluya en ambas direcciones como dos personas medio civilizadas.

Mia es mi hermana, pero Robert es mi amigo y al menos le debo dar la posibilidad de explicarse, aunque no me apetece una mierda imaginar a esos dos juntos en ninguna de las situaciones que se me pasan por la cabeza.

Me giro y lo encuentro de brazos cruzados, esperando expectante a que hable.

—Vengo a ver si eres capaz de contarme por qué mi hermana lleva semanas comportándose de manera insoportable y por qué narices quiere irse a la otra punta del planeta a ayudar a gente que ni siquiera conoce.

Resopla y se deja caer en el sofá.

—Tu hermana está como una puñetera cabra.

—Eso ya lo sé, la cuestión es: ¿por qué se comporta como una loca desquiciada? Quiero saber qué cojones tienes tú que ver en todo esto. Y no me mientas si no quieres que te arranque las bolas.

Se levanta con un movimiento seco, impulsado por el ímpetu con el que pronuncia sus palabras, dejando claro que no le gusta hablar de este tema.

—¿Qué culpa tengo yo de que quiera marcharse a Nicaragua? Por si no te has dado cuenta, ni siquiera me soporta como para ser el culpable de algo que tenga que ver con ella.

Lo examino sin perderme ningún detalle de su postura, refleja que se encuentra a la defensiva.

—¿Es cierto lo que me han dicho? —Tensa la mandíbula al oírme—. Que sientes algo por Mia.

—¡Mierda! —Se pasa las manos por el pelo y comienza a caminar por la estancia, inquieto, antes de encararme—. ¿Quién cojones te ha dicho semejante tontería?

Puedo notar sin problema las ganas que tiene de saltarle los dientes a alguien, por eso no me ando con rodeos, quiero seguir midiendo su reacción.

—Lily.

—¡No! —Parece abatido. Como si lo acabara de pillar con las manos en la masa.

—Puedes dejar de comportarte como un imbécil y contarme qué cojones está pasando.

—Se supone que no se lo iba a decir a nadie.

—¿Hablas de Lily? —Cabecea—. Pues lo ha hecho. Ahora, ¿puedo saber qué sucede? ¿O voy a tener que preguntártelo muchas más veces?

—Mia…, no sé, tiene algo… —Se yergue y habla sin perderme de vista. Agradezco que no se esconda—. Cada vez que la veo, se me eriza la piel, se me enciende. —Parece torturado por sus propios sentimientos—. Te juro que no puedo evitarlo. Lo he intentado, de verdad, llevo años haciéndolo, pero no puedo. No quiero que pienses que te he fallado, nuestra amistad está por encima de cualquier tía, pero, joder, Mia me mira y… y se para el puto mundo.

Entiendo a la perfección a lo que se refiere, yo mismo he experimentado lo jodido que es sentirse tan vulnerable ante otra persona. Sentir acojona.

—Te aseguro que es muy frustrante sentirme así. Ella… me gusta.

—Define gustar.

—Joder, Liam, tu hermana me tiene bien cogido por las pelotas. ¿Te sirve con eso?

Se me escapa una pequeña carcajada, oírlo tan frustrado es una de las cosas más divertidas que

me han ocurrido hoy. Al parecer, la pequeña controladora ha hecho mella en mi amigo y no lo lleva bien.

—Por eso dijiste que las mujeres lo complican todo, pero que no podemos vivir sin ellas.

Asiente medio sonriente. Tengo claro que la imagen de Mia acaba de impactar en su cabeza. Se le ha dibujado una sonrisilla de gilipollas que no puede con ella.

—Si te soy sincero, cuando Lily me contó lo que estaba sucediendo entre vosotros, me quedé alucinado. Nunca pensé que Mia y tú…, pero tampoco puedo oponerme a ello. Mia no va a encontrar a otro capullo que la cuide mejor que tú. —Reflexiono unos instantes sobre lo que he dicho y un aluvión de imágenes del pasado de Robert y Mia juntos me inundan la mente—. En realidad, llevas cuidando de ella toda la vida, ¿no? —Robert agacha la cabeza, parece avergonzado porque me haya dado cuenta de ese detalle y yo me quedo impresionado de cómo he sido tan tonto de no darme cuenta antes. Es algo obvio y que he tenido delante de mis narices durante todos estos años.

Robert es mi mejor amigo desde que tengo uso de razón y siempre me ha ayudado a sacar a mis hermanas de los problemas en los que se metían. Especialmente, con Mia. Creía que lo hacía porque era la más temeraria de las dos gemelas.

Cuando Kimba entró en juego en este trío, yo ya no era capaz de controlar sus travesuras, así que Robert fue mi gran aliado para salvarles el culo la mayor parte del tiempo.

Entre tanto recuerdo, me viene a la cabeza uno muy esclarecedor.



Resoplo exasperado mientras la señorita Rose no deja de gesticular explicando algo en la pizarra. No logro entender nada de lo que dice ni tampoco me molesto en ello, aunque debería estar enterándome de cada palabra que suelta porque estoy sentado en primera fila por petición suya. Pero la realidad es que no me interesa nada de lo que tenga que contarnos en este momento.

Pensar eso me hace sentirme un poco mal porque en el fondo adoro a la señorita Rose. Es una de mis profesoras favoritas y explica Ciencias de maravilla. El problema hoy es mío, llevo la última media hora con la cabeza en otra parte sin prestarle atención.

Vuelvo a mirar el reloj por décima tercera vez, impaciente, y suspiro exasperado porque las manecillas no avanzan lo rápido que necesito. Me quedo mirando con fijeza el punto exacto donde se encuentra el reloj, en la pared del fondo, sobre los percheros. Al hacerlo, Robert entra en mi campo de visión, risueño, y vocaliza la palabra «perdedor» sin llegar a pronunciarla. Me yergo en el asiento con ganas de decirle que se va a tragar sus palabras dentro de un momento. Le enseño el dedo corazón por respuesta y él me mira de reojo sin perder la sonrisa.

¡Es un capullo!

Centro mi atención de nuevo en las agujas perezosas y compruebo que aún faltan dos minutos. Dos míseros minutos. Las observo retándolas, con los ojos clavados en la más grande, que parece la más lenta, hasta que termina cediendo con un último movimiento.

¡Un minuto!

Resoplo impaciente, sin dejar de mover la pierna arriba y abajo. Si tuviera el poder de desintegrar el reloj con un pestañeo, lo haría.

—Liam, ¿me estás escuchando?

Giro la cabeza hacia la voz que me llama y encuentro a la señorita Rose con los brazos en jarra, observándome. Solo usa esa pose cuando está cabreada. Muy cabreada. Le sonrío con cara de niño bueno —lo que se supone que soy— y asiento como un bobo. Esa cara de idiota casi siempre funciona con ella y evita que me meta en líos. Al menos, la mayor parte del tiempo.

Robert comienza a reírse a mi costa y lo fulmino con la mirada. Es un estúpido de primera. No sé cómo se las arregla, pero a él nunca le regaña.

El timbre suena en ese instante y me pongo en pie de un salto tirando la silla por las prisas. Camino con paso acelerado entre los pupitres mientras mis compañeros forman revuelo recogiendo el material de sus mesas. Yo no me molesto en hacerlo, tengo que ser el primero en salir por esa puerta.

—¡Liam Evans! La clase no ha terminado, vuelve aquí.

Escucho gritar a Rose de fondo mientras mis pies traspasan el umbral y vuelan por el inmenso pasillo. Miro por encima de mi hombro sin dejar de correr y compruebo que Robert me pisa los talones.

Sonrío porque esta vez no pienso dejarlo ganar.

Aprieto la carrera y bajo los escalones de tres en tres esquivando a la gente que comienza a salir de sus clases. Me gano unos cuantos empujones y muchos insultos, pero juro que esta vez están justificados. Tengo que llegar antes que Robert, no puedo dejar que me llame perdedor de nuevo.

Salgo del edificio principal derrapando y enfilo el camino asfaltado hacia el campo de fútbol. Queda algo alejado de la zona de recreo, pero ahora mismo es mi objetivo. Con cada zancada me acerco más y a lo lejos veo el terreno de juego de forma ovalada. Suspiro de alivio al comprobar que el césped aún sigue desierto.

Incremento la velocidad hasta el punto de que me falta el aire, pero no me detengo. En mi cabeza solo hay un pensamiento, llegar el primero, y esta vez juro que voy a conseguirlo. Piso la hierba y paso como una exhalación entre los postes centrales, los más altos. Tengo que alcanzar el cuadrado central del campo para proclamarme vencedor.

Las piernas comienzan a fallarme y el pecho me duele del esfuerzo. Estoy tentado de detenerme, pero la voz de Robert hace que me olvide de todo.

—¡Vamos, Liam! Dos metros más y serás mío.

El muy cabrito me sigue muy de cerca y, a riesgo de echar las tripas por la boca, hago un último esfuerzo por llegar el primero. Pongo un pie en el centro, sintiéndome vencedor, y me dejo caer sobre el césped con un traspié que me hace quejarme de dolor.

—¡Menudo gilipollas! Casi te dejas los dientes.

—Pero he ganado, ¿no? —Mi voz suena entrecortada por el esfuerzo y amortiguada por la posición rara que tengo.

Me recoloco para respirar mejor, apoyo la espalda sobre la mullida superficie y el frescor de la hierba me ayuda a bajar un poco la temperatura del cuerpo por el esprint.

Poco a poco el ritmo de mis latidos se va acompasando y la opresión del pecho desaparece. Con una última respiración profunda, estiro el bajo de la camiseta para secarme el sudor de la frente, que corre a raudales, y Robert se deja caer a mi lado, exhausto. Choca el puño aceptando la derrota y sonrío saboreando la victoria; es una de las pocas veces que logro ganarle, yo no estoy hecho para esto de correr ni para jugar al fútbol australiano, lo mío son las olas y el mar. Pero quien me conoce sabe de sobra que soy un gran competidor con muy mal perder, así que no puedo resistirme nunca a un buen reto. Y este lo era.

Los chicos del equipo llegan al terreno de juego y Robert me ayuda a incorporarme hasta ponerme en pie. Formamos dos equipos con menos jugadores de los que habría en un partido normal, pero para pasar el rato nos basta. Robert y yo acabamos en el mismo bando, como siempre, aunque él es el capitán. Chocamos los puños con camaradería antes de empezar el partido y nos adentramos en el cuadrado central, donde ya se encuentran los jugadores del equipo rival. Robert se dispone a hacer el saque. La normativa dice que lo tiene que hacer un árbitro, pero en la hora del recreo no tenemos ninguno, así que nos limitamos a seguir nuestras propias reglas. Agarra el óvalo de cuero con la intención de botarlo sobre el círculo central del terreno de juego.

—Ey, chicos. Escuchad —el grito de Rudy nos interrumpe. Llega acelerado a nuestra altura y el partido se detiene. Con las manos en las rodillas, intenta recuperar el aliento y todos los presentes lo observamos expectantes, queremos saber qué tiene que contar esta vez.

Rudy es la persona más cotilla del instituto. Su misión es ir de aquí para allá contando los trapos sucios de unos y de otros, así que, por norma general, Rudy habla y los demás somos todo oídos.

—Hay un grupo de chicas intentando escaparse del instituto. Las acabo de ver cruzar por el jardín trasero e iban hablando de que saldrían por el agujero secreto.

Niego con la cabeza porque no tiene remedio. No me extraña que se entere de todo cuando anda constantemente con la oreja puesta. Los chicos comienzan a hacer apuestas acerca de quiénes serán las descerebradas y yo me dirijo al centro del campo de nuevo. No me interesa lo más mínimo el tema, prefiero continuar con el juego.

Me dispongo a lanzar el balón yo mismo cuando vuelve a hablar.

—¡Ey, Liam! No te vayas tan pronto. Ahora viene la mejor parte. —Elevo la ceja al oírlo.

Cómo le gusta hacerse el interesante. Me mira sonriendo de una forma tan retorcida que doy un paso al frente en guardia. Alza los brazos en señal de paz y continúa hablando—. Tranquilo, tío, no vengo buscando problemas, pero creo que te interesa saber que son tus hermanas las que intentan salir a escondidas.

Se me queda cara de estúpido al escucharlo y Robert se sitúa a mi lado.

No me puedo creer que otra vez se anden metiendo en problemas ese par de mocosas.

El resto se ríe y cuchichean al enterarse de quién se trata y no porque les extrañe, precisamente. Mis hermanas cada día perfeccionan mejor el arte de hacer cagadas más grandes y, al menos una vez a la semana, me toca salvarles el pellejo.

Asiento, apretando los puños. No quiero que noten que estoy perdiendo la paciencia. No me gusta mostrar mis puntos débiles para evitar ataques. Y sin duda, Mia y Lily son mi talón de Aquiles.

¡Joder! ¿Por qué este tipo de cosas solo las hacen ellas?

—Gracias, Rudy. —Si no fuera por él, la mitad de las veces no me enteraría de las tonterías que traman. Aunque a veces desearía no saberlo, así no tendría que dar la cara por ellas como ahora.

Suelto el balón en el suelo y salgo del campo de juego. Los demás miembros del equipo protestan porque los dejamos tirados, pero con rapidez rehacen los grupos y reanudan el partido.

—Vamos. —Robert me palmea la espalda y caminamos juntos en dirección al huerto—. Veamos qué han ingeniado esta vez esas dos.

Robert es mi mejor amigo desde que comencé la guardería y me acompaña a cada paso. Se podría decir que formamos un equipo en las buenas y en las malas.

Caminamos en silencio y no hace falta que nadie me diga en qué lugar se encuentran, sé a la perfección dónde está el maldito agujero por el que intentan escapar. Yo mismo he salido por él miles de veces.

Nos adentramos en el huerto, que durante esta época del año está más descuidado de lo normal, y no tardamos mucho en escuchar cuchicheos. Resoplo porque ni para escaparse del instituto guardan silencio, no me extrañaría que las pillaran con el escándalo que montan.

Le hago un gesto a Robert para que se detenga tras un arbusto, quiero escuchar lo que se traen entre manos. Doy un paso a la derecha y me sitúo tras un pequeño claro desde el cual tengo mejor visibilidad.

Aprieto los puños al ver a mis dos hermanas con una tercera chica hablando en un pequeño corrillo.

Miro a las gemelas, que están demasiado sonrientes, y me dan ganas de matarlas. Mia lo hace con ese aire misterioso con el que lo envuelve todo, sin embargo, la sonrisa de Lily es tan solo una mueca estirada en sus labios. Niego al verlas. Son tan iguales pero a la vez tan distintas que si no fuera porque son dos gotas de agua, me costaría creer que son hermanas. Lily es más como yo, es la más sensata y responsable de las dos gemelas, aunque no duda en seguir a Mia en cada una de sus locuras y, al final, acabamos los tres con el fango hasta el cuello.

Mia es todo lo contrario, es la cabeza pensante de los planes maquiavélicos. A veces me pregunto cómo puede concentrar tanto ingenio en un cuerpo tan pequeño. Estoy seguro que, si lo usara para hacer algo más productivo, sacaría a mis padres de pobres. Según su teoría, siempre la acaban pillando porque hay una parte del plan que no termina de hilar bien y tiene que aprender a perfeccionarlo, supongo que es la única excusa lógica que tiene para continuar haciendo lo que hace. Aunque en eso estoy de acuerdo con ella, no con que siga practicando el vandalismo hasta

encontrar la fórmula del silencio, pero sí con que, si fuera más sigilosa, le iría mucho mejor.

—Este es el plan, chicas —para variar, la que habla es Mia—. Yo saldré primero por el agujero y vosotras me seguiréis. El reto consiste en bajar a la calle y regresar antes de que suene de nuevo la campana. Nadie debe darse cuenta de que nos hemos marchado y vuelto a entrar. Será un secreto entre las tres.

Mia, como siempre, es la cabecilla del grupo, la temeraria.

El repiqueteo rítmico de la pierna de Lily me confirma que no soy el único al que no le gusta este plan. Está nerviosa, aunque lo disimula muy bien. Solo quien la conozca lo suficiente se daría cuenta de ese pequeño detalle.

—Empujadme en el culo para que llegue a la malla metálica.

Entrecierro los ojos al escucharla mientras sus secuaces obedientes la aúpan para que suba. Normal que necesite ayuda, es la más bajita de las tres.

—Hay que trepar por aquí hasta llegar al agujero, luego solo hay que pasarlo y saltar al otro lado —Mia sigue hablando desde las alturas con las manos enredadas en los alambres.

La chica que está con ellas se encoje un poco al escucharla, como si tuviera miedo, y aprieta una mano sobre la otra. Desde mi posición solo puedo ver un tercio de su perfil y no consigo ponerle cara, no reconozco cuál de sus amigas es esta vez.

Mi hermana reanuda la marcha en horizontal hacia el agujero y ahora es Lily la que de un salto se sube también a la alambrada. Esta se tambalea por el peso de las dos y Lily permanece muy quieta. Mia continúa sin detenerse, como si no le importara despeñarse desde un par de metros de altura. Cuando le falta poco para alcanzar el agujero, se gira para seguir hablando.

—Kimba, vamos, sube. Se hace tarde —apremia a la chica que la acompaña, y yo arrugo la frente.

¡Mierda, Kimba otra vez no!

Le hago un gesto a Robert para salir de nuestro escondite y me detengo en un punto en el que puedo verlas sin problema, pero están tan enfrascadas en su propósito que ni se dan cuenta.

—Kimba, salta —le pide Lily—. Impúlsate como yo, es fácil.

—Está bien, voy. —Observo cómo Kim se pone en cuclillas para anudarse los cordones. Sonrío de medio lado al verla porque está claro que tiene miedo e intenta demorar el momento.

Kimba se acerca hasta la valla sin hacer el menor intento de seguir a mis hermanas y Lily no deja de mirar de derecha a izquierda por si viene alguien, pero ni siquiera se percata de que Robert y yo estamos tras ella. Menuda vigilante que deja al descubierto su espalda.

—¿No te estarás arrepintiendo? —Mia la presiona desde las alturas y ella, al oírla, se endereza.

Mi hermana se ríe de Kimba porque se nota a la legua que está cagada de miedo y Lily la observa con pena. Creo que es un sentimiento más de empatía que de otra cosa.

—No, claro que no. —Intenta disimular, pero es obvio para todos los presentes que no quiere subir.

Hace el amago de saltar, pero no puede. No coge el suficiente impulso para alcanzar el metal y sujetarse.

Me remuevo inquieto al ver que mis hermanas continúan con el absurdo plan y siguen avanzando, cada vez más cerca de conseguir su objetivo. Robert se arrima un poco más a mí con los puños apretados para decirme en voz baja lo estúpidas que son, algo que ya sé de sobra. Mia acaba de alcanzar la deseada salida y Robert tropieza al pisar una rama seca haciendo un ruido que nos delata. Mia se pone nerviosa al escuchar el crujido, se le escapa el agarre metálico y

acaba con medio cuerpo dentro del agujero. Grita cuando el alambre se le clava en la cadera y su cuerpo se convierte en un péndulo. Cierro los ojos con miedo, imaginando el desastre. Al abrirlos, un segundo después, la encuentro en la misma posición, con medio cuerpo en la calle y las piernas hacia dentro. Robert tiene más reflejos que yo y trepa rápido hasta alcanzarla. La sostiene por los tobillos evitando que caiga de cabeza al otro lado y suspiro aliviado. Le debo una. Me he quedado paralizado contemplando la escena y si no hubiera sido por él, ahora mismo mi hermana estaría besando el suelo. Reacciono en ese instante y dejo salir todo mi cabreo.

—Pero vamos a ver, ¿es que sois idiotas o qué? —Mia se incorpora con la ayuda de Robert al oírme y pone cara de fastidio—. No me mires así, enana, si no fuera por él, ahora mismo tendrías una brecha en la cabeza.

—Liam, déjanos en paz. Si no me hubierais asustado, no habría pasado esto.

Si pudiera estrangularla ahora mismo, lo haría. En vez de dar las gracias…

—No te pases de lista. ¿Se puede saber qué estáis haciendo? —No responde y me mira altiva, de verdad, si no fuera porque es mi hermana y la adoro, le tiraría de las orejas.

Resoplo porque el panorama es «maravilloso», Kimba sigue intentando encaramarse a la dichosa valla, es la única que no ha cesado en su empaño al vernos. Robert y Mia discuten en las alturas para que esta baje y Lily ha comenzado a llorar porque las hemos pillado de nuevo.

Siempre hace lo mismo, cada vez que las sorprendo en alguna trastada, se pone a llorar a moco tendido.

—Lily, baja de ahí ahora mismo.

Mi tono suena autoritario y llora más fuerte. No, joder, no. Odio cuando lloran.

Me acerco a ella y desciende un poco en vertical hasta quedar a mi alcance. Sorbe por la nariz y yo la sujeto por las piernas para auparla, la dejo en el suelo. Lily se abraza a mi cintura, compungida, mientras yo centro mi atención en Kimba.

Ella me mira de reojo y vuelve a dar otro salto, esta vez con más ímpetu y casi lo logra.

Resoplo cabreado.

—¿Qué pasa, princesa? Tienes miedo a las alturas. —Detiene el movimiento para mirarme de frente y parece insegura.

—No, no es eso Yo no…

—¿Tú no qué? —ladro. Estoy cabreado, muy cabreado, y ella acaba de entrar en mi punto de mira—. ¿No eres capaz de saltar un poco más alto?

—Sí, claro que puedo.

Se me escapa una carcajada cuando habla. Creo que es la única que confía en que puede lograrlo.

—No digas estupideces. ¿Cuándo piensas hacerlo? Si no hubiéramos llegado, Mia y Lily ya estarían en la calle y tú ni siquiera has sido capaz de subir a esos alambres. —Se pone roja y agacha la cabeza—. Se acabó el *show*, Kimba. ¿Aún no te has dado cuenta? —Me mira con rabia. Tiene los ojos vidriosos por las lágrimas y a mí se me aprieta un nudo en el estómago.

—Si ellas pueden hacerlo, yo también. Solo tengo que volver a intentarlo.

—Pero qué ingenua eres, princesa.

—Sí puedo, claro que puedo. ¿Por qué todos os empeñáis en decir que no soy capaz de conseguir lo que quiero?

Me detengo al escucharla y me fijo con detenimiento por primera vez en su rostro. Parece avergonzada y las lágrimas comienzan a rodarle por las mejillas. Su pregunta me cala hondo, no me he dado cuenta de que con mis palabras se sentiría insegura. He hablado por hablar,

dejándome llevar por el enfado. Ella me mira angustiada e impotente. Y justo en ese instante me doy cuenta de que la he cagado y bajo el tono.

—Kimba, yo…

—Para todos soy Kimba, la tonta que no es capaz de superar sus miedos —me responde con rabia—. No pongas esa cara, no eres el único que se encarga de recordármelo cada día. Para eso está mi abuelo, para que no me olvide.

—Lo siento.

—Déjame en paz, Liam.

Sale corriendo y se pierde entre los arbustos. La sigo con la mirada y el sentimiento de culpabilidad se recrudece con cada zancada que da.

Quiero salir tras ella para disculparme, no se merece que le haya hablado en ese tono y mucho menos que crea que no es capaz de lograr lo que se proponga, pero Lily sigue agarrada a mi cintura como un koala.

Suspiro estresado.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?

El bramido del director me hace volverme en su dirección. Lo encuentro con cara de mala leche y vocalizo un juramento porque nos han pillado.

—Os quiero a todos en mi despacho. ¡Ahora!

¡Joder! No, otra vez no.

Fulmino a las gemelas con la mirada con ganas de asesinarlas. Todo esto es culpa suya.



Me dejo caer en el taburete que hay junto a la isla de la cocina. Necesito ordenar los recuerdos para sacar una conclusión y no solo de Robert y Mia. No me gusta darme cuenta de que Kimba arrastra miedos que no le pertenecen.

22

ABRIENDO LOS OJOS



Robert, no soy quién para juzgarte ni decirte que no te acerques a Mia por muy hermana mía que sea. Acabo de darme cuenta de que llevas demasiados años cuidando de ella y reprimiendo lo que sientes por no fallarme. Por conservar nuestra amistad, y te lo agradezco, pero creo que ha llegado el momento de que pelees por ella y le des una oportunidad al amor. Estoy seguro de que mi hermana está loquita por ti y que quiera marcharse no es más que una pataleta para alejarse de ti. —La cara de asombro que pone me hace gracia—. Aunque también te digo una cosa: prepárate, porque la pequeña talibana no te lo va a poner fácil.

—¡Joder! Gracias, colega. No quería defraudarte ni que pensaras que estaba traicionando tantos años de amistad, pero Mia es mi punto débil y no puedo hacer nada para evitarlo.

—Si llego a descubrir este secreto hace unos meses atrás, con total seguridad te hubiera partido la cara, pero no ahora, que estoy sufriendo en mis propias carnes lo jodido que es que te vuelva loco una tía e intentar mantenerte alejado de ella sin éxito.

—¿Hablas de Kimba?

—¿De quién si no? —Sonríe, cabeceando antes de hablar.

—Vamos a tomarnos otra de estas. —Levanta un casco vacío de cerveza y se pone en pie—. Celebremos que Cupido ha decidido pasárselo en grande con nosotros.

Se me escapa una carcajada y él se marcha a la cocina a por refuerzos. Mi móvil comienza a sonar y en la pantalla se refleja un número que no tengo guardado entre mis contactos.

—¿Sí? —digo nada más descolgar.

—¿Liam?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Priscila, la directora del centro Este es tu hogar, nos hemos visto hace un rato.

Me incorporo como si pudiera verme y quisiera dar buena impresión.

—¡Hola, Priscila! ¿Qué tal? ¿En qué puedo ayudarte?

—Pues verás, cuando os habéis marchado, he tenido una reunión con el equipo del centro y hemos charlado sobre la propuesta de Kimba y nos gustaría ser el primer centro que colabora con ella. Creemos que va a ser algo muy beneficioso para nuestros internos y nos gustaría apoyarla en esta iniciativa.

Las manos me sudan y los ojos se me agrandan según habla. Robert se deja caer a mi lado con dos cervezas y le hago un gesto para que guarde silencio.

—Muchísimas gracias, Priscila. Kimba se va a poner muy contenta cuando se lo diga. —Robert frunce el ceño al escucharme—. La visita de hoy a vuestro centro ha sido para testar la acogida que tendría este proyecto entre las personas a las que iría dirigidas, pero Kimba aún no ha comenzado a desarrollarlo, digamos que está en la fase de atar todos los cabos antes de ponerse manos a la obra.

—No te preocupes por eso. Sabemos que emprender un proyecto de esta envergadura lleva un proceso largo y costoso detrás, por eso queremos ofrecerle una colaboración con nuestro centro; tenemos un fondo de ayudas anual destinado para aquellas empresas o negocios que deciden emprender desde la inclusión y hemos pensado que este año la propuesta de Kimba es merecedora de obtener esa ayuda.

—Oh, claro que sí. —Robert vocaliza un no y hace gestos con las manos para que no siga. Lo ignoro y me giro hacia el lado contrario para no verlo. Es una oportunidad cojonuda para Kimba y no pienso desaprovecharla—. Kimba estará encantada de colaborar con el centro, le ha hecho muy feliz compartir la noticia con vosotros esta mañana y está deseando poner en marcha las instalaciones para que tus chicos y otros muchos disfruten y aprendan del mar como merecen. Y

es que no es admisible que viviendo en la cuna del surf como lo hacemos no haya ningún lugar que ofrezca este servicio para ellos, que son tan especiales.

—Tienes razón, ahora que conozco el proyecto de Kimba no comprendo cómo no se le había ocurrido a nadie esta idea. Se nota que Kimba es una chica especial y que se preocupa por las personas especiales. —No me pasa desapercibido el juego de palabras y la forma que tiene de hacer inclusión—. ¿Puedes decirle a Kimba que se pase en los próximos días por el centro para hablar con ella y concretar los detalles?

—Pues… —Pienso una excusa rápida que darle. Tengo claro que, como sea yo el que transmita la noticia a Kimba, voy a obtener una negativa como un castillo, así que prefiero cederle los honores a Priscila—. ¿Qué te parece si te paso el número de Kimba y eres tú la encargada de darle la sorpresa? Seguro que le hace más ilusión que se lo digas tú a que lo haga yo.

Ríe encantada de la vida, dándome la razón. Le paso el número de Kim, que me sé de memoria, y quedamos en vernos pronto. Cuelgo y permanezco estático. Robert no me quita ojo, ha seguido la conversación con facilidad al estar a mi lado y estoy más que seguro de que no está de acuerdo con lo que acabo de hacer.

—Sabes que la has cagado y que cuando Kim se entere no va a volver a hablarte en la vida, ¿verdad?

—No me importa, parece que hemos llamado a la puerta correcta para que reciba ayuda y no voy a dejar que la desaproveche por la estúpida idea que tiene. Esa gente la necesita. —Y yo también, pero eso no lo digo en voz alta.

Termino de comer con Robert y me marcho a casa. Paso el resto de la tarde tirado en el sofá y me quedo frito. Cuando me despierto, es bien entrada la noche. Me froto los ojos y compruebo que no tengo ninguna llamada perdida. No he tenido noticias de Kimba desde que la dejé en el Fishos, cosa que me hace pensar que o bien Priscila aún no la ha llamado para darle la noticia, o que está demasiado cabreada conmigo por haberla embarcado en esta locura sin su consentimiento como para llamarme. No me siento mal por haberlo hecho, de otra forma estoy seguro de que hubiera declinado la oferta.

Decido enviarle un mensaje para tantear el terreno.

Liam:
Princesa, ¿estás en casa?

Kimba:
Sí.

Liam:
¿Puedo llamarte?

Kimba:
No sé si es buena idea, he tenido una tarde horrible.

No respondo y marco su número.

—Te acabo de decir que no era buena idea que me llamaras, no estoy de buen humor.

—Y eso es, precisamente, lo que lo hace una idea tentadora, el que no sea buena idea.

—Tú siempre tan temerario.

—¿Lo dudas? —Me recuesto sobre los almohadones de la cama y estiro las piernas por completo—. ¿Tan terrible ha sido pasar la tarde con mis hermanas?

—Liam, no digas eso, Mia y Lily son encantadoras. Hemos pasado el rato charlando y arreglando el mundo. —Me río porque es una forma muy sutil de reconocer que le han cortado un traje a medida a todo el que han pillado.

—¿Entonces por qué ha sido tan horrible?

—Al llegar a casa, he tenido una conversación bastante intensa con mi abuela. La pobre no ha dejado de llorar y me parte el alma que se ponga así por mi culpa.

—No digas eso, aquí el único culpable es tu abuelo.

—Ya, pero él es su marido.

—Y tú eres su nieta. Es normal que sufra al verte mal.

—Tienes razón, pero me siento la peor persona del mundo cuando la veo así. —Guarda unos instantes de silencio antes de continuar—. Mientras charlaba con mi abuela, me ha llamado Priscila diciendo que tú le has dado mi número de teléfono y que tenía una propuesta muy interesante para mí. —No me atrevo a decir nada para no meter la pata y llevarme más bronca—. Hemos estado conversando un rato; más bien, ella se ha dedicado a contarme mil cosas y yo me he limitado a pronunciar monosílabos, no sé en qué momento de la conversación hemos quedado en vernos mañana en el centro, pero lo hemos hecho. Al colgar estaba en *shock*, no me podía creer que hubiera aceptado ir, pero sonaban tan bien todos los planes que tenía para mí que no he podido resistirme. Y no sé si darte las gracias o asfixiarte con la almohada mientras duermes por meterme en este lío.

—Eso es maravilloso, princesa. ¡Felicidades! —Paso por alto la última parte.

—No lo tengo tan claro. Mi abuela estaba presente y me ha tocado contarle lo que me ha propuesto Priscila. Se ha puesto loca de contenta, sin embargo, a mi abuelo no le ha hecho ni chispa de gracia. Estaba en el marco de la puerta mientras hablaba y ha entrado en cólera cuando ha sido capaz de reaccionar a toda la información que he soltado. —La escucho sorber por la nariz y aprieto los puños porque está llorando de nuevo—. Por una décima de segundo, he sentido que estaba orgulloso de que un centro tan importante de esta ciudad se haya interesado en mi propuesta, pero se ha esfumado tan pronto como ha comenzado a gritarme. No tendrías que haberle dado mi número a Priscila ni llevarme a ese centro.

—¿Por qué no?

—Porque eso complica las cosas y es lo que menos necesito ahora. La idea era irme sin más. No puedo crear lazos con esos chicos y luego desaparecer como si nada. No es bueno para su autoestima y estabilidad emocional.

—Kimba, no digas tonterías. Las oportunidades vienen cuando vienen y no hay que dejarlas escapar, y la tuya no ha podido llegar en mejor momento.

Parece abatida, como si no tuviera más opciones para elegir.

—Le he prometido a mi abuelo que no iré a esa reunión.

Me dan ganas de darme un cabezazo contra la pared cuando la escucho. Ahí está otra vez el miedo a no defraudar hablando por ella.

—¿Y qué te ha dicho? —pregunto con dureza.

—Que por una vez en mi vida voy a hacer lo correcto.

—¿Y qué se supone que es lo correcto para él? ¿Que te marches? ¿Que desaparezcas de una puñetera vez?

Elevo la voz sin darme cuenta, cada vez más alterado.

—Muerto el perro, se acabó la rabia —suelta, irónica.

—No eres un puñetero perro, Kim. No te compares con uno.

—He pensado en enviarle un mensaje a Priscila disculpándome por no acudir al encuentro.

—Kimba, no estaría bien que la dejes tirada cuando hace unas horas le has dicho que sí. No puedes echarte atrás ahora. Ve a esa reunión y cuando acabe, dile a la cara que no aceptas su propuesta porque tienes un puñetero abuelo retrógrado que no te deja vivir tu vida.

—Liam, no digas eso…

—Es la verdad. —Aprieto los puños con impotencia—. Priscila ha apostado por ti, ha creído en ti, le debes acudir a esa reunión y decirle que no aceptas a la cara.

Corto la llamada con la respiración acelerada. De buena gana iría a buscar a ese viejo y le diría cuatro cosas, pero no quiero complicar más la situación de Kimba, así que solo me queda esperar y rezar porque Priscila sea capaz de retenerla con su proposición.

Doy una patada al almohadón que tengo al lado, como si fuera un niño con una pataleta, y me recuesto sobre la cama pensando en Kim. Con lo fácil que sería vivir la vida según va surgiendo y lo que nos gusta complicarnos la existencia, si no, que me lo digan a mí, que recién me doy cuenta de que estoy colado de ella hasta las trancas.

23

VENCIENDO MIEDOS



Hace apenas una hora que ha amanecido, la misma que llevo yo metido en el almacén revisando el inventario. Después de la conversación que tuve anoche con Kim, me envió un mensaje diciéndome que tenía razón y que esta mañana iba a pasar por el centro para hablar con Priscila. No vendrá a trabajar y me estoy agobiando con la acumulación de trabajo que tengo. Hoy comienza el chico nuevo que va a sustituir a Kim. Su incorporación ha sido algo apresurada y la única entrevista que he tenido con él son un puñado de preguntas que le hice anoche por teléfono. Es un conocido de William y me ha hablado muy bien de él, así que no me he molestado en hacerle una entrevista como Dios manda, confío en el criterio de William y con saber que el chico tiene algo de experiencia trabajando de cara al público, me conformo. Aunque me va a tocar pasar la mañana enseñándole cómo funcionan las cosas aquí dentro.

Tendría que dejar el inventario y hacerlo con él, así aprendería cómo gestionar el almacén, pero tampoco quiero abrumarlo el primer día y yo necesito mantener la mente ocupada en algo que no sea Kimba.

Es un chico porque me he negado en rotundo a que sea una chica, ninguna otra va a ocupar su puesto. Y he cedido con el tema del chico porque tanto si Kim se marcha —cruzo los dedos de las manos y de los pies para que no lo haga— como si decide poner en marcha su propia escuela, vamos a necesitar más personal para que nos ayude; mientras antes demos con gente competente, mucho mejor.

Logan —así es como se llama el nuevo integrante— llega diez minutos antes de lo previsto y no tardamos en entrar en materia. Intento ponerlo al día de una forma sencilla y el tío resulta ser de lo más competente, no le cuesta nada quedarse con la mecánica del establecimiento. El tema de la escuela de surf y las navieras le cuesta un poco más y me lleva casi toda la mañana explicarle los pequeños detalles.

Estamos a punto de cerrar la tienda y le doy las últimas indicaciones a Logan para que siga él solo esta tarde. La campanilla de la puerta principal suena y ambos miramos para ver de quién se trata. Me encuentro con Kimba parada en el umbral con la cara desencajada como si acabara de ver un fantasma. Doy un paso al frente.

—¿Qué te ha pasado? —Rodeo el mostrador por inercia y la sujeto por los brazos para asegurarme de que está bien.

—Nada, pero tengo que hablar contigo. —Toma aire de forma brusca y parece darse cuenta de que no estamos solos. Fuerza una mueca y levanta la mano para saludar a Logan. Este asiente y le devuelve el gesto.

—Logan —me giro para tenerlo de frente—, puedes marcharte, seguimos esta tarde.

—Vale, nos vemos luego. —Coge sus cosas y sale de la tienda sin perder de vista a Kimba. Estoy seguro de que se va con la intriga de saber qué demonios le ha pasado para tener esa cara.

Cierro la puerta con llave para que no nos molesten y tiro de Kim para subir juntos las escaleras de caracol que nos llevan a mi casa. Nos dejo caer en el sofá y la abrazo fuerte por los hombros cuando siento que comienza a temblar; no creo que sea de frío.

—Ey, princesa, tranquila. Estamos solos tú y yo.

Al procesar mis palabras, me abraza con más fuerza y se sube a mi regazo. No me quejo, aunque me sorprende que actúe de forma tan impulsiva. La dejo que se refugie en mi cuello hasta que se calma y habla sin separarse de mi cuerpo.

—Vengo de ver a Priscila. Me ha ofrecido colaborar conmigo a cambio de que el centro pueda incluir y ofrecer en su programación anual la actividad de surf adaptado para cualquier tipo de discapacidad. Están dispuestos a invertir en el negocio para sacarlo adelante. No hace más que

decirme que es una idea brillante.

—Kim, eso es maravilloso. —La sujeto por las mejillas para mirarla los ojos. No se puede hacer una idea de lo orgulloso que me siento ahora mismo de ella.

—Y acojonante. Liam, tras esa conversación, he sido capaz de visualizar mi proyecto sin sentirme culpable. Priscila me ha hecho entender lo necesario que es que los chicos tengan un lugar al que acudir para sentir que no son tan diferentes al resto de mortales y que solo necesitan que les tiendan una mano para adaptarse de forma especial a la vida y disfrutarla. Por un instante, he pensado en seguir adelante con el proyecto, que no marcharme era lo correcto, pero…

—¿Pero qué? —pregunto con ansia.

—He acabado sincerándome con ella, le he contado lo complicado que sería sacar el proyecto sin el apoyo de mi familia y que tenía pensado marcharme por un tiempo, que quizás en un futuro sí me anime a emprender, pero que ahora mismo no me veo capaz de afrontar toda la magnitud que abarca. —Mi cara debe de ser un poema. Me sorprende que se haya sincerado con Priscila y también me inquieta, porque eso quiere decir que sigue dispuesta a marcharse a pesar de las facilidades que le está poniendo la vida en este momento para que luche por sus sueños.

Me jode que no sea capaz de verlo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que me entiende. Su padre tampoco la apoyó cuando abrió el centro y para ella fue un golpe muy duro. —Sujeta mis manos entre las suyas y nuestros ojos vuelven a conectar al instante—. Se ha quedado libre una plaza, una terapeuta está a punto de darse de baja por maternidad, Priscila me ha ofrecido el puesto mientras decido si sigo adelante con el proyecto o no.

—¿Y?

—No sé qué decirle.

—¿Y por qué no disfrutas de la oportunidad que te está dando Priscila sin pensar en el futuro ni en nadie más que no seas tú? Creo que por una vez en tu vida te mereces pensar en ti, en lo que quieres. Aprende a ser egoísta. Y cuando llegue el día en el que quieras marcharte, ya tendrás tiempo de decidir qué quieres hacer. —Aparta sus ojos de los míos y agacha la cabeza—. Ey, mírame. —La sujeto por la barbilla para captar su atención de nuevo—. Creo que ya es hora de que vivas tu vida como deseas sin tener que dar cuentas a nadie. Te lo has ganado.

Los ojos se le llenan de lágrimas y con toda la suavidad del mundo se las seco con mis pulgares.

—Tienes razón, debo coger las riendas y hacer lo que de verdad me hace feliz. —Sorbe por la nariz y su mirada se vuelve intensa. Entrelaza sus manos tras mi nuca y yo aprecio el movimiento a cámara lenta—. Y no solo en lo profesional, sino también en lo personal. Creo que ha llegado el momento de perder el miedo a no hacer lo correcto. ¿Sabes? Estoy cansada de reprimir lo que siento o deseo por temor a perder a las personas que amo. No quiero que se alejen de mi lado.

—Eso es una estupidez, princesa. Si esa persona te aprecia de verdad, no se marchará pase lo que pase.

—Como tú. —Asiento.

—Como yo.

Mis manos van a parar a sus caderas y me cuelo bajo el tejido de su camiseta para acariciar su piel. Trazo círculos pequeños con los pulgares que le erizan la piel y le encienden la mirada. No tengo ningún problema para descifrar el lenguaje de su cuerpo.

—¿Puedo pedirte algo? —suelta de repente.

—Lo que quieras, princesa, ya lo sabes.

El ambiente se enrarece y siento como el aire escasea a mi alrededor en décimas de segundo mientras espero que siga.

—¿Puedes besarme? —La saliva se condensa en mi boca y me cuesta tragar. Las manos me sudan y me quedo estático porque no me esperaba su propuesta.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres? —pregunto a media voz, conteniéndome.

—Llevo toda mi vida deseándolo y, al fin, me atrevo a pedírtelo sin miedo.

—Conmigo no debes tener miedo de ser tú, nunca. Porque no pienso dejarte ir.

—Ahora lo sé y te aseguro que han valido la pena los años de espera solo por estar así ahora.

Kimba acorta la pequeña distancia que nos separa y es ella la que me besa. Al notar su contacto, no tardo en reactivarme y devoro sus labios con ansia. Con cada beso aumenta el deseo y sobra la ropa, por eso cuando Kim comienza a quitarme la camiseta, no dudo y la cojo en volandas para llevarla a mi habitación.

Me muero de ganas de estar dentro de ella.

La dejo de pie junto a mi cama y doy un paso atrás, me muero de ganas por arrancarle la ropa y acariciar cada milímetro de su piel, pero me contengo, quiero que sea ella la que lleve el mando esta noche. Que pida, exija y marque los tiempos. Que se sienta segura, sin miedo.

Eleva una ceja juguetona al ver que me detengo. Ensancho mi sonrisa más canalla y abro los brazos de par en par. Quiero que vea que estoy receptivo a cualquier cosa que me pida.

—Princesa, soy todo tuyo. Hazme lo que quieras —lo digo con voz seductora y la entrepierna se me activa al pensar en las mil y una posibilidades que tenemos.

Una chispa se prende en su mirada y sé que la Kimba guerrera acaba de llegar. Tira de mis manos y caminamos hacia atrás hasta caer encima del colchón. Su cuerpo queda atrapado bajo el mío y me muerde el labio inferior con fuerza. Me retiro un instante para soltarme de su agarre y curvo mi cuerpo para tener acceso a su cuello, pero ella es más rápida y se mueve. En décimas de segundo es mi espalda la que descansa sobre la cama y ella me mira triunfal desde arriba al dejarse caer a horcajadas sobre mi sexo. No sé cómo demonios lo ha hecho ni si ha sido más cuestión de maña que de fuerza, pero verla tan empoderada encima de mí me pone muy muy cachondo.

Acaricio sus muslos con mis pulgares y ella se quita la camiseta bajo mi atenta mirada. Sus pechos quedan expuestos a mi escrutinio y muy lejos de mi alcance para mi gusto. Intento tocarlos y niega con la cabeza. Obedezco a regañadientes como un niño enfurruñado y aprovecha para meter la mano en el bolsillo trasero de su pantalón. Se hace con el teléfono móvil con un gesto nada morboso y tras escribir algo en la pantalla comienza a sonar *Mirrors*, de Justin Timberlake para ser más exacto. Su canción favorita. La melodía nos envuelve y de cierta forma marca el ritmo de nuestros movimientos.

Deja caer el aparato junto a nosotros y reclina su cuerpo sobre el mío sin llegar a tocarme. Su aliento acaricia mi oreja de forma intencionada y la temperatura sube en la habitación. Intento asirla por las caderas, pero de nuevo me sorprende y sujeta mis manos por encima de mi cabeza. La dejo hacer encantado. Su lengua juega con mi lóbulo derecho, sus manos siguen reteniendo las mías y su pelvis se eleva para provocarme. En su afán por calentarme, se inclina un poco más y sus pechos firmes quedan a la altura de mi boca. Me retuerzo muerto de deseo y atrapo su pezón entre los labios.

Mi contacto la excita y logra que se arquee aún más, quedando más expuesta, dándome permiso para que la saboree mejor. No pierdo el tiempo y paso de un seno a otro con gusto.

Tiene la piel sedosa y apetecible. Los botones de sus pechos se van endureciendo con cada lametazo y hacen que se ensañe con mi cuello y vaya ascendiendo de nuevo hasta mi oreja. No sé si lo sabe, pero ese es mi punto débil.

Con cada beso se aviva el deseo. Su delicadeza aumenta mi libido.

Siento su respiración acelerada y el calor de su aliento consigue arrancarme un escalofrío. Asciende poco a poco y con la punta de la lengua recorre el contorno de la oreja de una forma lenta y tortuosa.

Su contacto es tierno y a la vez erótico. Lo mejor de los dos mundos atrapados en este instante. En su boca.

Los besos dan paso a pequeños mordiscos que me estremecen. Suelta mis manos sin dejar de torturarme con su lengua y yo saqueo sus pechos, introduce una mano dentro de mis pantalones y sujeta mi miembro con firmeza. Me observa de frente y yo la miro obnubilado por el deseo.

—Eres una fantasía hecha realidad. —Sus palabras susurradas me ponen a cien—. Mi fantasía. —Las dos últimas palabras las pronuncia con énfasis.

¡A la mierda el autocontrol!

La sujeto por el cuello y saqueo su boca como nunca antes he hecho con otra. No puedo describir con palabras lo que esta mujer me hace sentir, no me importa reconocer que es un sentimiento puro, tan bonito que consigue que mis ojos se agüen.

No puedo creer la suerte que tengo de estar con ella.

Siempre he huido del amor, de enamorarme. Tenía miedo de no conseguir el amor tan puro que durante años he visto cultivar y cuidar a mis padres, por eso era más fácil ir de flor en flor que buscar a esa persona que me hiciera sentir de verdad, pero es que cuando creces con unos padres que se profesan tanto amor, que se respetan por encima de todas las cosas, sabes que ese tipo de relación no es más que una raya en el agua. Creces con la firme convicción de que nadie más en tu familia volverá a sentir lo mismo. Por eso nunca busqué nada serio. Si no iba a conseguir la chispa de mis padres, su conexión, no quería nada. Pero ahora que tengo a Kim así, encima de mí y haciéndome sentir tantas cosas, tengo la esperanza de que nosotros seamos la excepción, el claro ejemplo de que los roles se repiten y que Liam Evans, un hombretón de metro ochenta mujeriego, ha caído rendido a los pies de esta pequeña hechicera de ojos verdes grisáceos. Y lo que es más importante, se ha colado en mi corazón.

—Estoy dispuesto a ser todo lo que me pidas. —Me muestro más real que nunca—. Ya no sabría vivir sin ti, mi amor.

—Te quiero.

Y un te quiero se queda sin pronunciar cuando libera mi erección y se deja caer sobre ella cortándome el aliento. Un sonido casi animal sale de nuestras gargantas. Encajamos a la perfección. Como las piezas de un puzle que se acaban de dar cuenta de que no estaban desparejas, que no forman parte de dos historias, si no que ambos, juntos, cuentan la misma.

24

UNA CLASE ESPECIAL CON VISITA INESPERADA



2 semanas después...

Han pasado catorce días con sus respectivas noches desde que tuve aquella conversación con Kimba. Las mismas que lleva durmiendo en mi cama. No hemos vuelto a sacar ningún tema delicado a la palestra y nos limitamos a dejar que fluyan las cosas entre nosotros sin la necesidad de poner etiquetas a lo que estamos viviendo.

Estoy convencido de que sería un error ponerle nombre y apellido a lo que sentimos. Las cosas se complicarían demasiado y no quiero hacer nada que pueda ahuyentarla y que salga corriendo en dirección opuesta a la que me encuentro. Es evidente que hemos sobrepasado el escalón de amigos y ascendido como mínimo al de derecho a roce.

Solo han pasado dos semanas desde entonces, pero han sucedido tantas cosas que me cuesta asimilarlas.

Logan ha pasado a ser una persona indispensable en mi establecimiento y, por suerte, se desenvuelve la mar de bien realizando las funciones que le he asignado. Así que eso me permite hacer mi trabajo sin estar constantemente pendiente de él.

Sin embargo, Kimba ya no trabaja en mi tienda, al día siguiente de nuestra conversación, aceptó la propuesta de Priscila de trabajar en el centro Este es tu hogar mientras decide qué hacer con su proyecto y con su vida. Me ha costado admitir que no la tendré cerca como antes, pero merece la pena el sacrificio por ver la felicidad que desprende su rostro desde que trabaja allí. Se nota que la apasiona orientar a esas personitas tan especiales.

Priscila también ha jugado un papel muy importante en estas últimas semanas en nuestras vidas. Ha sido mi mayor aliada —sin ella saberlo—, abriéndole los ojos a Kimba. La ha hecho sentirse querida y valorada y, lo que es más importante, especial y capacitada para cuidar y enseñar a esa gente que tanto la necesita.

Si hay algo que me gusta de Priscila es que no la presiona, solo se dedica a tenderle la mano, a hablarle y mostrarle la infinidad de posibilidades que tiene ante ella para elegir. Me da a mí que en el fondo Priscila se siente más identificada con Kimba de lo que todos pensamos y es esa parte experimentada de su vida la que le está diciendo cómo guiarla de forma instintiva. Porque no creo que ni ella misma sea consciente de todo lo que la está ayudando.

Es poco tiempo el que llevan trabajando juntas, pero ya puedo apreciar un sutil cambio en Kim, camina más erguida, más segura. No duda tanto como antes. Ser capaz de apreciar esos pequeños cambios me ponen el corazón calentito, porque si en tan poco tiempo ha conseguido empezar a valorarse, no me quiero ni imaginar en la mujer fuerte y feliz que se convertirá con el paso del tiempo.

Ahora solo falta que ella también se dé cuenta de ello.

Según mis hermanas, Kim está encantada de la vida con la labor que está desempeñando en el centro. Cuenta que le está cogiendo mucho cariño a «los niños» y que cada día está más cerca de decidir quedarse que de marcharse. Unir lazos con el centro le está haciendo replantearse muchas cosas, y eso me hace feliz.

Parece que, poco a poco, las aguas comienzan a calmarse y todo va volviendo a su cauce.

Por eso, hoy estoy de los nervios. Es un día muy especial porque Kimba va a acudir a la escuela de surf acompañada de Priscila y algunos miembros más que forman el equipo de profesionales de Este es tu hogar. Vendrán acompañados por un grupo reducido de pacientes —los que tienen menos limitaciones y no necesitan material especial— y quiero que todo salga bien. Mi objetivo es conseguir que la experiencia sea única y se queden con ganas de más.

Fui yo quien le propuse esta locura a Kimba y casi se muere del susto, pero por suerte —para mí y para esos chicos—, Priscila tenía la oreja puesta en nuestra conversación y no dudó en tomarme la palabra.

Será porque estoy ansioso por ver cómo funciona el proyecto de Kimba que se me ocurrió esta idea de hacer un simulacro en mi escuela de surf para que ella experimente en primera persona cómo sería su vida si decide dar el salto. Siento que este va a ser el último cartucho que pueda usar para conseguir mi propósito de que se quede en Torquay, y eso me provoca mucha presión.

No quiero que algo salga mal por mi culpa y que este encuentro acabe convertido en una réplica de la comida de Navidad. Se me descompone el cuerpo solo de pensarlo.

Escucho jaleo en el exterior y estoy seguro de que se trata de ellos. Tomo una bocanada profunda de aire antes de salir del establecimiento y escondo mis inseguridades y miedos tras mi mejor sonrisa.

El grupo es cuantioso y me pongo más nervioso. No dejan de sonreír y bromear los unos con los otros, transmiten buen rollo y acabo contagiado de su buena energía. Busco a Kimba y la encuentro charlando con una compañera un poco alejada del grupo. Me acerco sin llegar a entrar en su campo de visión y elevo la voz para que pueda oírme por encima del ruido ambiente.

—Buenos días, princesa —la saludo, y ella sonríe cuando sus ojos impactan en los míos. Acorta la distancia y me da un beso en los labios que me sabe a poco, por eso la retengo por la nuca para alargarlo hasta que siento que alguien carraspea tras de mí.

Kimba se sonroja y volteo, cubriéndola de forma disimulada con mi cuerpo. Quedo frente a una Priscila risueña y un grupo de cotillas que no paran de cuchichear sobre nuestro beso. Les sonrío de forma inocente, como si no acabara de comerle la boca a Kim.

Doy una palmada en el aire para terminar de captar su atención, si es que no la tenía ya después de lo sucedido, y saco a pasear al Liam seguro y risueño al que la gente está acostumbrada.

—Buenos días, chicos, ¿estáis preparados para pasar una mañana alucinante? —Obtengo un sí coreado por todos que me arranca una carcajada—. Pues no se hable más, vamos a ponernos los trajes de neopreno y a equiparnos con las tablas.

Caminamos hacia los vestuarios y Kim lo hace a mi lado. Sus dedos rozan con sutileza los míos y la estudio de reojo. Me muero por entrelazar su mano con la mía, pero me contengo, al fin y al cabo, ella está aquí por trabajo y debemos ser profesionales.

Cuando están todos listos, los sitúo en primera línea de playa, sobre la arena, y me aseguro de que cada uno tenga a un monitor cerca. Es la única forma viable de impartir estas clases, aunque no sean profesores de surf, es genial que cada uno esté supervisado por alguien que pueda ayudarlos a seguir mis indicaciones si fuera necesario.

Pasamos un par de horas enseñándoles movimientos básicos, cómo deben subirse a la tabla para mantenerse sobre ella y a conservar el equilibrio. Son cosas elementales que deben conocer.

Al meternos en el mar, me sorprende cómo se emocionan con pequeños detalles y disfrutan con el simple hecho de estar cubiertos de agua hasta la cintura.

Nos quedamos en la orilla y usamos el rompeolas para que practiquen por varias razones. La primera es que en esta zona no cubre y si caen de la tabla, no hay riesgo de ahogamiento, y la segunda es que para Robert y para mí es mucho más sencillo manejarlos en esta zona para que puedan ponerse en pie sobre la tabla y sientan la inercia de las olas al romper. Es todo un reto para nosotros, ya que nunca antes hemos hecho algo similar, pero solo por verlos sonreír ya ha merecido la pena.

Sería genial disponer de una piscina para esta parte del proceso de aprendizaje. Anoto la idea en mi mente para que Kimba la ponga en práctica en el futuro.

Tras una hora en el mar, decidimos salir para descansar y reponer fuerzas.

Nos sentamos en la orilla, donde Logan nos dejó hace rato una nevera con bebidas frescas y una generosa cesta con frutas y bocadillos que no tardamos en vaciar. El mar da mucha hambre y eso no es discutible.

Mientras comemos, mis nuevos alumnos no paran de hablar emocionados. Para ellos es una experiencia nueva y estimulante y ya he perdido la cuenta de cuantos besos y abrazos me han dado, agradeciéndome la experiencia. Son muy cariñosos, no me extraña que la princesa se esté encariñando con ellos.

Kimba se deja caer a mi lado mientras mordisquea una manzana.

—Están buenísimas. —Extiende el brazo para que la pruebe, pero niego con la cabeza, tengo la boca llena.

—Son del huerto de Jackson —le aclaro cuando trago.

—Lo sé, son las favoritas de Ivy. En la universidad me regalaban una cada mañana porque sabe que me encantan.

Asiento sonriente, Ivy siempre se fija en los pequeños detalles e intenta cuidar de las personas que quiere con pequeños detalles como este. Observo el ambiente que hay a nuestro alrededor y le pregunto:

—¿Qué te ha parecido la clase de hoy?

—Una experiencia preciosa. Ellos están emocionados y yo también. Así que muchas gracias por planificar esta aventura.

—No tienes que dármelas, sabes que yo lo hago con gusto. Pero si me das un beso a cambio, no pienso rechazarlo.

Lo digo de forma pícara y me llevo un manotazo en el pecho acompañado de un piquito en los labios que me sabe a poco. Su mirada promete mil cosas que me muero por descubrir, aunque sé que este no es el lugar ni el momento. Nos ponemos en pie antes de liarme la manta a la cabeza y hacer cualquier estupidez que la deje en evidencia.

—Bueno, chicos —elevo la voz al hablar para que puedan oírme bien—, para terminar, vamos a ponernos todos juntos para echarnos una foto. Hay que inmortalizar el momento porque estoy seguro de que este es el comienzo de algo grande.

Robert es el encargado de hacer de fotógrafo y se dedica a hacer un poco el payaso para que todos salgamos sonrientes. Los chicos lo rodean para ver el resultado y yo arrugo el entrecejo al ver venir corriendo a Logan hacia nosotros.

—¡Liam, Liam! —Trae la cara descompuesta.

—¿Qué sucede?

—Acaba de llegar un hombre a la tienda preguntando por Kimba y gritando como un maldito loco. —Frunzo el entrecejo porque no tengo ni puñetera idea de qué me está hablando.

—¡Kimba! —No le da tiempo a decir nada más cuando Max irrumpe en la playa con un alarido fuerte y potente que silencia a todos los presentes y lo convierte en el centro de atención —. Aquí estás. —Observa con atención y desaprobación a las personas que nos rodean—. ¡No me lo puedo creer! —grita dando un paso hacia el grupo y su nieta—. Cuando me dijeron que trabajabas en ese sitio, no me lo podía creer, les dije que estaban equivocados y salí a buscar ese maldito centro para tontos para comprobar con mis propios ojos que no era cierto, que me habían mentido y que tú no ejercías allí. ¿Pero cuál ha sido mi sorpresa al llegar y preguntar por ti? Que

mi querida nieta trabaja para esa gente. En contra de lo que dije y sin respetar tu promesa de no volver a acercarte a ese sitio. —Mira a su alrededor y los señala a todos con el dedo acusador—. A todos ellos. He tenido que venir en persona a esta maldita playa para verte con mis propios ojos. Kimba, me has fallado. Me has defraudado. —Da un nuevo paso al frente y siento como Kimba se hace cada vez más pequeña ante su presencia—. Me prometiste que no irías, que no te prestarías a trabajar ahí. Te advertí que si me fallabas de nuevo no volvería a perdonarte… Llevo cuidando de ti desde que eras una mocosa, y ¿así me lo pagas? ¿Desobedeciéndome? No quiero volver a verte en lo que me resta de vida, desaparece, como en su día hizo tu madre.

Max se marcha y Kimba cae al suelo de rodillas llorando sin consuelo. Me acerco con rapidez a su lado cuando soy capaz de reaccionar y me tiro en la arena junto a ella. Dos compañeras me imitan y el resto se dedica a entretener a los niños, que se han quedado perplejos por el numerito.

Siento ganas de correr tras ese viejo y saltarle los cuatro dientes que le quedan de un puñetazo, pero ahora mismo me importa más Kim y el estado en el que se encuentra que cualquier otra cosa.

—Ey, princesa, mírame. —La sujeto por la cara para que me mire a los ojos—. No le hagas ni puñetero caso al viejo, tú no has hecho nada malo.

Niega sin dejar de llorar y se desprende de mi agarre. Se incorpora y balbucea:

—Lo he defraudado. Soy como ella. Igual que ella. No debería haberte hecho caso.

Kimba sale corriendo sin que ninguno de los presentes pueda detenerla. Grito su nombre, le ruego que no se marche, pero mis palabras no la detienen. Intento salir corriendo y Robert me retiene sujetándome por los hombros.

—Liam, no puedes irte. Tenemos clases con dos grupos de turistas de la naviera en quince minutos.

Desde la playa, veo cómo Kimba se sube a mi furgoneta y arranca sin perder ni un segundo. Maldigo mi puta manía de ser tan confiado y dejar las llaves puestas por si hay alguna emergencia.

—¡Que le den a la naviera y a esa gente! —Lo empujo por el pecho para que se aparte. Tengo que ir con Kim, no puede marcharse sola en ese estado.

—Sabes tan bien como yo que no debes marcharte, este sería el final de tu negocio.

Me revuelvo el pelo, frustrado, porque sé que tiene razón. Por más que lo desee, no puedo irme ahora mismo tras ella sin tener que dar mil explicaciones.

—¡Joder! —grito sin importarme quién pueda oírme—. ¡Joder! ¡Me cago en mi puta vida!

¿Por qué cojones tiene que salir todo mal cuando se trata de Kimba?

¿Cómo se ha atrevido Max a ridiculizarla frente a sus compañeros y alumnos?

25

CUANDO TODO VUELA POR LOS AIRES



En cuanto termina la clase, salgo corriendo como alma que lleva el diablo. No me importa lo que piensen los turistas ni que yo vaya en neopreno o que todo el material se quede esparcido por la playa. Solo tengo una cosa en mente y es estar con Kimba. Ella me necesita.

Estaciono el coche de Robert en la entrada de la casa de los abuelos de Kimba. Suspiro de alivio cuando veo mi furgoneta aparcada en la puerta. El cuerpo se me relaja al saber que está sana y salva y salgo más tranquilo del vehículo.

Antes de llamar a la puerta, se abre de par en par y sale Antara llorando a lágrima viva. Me sujeta por la camiseta con fuerza.

—¡Mi niña! ¡Ay, Dios mío! ¡Mi niña se ha ido!

—¿Que se ha ido? ¿Cómo que se ha ido? —Retrocedo un paso, confundido—. ¿A dónde se ha marchado?

—No lo sé, Liam. Por favor —la mujer sujeta mis manos entre las suyas con fuerza—, encuéntrala. Por favor. No permitas que le pase nada a mi niña. Que desaparezca. Eres el único que puede evitar que la historia se repita y que Kimba me abandone como hizo mi hija.

Asiento, aturdido, y bajo las escaleras del porche como una exhalación. ¿Kimba se ha ido? ¿Se ha ido? ¿A dónde demonios se ha marchado?

Maldigo porque no había contado con la posibilidad de llegar y que Kimba no estuviera. Ni se me había pasado por la cabeza que podría salir huyendo.

Saco el teléfono móvil del bolsillo y marco su número. La operadora me informa de que se encuentra apagado o fuera de cobertura. Lo intento de nuevo mientras me subo a la furgoneta y nada, el mismo resultado. Golpeo el volante con impotencia y vuelvo a llamarla.

—Vamos, princesa, contesta, joder. No me hagas esto. No puedes marcharte sin más. Tenemos una conversación pendiente y mil cosas por hacer aún juntos.



Ha pasado una semana desde que Kimba se marchó de la playa y yo estoy desesperado. Nadie consigue localizarla ni conoce su paradero y creo que voy a volverme loco en cualquier momento.

Para Antara, la situación está siendo insoportable. Cuando Max regresó a su casa y se enteró de que Kimba se había marchado y que nadie sabía dónde se encontraba, él también decidió quitarse del medio. Tampoco sabemos dónde se encuentra y su mujer está rota porque piensa que ha podido hacer cualquier tontería. Según ella, se siente culpable por la marcha de Kimba y no ha sabido reaccionar, me ha asegurado que cuando se marchó su hija, estuvo casi un mes sin dar señales de vida y que cuando regresó, no era el mismo de siempre, trajo consigo el carácter hosco que a día de hoy conserva.

Me da rabia que sea tan cobarde y que se haya marchado de esa forma. Tengo muchas cosas que reprocharle y echarle en cara. No es justo lo que le hizo a Kimba. Si ella se ha marchado, ha sido por su culpa. Espero que no le haya pasado nada, porque si no, juro por Dios que me las va a pagar.

Acabo de salir de la comisaría de policía y siguen sin saber nada de su paradero. En estos días, he recorrido cada maldito hospital, pensión y rincón de Torquay que se me ha ocurrido buscándola y no hay rastro de ella en ninguna parte. Parece que se la ha tragado la tierra.

Estoy completamente roto y desesperado por encontrarla. Marco el número de Antara para contarle un día más que no he conseguido averiguar nada de su nieta y se me parte el alma al hacerlo, pero es mejor que sepa la verdad.

—¿Hijo? —pregunta nada más descolgar.

—Nada, Antara, sigo sin averiguar dónde está. —La voz se me rompe al decirlo en voz alta.

—Liam, ha regresado Max —habla en susurros.

—¿Qué? —Me quedo en silencio unos instantes en los que la mente me va a mil por hora —.Voy para allá.

Llego en tiempo récord hasta el que hace bien poco era el hogar de Kimba. Subo los escalones del porche y aporreo la puerta con insistencia. Es Antara la encargada de abrirme y, sin detenerme a saludarla, me cuelo en el salón.

Max está viendo el televisor de forma relajada, como si nada hubiera sucedido y como si no fuera su nieta la que está desaparecida. La sangre bulle en mi interior al verlo.

—No me puedo creer que hayas regresado y estés tan tranquilo cuando tu nieta sigue desaparecida —le reprocho aumentando el tono de voz.

Despega la vista de la televisión y me presta atención con la mandíbula contraída, como si fuera una molestia.

—Esa chiquilla no dejaba de pensar disparates. ¿Abrir un negocio para cuidar a tontos? ¡Por favor! Necesitaba que alguien le pusiera los pies en la tierra. Kimba ya no tiene edad para estar con el coco lleno de pajaritos como si fuera una adolescente. Es hora de que siente la cabeza y forme una familia. Necesita un marido que la cuide, unos hijos a los que criar… Yo no voy a durar toda la vida.

Me quedo pasmado por la cantidad de gilipolleces que acaba de soltar.

—¡Por suerte para ella! —le espeto en la cara—. No me extraña que Kimba se haya marchado, lleva toda su vida aguantándote. A ti y esos pensamientos prehistóricos que tienes. Max, Kimba no necesita a un hombre que la cuide, porque ella sabe hacerlo sola, sino a alguien que la ame. ¿Es que no te das cuenta de la gravedad del asunto? Lleva una maldita semana en paradero desconocido y nadie sabe dónde está y si está bien o no.

—Yo sí lo sé.

Cuatro palabras que me dejan petrificado.

—¿Cómo? —Doy un paso al frente con los puños apretados para que siga hablando—. ¿Qué cojones sabes tú?

—Que sé dónde está Kimba. —Agacha la cabeza, avergonzado, y susurra—: Está viviendo con su madre, la he visto hoy con ella.

Comienzo a atar cabos y todo cuadra.

—¡Max, no me jodas! No puedes estar hablando en serio, ella nunca se marcharía con su madre.

—Pues lo ha hecho. Me ha vuelto a decepcionar una vez más. —Bufo al oírlo antes de soltar.

—Max, Kimba es una mujer maravillosa que lleva toda su vida intentando no defraudarte. Daría lo que fuera por ti y tú todavía no te has dado cuenta. —Me mira como si le hablara por primera vez—. Lleva desde que es una mocosa cargando con algo que nunca hizo y, aun así, ha intentado acatar cada una de tus normas y exigencias para contentarte, pero has llegado a un punto en el que es imposible seguirte. No estamos hablando de ti y de tu maldito ego. Estaba en juego el futuro de Kim y por una vez en su vida se había elegido a sí misma por encima de ti, de lo que tú querías. Por primera vez en su vida había elegido ser feliz y apostar por lo que ella quería. ¿Y qué haces tú en vez de apoyarla? Largarla de tu vida como si no te importara. —Inspiro profundamente para seguir y lo apunto con el dedo—. Pues entérate de una puta vez, ella no es Ava. Ella no fue la que se largó, la que decidió tener otra vida diferente a la que tú tenías planeada para ella. ¡Joder! ¿No te das cuenta? Kimba siempre ha estado a tu lado a pesar de que le has fallado muchas veces. Es una luchadora. —Camino histérico por la habitación sin poder permanecer quieto—. Max, has sido un cabrón con ella. Ha tenido que trabajar antes de comenzar la universidad para pagarse los estudios. ¡Maldita sea! Ha tardado el triple de tiempo en acabar la carrera porque solo tenía dinero para matricularse en un puñado de asignaturas y nunca se ha quejado. —Veo arrepentimiento en sus ojos, pero me importa una mierda—. Y tú lo sabías. Claro que lo sabías. Y nunca has hecho nada para ayudarla. Ha desperdiciado años de su vida en conseguir lo que quería y ahora… ahora que lo está logrando, llegas tú, pensando que tienes todo el derecho del mundo para joderle su futuro. ¡Y no eres nadie! Olvídate de una puta vez de Ava y de la vida *hippy* que ha decidido llevar. No puedes seguir viviendo eternamente en el pasado y en los planes que tenías para aquella hija que te defraudó. Kimba no tiene por qué pagar esos platos rotos. Ella jamás ha hecho nada que te defraude a pesar de todas las zancadillas que le has puesto.

—Yo…

—Tú nada, Max. —Doy un paso en su dirección con los puños apretados y nuestras caras quedan demasiado cerca—. ¿Sabes lo que has conseguido con tu puto egoísmo? Que Kimba se marche con su madre, que siga los mismos pasos que ella. Justo lo que querías evitar. —Da un paso atrás, mis palabras le duelen.

—¡No! —Se pone en pie, nervioso, y eleva la voz—. Kimba no va a hacer lo mismo que su madre. Ella va a regresar a casa y se va a quedar con sus abuelos hasta que forme el hogar que merece. Estoy seguro.

—¡No, joder! —Me revuelvo el pelo, agotado y con la cabeza a punto de estallar—. Fíjate si estaba desesperada que se ha ido a vivir con su madre. A un sitio que huele a marihuana y Kimba odia ese olor. Has conseguido que deje atrás a todas las personas que ama porque eres un puto egoísta incapaz de dar su brazo a torcer y ver la realidad. Todos hemos acabado perdiéndola por

tu jodida culpa. —Lo miro con ganas de saltarle encima—. He pasado las últimas semanas intentando hacerle ver lo que vale, lo fuerte y maravillosa que es. Por tu culpa no se considera válida para nada. Has sabido germinar en ella la semilla de la inseguridad y te juro que ahora mismo me gustaría soltarte un derechazo por ello. Porque si hay alguien capaz de lograr lo que se proponga, esa es Kimba. Pero no podías conformarte con verla crecer y evolucionar, no, tenías que llegar y de un plumazo tumbar toda esa seguridad que había ganado. —Max tiene el rostro desencajado. Creo que nadie en toda su vida se ha atrevido a hablarle de una forma tan franca. Y no me da pena ser yo el que le dé un revés de realidad. Por su culpa, he perdido a mi chica—. Eres un maldito cabrón egoísta. —Lo suelto con rabia, con impotencia, con dolor—. Me cago en mi puta vida, Max. Kimba se ha marchado. ¡Se ha marchado, joder! Y toda la culpa es tuya. ¡No tienes ni puta idea de a la pedazo de mujer que acabas de perder!

Max estrella el vaso de cristal que tiene en la mano contra la pared y se cubre la cabeza como si no quisiera seguir escuchándome. Mi pecho sube y baja con gran esfuerzo. La adrenalina y el cabreo corren por mis venas a raudales y no tengo forma humana de aplacarlos.

La tensión en el ambiente es palpable, los dos estamos en guardia, como si fuéramos a saltar uno encima del otro en cualquier momento, hasta que Max se deja caer en el sofá, derrotado.

—Sé que me he equivocado, que lo he hecho todo mal, pero yo solo quería protegerla. Llevo toda mi vida intentando hacer lo correcto. Con Ava, mi pequeña, cometí muchos errores que me llevaron a perderla, fui un blandengue y por mi culpa la vida de mi niña se echó a perder. No quería que me sucediera lo mismo con Kimba. Quería enmendar todos aquellos fallos, fui a buscarla para que no creciera rodeada de todos aquellos *hippies*. Quería que ella tuviera un futuro mejor, que no se convirtiera en su madre. Deseaba protegerla y una vez más he vuelto a hacerlo todo mal.

—Kimba no es como Ava.

—Lo sé, he tardado años en darme cuenta, pero al fin lo sé. —Apoya los antebrazos sobre las rodillas y junta las manos completamente abatido—. No te lo vas a creer, pero hoy, al verlas juntas, me he dado cuenta. Kimba no es como su madre y nunca lo será porque son dos polos opuestos. He necesitado que pase media vida para verlas juntas de nuevo, pero doy gracias por haberlo hecho porque es lo que necesitaba para abrir los ojos.

Guardo silencio, no sé qué decirle. Me dejo caer a su lado y espero a que continúe con el relato. Según va hablando voy entendiendo más su comportamiento, aunque no lo justifico, pero su explicación me hace entender que ha pasado gran parte de su vida intentando educar y enmendar sus errores. De nuevo, el miedo a fallar, a equivocarse, ha jugado un papel muy importante a lo largo de su vida.

Hay quien dice que las cosas no suceden porque sí, sino que siempre existe un motivo por el que lo hacen en un determinado instante y no en otro, aunque a veces no seamos capaces de ver esas señales. Creo que este ha sido el caso de Max, que ha necesitado vivir la marcha de Kimba y verlas juntas para ser consciente de que no ha podido estar más equivocado durante toda su vida.

Levanta la cabeza con los ojos llorosos y lo estudio con sentimientos encontrados. Por una parte, quiero estamparle la cabeza contra la pared por ser tan duro con Kim y por otro lado, entiendo que adquiriera ese rol para criar a Kimba.

—Vé y búscala. Tráela de vuelta, por favor. No puedo perderla a ella también como perdí a mi pequeña.

26

LLEGAR A TI



Hace apenas diez minutos que he llegado a Nimbin, para ello me ha tocado coger un vuelo y contratar un coche de alquiler con el que he recorrido más kilómetros de los que puedo recordar.

Me encuentro justo enfrente de la casa de Ava y estoy ansioso por ver a Kim y, aun así, no he sido capaz de salir del vehículo, sigo impactado por el panorama que me he encontrado al llegar a este lugar. Es un pueblo pequeño y colorido donde —como bien me había contado Kimba en su día— se concentran un buen número de consumidores de maría que le dan ese toque identificativo al pueblo.

Todo lo que veo me desagrada y, conociendo a Kimba, no creo que ella se sienta cómoda viviendo aquí. Hace años me confesó lo insegura que se sentía en este lugar, aunque ya no es aquella niña que Max sacó de aquí.

Veo movimiento a través de la ventana y decido salir del vehículo y preguntar por ella. Toco el timbre y nadie responde a pesar de que es obvio que hay gente en casa. No obtengo respuesta, así que rodeo la vivienda con curiosidad de saber más y me topo con un pequeño jardín trasero que, para mi asombro, está bastante bien cuidado.

No muy lejos, sobre una esterilla de yoga, me encuentro a Kimba intentando hacer una invertida que si no recuerdo mal se llama *sirsasana*. Disfruto de verla relajada. Los pequeños rayos de sol que impactan en su piel hacen que esta brille haciéndola todavía más apetecible. Doy un paso al frente y abre los ojos con lentitud como si notara mi presencia; cuando su mirada me enfoca, termina perdiendo el equilibrio y cae sobre la esterilla. Se pone en pie sin dejar de estudiarme y desde la distancia veo con facilidad cómo las lágrimas no tardan en rodar por sus mejillas. Ambos corremos al encuentro del otro y la abrazo con ansia.

—No vuelvas a desaparecer nunca más. —La aprisiono con fuerza mientras ella no es capaz de contener el llanto—. No he pasado más miedo en mi vida. —La abrazo sin intención de soltarla y apoyo mi frente sobre la suya.

No sé cuánto tiempo ha pasado hasta que siento la necesidad de seguir hablando. Separo mi rostro del suyo lo justo para que nuestros ojos se alineen.

—Princesa, mírame. —Abre los ojos poco a poco y algo se remueve dentro de mí; siento alivio por haberla encontrado—. Eres mi debilidad, mi talón de Aquiles y nada funciona en mi vida si no estás. Sé que he tardado años en darme cuenta y que me he dedicado a hacer el idiota en tus narices, pero si algo he sacado en claro durante estos meses es que no soy capaz de vivir sin ti. Que te quiero y que si no quieres que un chico guapo y joven como yo muera de un infarto, no vuelvas a marcharte. No me dejes nunca más. —Una mueca risueña aparece en su cara porque ni en estos momentos soy capaz de dejar decir idioteces.

—Mira que eres teatrero hasta para declararte. —Se pone de puntillas y me da un beso en los labios—. Pero eso forma parte de tu encanto. —Un nuevo beso—. Y por si no lo sabes, yo también te quiero. Llevo haciéndolo demasiados años como para seguir ocultándolo.

Entrelaza sus dedos con los míos y el tacto sedoso de su piel consigue apaciguar la angustia que he sentido desde que se marchó. Saber que está bien me tranquiliza, pero necesito respuestas.

—No pienso reprocharte nada, no soy quién para hacerlo y no sé cómo hubiera reaccionado yo en tu caso, aunque no voy a negarte que venía con intención de pegarte cuatro gritos por marcharte sin decir a dónde ibas. Ninguno sabíamos cómo estabas y hemos pasado unos días muy mal. Creo que no he pasado más miedo en mi vida. Pero comprendo que necesitaras salir corriendo tras lo que sucedió. Aunque siento curiosidad por saber por qué decidiste venir aquí cuando sé que detestas este lugar.

Asiente entendiendo a la perfección a lo que me refiero.

—Cuando mi abuelo me pidió que desapareciera de sus vidas…, no sabía dónde ir, solo quería huir de Torquay. Entonces me surgió la necesidad de saber por qué me comparaba tanto con mi madre, quería descubrir en primera persona qué tenía yo que me hacía tan igual a ella y a la vez tan inválida para tomar buenas decisiones. Por eso decidí regresar. —Agacha la cabeza unos instantes antes de elevarla y mirarme con una fuerza y seguridad que nunca había visto en ella—. ¿Sabes? Solo he necesitado unos días para darme cuenta de que no podemos ser más distintas. Mi abuelo estaba equivocado —lo dice con aplomo y alivio, como si tras tantos años al fin se quitara un lastre de encima—. No soy como Ava por muchos motivos, yo no sería capaz de vivir aquí, llevar este estilo de vida ni alejarme para siempre de las personas que amo como hizo ella. No sé cómo Max no ha sido capaz de ver esas diferencias.

La abrazo con fuerza para reconfortarla. Tiene que ser duro descubrir que llevan toda la vida juzgándote por algo que no eres y que no te representa. Y que la angustia que sentías por no ser como tu propia madre nunca tendría que haber existido porque no había ni una mínima probabilidad de que eso sucediera.

Tras hablar con Max, tengo claro que el miedo a fallar ha sido la mano negra que lo ha hecho errar una y otra vez en la crianza de Kimba. Y esa es una penitencia que llevará a la espalda el resto de su vida.

Kim me sujeta por los antebrazos y se separa de mí con expresión ceñuda como si de repente hubiera caído en algo.

—¿Quién te ha dicho dónde me encontraba? La única que conocía mi paradero era mi madre.

—Y yo.

Para sorpresa de los dos, Max sale por la puerta trasera del jardín acompañado de una señora que ronda la cuarentena. Se parece bastante a él, lo que me hace pensar que se trata de la madre de Kimba, Ava. Me quedo perplejo al verlo aquí. Él mismo fue quien me dijo que viniera a buscarla, así que no entiendo a qué narices ha venido a Nimbin. Kim rompe a llorar de nuevo y silencia el llanto cubriéndose la boca con las manos. Creo que es la primera vez que ve juntos a su madre y su abuelo desde que era pequeña.

Max, acompañado de su hija, se acerca hasta nosotros y Kimba niega con la cabeza, como si no quisiera tenerlo cerca.

La rodeo por los hombros para darle seguridad y me inclino para susurrarle en el oído.

—Princesa, debes hablar con él y aclarar las cosas. Creo que tu abuelo tiene algo importante que decirte. —Me muerdo la lengua para no confesarle que este reencuentro no estaba planeado y que no forma parte del plan. Al incorporarme, intimido a Max con la mirada. «Cómo te vuelvas a pasar un pelo con ella, eres hombre muerto». Él parece entender mi advertencia y cabecea, serio.

Ante el asombro de todos, Max rompe a llorar y da un paso al frente para sujetar a Kim de las manos. Ella lo acepta con reticencia y estoy seguro de que si pudiera salir corriendo ahora mismo, lo haría. Él, al sentir su incomodidad, suelta su agarre y Kim aprovecha para cruzarse de brazos. Un gesto claro de que no desea su contacto.

Mi mano sigue posada sobre su hombro, no pienso dejarla sola y quiero que sienta que estoy aquí, junto a ella. Es mi forma de demostrarle que no tengo intención de marcharme a ningún lado.

—Lo siento mucho, hija. Lo siento de corazón. Contigo he vuelto a fallar y soy consciente de que he metido la pata de una manera irreparable. Se ve que no he aprendido nada con el paso de los años. Dios te puso en mi camino para enmendar los errores que cometí con tu madre y salta a

la vista que no he sido capaz de hacerlo. —Parece abatido por completo y a mí me cuesta retener las lágrimas al verlos. Puedo sentir el dolor de ambos en este momento y es desgarrador—. Perdóname por haber sido tan duro contigo. Tú no tienes la culpa de lo que ha sucedido. Estaba equivocado, tú no eres como tu madre.

—Sí, al fin sé que no soy como ella —lo suelta altiva y, con un manotazo que denota rabia, se limpia las lágrimas antes de continuar—. Lo que no entiendo es como tú no has sido capaz de darte cuenta antes. Me hubieras ahorrado mucho sufrimiento.

—No sé qué responderte a eso, no tengo excusa y sé que tienes razón. Solo puedo decirte que cuando algo se me mete en la cabeza, es más fácil arrancármela que sacármela de ella; he tenido que chocarme con el muro de frente para abrir los ojos. En este caso, el muro ha sido tu marcha y el sentir que te perdía a ti también. Pero… cuando os vi juntas el otro día, paseando por los alrededores, sentí alivio porque te había encontrado y estabas sana y a salvo, pero también sentí que se me caía la venda de los ojos. Era tan evidente que no podéis ser más distintas que me sentí estúpido por no haberme dado cuenta antes.

Kimba se limpia las lágrimas con el borde de la camiseta y yo le doy un leve apretón en el hombro para que sienta mi contacto.

—Entiendo que todos somos humanos y que cometemos errores, aunque tú llevas haciéndolo demasiados años. Poniéndome trabas y privándome de conseguir lo que tanto quería. —Max agacha la cabeza avergonzado y Kimba continúa soltando lo que durante años ha callado—. ¿Por qué nunca me has apoyado en las decisiones que he tomado? ¿Por qué no me ayudaste cuando decidí ir a la universidad? ¿Cuando elegí la carrera? ¿Con mi proyecto? ¿Por qué no querías que trabajara en el centro con Priscila? ¿Por qué durante toda mi vida solo he recibido negativas y desaprobación por tu parte? Si de verdad no querías que fuera como mi madre, deberías sentirte orgulloso de que prosperara, de que tuviera unos estudios, un trabajo que amaba.

—Y lo estoy, aunque no lo creas. Estoy muy orgulloso de ti. Siempre lo he estado, aunque no te lo haya demostrado. Mi intención era no ponerte las cosas fáciles, estaba convencido de que debía ser duro y exigente contigo para que no te desviaras del camino. Que supieras el esfuerzo y trabajo que conlleva ganarse las cosas. —Hace una pausa, parece que le falta el aire—. Creía que trabajar cuidando a esa gente sería un nuevo fracaso personal. En mi mente solo había un pensamiento y era que no había luchado tanto durante años para que al final tomaras una mala decisión que te llevara a echar tu futuro por la borda. No lo veía como un trabajo, lo sentía como una traición por tu parte, una forma de retarme.

—Yo nunca haría eso, sabes que no soy así —Kim eleva la voz y suena desgarrada—. Nunca te he retado.

—Lo sé. Pero… —se frota la cara frustrado y avergonzado, como si le doliera lo que está a punto de decir y yo contengo el aliento—, no te veía a ti, ¿sabes? Desde que eras una niña, seguía viendo a tu madre en cada una de tus decisiones y por eso te ponía trabas.

Sus palabras silencian a los dos y me dejan en *shock*. La confesión cae sobre todos como una lápida. Sabía que Max no había superado la marcha de Ava, pero nunca hubiera imaginado que llegara hasta ese punto.

—Kimba, tú no has sido la única que ha estado fuera de casa, yo también me marché cuando lo hiciste tú. Me sentía tan culpable por mi comportamiento que el remordimiento no me dejaba tranquilo. En el momento que te fuiste, supe que te había perdido por mi idiotez, que no había sido justo contigo y que tú no eres Ava para reparar el daño que la marcha de tu madre me provocó hace años. Tú eres Kimba. Mi nieta. Y te has convertido en una mujer fuerte y

responsable. Una mujer maravillosa con una capacidad de amar a todas las personas que la rodean asombrosa; con una luz propia que muy pocas personas tienen. —Un lamento espontáneo sale de la garganta de Kim y yo me estremezco al verla—. Por eso sentí la necesidad de, por primera vez en la vida, comprenderte, así que me presenté de nuevo en el centro y Priscila no me recibió de muy buen agrado después de cómo te hablé en la playa, pero le pedí disculpas y le supliqué que, por favor, me mostrara qué era eso tan especial que le habías visto a aquel lugar y a aquella gente. —Enmudezco con cada palabra que dice. ¿De verdad ha estado en el centro hablando con Priscila?—. Me presentó a los chicos y no pararon de contarme maravillas de ti, de cómo los cuidas y cómo les enseñas. —A Kimba se le escapa un nuevo sollozo—. No me cabe duda de que esa es tu verdadera vocación, tu verdadero ser. No tendría que habértelo puesto tan difícil y tendría que haberte pagado la carrera, pero por necio, por orgullo, no fui capaz de ceder cuando decidiste inclinarte por el grado de Trabajo Social en vez de estudiar Derecho como yo quería. Otra metedura de pata más por mi parte. Creía que lo hacías por llevarme la contraria, pero solo he necesitado hablar con esos niños durante diez minutos para darme cuenta de que estaba desacertado. Así que no le hagas caso a este viejo loco y haz lo que te haga feliz, y si tu felicidad está levantando tu propia escuela para esa gente, pienso ayudarte en todo lo que necesites. Si tú quieres, claro.

La expresión de Kimba es todo un poema, no tengo duda de que Max acaba de dejarla descolocada por completo.

—Hace unos años, compré el terreno que hay sin edificar cerca de casa, iba a ser tu regalo cuando te independizaras. Creí que era el lugar idóneo para que viera crecer tu hogar y a tus hijos, pero ya no lo creo, porque estoy convencido de que ese solar a pie de playa va a convertirse en uno de los puntos más visitados de Torquay cuando emprendas tu proyecto para ayudar a todos esos niños que te necesitan.

Max saca unas llaves del bolsillo delantero de su pantalón y se las tiende. Kimba las mira con sorpresa y él la anima a que las coja y se haga con ellas.

—No quiero que digas nada. Solo acéptalas, por favor.

Kim las coje con delicadeza de su mano y lo observa de frente. Max rompe a llorar como un niño arrepentido y Kim, que tiene un corazón que no le cabe en el pecho, lo termina abrazando.

Al ver la escena, un nudo se me tensa en la garganta y me agua los ojos. Tengo que respirar profundamente para no darles rienda suelta a esas lágrimas que quieren salir. Contemplo a la madre de Kim, que los observa emocionada y hace un gesto para aligerar el ambiente antes de hablar:

—Viejo —con esa simple palabra se gana la atención de padre e hija—, al final hiciste un buen trabajo con la niña y no te salió como yo. Era lo que querías, ¿no? —Max la mira con arrepentimiento y suelta a Kim para acercarse a ella—. Nunca te he dicho esto, pero quiero darte las gracias por habértela llevado y por cuidarla mejor de lo que yo lo hubiera hecho.

—No, no digas eso, por favor. No he sabido cuidaros. Ni a ti ni a ella. Mi único propósito en la vida siempre ha sido protegeros del mundo exterior. Os he querido ahorrar equivocaciones para que no arruinarais vuestras vidas y no lo he conseguido. Ese va a ser mi mayor fracaso, el más doloroso.

—No te hables así, no seas tan duro contigo mismo —Ava habla con un hilo de voz, conteniendo la emoción—. Siempre has sido un buen padre, he sido yo la que no ha sabido ser una buena hija. Puedes estar orgulloso de los valores que me inculcaste mientras crecía, pero habías diseñado una vida a mi medida que no quería, que me asfixiaba, y decidí tomar mi propio

camino.

—Nunca debí decidir por ti.

Padre e hija acaban fundidos en un abrazo y Kimba se abraza a mí, compungida.

Max habla de nuevo y esta vez se dirige a ambas.

—Quiero pediros perdón a las dos. Os juro que, aunque me haya equivocado una y mil veces, siempre he tomado mis decisiones pensando que era lo mejor para cada una de vosotras, aunque con ello os haya hecho sufrir, pero si hay algo que no es discutible es que os quiero por encima de todas las cosas y que mi miedo a perderos ha sido el que me ha hecho equivocarme una y otra vez. —Fuerza una pausa para llenar el pecho de aire—. Quizás mis palabras llegan demasiado tarde, pero si me perdonáis, os juro que lo que me quede de vida pienso desvivirme para que seáis felices a vuestra manera sin cuestionar las decisiones que toméis.

EPÍLOGO

SUEÑO CUMPLIDO



1 año después…

Vamos, Liam, date prisa. Las chicas nos esperan. —Owen me apremia y yo, de los nervios, no soy capaz de anudarme la corbata. La tiro sobre el lavabo y salgo corriendo subiendo al niño en mi hombro.

—Pues no las hagamos esperar.

Ayer, Jackson, me dejó a cargo del enano y ha pasado la noche en casa. Mi amigo quería darle una sorpresa a su chica y me ha tocado hacer de canguro.

Dejo al enano en el suelo antes de meterlo en la furgoneta y compruebo que va vestido con la ropa que me dejó preparada anoche Ivy antes de marcharse y que, por suerte, no tiene ninguna mancha. Suspiro aliviado al comprobarlo. Estoy seguro de que le daría algo si supiera que le he dejado comerse dos Tim Tam de caramelo cuando ya tenía la ropa puesta.

Ocupo mi lugar tras el volante y lo aprieto con firmeza mientras hago un par de respiraciones profundas para relajarme. Owen se pelea con el cinturon de seguridad hasta que consigue anclarlo, y yo aprovecho esos segundos para mantener a raya los nervios. Desde que me he levantado esta mañana no consigo deshacerme de ellos.

Conduzco en dirección a la casa de los abuelos de Kimba y aparco en las inmediaciones, donde los huecos libres comienzan a escasear debido al gran número de vehículos que hay estacionados. Una sonrisilla boba se me cuela en los labios y el pecho se me infla de orgullo.

Nadie en Torquay a querido perderse el evento que ha organizado la princesa. Y no me extraña, porque hoy, tras un año de trabajo duro, Kimba abre las puertas de su centro especializado en surf para personas con discapacidad. Un nuevo hogar para ella y todas esas personas que tanto la necesitan. Un lugar que dentro de pocos días se llenará de vida.

Sonrío al imaginarla trajinando aquí y allá con para gestionarlo todo sin perder la sonrisa, dando lo mejor de si misma. No puedo sentirme más orgulloso de ella y de lo que ha conseguido en tan poco tiempo. No lo estoy porque haya conseguido sacar su proyecto adelante y vencer sus miedos e inseguridades, si no porque ha logrado la financiación integra del mismo por parte de varias entidades públicas de la ciudad. Y es que un proyecto tan novedoso, relacionado con el surf, no podía nacer en otro lugar que no fuera Torquay, la cuna de este deporte.

Con los nervios burbujeandome en la barriga porque sé que ahí dentro hay un montón de gente importante, salgo del coche y agarro al enano de la mano. Caminamos hacie el jardín a paso ligero con el romper de las olas de fondo y no me da tiempo a poner un pie en el cesped cuando el pequeño monstruo sale corriendo hacia donde está Jackson con Ivy y mis hermanas.

Suspiro aliviado porque mi papel de canguro ha acabado, y al fin, puedo ocuparme de Kimba. Camino hasta ellos sin dejar de buscarla sin éxito. Estoy nervioso por verla, no tengo duda de que estará preciosa. Los jardines del exterior del centro están engalanados para la ocasión y me recuerdan a una de esas reuniones finolis de gente con mucha pasta que suelen salir en las películas. Y todo es obra de Kim. Es su forma de agradecerles a todos los presentes que la hayan apoyado y apostado por este proyecto.

A lo lejos veo a los abuelos de Kim hablando con un pareja de vecinos, se les ve contentos, sobre todo a Max. Hace tiempo que dejó atrás la expresión huraña que solia arrastras, ahora es más fácil verlo sonreir como lo está haciendo ahora.

Sé que le ha costado mentalizarse y dar su brazo a torcer, pero ha día de hoy, está orgulloso de Kim al cien por cien. Y no hace falta que él me lo diga, lo sé por la forma que tiene de mirarla y respetar sus decisiones.

Los saludo con la manos desde lejos y continúo hasta que llegar al grupo en el que se encuentra mis amigos con mis hermanas.

—Y mi chica, ¿dónde está? —pregunto al llegar a su altura. Las ansias de verla van en aumento y me olvido hasta de saludar.

—Recibiendo a los invitados —responde Mia con burla, como si intuyera lo nervioso que estoy.

No me molesto en responderle, pero sí le saco la lengua para fastidiarla, como cuando eramos niños, y camino hacia la otra parte del jardín donde se congrega el mayor número de invitados. Es la zona donde pronto comenzarán a servir los aperitivos, por eso es la más concurrida. Sorteo a bastantes personas hasta que doy con ella.

La encuentro charlando con un grupo de invitados y, aunque no puedo verle la cara, me quedo embobado contemplando la piel de su espalda que queda expuesta tras la tela del vestido. Está impresionante, preciosa. Tanto que se me corta el aliento y algo se calienta dentro de mí al verla. Una secuencia de flashes de su cuerpo junto al mío, sin ropa y sobre distintas superficies, me inundan la mente arrasando con cualquier pensamiento coherente.

Con una de mis mejores sonrisas, me dirijo al grupo donde se encuentra mi chica y esta vez sí saludo a los presentes. No quiero parecer un maleducado. Paso unos minutos conversando con ellos que parecen interminables, hasta que mis ojos conectan con los de Kimba y la poca paciencia que me quedaba se esfuma por arte de mágia.

Palmeo el bolsillo de mi pantalón como si sintiera vibrar el móvil. Lo saco y, tras desbloquear la pantalla, lo miro con el ceño funcido como si algo no fuera bien. Soy tan expresivo que mi gesto de preocupación no pasa desapercibido para ninguno de los presentes. Así que elevo la cabeza del aparato con una pequeña sonrisa finjida antes de hablar.

—¿Nos disculpáis un momento? Tenemos que resolver un asunto —digo—. Un problema con el *catering* que solo la anfitriona puede solucionar… Enseguida la tenéis de vuelta.

Le tiendo mi mano a Kimba y no tarda en entrelazar sus dedos con los míos. Tiro de ella con urgencia, demostrando que tenemos prisa, y no me detengo hasta llegar al que será el comedor de este lugar. Ella va mirando en todas direcciones, intentando averiguar dónde está el problema. Al no encontrarlo, se detiene con las manos en las caderas y me mira de frente.

—Liam, ¿qué pasa?

—¿Sabes que estás preciosa esta noche? —No respondo y me hago el tonto. Eso ahora no es importante, lo importante es ella y quiero que le quede claro. Doy un paso al frente y la sujeto por la cintura obligándola con mi agarre a que baje las suyas, no tiene necesidad de estar en guardia.

—Me lo has dicho como unas veinte veces desde que me has visto, así que sí, no me va a quedar otra que creérmelo.

La beso en el cuello y la piel se le eriza. Mi entrepierna comienza a despertarse y la sigo besuqueando mientras hablo.

—No pasa nada con el *catering*, relájate, es que necesitaba una excusa para tener a mi chica solo para mí durante unos minutos antes de que todos los presentes te sigan acaparando.

—¿Ah, sí? —Entrelaza sus brazos tras mi nuca sin soltar el bolso de mano y susurra con erotismo en mi oído—. ¿Y qué propones para que no nos molesten?

—Princesa, no me tientes o al final vamos a tener que comprobar la resistencia de ese lavabo tan caro que has comprado.

Gruñe al pensar en mi propuesta y me hace sonreír. No soy el único que está pensando en ese

lavabo ahora mismo.

—¿Pasaría algo si la anfitriona desaparece de la fiesta un ratito? —Me relamo los labios ante su insinuación. La cojo en volandas por los glúteos y camino con ella en brazos en dirección a los baños arovechando que no hay nadie en el interior del centro.

—Nada, porque estás resolviendo el inconveniente que ha surgido con los incompetentes del *catering*, ¿recuerdas?

—Tienes razón. Pues vamos a cantarles las cuarenta a esa gente.

Atravesamos el pasillo que lleva al lugar que ambos tenemos en mente y nos colamos en el interior del amplio baño para minusválidos. Pongo el seguro nada más cerrar la puerta.

Aúpo a Kimba por las caderas y la siento sobre el lavamanos. Me arrodillo ante ella para abrirle por completo las piernas y la dejo expuesta a mi vista.

—¿Sabes, princesa? —digo mientras le remango el vestido y bajo sus bragas de encaje hasta los tobillos. La miro a los ojos al tiempo que le quito la minúscula prenda para que no tenga duda de lo que voy a decir—. Siempre has sido tú. Caí rendido a tus pies cuando te vi por primera vez. No eras más que una mocosa, llevabas dos trenzas y tenías las mejillas llenas de pecas, pero fue mirarte a los ojos y saber que estaba perdido, que serías un completo rompecabezas para mí y que me traerías muchos problemas. Y no me equivoqué contigo, porque supiste estar a la altura de mis expectativas metiéndote en todos los líos posibles en compañía de Mia y Lily. —Una risita escapa de sus labios y sus ojos se llenan de lágrimas—. Pero no ha sido hasta hace poco que he conseguido armar el rompecabezas que suponías para mí; he entendido que el lazo que habíamos creado entre tú y yo a lo largo de los años va mucho más allá de una simple amistad. Por eso, desde el mismo día en el que me di cuenta de que no podía vivir sin ti, no he parado de luchar para estar a tu lado. Y espero seguir junto a ti cada día de mi vida. —Acaricio sus mejillas con mis pulgares y elevo un poco su cabeza para que quede a mi altura—. ¿Sábes por qué nunca he querido enamorarme? —Niega y acaricio la punta de su nariz con la yema de mi dedo—. He crecido rodeado de amor, he visto día tras día como mis padres vivian un amor de película. De esos que pocas veces suceden en la vida real. En los que saltan chispas y fuegos artificiales con solo una mirada. Un amor bonito, de verdad. Y yo no estaba dispuesto a conformarme con menos. Si no iba a sentir esa química, esos fuegos artificiales, no quería nada. —Asiente porque sabe que no miento. Lo de mis padres es de otro planeta—. Ya estaba mentalizado, ¿sabes? —Kim pone una expresión rara como si no entendiera a qué me refiero—. Encontrar a esa persona que te haga sentir especial y que esa chispa perdure con el paso de los años, es muy difícil, pero es aún más difícil que suceda dos veces en la misma familia, en dos generaciones consecutivas. Tenía claro que es algo que sucede una vez en la vida y que les había tocado a ellos. Así que prefería seguir soltero a conformarme con una relación mediocre. Pero sabes, la vida, a veces, te sorprende y te regala eso que tanto deseas. Te abre los ojos y te demuestra que todo el tiempo has tenido al alcance de tu mano la posibilidad de ser feliz, solo que no estabas mirando en la dirección correcta, por eso no la encontrabas. —Limpio con los pulgares las lágrimas que ruedan por sus mejillas—. Y yo, ahora que he abierto los ojos, puedo decir con la boca llena, que tú y yo, juntos, hacemos mágia. Porque siempre has sido tú y no lo sabía. Así que ahora que te he encontrado, no pienso dejarte escapar. —Una risita sonora se escapa de sus labios y resuena contra mi pecho—. Avisada quedas. —Me inclino sobre su oreja y le susurro—. Si quieres salir corriendo, este es el momento, si no, no hay vuelta atrás.

Le mordisqueo el cuello y ella me rodea abrazándose a mí. Siento la humedad de sus mejillas mojar mi piel y como sus labios van dejando un regero de besos suaves hasta mi mandíbula. Se

separa de mí y sus labios quedan a escasos milimetros de los míos, nuestras miradas se entrelazan mientras pronuncia cada palabra.

—¡Te quiero! Mi sueño desde que tengo uso de razón siempre ha sido llegar a ti, atrapar tu corazón, así que creo que los dos hemos conseguido lo que queríamos. Tú, un amor para toda la vída y yo, al chico guapo de la película.

—Eso es, nena, en este partido vamos empatados. —Le doy un suave beso en los labios—. Ahora vamos a solucionar esto que tenemos entre manos —paso un dedo por su vagina húmeda y las piernas se le contraen—, antes de que sea demasiado tarde. Te quiero. Ahora y siempre. Porque siempre has sido tú y no lo sabía.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero darte las gracias a ti lectora por darle una oportunidad a esta historia. Sin ti, este sueño no sería posible. Gracias por abrirle una ventana a esta historia. Y si te ha gustado te agradecería infinito que dejes una reseña en Amazon, ya que es la única forma de llegar a más lectoras. Sea como sea, GRACIAS por llegar hasta aquí.

También quiero darle las gracias a mi otra mitad. Los últimos años no han sido fáciles por muchos motivos, pero siempre has estado ahí. Gracias por sostenerme cuando nada lo hacía. Te quiero.

A mis hijas Claudia y Chloe. Gracias por enseñarme y ayudarme a ser mejor persona cada día. Os amo con todo mi corazón.

A mi familia y amigos, gracias por estar ahí.

Gracias a Paola C.Alvárez, sin ti esta historia no existiría. Gracias por tus sabias palabras, por las conversaciones kilometricas para pulir para capitulo, en las que mis personajes también se convertian en tuyos, y, por hacerme enterder, que las historias son mucho más que un puñado de palabras juntas, aunque haya gente que se empeñe en hacernos creer lo contrario.

Gracias a Pilar N. Colorado por esa primera lectura y por tus audios de entusiasmo hablando de mis chicos. Gracias por tus anotaciones y consejos.

Y gracias a todos y cada uno de los que habéis formado parte de este proyecto, os llevo a todos en el corazón.

SOBRE LA AUTORA



Jennifer Sweet es el seudónimo de esta escritora Malagueña que compagina su trabajo con crear historias.

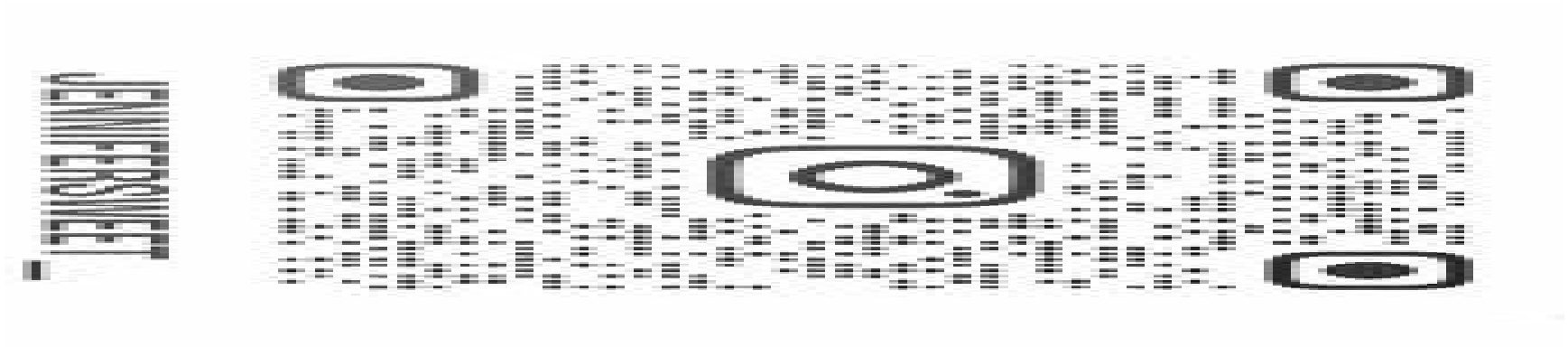
Su pasión por las letras comenzó en la adolescencia, cuando escribió sus primero relatos y, desde entonces, le roba horas al sueño para darle vida a esos personajes que se cuelan en su mente.

Le gusta relajarse frente al mar, contar olas y ver atardeceres. Es una enamorada de los pequeños detalles y las primeras veces. Su plan perfecto es un buen libro, un pijama de franela, una manta gruesa y el sonido de la lluvia mientras lee.

Puedes encontrarla:

Instagram: @jennifersweet__

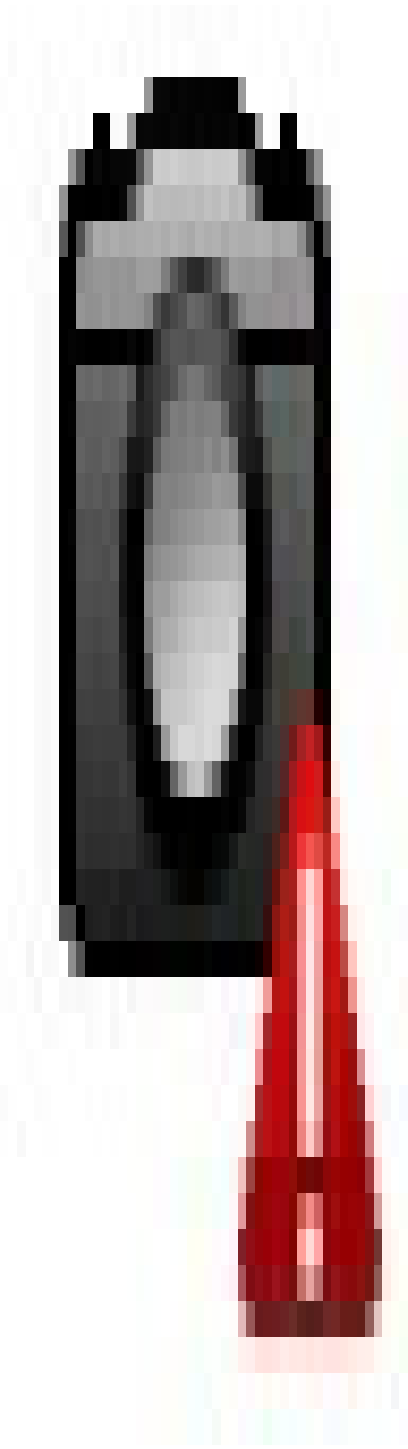
Web: www.jennifersweet.es



Si te ha gustado la historia no olvides dejar tu reseña en Amazon o Goodreads. Ayudarás a la autora a llegar a más lectoras.

OTRAS NOVELAS

Otra novela de la autora: «¿Mi sueño? Tus labios».



Puedes conseguir la novela «¿Mi sueño? Tus labios» tanto en versión digital en Kindle Unlimited o en formato papel en la página web de la escritora www.jennifersweet.es o en Amazon.